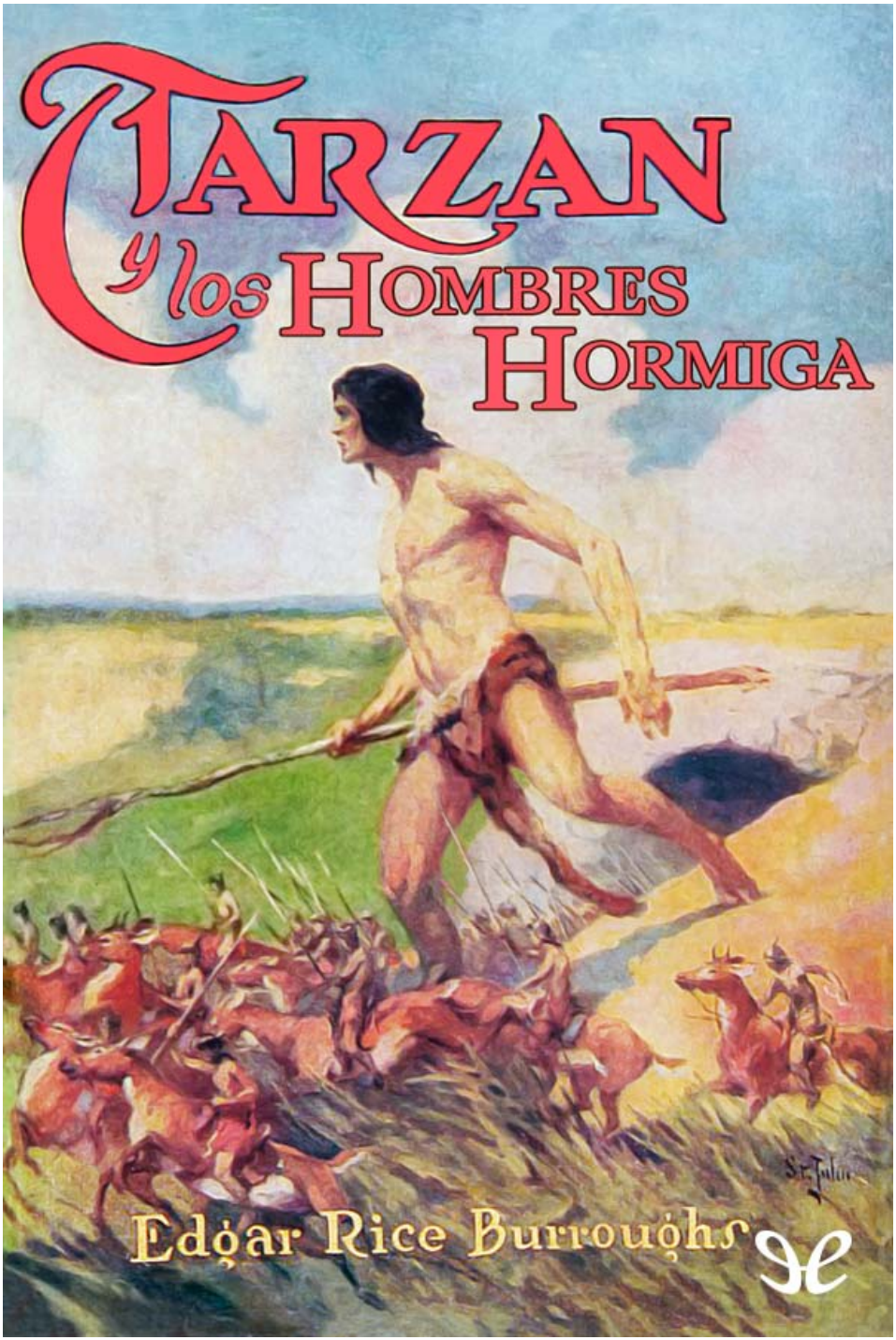

Tarzan
y los Hombres
Hormiga
Edgar Rice Burroughs

Tarzán y los hombres hormiga es una de las novelas indispensables en la producción de Edgar Rice Burroughs, y marca la cima de su poder creativo. Con ella finaliza la secuencia que comenzó con *Tarzán el indómito*, y siguió con *Tarzán el terrible* y *Tarzán y el león de oro*.

Ningún hombre había atravesado jamás el gran bosque espinoso hasta que Tarzán de los Monos, en su primer vuelo en solitario, estrelló su avión tras él. Dentro encuentra un hermoso país. Allí habitan los Alali, extraños gigantes de la edad de piedra cuyas mujeres consideraban a todos los hombres como meros esclavos. Y más allá, el país de los hombres hormiga, personas cuya estatura es la cuarta parte de un humano normal. Allí, en la ciudad-estado de Trohanadalmakus, Tarzán se convertirá en un honorable huésped. Hasta que es capturado por los guerreros de la ciudad rival, Veltopismakus, en una de las habituales guerras que enfrentan a ambas ciudades. En las mazmorras de Veltopismakus Tarzán será reducido de tamaño por un científico veltopismakusiano y tendrá que trabajar como esclavo en la cantera. Pero Tarzán no está solo, su amigo el príncipe de Trohanadalmakus, Komodoflorensal también ha sido capturado.

Edgar Rice Burroughs

Tarzán y los hombres hormiga

Tarzán - 10

ePub r2.1
Titivillus 05.01.16

Título original: *Tarzan and the Ant Men*
Edgar Rice Burroughs, 1924
Traducción: Carmen Camps
Portada original 1.ª edición EE. UU.: J. Allen St. John
Restauración y adaptación portada: Zaucio Olmian

Editor digital: Titivillus
Primer editor: Zaucio Olmian (r1.0 a 1.2)
ePub base r1.2

TARZÁN
y los hombres hormiga

CAPÍTULO I

EN UNA oscura y sucia choza de la aldea caníbal de Obebe, situada en las orillas del río Ugogo, Esteban Miranda mordisqueaba en cuclillas los restos de un pescado medio cocido. Llevaba alrededor del cuello una argolla de hierro sujeta, mediante una cadena oxidada de pocos metros de longitud, a una robusta estaca clavada en el suelo cerca de la entrada baja, que llegaba, por la única calle de la aldea, hasta no lejos de la choza del propio Obebe.

Esteban Miranda llevaba un año encadenado así, como un perro, y como un perro a veces se arrastraba por la puerta baja de su choza y se tumbaba al sol. Tenía dos diversiones, y solo dos. Una era la persistente idea de que él era Tarzán de los Monos, cuya identidad había usurpado durante tanto tiempo y con tanto éxito que, como buen actor que era, no solo había interpretado el papel, sino que lo había vivido; se había convertido en Tarzán. Para él, él era el auténtico Tarzán de los Monos, y también lo era para Obebe; pero el hechicero de la aldea insistía en que era el demonio del río y, como tal, había que propiciarlo y no encolerizarlo.

Esta diferencia de opiniones entre el jefe y el hechicero era lo que había mantenido a Esteban alejado de las ollas de la aldea, pues Obebe quería comérselo, pensado que era su viejo enemigo, el hombre-mono; pero el hechicero había despertado los temores supersticiosos de los aldeanos convenciéndolos a medias de que su prisionero era el demonio del río que se disfrazaba de Tarzán y que, por tanto, el desastre absoluto descendería sobre la aldea si le infligían algún daño. La consecuencia de esta diferencia entre Obebe y el hechicero era que el español conservaría la vida hasta que se demostrara la verdad de una afirmación u otra; si Esteban

moría de muerte natural, era Tarzán, el mortal, y el jefe Obebe estaba vengado; si vivía eternamente o desaparecía de forma misteriosa, la afirmación del hechicero sería aceptada sin discusión alguna.

Después de aprender su lengua, y con ello enterarse del capricho del destino que había desviado su suerte por un margen muy estrecho de las ollas de los caníbales, estaba menos impaciente por proclamarse Tarzán de los Monos. En lugar de ello lanzaba misteriosas sugerencias de que, en realidad, no era otro que el demonio del río. El hechicero estaba encantado y todos fueron engañados excepto Obebe, que era anciano y sabio y no creía en demonios del río, y el propio hechicero, que también era anciano y sabio y tampoco creía en ellos, pero se dio cuenta de que era estupendo que sus feligreses creyeran en él.

La otra diversión de Esteban Miranda, aparte de creerse Tarzán en secreto, consistía en regodearse con la bolsa de diamantes que Kraski, el ruso, había robado al hombre-mono y que había caído en manos del español después de que este asesinara a Kraski; la misma bolsa de diamantes que había entregado a Tarzán en las cámaras acorazadas de La Torre de los Diamantes, en el valle del Palacio de los Diamantes, cuando había rescatado a los gomangani del valle de la tiránica opresión de los bolgani.

Esteban Miranda pasaba horas enteras sentado a la débil luz de su sucia choza, contando y acariciando las relucientes piedras. Mil veces había pesado cada una en la palma de la mano, calculando su valor y traduciéndolo a la cantidad de placer carnal que una riqueza tan grande podría proporcionarle en las capitales del mundo. Vivía entre su propia porquería, se alimentaba de restos podridos que manos sucias le arrojaban, y sin embargo poseía la riqueza de un Creso, y en su imaginación vivía como Creso y su repugnante choza adquiría la pompa y circunstancia de un palacio gracias a los destellos de las piedras preciosas. Cuando oía ruido de pasos que se aproximaban, escondía apresuradamente su fabulosa fortuna en el raído taparrabo que constituía su único atuendo y de nuevo se convertía en prisionero en una choza de una aldea de caníbales.

Y de pronto, tras un año de solitario confinamiento, le llegó una tercera diversión: Uhha, la hija de Khamis, el hechicero. Uhha tenía catorce años y era gentil y curiosa. Desde hacía un año había

observado al misterioso prisionero desde cierta distancia, hasta que, por fin, la familiaridad venció sus temores y un día se le acercó cuando yacía al sol frente a su choza. Esteban, que había estado observando su tímido avance, sonrió para darle ánimos. No tenía ningún amigo entre los lugareños y era consciente de que, si podía entablar amistad aunque solo fuera con uno, su sino sería mucho más fácil y la libertad estaría un paso más cerca. Por fin Uhha se detuvo a unos pasos de Esteban. Era una niña, ignorante y salvaje; pero mujer, al fin y al cabo, y Esteban Miranda conocía bien a las mujeres.

—Llevo un año en la aldea del jefe Obebe —dijo él vacilante en el lenguaje de sus captores, que tan laboriosamente había aprendido —, pero nunca había imaginado que sus muros contuvieran una belleza como tú. ¿Cómo te llamas?

Uhha se sintió complacida. Esbozó una amplia sonrisa.

—Soy Uhha —le dijo—. Mi padre es Khamis, el hechicero.

Ahora fue Esteban Miranda el complacido. El destino, después de darle la espalda durante tanto tiempo, por fin estaba de su lado. Le había enviado a alguien que podría resultar una flor de esperanza si la cultivaba.

—¿Por qué nunca habías venido a visitarme? —preguntó Esteban.

—Tenía miedo —respondió Uhha con candor.

—¿Por qué?

—Tenía miedo… —vaciló.

—¿Miedo de que fuera el demonio del río y te hiciera daño? —preguntó el español, sonriendo.

—Sí —dijo ella.

—Escucha —susurró Esteban—, pero no se lo digas a nadie: soy el demonio del río, pero no te haré ningún daño.

—Si eres el demonio del río, ¿por qué sigues encadenado a una estaca? —preguntó Uhha—. ¿Por qué no te transformas en otra cosa y regresas al río?

—Te preguntas eso, ¿verdad? —dijo Miranda, dándose tiempo para inventar alguna respuesta plausible.

—No solo es Uhha quien se lo pregunta —dijo la chiquilla—. Otros muchos se han preguntado lo mismo últimamente. Obebe fue el primero en hacerlo y nadie le ha dado una explicación. Obebe

dice que eres Tarzán, el enemigo de Obebe y de su pueblo; pero mi padre Khamis dice que eres el demonio del río y que si quisieras huir te transformarías en una serpiente y saldrías de la argolla de hierro que llevas al cuello. La gente se pregunta por qué no lo haces, y muchos empiezan a creer que no eres el demonio del río.

—Acércate, hermosa Uhha —susurró Miranda—, para que solo tus oídos sean testigo de lo que voy a decirte.

La niña se acercó un poco y se inclinó hacia él, que estaba en cuclillas.

—En verdad soy el demonio del río —dijo Esteban— y voy y vengo como quiero. Por la noche, cuando la aldea duerme, vago por las aguas del Ugogo, pero siempre regreso. Estoy esperando, Uhha, para demostrar a los habitantes de la aldea de Obebe que sé quiénes son mis amigos y mis enemigos. Ya me he enterado de que Obebe no es amigo mío, y no estoy seguro de Khamis. Si Khamis fuera un buen amigo me habría traído buena comida y cerveza para beber. Podría ir adonde quisiera, pero aguardo para ver si hay alguien en la aldea de Obebe que me deje en libertad. Así sabré quién es mi mejor amigo. Si este existiera, Uhha, la fortuna le sonreiría siempre, todos sus deseos le serían concedidos y viviría hasta una edad avanzada, pues no tendría nada que temer del demonio del río, que lo ayudaría en todas sus empresas. ¡Pero escucha, Uhha: no digas a nadie lo que te acabo de decir! Esperaré un poco más y después, si no encuentro a dicho amigo en la aldea de Obebe, regresaré junto a mi padre y mi madre, el Ugogo, y destruiré a todo el pueblo de Obebe. No quedará ni uno solo con vida.

La muchacha se apartó, aterrada. Era evidente que estaba muy impresionada.

—No tengas miedo —la tranquilizó él—; a ti no te haré ningún daño.

—Pero si destruyes a todo el pueblo…

—Entonces, claro —dijo—, no podré ayudarte; pero esperemos que venga alguien a liberarme para que sepa que tengo aquí al menos un buen amigo. Ahora corre, Uhha, y recuerda que no debes contarle a nadie lo que te he dicho.

Se alejó unos metros y volvió.

—¿Cuándo destruirás la aldea? —preguntó.

—Dentro de unos días —respondió él.

Uhha, temblando de miedo, corrió en dirección a la choza de su padre, Khamis, el hechicero. Esteban Miranda sonrió con satisfacción y se arrastró de nuevo a su agujero para jugar con sus diamantes.

Khamis, el hechicero, no se hallaba en su umbría choza cuando su hija Uhha entró medio desmayada por el miedo. Tampoco se encontraban allí las esposas, que estaban con sus hijos en los campos situados fuera de la empalizada, donde Uhha debería estar. Por eso la niña tuvo tiempo de pensar antes de verlas y recordar lo que casi había olvidado en el primer frenesí del miedo: que el demonio del río le había recalcado que no debía revelar a nadie ni una palabra de lo que le había dicho.

¡Y ella había estado a punto de contárselo todo a su padre! ¿Qué espantosa calamidad le habría ocurrido? Temblaba ante la idea de un destino tan espantoso que ni siquiera podía imaginar. ¡Qué cerca había estado de ello! Pero ¿qué iba a hacer?

Se acurrucó en una alfombra de hierbas tejidas, estrujando su pequeño y salvaje cerebro en busca de una solución al inmenso problema con que se enfrentaba; el primer problema que jamás había encontrado en su joven vida aparte del de cómo eludir más fácilmente su parte en las tareas de los campos, que siempre tenía presente. Entonces, de pronto, se irguió, paralizada en una pétrea rigidez por un pensamiento generado al recordar una de las observaciones que había hecho el demonio del río. ¿Por qué no se le había ocurrido antes? Él había dicho con toda claridad, y lo había repetido, que si lo liberaban sabría que al menos tenía un amigo en la aldea de Obebe, y que cualquiera que lo liberara viviría hasta una edad avanzada y tendría todo lo que deseara. Pero al cabo de unos minutos de pensar Uhha se desanimó de nuevo. ¿Cómo iba ella, una niña, a liberar sola al demonio del río?

—*Baba*, ¿cómo destruye —preguntó a su padre cuando este regresó a la choza más tarde— el demonio del río a los que le hacen daño?

—Como los peces del río, así son los caminos del demonio del río: incontables —respondió Khamis—. Podría hacer que los peces salieran del río, los animales, de la jungla y que nuestras cosechas murieran. Entonces nos moriríamos de hambre. Podría hacer caer el fuego del firmamento por la noche y matar a todo el pueblo de

Obebe.

—¿Y crees que nos haría esas cosas a nosotros, *baba*?

—No hará ningún daño a Khamis, que lo salvó de la muerte que Obebe quería infligirle —respondió el hechicero.

Uhha recordó que el demonio del río se había quejado de que Khamis no le había llevado buena comida ni cerveza, pero no dijo nada de ello, aunque se dio cuenta de que su padre distaba de estar tan bien situado en la escala del demonio del río como al parecer él creía estarlo. Adoptó otra táctica.

—¿Cómo puede escapar —preguntó— con el collar puesto? ¿Quién se lo quitará?

—Nadie más que Obebe puede quitárselo; él lleva en su bolsa el trozo de latón que abre el collar —respondió Khamis—. Pero el demonio del río no necesita ayuda, pues, cuando llegue el momento en que desee ser libre, no tiene más que convertirse en serpiente y salir del aro de hierro que rodea su cuello. ¿Adónde vas, Uhha?

—A visitar a la hija de Obebe —gritó por encima del hombro.

La hija del jefe estaba moliendo maíz, como Uhha debería estar haciendo. Levantó la vista y sonrió a la hija del hechicero cuando se aproximó a ella.

—No hagas ruido, Uhha —le previno—, porque Obebe, mi padre, duerme dentro —señaló con la cabeza hacia la choza.

La visitante se sentó y las dos niñas se pusieron a charlar en voz baja. Hablaron de sus adornos, sus peinados y de los jóvenes de la aldea, ahogando risitas cuando se referían a estos. Su conversación no era diferente de la que podrían mantener dos jovencitas de cualquier raza o clima. Mientras hablaban, Uhha no dejaba de dirigir la vista hacia la entrada de la choza de Obebe y a menudo contraía las cejas en un gesto que indicaba un pensamiento más profundo de lo que sus ociosos comentarios justificaban.

—¿Dónde está —preguntó de pronto— el brazalete de hilo de cobre que el hermano de tu padre te regaló al principio de la última luna?

La hija de Obebe se encogió de hombros.

—Me lo quitó —respondió— y se lo dio a la hermana de su esposa más joven.

Uhha parecía alicaída. ¿Podría ser que codiciara la pulsera de cobre? Sus ojos escrutaron de cerca a su amiga. Frunció el entrecejo

hasta casi unir las cejas, concentrada en sus pensamientos. De pronto se le iluminó el rostro.

—¡El collar de abalorios que tu padre quitó del cuerpo del guerrero que capturó para el último festín! —exclamó—. ¿No lo habrás perdido?

—No —respondió su amiga—. Está en casa de mi padre. Cuando muelo maíz me estorba y no me lo he puesto.

—¿Puedo verlo? —pidió Uhha—. Iré a buscarlo.

—No; despertarás a Obebe y se enfadará mucho —dijo la hija el jefe.

—No lo despertaré —replicó Uhha, y se arrastró hacia la entrada de la choza.

Su amiga intentó disuadirla.

—Iré a buscarlo en cuanto *baba* haya despertado —dijo a Uhha, pero esta no le prestó atención y gateó con sigilo hasta el interior de la choza. Una vez dentro esperó en silencio hasta que sus ojos se acostumbraron a la penumbra. Obebe yacía despatarrado sobre una estera arrimada a la pared opuesta de la choza. Roncaba sonoramente. Uhha se arrastró hacia él. Se movía como Sheeta, el leopardo. El corazón le latía como un
tam-tam
cuando la danza se halla en su apogeo. Temía que el ruido de sus palpitaciones y de su respiración rápida despertara al jefe, al que temía tanto como al demonio del río; pero Obebe siguió roncando.

Uhha se acercó a él. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la penumbra del interior de la choza. Junto a Obebe, casi oculta bajo su cuerpo, vio la bolsa del jefe. Alargó el brazo con cautela y con mano temblorosa cogió la bolsa. Intentó sacarla de debajo del cuerpo del hombre dormido, que se agitó inquieto. Uhha se retiró, aterrada. Obebe cambió de postura y Uhha creyó que había despertado. De no haber estado paralizada por el terror habría huido precipitadamente, pero por fortuna no podía moverse, y entonces oyó que Obebe reanudaba los ronquidos que había interrumpido; pero había perdido el valor y solo pensaba en escapar de la choza sin que la descubrieran. Lanzó una última mirada asustada al jefe para asegurarse de que aún dormía. Sus ojos se posaron en la bolsa. Obebe se había dado la vuelta y ahora se hallaba al alcance de la mano, libre del peso de su cuerpo.

La chiquilla alargó el brazo, pero retiró la mano con brusquedad. Se volvió. Tenía el corazón en la boca. Se tambaleó, mareada, y luego pensó en el demonio del río y en las posibilidades de una muerte horrible que este tenía en sus manos. De nuevo alargó el brazo para coger la bolsa y esta vez lo consiguió. La abrió apresuradamente y examinó el contenido: allí estaba la llave de latón. La reconoció porque era lo único cuyo fin ella desconocía. La argolla, la cadena y la llave habían sido arrebatadas a un mercader de esclavos árabe al que Obebe había matado y devorado y, como algunos ancianos de su aldea habían lucido cadenas similares en el pasado, no resultaba difícil utilizarlo para sus propósitos cuando la ocasión lo exigía.

Uhha cerró enseguida la bolsa y la volvió a dejar al lado de Obebe. Luego, aferrando la llave en la palma de la mano, se arrastró deprisa hacia la puerta.

Aquella noche, después de que los fuegos para cocinar se habían convertido en ascuas y se extinguían cubiertos con tierra, cuando los súbditos de Obebe se habían retirado a sus respectivas cabañas, Esteban Miranda percibió un movimiento cauto a la entrada de su choza. Escuchó con atención: alguien estaba entrando a rastras. Alguien o algo.

—¿Quién es? —preguntó el español, haciendo esfuerzos para impedir que le temblara la voz.

—¡Silencio! —respondió la intrusa en voz baja—. Soy yo, Uhha, la hija de Khamis, el hechicero. He venido a liberarte para que sepas que tienes una buena amiga en la aldea de Obebe y no nos destruyas.

Miranda sonrió. Su insinuación había dado frutos antes de lo que él se había atrevido a esperar, y era evidente que la muchacha había obedecido su petición de que no contara nada. En este asunto había razonado mal, pero no tenía importancia, ya que su único objetivo en la vida —la libertad— iba a cumplirse. Había advertido a la chiquilla que guardara silencio creyendo que era la manera más segura de difundir el mensaje que él deseaba que se propagara por la aldea, pues estaba seguro de que llegaría a oídos de algunos salvajes supersticiosos con medios para liberarlo.

—¿Y cómo vas a liberarme? —preguntó Miranda.

—¡Mira! —dijo Uhha—. Traigo la llave de la argolla que llevas

al cuello.

—¡Bien! —exclamó el español—. ¿Dónde está? —Uhha se acercó al hombre, se la entregó y se dio la vuelta para marcharse.

—¡Espera! —le pidió el prisionero—. Cuando esté libre debes guiarme hasta la jungla. El que me libere debe hacer esto para ganarse el favor del dios del río.

Uhha tenía miedo, pero no se atrevió a negarse. Miranda hurgó unos minutos en la antigua cerradura hasta que por fin la gastada llave que le había traído la niña cedió. Luego volvió a cerrar el candado y, llevando la llave consigo, se arrastró hacia la entrada.

—Dame armas —susurró a la niña, y Uhha partió a través de las sombras de la calle de la aldea.

Miranda sabía que la niña estaba aterrorizada, pero confiaba en que ese mismo miedo la haría volver junto a él con las armas. No se equivocó, pues apenas habían transcurrido cinco minutos cuando Uhha regresó con un carcaj con flechas, un arco y un gran cuchillo.

—Ahora llévame hasta la puerta de la aldea —ordenó Esteban.

Manteniéndolo lejos de la calle principal, y lo más alejado de las chozas como le era posible, Uhha condujo al fugitivo hacia las puertas de la aldea. La sorprendió un poco que un demonio del río no supiera abrirlas por sí mismo, pues creía que ellos lo sabían todo; pero hizo lo que el hombre le pedía, le enseñó cómo retirar la gran barra y le ayudó a empujar las puertas para abrirlas lo suficiente para pasar. Detrás de ellas se extendía el claro que conducía al río, y a ambos lados se elevaban los gigantes de la jungla. Reinaba la oscuridad y Esteban Miranda descubrió de pronto que su recién hallada libertad tenía sus inconvenientes: avanzar en solitario por la noche en la oscura y misteriosa jungla lo llenaba de un vago temor.

Uhha se retiró de las puertas. Había cumplido su parte y salvado a la aldea de la destrucción. Ahora deseaba cerrarlas y regresar enseguida a la choza de su padre para acostarse, temblando de excitación y de terror ante la mañana… que revelaría a la aldea la huida del demonio del río.

Esteban la cogió del brazo.

—Ven —dijo— a recibir tu recompensa.

Uhha dio un tirón para apartarse.

—¡Suéltame! —exclamó—. Tengo miedo.

Pero también Esteban tenía miedo, y había decidido que la compañía de aquella niña negra sería mejor que no disponer de ninguna en las profundidades de la solitaria jungla. Posiblemente cuando amaneciera le dejaría regresar con su gente, pero esa noche Esteban sentía escalofríos solo de pensar en penetrar en la jungla sin compañía humana.

Uhha intentó liberarse de la mano de Esteban. Forcejeó como una pequeña leona y habría alzado la voz para lanzar un grito salvaje pidiendo ayuda si Miranda, de pronto, no le hubiera tapado la boca con la mano para después levantarla en vilo y correr velozmente por el claro hasta desaparecer en la jungla.

Detrás de ellos los guerreros de Obebe el caníbal dormían en pacífica ignorancia de la súbita tragedia que acaba de sufrir la pequeña Uhha, y ante ellos, en la lejana jungla, un león lanzó un rugido atronador.

CAPÍTULO II

TRES personas salieron del porche del bungaló africano de lord Greystoke y enfilaron con paso lento el sendero bordeado de rosales que trazaba una elegante curva en los terrenos bien cuidados, aunque sin pretensiones, que rodeaban la casa de una sola planta del hombre-mono. Eran dos hombres y una mujer, todos ellos vestidos de caqui; el de más edad llevaba casco de aviador y unas gafas de vuelo en una mano. Sonreía en silencio mientras escuchaba al hombre más joven.

—No lo harías si madre estuviera aquí —dijo este último—; ella nunca te lo permitiría.

—Me temo que tienes razón, hijo —respondió Tarzán—, pero efectuaré este viaje solo, y te prometo que no volveré a volar hasta que ella regrese. Tú mismo has dicho que soy un alumno apto y que, si fueras instructor, confiarías plenamente en mí después de haber dicho que soy absolutamente competente para pilotar solo. ¿Eh, Meriem? ¿No es cierto? —preguntó a la mujer.

Ella hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Siempre temo por ti, *mon père* —respondió ella—. Corres tantos riesgos que parece que te consideres inmortal. Deberías tener más cuidado.

El hombre más joven pasó un brazo sobre los hombres de su esposa.

—Meriem tiene razón —dijo—: deberías tener más cuidado, padre.

Tarzán se encogió de hombros.

—Si os hubiera hecho caso a ti y a tu madre, hace tiempo que mis nervios y mis músculos se habrían atrofiado. Me fueron dados

para que los utilizara y tengo intención de utilizarlos… con discreción. No cabe duda de que pronto seré viejo e inútil, y durante mucho tiempo.

De pronto del bungaló salió un niño, perseguido por una institutriz sudorosa, y corrió a ponerse al lado de Meriem.

—Mami —dijo—. ¿*Dackie Doe*? ¿*Dackie doe*?

—Déjale que venga —declaró Tarzán.

—¡Bien! —exclamó el niño, volviéndose con aire de triunfo hacia la institutriz—. ¡*Dacke do doe yalk*!

En la llanura que se extendía desde el bungaló hasta la distante jungla, cuyas verdes masas y profundas sombras apenas se distinguían al noroeste, se encontraba un biplano. A su sombra se hallaban recostados dos guerreros waziri a los que Korak, el hijo de Tarzán, había enseñado mecánica y a pilotar el aparato, hecho que no había carecido de peso en la decisión de Tarzán de los Monos de perfeccionarse en el arte del vuelo, ya que, como jefe de los waziri, no estaba bien que los guerreros de inferior categoría fueran mejores que él en ningún aspecto. Tarzán se ajustó el casco y las gafas y subió a la cabina.

—Será mejor que me lleves contigo —aconsejó Korak.

Tarzán negó con la cabeza y sonrió con afabilidad.

—Entonces, llévate a uno de los muchachos —insistió su hijo—. Podrías tener algún problema y verte obligado a efectuar un aterrizaje forzoso, y si no va contigo ningún mecánico para hacer reparaciones, ¿qué harás?

—Andar —respondió el hombre-mono—. ¡Dale la vuelta, Andua! —ordenó a uno de los negros.

Unos instantes después el aparato avanzaba dando tumbos por la sabana, desde la que se elevó directamente en un vuelo suave y fácil. Trazó un círculo para ganar altitud y luego se alejó a gran velocidad, mientras los seis que habían quedado en tierra aguzaban los ojos hasta que la oscilante mancha desapareció por completo de su vista.

—¿Adónde supones que va? —preguntó Meriem.

Korak hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Supongo que no va a ningún sitio en concreto —respondió—; simplemente quiere hacer solo su primer vuelo de prácticas. Pero conociéndolo como lo conozco, no me sorprendería que se le

hubiera metido en la cabeza ir hasta Londres a ver a mi madre.

—¡Pero tal vez no llegue nunca! —exclamó Meriem.

—Ningún hombre corriente llegaría, con la poca experiencia que él tiene; pero tendrás que admitir que papá no es un hombre corriente.

Durante hora y media Tarzán voló sin alterar el rumbo y sin darse cuenta del paso del tiempo o de la gran distancia que había cubierto, complacido como estaba con la facilidad con la que controlaba el aparato y con ese nuevo poder que le daba la libertad y la movilidad de los pájaros, los únicos habitantes de su amada jungla a los que alguna vez había envidiado.

Entonces distinguió al frente una gran cuenca, o lo que estaría mejor descrito como una serie de cuencas rodeadas de colinas boscosas, y enseguida reconoció a la izquierda el sinuoso Ugogo; pero la región de las cuencas era nueva para él y estaba desconcertado. Reconoció al mismo tiempo otro hecho: que se hallaba a más de ciento sesenta kilómetros de casa. Decidió regresar enseguida, pero el misterio de las cuencas lo tentaba, no podía regresar sin verlas más de cerca. ¿Por qué nunca había dado con aquella zona en sus muchos desplazamientos? ¿Por qué ni siquiera había oído hablar de ella a los nativos que vivían en zonas desde las que se podía acceder fácilmente? Descendió un poco para inspeccionar mejor las cuencas, que ahora le parecieron una serie de cráteres poco profundos de volcanes extinguidos mucho tiempo atrás. Vio bosques, lagos y ríos, cuya existencia ni siquiera había soñado, y luego, de pronto, descubrió una solución al aparente misterio de que existiera, en un país que él conocía bien, una extensión muy grande que tanto él como los nativos de la región que la rodeaba desconocían por completo. Entonces lo reconoció: era el llamado Gran Bosque de Espinos. Durante años había conocido aquella impenetrable jungla que, según se suponía, cubría una amplia zona de territorio en la que solo los animales más pequeños podían aventurarse. Mientras la sobrevolaba, vio que no era más que una franja relativamente estrecha que rodeaba una región habitable de aspecto agradable; pero era una franja tan cruelmente peligrosa que había protegido de los ojos del hombre el secreto que contenía.

Tarzán decidió rodear la misteriosa tierra que había

permanecido oculta durante tanto tiempo antes de poner rumbo a su casa y, para obtener una vista mejor, se aproximó a tierra. Abajo había un gran bosque y detrás, una sabana abierta que acababa al pie de unas colinas rocosas y escarpadas. Se dio cuenta de que, absorto como había estado en el extraño paisaje, había dejado que el avión descendiera demasiado. Coincidiendo con ello, y antes de que pudiera mover el control, el aparato rozó la frondosa corona de algún antiguo monarca de la jungla, viró, cambió de dirección completamente y se estrelló contra el follaje entre los crujidos y chasquidos de las ramas que se rompían y las astillas que saltaban de su madera. Este ruido solo duró un segundo; luego no hubo más que silencio.

En un sendero forestal caminaba con los hombros caídos una criatura poderosa, de atributos físicos parecidos a los del hombre, aunque vagamente inhumana; un gran bruto que andaba erguido sobre dos pies y llevaba un garrote en su mano callosa. El pelo largo, desaliñado, le caía sobre los hombros, y tenía vello en el pecho y un poco en los brazos y piernas, aunque no más del que se encuentra en muchos varones de razas civilizadas. Una tira de cuero en torno a la cintura sujetaba los extremos de un estrecho taparrabo, así como numerosas hebras de cuero crudo de cuyos extremos colgaban piedras redondas de cuatro o cinco centímetros de diámetro. Cerca de cada piedra llevaba atadas varias plumas pequeñas, en su mayor parte de tonos vivos. Las hebras que sujetaban las piedras iban unidas al cinturón a intervalos de cuatro o cinco centímetros y medían unos cuarenta y cinco centímetros de largo; el conjunto formaba un armazón de falda, con bordes de piedras redondas y plumas que le llegaban casi hasta la rodilla. Sus grandes pies iban descalzos y su piel blanca era de un tono marrón claro debido a su exposición a la intemperie. La ilusión de gran tamaño la producía más la robustez de los hombros y el desarrollo de los músculos de la espalda y los brazos que la altura, aunque la criatura medía cerca de un metro ochenta. Su rostro era grande, de nariz ancha, boca amplia y labios gruesos; tenía los ojos de tamaño normal, bajo unas cejas pobladas y negras, sobre las cuales la frente era ancha y baja. Al andar agitaba las orejas, grandes y planas, y de vez en cuando sacudían porciones de piel de diversas partes de la cabeza y cuerpo para ahuyentar las moscas, como hacen los

caballos con los músculos de las ijadas.

Se movía en silencio, con los ojos oscuros constantemente alerta, mientras que las orejas abandonaban a menudo su aleteo cuando la mujer se esforzaba por oír los ruidos de alguna presa o algún enemigo.

De pronto se detuvo con las orejas gachas y las ventanas de la nariz abiertas, y se puso a olfatear el aire. Algún perfume o ruido que nuestros órganos sensoriales atrofiados no habrían percibido le había llamado la atención. Avanzó con cautela por el sendero hasta que, en un recodo, vio ante ella una figura de bruces en el camino. Era Tarzán de los Monos; yacía inconsciente y los restos de su avión siniestrado descansaban entre las ramas del gran árbol que había provocado su caída.

La mujer asió el garrote con más fuerza y se aproximó. Su expresión reflejaba el asombro que el descubrimiento de esta extraña criatura había engendrado en su mente elemental, pero no daba muestras de tener miedo. Se acercó directamente al hombre postrado, con el garrote listo para golpear; pero algo le detuvo la mano. Se arrodilló a su lado y examinó la ropa que llevaba. Lo volvió de espaldas y acercó el oído a su corazón. Entonces hurgó en la pechera de su camisa unos instantes y con un rápido movimiento la cogió con las dos manos y la desgarró. Volvió a escuchar, esta vez con la oreja pegada a la piel desnuda de Tarzán. Se levantó y miró alrededor, olisqueando el aire y aguzando el oído; luego se inclinó, cogió el cuerpo del hombre-mono, se lo echó como si no pesara nada sobre uno de sus anchos hombros y siguió por el sendero en la misma dirección que antes. La sinuosa senda salía de la sombra tupida de la jungla para ir a parar a una superficie despejada, como un parque, de tierra ondulada que se extendía al pie de las rocosas colinas, las cruzaba y desaparecía en la entrada de una estrecha garganta, cuya piedra arenisca había sido erosionada caprichosamente por los elementos climatológicos y mostraba la original arquitectura de un sueño, entre cuyas grotescas cúpulas y rocas en miniatura la mujer acarreaba su carga.

A unos ochocientos metros de la entrada de la garganta, el sendero penetraba en un anfiteatro toscamente circular, cuyas escarpadas paredes estaban perforadas con numerosas bocas de cueva ante las que se agazapaban unas criaturas similares a la que

había llevado a Tarzán a ese ambiente extraño y salvaje.

Cuando entró en el anfiteatro, todos los ojos se posaron en ella, pues sus orejas, grandes y sensibles, habían advertido su llegada mucho antes de que se hallara al alcance de la vista. En cuanto vieron a la mujer y su carga, varias figuras se levantaron y fueron a su encuentro. Estas, todas hembras, eran similares en físico y escasa vestimenta a la capturadora del hombre-mono, aunque diferían en proporciones y fisonomía igual que los individuos de todas las razas difieren de sus compañeros. No pronunciaron ni una palabra ni emitieron sonido alguno, y tampoco lo hizo aquella a la que se aproximaban, mientras avanzaba en línea recta hacia la boca de una de las cuevas, pero agarró su porra con firmeza y la balanceó hacia delante y hacia atrás mientras sus ojos, bajo las cejas fruncidas, mantenían una hosca vigilancia de todo movimiento de sus congéneres.

Había llegado cerca de la cueva que era a todas luces su destino, cuando una de las que la habían seguido se abalanzó de pronto sobre ella y se aferró a Tarzán. Con la rapidez de un felino, la mujer soltó su carga, se volvió hacia la temeraria criatura haciendo oscilar su cachiporra con la celeridad del rayo y dejó caer un fuerte golpe en la cabeza de la otra, y luego, a horcajadas sobre el postrado Tarzán, miró con ojos furiosos alrededor, como una leona, preguntando sin palabras quién más tenía la intención de arrebatarle su presa; pero las otras se retiraron a sus respectivas cuevas y dejaron al vencido tumbado, inconsciente, en la caliente arena. La vencedora se echó su carga al hombro, sin que nadie la atacara, y siguió caminando hacia la cueva, donde lo dejó en el suelo sin ceremonia alguna, en la sombra de la entrada, y se agachó a su lado, de cara al exterior de forma que ninguna de sus compañeras la pillara por sorpresa, para examinar su hallazgo con detalle. La ropa de Tarzán le despertaba curiosidad o le provocaba disgusto, pues casi de inmediato empezó a desnudarlo. Como no tenía experiencia con los botones y hebillas, se los arrancó por la fuerza. Las fuertes botas de cuero le preocuparon unos instantes, pero por fin las costuras cedieron a sus poderosos músculos.

Solo dejó intacto el medallón de oro con diamantes incrustados que había pertenecido a la madre de Tarzán y que llevaba colgado de una cadena de oro al cuello.

Lo contempló unos instantes y, luego, se levantó y se lo echó de nuevo al hombro; salió y se dirigió hacia el centro del anfiteatro, ocupado en su mayor parte por edificios bajos construidos con grandes bloques de piedra, que habían sido colocados de canto para formar las paredes mientras que otros, colocados sobre estos, constituían los tejados. Los dos extremos estaban unidos y, a intervalos regulares, había unas alas que se adentraban en el anfiteatro y cerraban el ovalado terreno al aire libre que formaba un gran patio.

Las diversas entradas exteriores a los edificios estaban cerradas con dos bloques de piedra. Uno de ellos, colocado de canto, cubría la abertura, mientras que el otro, apoyado contra el primero por fuera, lo mantenía en su lugar contra los esfuerzos para apartarlo que pudieran realizarse desde el interior del edificio.

La mujer llevó a una de estas entradas a su cautivo, que seguía inconsciente. Lo dejó en el suelo, apartó los bloques de piedra que cerraban abertura y lo arrastró al lúgubre interior, donde depositó en el suelo. Batió palmas tres veces con fuerza, lo que hizo que entraran en la habitación seis o siete niños de ambos sexos, cuyas edades iban de un año a dieciséis o diecisiete. El más joven de ellos caminaba con facilidad y parecía tan capaz de cuidar de sí mismo como los jóvenes de la mayoría de órdenes inferiores a una edad similar. Las muchachas, incluso las más jóvenes, iban armadas con palos, pero los niños no llevaban armas ni de ataque ni de defensa. Al verlos, la mujer señaló a Tarzán, se golpeó la cabeza con los puños apretados y se señaló a sí misma, tocándose el pecho varias veces con el pulgar calloso. Hizo otros movimientos con las manos, de significado tan claro que cualquiera que desconociera por completo su lenguaje de signos casi habría adivinado su propósito; luego, se volvió y salió del edificio, colocó de nuevo las piedras ante la entrada y se dirigió a su cueva, pasando, al parecer sin llamar la atención, junto a la mujer a la que poco antes había golpeado y que ahora estaba recobrando el conocimiento rápidamente.

Cuando se sentó ante la boca de la cueva, su víctima se irguió de pronto, se frotó la cabeza unos instantes y, después de mirar alrededor con aire embotado, se puso en pie con vacilación. Se tambaleó unos instantes, pero logró controlarse y echando una mirada a la autora del daño, se alejó en dirección a su propia cueva.

Antes de llegas allí, un ruido de pasos que se aproximaban llamó su atención y la de los demás miembros de esta extraña comunidad, o al menos la de todos los que se encontraban al aire libre. Se detuvo en seco irguió sus grandes orejas y escuchó, con los ojos dirigidos hacia el sendero que ascendía desde el valle. Los otros observaban y escuchaban de forma similar, y un instante después su vigilia fue recompensada con la visión de otra criatura de su especie que apareció en la entrada del anfiteatro. Este era una criatura enorme, más grande incluso que la que había capturado al hombre-mono —más robusta y más fuerte, aunque poco más alta—, que acarreaba sobre un hombro el cuerpo de un antílope y sobre el otro el de una criatura que podía ser medio humana y medio bestia, aunque, no parecía del todo ni una cosa ni la otra.

El antílope estaba muerto, pero no la otra criatura. Esta se retorcía débilmente —sus inútiles movimientos no podían calificarse de forcejeos— mientras colgaba, con el torso sobre el moreno hombro desnudo de su capturadora y los brazos y piernas fláccidos delante y detrás, semiinconsciente o sumido en la parálisis provocada por el miedo.

La mujer que había llevado a Tarzán al anfiteatro se levantó y se situó ante la entrada de su cueva. Tendremos que llamarla la Primera Mujer, pues no tenía nombre; en las confusas circunvalaciones de su inactivo cerebro nunca había sentido siquiera la necesidad de una apelación específica que la distinguiera, y lo mismo sucedía entre sus congéneres. Así que, para diferenciarla del resto, la llamaremos la Primera Mujer y, de forma similar conoceremos a la criatura a la que había derribado con su porra como la Segunda Mujer, y a la que entró entonces en el anfiteatro con una persa el cada hombro como la Tercera Mujer. Así pues, la Primera mujer se levantó, con los ojos fijos en la recién llegada y las orejas erguidas. También la Segunda Mujer y todas las que estaban a la vista si pusieron en pie y se quedaron mirando a la Tercera Mujer, que avanzaba con su carga, observando con los ojos alerta a las amenazadoras figuras de sus compañeras. Esta Tercera Mujer era muy corpulenta, de modo que las otras se limitaron a mirar la durante un rato, tras el cual la Primera Mujer dio un paso al frente, se volvió para echar una mirada, a la Segunda Mujer y dio otro paso; se detuvo y volvió a mirar a la Segunda Mujer, y esta vez

se señaló a sí misma primero, después a la Segunda Mujer y después a la Tercera Mujer, que ahora había acelerado el paso en dirección a su cueva, pues había captado la actitud amenazadora de la Primer Mujer. La Segunda Mujer también lo comprendió y avanzó entonces con la Primera Mujer. No se pronunció ni una palabra, no salió ningún sonido di aquellos labios salvajes, que nunca se habían separado para formar una sonrisa, que nunca habían conocido la risa ni nunca la conocerían.

Mientras las dos se acercaban a ella, la Tercera Mujer dejó el botín a sus pies, asió con más fuerza la porra y se preparó para defender sus derechos. Las otras, blandiendo sus propias armas, la atacaron. Las mujeres restantes se limitaban a observar; sus manos, quizá por alguna antigua costumbre tribal que calibraba el número de atacantes por la cantidad del botín, se quedaron quietas y concedieron el derecho de pelear a quien había iniciado el ataque. Así, cuando la Primera Mujer había sido atacada por la Segunda Mujer, las otras se habían mantenido a distancia, pues había sido la Segunda Mujer la que había avanzado en primer lugar para tratar de apoderarse de Tarzán. Y cuando la Tercera Mujer llegó con dos trofeos, puesto que la Primera Mujer y la Segunda Mujer se habían adelantado para ir a su encuentro, las otras se quedaron al margen.

En el enfrentamiento de las tres mujeres parecía inevitable la derrota de la Tercera Mujer bajo las porras de las otras dos. Sin embargo, esquivó ambos golpes con la habilidad y la celeridad de un esgrimidor experto y, entrando rápidamente en la abertura, descargó un golpe en la cabeza de la Primera Mujer que la dejó tendida e inmóvil en el suelo, donde se formó un pequeño charco de sangre y sesos que daba fe de la fuerza terrible que tenía la que manejaba la porra al tiempo que indicaba la salvaje defunción de la Primera Mujer, que no fue llorada por nadie.

La Tercera Mujer pudo entonces dedicar toda su atención a la Segunda Mujer, pero esta, al ver el destino de su compañera, no aguardó para seguir discutiendo el asunto y, en lugar de quedarse para proseguir la pelea, se dio media vuelta y corrió a su cueva. Mientras, la criatura a la que la Tercera Mujer había acarreado junto con el cadáver del antílope, creyendo al parecer que tenía una posibilidad de escapar mientras su capturadora se ocupaba de sus asaltantes, empezó a arrastrarse con sigilo, alejándose en la

dirección contraria. Su intento habría podido tener éxito si la pelea hubiera durado más tiempo; pero la habilidad y ferocidad de la Tercer Mujer había zanjado el asunto en cuestión de segundos y, cuando se dio la vuelta y vio que una parte de su presa intentaba escapar, se precipitó tras ella. Mientras lo hacía, la Segunda Mujer se dio la vuelta y echó a correr para apoderarse del antílope, al tiempo que la figura fugitiva que iba a ras tras se ponía en pie de un salto y echaba a corre velozmente por el sendero que cruzaba la boca de anfiteatro para ir hacia el valle.

Cuando la cosa se puso en pie se hizo evidente que se trataba de un hombre o, al menos, de un macho de la misma especie que las mujeres de este raza peculiar, aunque mucho más bajo y de complexión proporcionalmente más liviana. Medía alrededor de metro y medio, tenía pelo hirsuto sobre el labio superior y la barbilla, la frente mucho más baja que la de las mujeres y los ojos más juntos. Sus piernas eran mucho más largas y esbeltas que las de aquellas, que parecían haber sido creadas para tener más fuerza que velocidad. Desde el principio se hizo evidente que la Tercera Mujer no tenía esperanzas de alcanzar a la presa que huía, y entonces se vio la utilidad de la extraña falda hecha de correas, piedras y plumas. Cogió una de las correas y la desprendió con gran agilidad del cinto que las sujetaba a su cadera, la sostuvo por el extremo entre el pulgar y el índice y la hizo girar rápidamente en un plano vertical hasta que la piedra con plumas de la punta ganó velocidad; entonces soltó la correa. El proyectil avanzó como una flecha hacia el fugitivo; la piedra, del tamaño de una nuez inglesa, golpeó al hombre en la parte posterior de la cabeza y le hizo caer al suelo, inconsciente. Entonces la Tercera Mujer se volvió a la Segunda Mujer, que para entonces ya se había apoderado del antílope y, blandiendo su porra, se acercó a ella con aire amenazador. La Segunda Mujer, que poseía más valor que sensatez, se preparó para defender la carne que había robado y adoptó una actitud firme, con la porra preparada. Cuando la Tercera Mujer, una verdadera montaña de músculos, llegó junto a ella, la Segunda Mujer la recibió blandiendo la porra en actitud amenazadora, pero el golpe que le propinó su poderosa adversaria fue tan fuerte que su arma, astillada, le fue arrebatada de las manos y se encontró a merced de la criatura a la que había querido robar. Era evidente que, sabía

muy bien qué clemencia cabía esperar de ella. No pensaba arrodillarse en actitud de súplica. En cambio, se arrancó un puñado de piedras del cinto en un vano intento por defenderse. ¡Futilidad de futilidades! La enorme y destructora cachiporra, que ni siquiera se había detenido, sino que oscilaba trazando un gran círculo, cayó sobre el cráneo de la Segunda Mujer y lo aplastó.

La Tercera Mujer se paró y miró alrededor con aire interrogador, como preguntando: «¿Alguien más quiere quitarme mi antilope o mi hombre? Si es así, que dé un paso al frente». Pero nadie aceptó el reto y entonces la mujer se dio media vuelta y se dirigió de nuevo hacia el hombre postrado. Tiró de él con brusquedad para que se pusiera en pie y lo zarandeó. Estaba recobrando el conocimiento poco a poco y trató de mantenerse en pie. Sin embargo, sus esfuerzos fracasaron; ella se lo cargó al hombro de nuevo y volvió junto al antilope muerto, se lo echó al otro hombro y siguió el camino que le habían interrumpido hacia su cueva, donde descargó las dos presas en el suelo sin ceremonia alguna. Allí, en la boca de la cueva, hizo una hoguera, moviendo con pericia un palo encendido entre la seca leña menuda dispuesta en un trozo de madera ahuecada; luego, cortó generosas tiras de carne del antílope y comió con voracidad. Mientras estaba ocupada en esta tarea, el hombre volvió en sí, se incorporó y miró alrededor, confuso. Entonces su olfato percibió el aroma de la carne que se cocía y la señaló. La mujer le tendió el tosco cuchillo de piedra que había tirado al suelo de la cueva e hizo gestos hacia la carne. El hombre cogió la herramienta y asó una generosa ración sobre el fuego. Medio quemada y medio cruda estaba cuando se la comió con aparente deleite, y mientras comía la mujer siguió sentada observándolo. No es que fuera una gran cosa que mirar, pero tal vez ella lo consideraba apuesto. A diferencia de las mujeres, que no llevaban adornos, el hombre lucía brazaletes en los brazos y en los tobillos, así como un collar hecho de dientes y guijarros, mientras que en el pelo, que llevaba atado formando un pequeño moño sobre la frente, estaban clavadas varias agujas de madera de unos veinticinco o treinta centímetros de largo, que sobresalían en diversas direcciones en un plano horizontal.

Cuando el hombre hubo comido hasta estar ahíto, la mujer se levantó, lo agarró del pelo y lo arrastró hacia el interior de la cueva.

Él la arañó y la mordió, tratando de escapar, pero no podía competir con su capturadora.

En el suelo del anfiteatro, delante de las entradas de las cuevas, yacían los cuerpos de la Primera Mujer y de la Segunda Mujer, y sobre ellos volaba en círculos una bandada de carroñeros del cielo. Ska, el buitre, siempre era el primero en llegar al festín.

CAPÍTULO III

EN EL oscuro interior de la extraña cámara rocosa donde había sido depositado con tanta rudeza, Tarzán se convirtió de inmediato en el centro de interés de los varios alali jóvenes que se agolparon en torno a él. Lo examinaron atentamente, le dieron la vuelta, lo tocaron, lo pellizcaron y por fin uno de los jóvenes machos, atraído por el medallón de oro, se lo arrancó del cuello y se lo puso en el suyo. Inferiores quizás en el orden de la evolución humana, nada retenía su interés durante mucho rato, por le que pronto se cansaron de él y salieron en tropel al soleado patio, dejando que el hombre-mono recobrara el conocimiento como mejor pudiera o no lo recobrara en absoluto. Lo que hiciera les era indiferente. Por fortuna para el Señor de la Jungla, la caída a través de la cubierta del bosque había sido amortiguada por la presencia casual de ramas blandas en su camino de descenso, con la feliz consecuencia de que solo sufría una ligera conmoción cerebral. Empezaba a volver en sí poco a poco, y no mucho después de que los jóvenes alali lo hubieran dejado abrió los ojos, los movió con torpeza para inspeccionar el sombrío interior de su cárcel y volvió a cerrarlos. Su respiración era normal y cuando volvió a abrir los ojos tuvo la sensación de haber emergido de un sueño profundo y natural, y lo único que le recordaba su accidente era un dolor de cabeza sordo.

Se incorporó y miró alrededor, mientras sus ojos se acostumbraban a la poca luz de la cámara. Se encontraba en un tosco refugio construido con grandes bloques de roca. Una sola abertura conducía a lo que daba la impresión de ser otra cámara similar, cuyo interior, sin embargo, estaba mucho más iluminado. Muy despacio se puso en pie y se dirigió a la abertura. Al otro lado

de la segunda cámara había otra puerta que daba acceso al aire fresco y al sol. Salvo por los sucios montones de hierba muerta que había en el suelo, las dos habitaciones estaban desprovistas de muebles y de cualquier cosa que sugiriera que se trataba de lugares utilizados como morada para seres humanos. Se acercó a la segunda puerta y vio que se abría a un estrecho patio rodeado de grandes bloques de piedra a modo de muros, cuyos extremos inferiores, incrustados en el suelo, los mantenían erectos. Allí vio a los jóvenes alali en cuclillas, algunos al sol, otros en la sombra. Tarzán los miró con evidente asombro. ¿Qué eran? ¿Qué era aquel lugar en el que se encontraba, a todas luces, encarcelado? ¿Aquellos eran sus guardianes o también eran prisioneros? ¿Cómo había llegado hasta allí?

Se pasó los dedos por la mata de pelo negro en un gesto de perplejidad y meneó la cabeza. Recordó el lamentable foral del vuelo; incluso recordaba haber caído sobre el follaje del gran árbol; pero después, todo estaba negro. Examinó por unos instantes a los alali, que eran ajenos a su presencia o al hecho de que los estaba observando, y luego salió al patio con osadía, como un león intrépido que hace caso omiso de la presencia de chacales.

Ellos lo vieron de inmediato, se levantaron y se agolparon en torno a él; las niñas apartaban a empujones a los niños y se acercaban con atrevimiento. Tarzán les habló, primero en un dialecto nativo y después en otro, pero al parecer no lo entendían, pues no dieron ninguna respuesta. Entonces, como último recurso, se dirigió a ellos en el lenguaje primitivo de los grandes simios, el lenguaje de Manu el mono, el primer lenguaje que Tarzán había aprendido cuando, de niño, mamaba del peludo pecho de Kala, la simia, y escuchaba los sonidos guturales de los miembros salvajes de la tribu de Kerchak; pero sus oyentes tampoco le respondieron. Al menos no lo hicieron de un modo audible, aunque movieron las manos, los hombros y el cuerpo, y sacudieron la cabeza en lo que el hombre-mono enseguida reconoció como una especie de lenguaje de signos, pero no emitieron ningún sonido vocal que indicara que se comunicaban entre sí por medio del habla. Entonces perdieron de nuevo el interés por el recién llegado y reanudaron su indolente haraganeo junto a los muros del patio mientras Tarzán paseaba de un lado a otro, buscando con su aguzada mirada cualquier vía de

escape que pudiera existir, y la vio en la altura de las paredes, a cuya parte superior estaba seguro de llegar con los dedos extendidos si daba un buen salto tomando carrera. Pero debía esperar a que la oscuridad lo protegiera de los que se hallaban en el interior del recinto y de los del exterior. Y a medida que se acercaba el anochecer, las acciones de los otros ocupantes del patio se alteraron perceptiblemente; paseaban de un lado a otro, pasando sin cesar por delante de la entrada que había en el fondo del patio. De vez en cuando entraban en la primera habitación y, a menudo, en la segunda, donde se paraban a escuchar por unos instantes ante el gran bloque de piedra que cerraba la abertura exterior; luego regresaban al patio y volvían, incansables, a sus paseos. Por fin, uno dio una patada en el suelo y los otros lo imitaron hasta que, con una cadencia regular, los golpes que daban con sus pies desnudos tuvieron que ser oídos a cierta distancia tras los confines de su estrecho patio carcelario.

Fuera cual fuese la intención de este procedimiento, aparentemente no dio ningún resultado, y una de las niñas, con el rostro contraído de ira, apretó la porra que tenía entre las manos, se acercó a una de las paredes y se puso a golpear con violencia uno de sus grandes bloques de piedra. Al instante las otras niñas siguieron su ejemplo, mientras que los jóvenes machos seguían marcando el ritmo con los talones.

Tarzán estuvo desconcertado por un momento, sin encontrar explicación a esta conducta; pero su propio estómago por fin le sugirió una respuesta: las criaturas estaban hambrientas e intentaban llamar la atención de sus carceleros; y el método que empleaban para hacerlo sugería otra cosa, algo de lo que su breve experiencia con ellos ya le había convencido: aquellas criaturas carecían de habla; quizás eran completamente mudas.

La niña que había empezado a dar golpes en la pared se detuvo de pronto y señaló a Tarzán. Los otros miraron a ambos alternativamente, y ella señaló su porra y después a Tarzán otra vez, tras lo cual efectuó una pequeña pantomima, muy rápida, muy breve, pero no obstante muy realista, que describía la porra cayendo sobre la cabeza de Tarzán, tras lo cual la ejecutante, ayudada por sus compañeros, devoraba al hombre-mono. Las porras dejaron de golpear la pared y los talones no volvieron a hacer ruido

contra el suelo; la asamblea estaba interesada en la nueva sugerencia. Todos miraron a Tarzán con expresión hambrienta. La madre que debería haberles llevado comida, la Primera Mujer, había muerto. Ellos no lo sabían; lo único que sabían era que tenían hambre y que la Primera Mujer no les había llevado comida desde el día anterior. No eran caníbales; solo en las últimas fases del hambre se devorarían unos a otros, como se sabía que habían hecho marineros náufragos de otras razas. Sin embargo, no contemplaban al extraño como a uno de su propia especie. Era tan diferente de ellos como algunas de las otras criaturas que la Primera Mujer les había llevado para que se alimentaran. No era peor conducta devorarlo a él de lo que habría sido devorar un antílope. Sin embargo, esta idea no se les habría ocurrido a la mayoría de ellos; la niña mayor se lo había sugerido. A esta tampoco se le habría ocurrido si hubiera habido otra comida, porque sabía que no lo habían llevado allí con ese fin; lo habían traído como compañero de la Primera Mujer, que en común con las otras mujeres de esta primitiva raza cazaba un nuevo compañero en cada estación entre los bosques y junglas, donde los tímidos machos vivían en solitario salvo las pocas semanas que permanecían cautivos en los corrales de piedra del sexo dominante, donde eran tratados con gran brutalidad y desprecio incluso por los hijos de su esposa temporal.

Raramente lograban escapar, aunque al final eran liberados, ya que era más fácil cazar un compañero nuevo para la siguiente estación que alimentar a uno en cautividad durante un año entero. No había nada que se pareciera al amor en las relaciones familiares de estos salvajes. Los jóvenes, concebidos sin amor, desconocían a su propio padre; no se tenían el más elemental afecto entre sí ni lo sentían hacia ningún otro ser vivo. Un cierto vínculo los ataba a sus respectivas madres salvajes, en cuyos pechos se amamantaban durante unos meses y a las que se acercaban para obtener comida hasta que estaban suficientemente desarrollados para salir a la selva y matar sus propias presas o procurarse cualquier otro alimento que la generosa Naturaleza les proporcionara.

Entre los quince y los diecisiete años los jóvenes machos eran liberados y perseguidos por la selva, tras lo cual su madre no los distinguía de cualquier otro macho; a una edad similar, las hembras eran llevadas a la cueva materna, donde vivían de la caza diaria en

compañía de su madre, hasta que conseguían capturar a su primer compañero. Cuando esto ocurría se iban a vivir a otra cueva y el vínculo entre madre e hija se cortaba tan limpiamente como si nunca hubiera existido. En la siguiente estación podían rivalizar por el mismo hombre o en cualquier momento pelear a muerte por los frutos de la caza.

El edificio de los refugios y corrales de piedra en los que se encerraba a los niños y los machos era la única actividad comunitaria que emprendían las mujeres. Estaban obligadas a hacer este trabajo solas, ya que los hombres habrían aprovechado la primera oportunidad para escapar a la jungla si los hubieran sacado de los corrales para participar en la construcción, mientras que los niños sin duda habrían hecho lo mismo en cuanto hubieran sido lo bastante fuertes para servir de ayuda. Pero las grandes hembras eran capaces de efectuar solas sus titánicas tareas.

Por fortuna para ellas, raras veces era necesario ampliar los refugios y corrales ya construidos, ya que el elevado índice de mortalidad entre las hembras normalmente dejaba gran cantidad de recintos vacíos para las niñas que maduraban. Los celos, la codicia, los peligros de la caza, las víctimas de las guerras entre tribus, todo ello se cobraba un precio entre las hembras adultas. Incluso el despreciado macho mataba a veces a su capturadora en su lucha por la libertad.

La espantosa vida del alalus era consecuencia natural de la inversión innatural del sexo dominante. Es competencia del macho iniciar el amor y, con su dominio, inspirar primero respeto y después admiración en el pecho de la hembra a la que intenta atraer. El amor se desarrolla por sí mismo después de estas otras emociones. La creciente superioridad del alalus hembra sobre el macho impedía que se despertaran las emociones de respeto y de admiración hacia el macho, con la consecuencia de que jamás aparecía el amor.

Como no tenía amor por su compañero y se había convertido en un bruto más poderoso, la salvaje mujer alalus pronto empezó a tratar a los miembros del sexo opuesto con desprecio y brutalidad. El poder, o al menos el deseo, de iniciar el amor dejó de existir en el corazón del macho, que no podía amar a la criatura a la que temía y odiaba. No podía respetar o admirar a las criaturas asexuadas en

que las mujeres alali se habían convertido, y por eso huyó a la jungla, donde las dominantes mujeres lo perseguían para que su raza no desapareciera de la tierra.

Era a la descendencia de estas criaturas salvajes y pervertidas a lo que se enfrentaba Tarzán, plenamente consciente de sus intenciones caníbales. Al principio los machos no lo atacaron, sino que se dispusieron a recoger hierba seca y trocitos de madera de una de las cámaras cubiertas. Mientras, las tres niñas, entre las que había una de apenas siete años de edad, se aproximaban cautelosamente al hombre-mono, con la porra a punto, prepararon una fogata sobre la que esperaban cocer pronto jugosos pedazos de la extraña criatura que su peluda madre les había traído.

Uno de los machos, un muchacho de dieciséis años, se quedó atrás haciendo gestos nerviosos con las manos, la cabeza y el cuerpo. Al parecer trataba de disuadir a las niñas o impedirles que llevaran a cabo el plan; incluso pidió apoyo a los otros niños, pero ellos se limitaron a mirarlas y continuar con sus preparativos culinarios. Al fin, cuando las niñas se acercaban lentamente al hombre-mono, se situó en su camino e intentó pararlas. Al instante los tres diablillos hicieron oscilar sus porras y se abalanzaron hacia delante para destruirlo. El niño se agachó, arrancó varias piedras emplumadas de su cinto y las lanzó a sus asaltantes. Tan veloces y precisos fueron los proyectiles que dos de las niñas cayeron al suelo con un alarido. La tercera piedra falló y golpeó en la sien a uno de los otros muchachos, que murió al instante. Era el joven que había robado el medallón de Tarzán y, como, al igual que sus compañeros, era una criatura tímida, lo había guardado cubriéndolo constantemente con la palma de la mano desde que, tras recuperar el conocimiento, el hombre-mono había salido al patio con ellos.

La niña mayor, nada acobardada, dio un salto al frente haciendo una espantosa mueca de ira. El niño le lanzó otra piedra y corrió hacia el hombre-mono, sin saber probablemente qué recepción esperaba de él. Quizá fue el resurgimiento de una emoción de compañerismo muerta mucho tiempo atrás lo que lo impulsó a situarse al lado de Tarzán; posiblemente el mismo Tarzán, cuya lealtad a la especie era grande, había inspirado ese despertar de un atrofiado sentido del alma. En cualquier caso, el joven se acercó y se quedó junto a Tarzán mientras la niña, que percibía el peligro

que para ella entrañaba esta nueva y extraña temeridad de su hermano, empezó a avanzar con más cautela.

Parecía estar diciéndole por señas lo que le haría si no dejaba de interponer su débil voluntad entre ella y sus deseos gastronómicos; pero él le respondió con signos desafiantes y se mantuvo firme. Tarzán le dio unas palmaditas en la espalda, sonriendo. El muchacho le enseñó los dientes con una mueca horrible, pero era evidente que intentaba devolver la sonrisa al hombre-mono. La niña casi había llegado junto a ellos y Tarzán estaba bastante confuso en cuanto a cómo actuar contra ella. Su caballerosidad natural le impedía atacarla. Le parecía un acto repugnante hacerle daño, aunque fuera en defensa propia; pero sabía que quizá tendría que matarla y, por eso, mientras buscaba una alternativa, se preparó para llevar a cabo la acción que detestaba, esperando, no obstante, escapar sin tener que hacerlo.

La Tercera Mujer, al llevar a su nuevo compañero de la cueva al corral donde lo mantendría como prisionero durante una o dos semanas, había oído el rítmico golpear de talones desnudos y pesadas porras procedente del corral de la Primera Mujer y de inmediato adivinó lo que ocurría. El bienestar de la prole de la Primera Mujer no le concernía como individuo; sin embargo, el instinto de la comunidad la incitaba a soltarlos para que pudieran ir en busca de comida y la comunidad no perdiera sus servicios si morían de hambre. Ella no los alimentaría, desde luego, ya que, no le pertenecían, pero les abriría la puerta de la cárcel y los soltaría para que se espabilaran, para que encontraran comida o no, para que sobrevivieran o perecieran de acuerdo con la inexorable ley de la supervivencia del más fuerte.

Pero la Tercera Mujer no se dio ninguna prisa. Con los dedos aferrados al pelo de su quejumbroso esposo arrastró a la protestona criatura hasta su corral, retiró la gran losa que cerraba la entrada, empujó al hombre bruscamente para meterlo dentro, acelerando su velocidad con una patada, colocó de nuevo la piedra y se volvió con calma hacia el corral de la Primera Mujer, que estaba cerca. Retiró la puerta de piedra, cruzó las dos cámaras y entró en el corral en el momento en que la niña mayor avanzaba hacia Tarzán. Se detuvo en la entrada y golpeó con la porra en la pared de piedra del refugio para llamar la atención de los que estaban en el corral. Al instante

todos miraron en su dirección; ella era la primera hembra adulta, aparte de su propia madre, a la que los hijos de la Primera Mujer veían. Se apartaron de ella con visible terror. El joven que estaba junto a Tarzán se escondió detrás de este y Tarzán no se sorprendió de su temor. La Tercera Mujer era la primera alalus adulta que veía, ya que todo el rato que había estado en manos de la Primera Mujer se hallaba inconsciente.

La niña que lo había amenazado con su gran porra ahora parecía haberlo olvidado y, paralizada, con el rostro contraído y los ojos entrecerrados, hacía frente a la recién llegada. De todos los niños, ella era la que parecía menos aterrada.

El hombre-mono examinó a la enorme y embrutecida hembra que se había quedado en el otro extremo del corral con sus ojos salvajes puestos en él. Ella no lo había visto antes, ya que se encontraba en el bosque cazando en el momento en que la Primera Mujer había traído su trofeo al anfiteatro. No sabía que esta tenía un macho en el corral junto a sus hijos. Eso sí era un verdadero trofeo: se lo llevaría a su propio corral. Con esta idea en la cabeza, y sabiendo que, a menos que lograra escabullirse por su lado y llegar a la entrada antes que ella, él no podía escapar, se acercó muy despacio, haciendo caso omiso de los demás ocupantes del corral.

Tarzán, que no adivinaba el verdadero propósito de la hembra, pensó que estaba a punto de atacarle como a un peligroso extraño en el recinto sagrado de su hogar. Contempló su gran envergadura, su desarrollada musculatura y la enorme porra que blandía y los comparó con su propia indefensa desnudez.

Para los nacidos en la jungla, huir de un combate inútil y desigual carece del estigma de la cobardía, y Tarzán de los Monos no solo había nacido y crecido en ella, sino que al despojarse de su ropa también se había despojado, como siempre, de todo rastro de civilización. Era, pues, una bestia salvaje la que se enfrentaba a la mujer alalus que se le acercaba; una bestia tan astuta como fuerte; una bestia que sabía cuándo pelear y cuándo huir.

Tarzán lanzó una rápida mirada atrás. El joven alalus estaba agazapado, temblando de miedo. Detrás de él se encontraba la pared trasera del corral, una de cuyas grandes losas de piedra se inclinaba ligeramente hacia fuera. Lenta es la mente del hombre, y más lenta es su vista en comparación con la de la bestia atrapada

que busca una vía de escape. Tan rápido fue el hombre-mono, que escapó antes de que la Tercera Mujer hubiera adivinado que estaba contemplando una huida, y con él se fue el niño alalus de más edad.

Tarzán había girado en redondo y, con un solo movimiento, se había echado al joven varón al hombro, había saltado velozmente los pocos pasos que lo separaban de la pared trasera del corral y, como un felino, había ascendido corriendo la lisa superficie de la losa ligeramente inclinada hasta aferrar con los dedos el punto más alto. Luego se había impulsado por encima sin echar una sola mirada atrás y, tras arrojar al niño al otro lado, lo había seguido tan deprisa que llegaron al suelo casi al mismo tiempo. Entonces miró alrededor. Por primera vez veía el anfiteatro natural y las cuevas, ante las cuales aún había mujeres en cuclillas. Pronto anochecería. El sol empezaba a ponerse tras la cima de las colinas occidentales. Tarzán solo vio una vía de escape: la abertura del extremo inferior del anfiteatro, por la que pasaba el sendero que conducía al valle y a la jungla. Hacia allí corrió, seguido por el joven.

Entonces, una mujer que estaba sentada ante la entrada de su cueva los vio. Cogió su porra y se puso en pie de un salto para perseguirlos. Atraídas por ella, otras dos se unieron a la persecución, hasta que hubo cinco o seis corriendo por el sendero.

El joven, señalando el camino, corría veloz delante del hombre-mono, pero no podía aventajar a los ágiles músculos que tan a menudo en el pasado habían permitido a su dueño escapar de la rápida embestida de un Numa enloquecido, o le habían hecho ganar una comida a la agilidad de Bara, el ciervo. Las mujeres, que avanzaban pesadamente detrás de ellos, no tenían probabilidades de alcanzar a la pareja dependiendo por completo de la rapidez, pero tampoco tenían intención de hacerlo. Disponían de sus proyectiles de piedra, y habían practicado con ellos casi desde su nacimiento hasta alcanzar prácticamente la perfección, contra objetivos en reposo o en movimiento. Sin embargo, estaba anocheciendo, el sendero se retorcía y giraba y la rapidez de las presas las convertía en objetivos esquivos para lanzarles un proyectil preciso destinado a aturdir y no a matar. Desde luego, la mayoría de las veces, un proyectil lanzado con la primera intención acababa matando; pero la presa debía correr ese riesgo. El instinto advertía a las mujeres que no debían matar a los machos, aunque no les decía nada

respecto a tratarlos con la mayor brutalidad. Si Tarzán se hubiera dado cuenta de por qué lo perseguían las mujeres, habría corrido aún más deprisa, si bien aceleró la marcha de todos modos cuando los proyectiles empezaron a volar sobre su cabeza.

Pronto el hombre-mono llegó a la jungla y, como si se hubiera disuelto en el fino aire, desapareció de la asombrada vista de sus perseguidoras, pues se hallaba en su elemento. Mientras ellas lo buscaban por el suelo, él saltaba ágilmente de rama en rama, sin perder de vista al muchacho alalus, que corría a sus pies por el sendero.

Como el hombre había escapado, las mujeres se detuvieron y se volvieron a sus cuevas. Al joven no lo querían: durante dos o tres años rondaría por los bosques sin que los de su especie lo molestaran, y, si escapaba a las bestias salvajes y a las lanzas y flechas de los hombres hormiga, llegaría a hacerse hombre y sería una buena presa para cualquiera de las grandes hembras durante la época de apareamiento. De momento, al menos, llevaría una existencia relativamente segura y feliz.

Sus probabilidades de sobrevivir habían disminuido materialmente al escapar tan pronto a la jungla. Si la Primera Mujer hubiera vivido lo habría mantenido a salvo entre las paredes de su corral al menos otro año. Entonces habría estado mejor preparado para hacer frente a los peligros y emergencias de la vida salvaje del bosque y la jungla.

El muchacho, cuyo aguzado oído le indicó que las mujeres habían abandonado la persecución, se detuvo y buscó con la mirada a la extraña criatura que lo había liberado del odiado corral, pero solo podía ver a poca distancia en la oscuridad de la noche, y el extraño no se hallaba a la vista. El joven levantó sus grandes orejas y escuchó con atención. No se oía ruido de pisadas humanas aparte de las de las mujeres que se retiraban. Había otros ruidos, sin embargo; conocidos sonidos del bosque que llenaban su confuso cerebro de vagos terrores, sonidos que procedían de la maleza que lo rodeaba, de las ramas que colgaban sobre su cabeza, y también percibía olores que lo aterraban.

La oscuridad, completa e impenetrable, se había cerrado a su alrededor con una rapidez que le hizo temblar. Casi la sentía como un peso sobre él, que lo aplastaba y al mismo tiempo lo dejaba

expuesto a terrores innombrables. Miró alrededor pero no logró ver nada, lo que le dio la impresión de que se había quedado sin ojos. Como no tenía voz, no podía gritar ni para asustar a sus enemigos ni para llamar la atención de la extraña criatura de la que se había hecho amigo y cuya presencia había despertado, de un modo tan extraño, una inexplicable emoción en su pecho, una emoción agradable.

No podía explicarla; no tenía una palabra para ella, pues no tenía palabras para nada, pero la sentía y lo llenaba de calor. Deseaba, a su manera confusa, ser capaz de hacer algún ruido que atrajera la atención de aquella extraña criatura de nuevo hacia él. Se sentía solo y tenía mucho miedo.

Un crujido de los arbustos cercanos despertó en él un nuevo terror: algo de gran tamaño se aproximaba en la negra noche. El joven permaneció con la espalda apoyada en un grueso tronco de árbol. No se atrevía a moverse. Olisqueó en el aire pero este se movía en dirección a la cosa que se arrastraba hacia él en el terrible bosque y no pudo reconocerlo. Su instinto le dijo que la criatura sí lo había identificado a él y se estaba acercando para abalanzarse y devorarlo.

No sabía nada de leones, a menos que el instinto lleve consigo una imagen de las diversas criaturas a las que los pobladores de la jungla teniendo miedo. En toda su vida nunca había salido del corral de la Primera Mujer y, como su gente carecía de habla, su madre no había podido contarle nada del mundo exterior. Sin embargo, cuando oyó el rugido, supo que se trataba del león.

CAPÍTULO IV

ESTEBAN Miranda, aferrando la muñeca de la pequeña Uhha, permanecía agazapado en la oscuridad de otro bosque a treinta y cinco kilómetros de distancia y tembló cuando las estruendosas notas de otro león resonaron en la jungla.

La niña sentía el temblor del corpulento hombre que tenía a su lado y se volvió a él con desdén.

—¡No eres el demonio del río! —exclamó—. Tienes miedo. Ni siquiera eres Tarzán, pues Khamis, mi padre, me ha dicho que Tarzán no teme a nada. Suéltame para que pueda trepar a un árbol; solo un cobarde o un necio se quedaría aquí sentado, muerto de miedo, esperando a que llegue el león y lo devore. ¡Suéltame, te digo!

—¡Cierra el pico! —siseó él—. ¿Quieres llamar la atención de la fiera?

Pero las palabras y los forcejeos de la chiquilla le habían hecho despertar de su parálisis y se agachó para cogerla y levantarla hasta que pudo agarrarse a las ramas inferiores del árbol bajo el que se encontraban. Cuando ella hubo subido a un lugar seguro, él se dio impulso para situarse a su lado.

En las ramas superiores encontró un lugar de descanso que ofrecía más seguridad y comodidad, y allí se instalaron los dos para aguardar la llegada del alba, mientras a sus pies merodeaba Numa, el león, roncando, gruñendo y lanzando de vez en cuando un profundo rugido que hacía estremecer la jungla entera.

Cuando por fin se hizo de día, los dos, agotados tras una noche en vela, se deslizaron hasta el suelo. La niña se habría quedado con la esperanza de que los guerreros de Obebe llegaran hasta ellos;

pero el hombre tenía más miedo que esperanza de que ocurriera esto y, por lo tanto, se dio toda la prisa que pudo para poner la mayor distancia posible entre él y el jefe caníbal negro.

Se hallaba absolutamente perdido, pues no tenía la más remota idea de por dónde buscar un sendero razonablemente practicable que llegara a la costa. Ni le importaba: su único deseo era escapar y no ser capturado de nuevo por Obebe, y por ello decidió dirigirse hacia el norte, manteniendo siempre un ojo abierto por si veía indicios de un sendero claro hacia el oeste. Esperaba descubrir algún poblado de nativos amistosos que le ayudaran en su viaje hacia la costa, y por eso se movía tan deprisa como podía en dirección norte, rodeando así el Gran Bosque de Espinos por la linde oriental.

El sol que se abatía sobre el sofocante corral de la Primera Mujer lo encontró vacío de vida. Solo el cadáver de un joven yacía despatarrado donde había caído la noche anterior. En el distante azul apareció una mancha, que se fue haciendo grande a medida que se aproximaba hasta adoptar la forma de un pájaro planeando con sus alas inmóviles. Cada vez estaba más cerca; de vez en cuando volaba en grandes y lentos círculos, hasta que por fin se encontró sobre el corral de la Primera Mujer. Describió de nuevo algunos círculos y luego bajó a tierra en el interior del recinto; Ska, el buitre, había llegado. Al cabo de una hora el cuerpo del joven estaba oculto por un manto de grandes aves. El festín duró dos días; cuando se marcharon solo quedaban los huesos pelados y, enredada en el cuello de uno de los pájaros, una cadena de oro de la que pendía un medallón con diamantes incrustados. Ska forcejeó con el objeto que colgaba bajo él, pues le molestaba cuando volaba y le estorbaba en su avance cuando caminaba en tierra, pero le daba dos vueltas al cuello y fue incapaz de quitárselo, así que se alejó a través del Gran Bosque de Espinos, haciendo que las brillantes piedras preciosas relucieran y centellearan al sol.

Tarzán de los Monos, tras esquivar a las mujeres que los habían perseguido a él y al joven alalus hasta el bosque, se detuvo en el árbol bajo el cual se había parado, presa del pánico, el hijo de la Primera Mujer. Allí estaba, cerca de él, más arriba, cuando Numa embistió, y con gesto rápido bajó el brazo, agarró al joven por el pelo y lo subió a un lugar seguro mientras las garras del león

abrazaban el aire bajo los pies del alalus.

Al día siguiente el hombre-mono se preocupó de cazar para obtener comida, armas e indumentaria. Desnudo y desarmado como estaba le habría sido difícil resistir si no hubiera sido Tarzán de los Monos, y también lo habría sido para el alalus si no hubiera estado con él el hombre-mono. Tarzán encontró fruta, nueces y huevos de ave, pero él deseaba comer carne y para ello cazaba asiduamente, no solo por la carne que obtenía de su presa, sino por la piel, las entrañas y los tendones, que utilizaba para la fabricación de objetos que precisaba para su seguridad y para la comodidad de su primitiva existencia.

Mientras olfateaba el rastro de su presa buscaba también las maderas adecuadas para confeccionar una lanza, un arco y flechas. No es que fueran difíciles de encontrar en ese bosque de árboles conocidos, pero el día casi había llegado a su fin cuando el leve viento, en cuya dirección había estado cazando, llevó hasta su sensible olfato el rastro de olor de Bara, el ciervo.

Saltó de un árbol a otro e invitó al alalus a seguirlo, pero la criatura era tan patosa que Tarzán se vio obligado a llevarlo a un lugar seguro entre las ramas. Allí intentó indicarle por signos que permaneciese en ese sitio, vigilando los útiles que había recogido para hacer armas, mientras él continuaba solo la caza.

No estaba del todo seguro de que el joven lo hubiese entendido, pero al menos no lo siguió cuando reemprendió su callada travesía entre las ramas del bosque, tras la esquiva pista del rumiante. El hijo adoptivo de Kala, la simia, conocía al causante de dicho rastro como Bara, el ciervo, aunque en realidad era un antilope. Y es que las impresiones de la infancia son imborrables. Quedaba muy lejos el día en que vio, embobado frente a una cartilla de colores en la cabaña de su padre, cerca del puerto seco de la Costa Oeste, el dibujo que acompañaba la *C* de *Ciervo*. Desde entonces, el antílope, lo más parecido al animal que ilustraba el abecedario que Tarzán conocía, se había convertido para él en Bara, el ciervo.

Acercarse lo suficiente a Bara con el fin de abatirlo con la lanza o la flecha requiere una astucia y un conocimiento del bosque superiores a la capacidad limitada del hombre civilizado. El cazador nativo pierde con más frecuencia que gana en este juego de ingenio y perspicacia. Tarzán, sin embargo, los superaba a ambos y también

al antilope en agudeza de facultades perceptivas y en coordinación de mente y músculos aunque tuviese que vencer a Bara solo con las armas que la naturaleza le proporcionaba.

A medida que Tarzán cruzaba la jungla de manera rápida y silenciosa, guiado por su olfato en la dirección de Bara, el ciervo, el conocido efluvio que le llegaba era cada vez más fuerte, lo que le indicaba que no lejos se hallaba Bara, y la boca se le hacía agua al salvaje hombre-mono, anticipando el festín que le esperaba. Y a medida que el perfume aumentaba, más cauta iba la gran bestia, moviéndose en silencio, como una sombra entre las sombras del bosque, hasta que por fin llegó a la linde de una abertura en la que vio una docena de antílopes que pacían.

El hombre-mono se puso en cuclillas en una rama baja y observó, inmóvil, los movimientos del rebaño en espera del momento en que uno de ellos estuviera lo bastante cerca de los árboles para efectuar un ataque con un mínimo de posibilidades de éxito. Esperar con paciencia, a veces hora tras hora, a que la presa se exponga a una muerte más segura forma parte del gran juego en el que participan los cazadores de bestias salvajes. Un solo movimiento inoportuno o irreflexivo puede hacer que la presa más asustadiza huya y no regrese durante días.

Para evitar esto, Tarzán permanecía inmóvil como una estatua, aguardando la oportunidad de que uno de los antílopes se hallara a poca distancia, y mientras aguardaba llegó a su olfato, débilmente, el olor de Numa, el león. Tarzán frunció el entrecejo. El viento le venía de cara respecto a Bara y el león no estaba entre él y el antílope. Por lo tanto, debía de estar en la dirección del viento con respecto a la presa así como a sí mismo; pero ¿por qué el sensible olfato de los herbívoros no había captado el olor de su archienemigo antes de que hubiera llegado al hombre-mono? Sin duda se debía a la placidez con que pacían, meneando la cola y alzando de vez en cuando la cabeza para mirar alrededor con las orejas erguidas, sin ningún asomo del terror que habría seguido de inmediato al descubrimiento de que Numa se hallaba cerca.

El hombre-mono sacó la conclusión de que una de aquellas ráfagas que tan a menudo inmoviliza una bolsa de aire directamente en el camino había rodeado durante unos instantes a los antílopes y los había aislado, en realidad, del entorno inmediato.

Y mientras pensaba estas cosas, deseando que Numa se marchara, le sorprendió oír de pronto el crujir de la maleza del otro lado del claro, más allá de los antílopes, que al instante se pusieron alerta, dispuestos a huir. Casi en el mismo instante apareció a la vista un joven león que, al ver a los antílopes, atacó lanzando un terrorífico rugido. Tarzán se tiraba de los pelos de rabia y decepción al ver que la torpeza de un cachorro lo había despojado de su carne. Los rumiantes huyeron en todas direcciones y el león, que atacó inútilmente, perdió su carne y también la de Tarzán. Pero ¡un momento! ¿Qué es esto? Un macho aterrorizado, ciego a todo salvo a la única idea de escapar de las garras del temido carnívoro, se precipitaba directo hacia el árbol en el que se encontraba Tarzán. Cuando llegó a sus pies, un cuerpo moreno se lanzó de cabeza desde el follaje, unos dedos de acero se agarraron a la garganta del macho y unos fuertes dientes se clavaron en su cuello. El peso del cazador salvaje hizo caer de rodillas a su presa y, antes de que tuviera tiempo de derrumbarse de nuevo, un rápido gesto de aquellas poderosas manos le habían retorcido y roto el cuello.

Sin echar una mirada atrás, el hombre-mono se echó el cuerpo al hombro y saltó al árbol más cercano. No necesitaba perder tiempo mirando atrás para saber lo que Numa estaba haciendo, pues había saltado sobre Bara a plena vista del rey de las fieras. Apenas se halló de nuevo a salvo, el gran felino saltó al lugar donde él había estado unos momentos antes.

Numa, desconcertado, lanzó un terrible rugido y se volvió para mirar al hombre-mono, que estaba posado en una rama alta. Tarzán sonrió.

—Hijo de Dango, la hiena —se burló—, sigue hambriento hasta que aprendas a cazar —y, arrojando una rama rota a la cara de león con gesto de desdén, el hombre-mono desapareció entre las ramas hojosas con gran agilidad, como si la presa que llevaba al hombro no pesara.

Era aún de día cuando Tarzán regresó a donde el alalus lo esperaba. El joven tenía un pequeño cuchillo de piedra y con este el hombre-mono cortó una generosa porción del antílope para el cachorro de la Primera Mujer y otra para sí mismo. Hundió sus blancos dientes de lord inglés en la carne cruda, hambriento, mientras el joven alalus lo miraba, sorprendido, buscando con qué

hacer fuego. Divertido, Tarzán lo observó hasta que el otro logró prepararse su comida como creía que debía hacerse, con la parte exterior convertida en cenizas y el interior crudo, ya que, al fin y al cabo, era carne cocida y sin duda producía en quien la tomaba una sensación de gran superioridad sobre las bestias que devoraban la carne cruda, como si fuera un civilizado gastrónomo comiendo carne podrida y queso echado a perder en un elegante club de Londres.

Tarzán sonrió al pensar en lo ambigua que es la línea que separa al hombre primitivo del civilizado en asuntos relativos a sus instintos y apetitos. En cierta ocasión, algunos de los amigos franceses con los que cenaba se horrorizaron al enterarse de que, al igual que muchas tribus africanas y que los simios, él comía orugas, y expresaron su horror entre bocados de caracoles que ellos comían con deleite. De igual manera, el estadounidense provinciano mira con desdén al francés que come ancas de rana, mientras mastica una mano de cerdo. Los esquimales comen grasa de ballena cruda, los habitantes de la zona amazónica, blancos y nativos, consideran una exquisitez el contenido de los estómagos de loros y monos; el *culi* chino no pregunta cómo murió el animal cuya carne come ni cuánto hace de ello, y hay un hombre en Nueva York, un hombre estimable y por lo demás inofensivo, que come queso Limburger sobre peras Bartlett.

Al día siguiente, con suficiente carne para varios días, Tarzán se puso a trabajar en sus armas y taparrabo. Enseñó al alalus a rascar el pellejo del antílope con el cuchillo de piedra y se puso manos a la obra, usando como únicas herramientas trozos de piedra recogidos del lecho de un río para dar forma a las armas con las que poder hacer frente a las mujeres alali, los grandes carnívoros y a cuantos enemigos se pusieran a su alcance.

Mientras trabajaba observaba al joven alalus y se preguntaba de qué le podría servir aquella pobre criatura para encontrar el camino en el bosque de espinos que los rodeaba y que debía cruzar para llegar a terreno conocido y al camino de regreso a casa. Que aquella pobre cosa era timorata lo había demostrado su actitud cuando huían de las mujeres alali y su terror cuando se vio frente a Numa. Su falta de habla lo hacía inútil como compañero y carecía por completo de conocimientos del bosque, aparte de cierto tipo de

instinto que a Tarzán no le servía de nada. Pero se había puesto de su lado durante el altercado ocurrido en el corral y, aunque no podía serle de ninguna ayuda, su acto había merecido cierta consideración. Además, era evidente que la criatura se había apegado a Tarzán y tenía intención de permanecer con él.

Pensando en el alalus mientras se fabricaba sus armas, Tarzán tuvo una idea: haría armas similares para el joven y le enseñaría a utilizarlas. Había visto que los rudimentarios artefactos defensivos de los alali no podrían rivalizar con alguien armado con arco y flechas o con una buena lanza. No cabía esperar que sus proyectiles llegaran tan lejos como las flechas de un arquero, y sus porras eran inútiles ante una lanza bien arrojada.

Sí, haría armas para el joven y lo entrenaría en su uso; así podría serle útil para cazar y, en caso necesario, en la lucha, y mientras Tarzán de los Monos pensaba en el asunto, el alalus interrumpió de pronto su trabajo y acercó una oreja al suelo. El hombre-mono comprendió que tenía que imitarlo y, cuando lo hizo, distinguió claramente ruido de pasos que resonaban en el camino trillado.

Recogió todas sus pertenencias y se subió a un árbol, entre cuyas ramas las escondió junto con los restos de Bara, el ciervo, y luego volvió y ayudó al joven a subir junto a él.

Poco a poco, el alalus se iba acostumbrando a estar en los árboles y accedía a ellos con más facilidad, pero en opinión de Tarzán aún era un ser indefenso.

No tuvieron que esperar mucho hasta que vieron aparecer por el sendero a una de las terribles mujeres del anfiteatro y detrás de ella, a unos diez o quince pasos, otra, y detrás de la segunda, una tercera. No era frecuente que viajaran así, pues la suya era una existencia solitaria, ya que los alali carecían casi por completo de instintos gregarios; sin embargo, en ocasiones emprendían juntos sus cacerías, en especial cuando perseguían alguna bestia peligrosa que les había usurpado sus derechos, o cuando, al no lograr reunir suficientes hombres del bosque durante la estación de apareamiento, las infortunadas se unían para atacar los corrales de alguna tribu vecina.

Las tres, que avanzaban con dificultad por el sendero, pasaron directamente bajo los árboles desde los que Tarzán y el joven las observaban. Sus grandes orejas planas aleteaban perezosamente, los

ojos oscuros vagaban de un lado a otro y de vez en cuando movían con rapidez la piel de alguna parte de su cuerpo cuando intentaban deshacerse de algún molesto insecto.

Los dos que estaban en el árbol permanecieron inmóviles mientras las tres brutas pasaban por el sendero y se perdían de vista en un recodo del camino forestal; después, tras escuchar durante un breve intervalo, descendieron al suelo y reanudaron las labores que habían interrumpido. El hombre-mono sonrió cuando caviló ociosamente sobre los acontecimientos de los últimos minutos: ¡Tarzán de los Monos, Señor de la Jungla, escondido entre los árboles para que no lo vieran tres mujeres! ¡Pero qué mujeres! Sabía poco de ellas y de sus costumbres, pero lo que sabía era suficiente para convencerlo de que eran las peores enemigas con que jamás se había tropezado y que mientras siguiera sin armas, no tenía nada que hacer contra sus grandes porras y los proyectiles que tan velozmente lanzaban.

Transcurrieron los días; el hombre-mono y su silencioso compañero perfeccionaron las armas que con más facilidad les proporcionarían comida. El último trabajaba de forma mecánica, según las instrucciones de su amo. Por fin llegó el momento en que Tarzán y el alalus estuvieron completamente equipados y entonces cazaron juntos; el hombre entrenó al joven en el uso del arco, la lanza y la larga cuerda hecha de hierba que desde que era un muchacho constituía una característica única del armamento del hombre-mono.

Durante estos días de caza se produjo en el joven alalus una transformación repentina. Tenía la costumbre de deslizarse con cautela por el bosque y se detenía a menudo para mirar a ambos lados, al parecer temeroso de toda criatura que merodeara por los senderos en sombras (su mayor temor eran las feroces hembras de su especie), pero de pronto todo esto cambió como por arte de magia. Poco a poco iba dominando el arco y la lanza; con gran interés y respeto había observado a Tarzán abatir a muchos animales, grandes y pequeños, para obtener comida, y una vez lo había visto despachar a Sabor, la leona, de una sola lanzada cuando esta lo atrapó en un claro, demasiado lejos del santuario formado por sus queridos árboles. Entonces llegó su día. Él y Tarzán estaban cazando cuando el primero molestó a una pequeña piara de cerdos

salvajes, abatiendo a dos con sus flechas. Los otros se dispersaron en todas direcciones y uno de ellos, un jabalí, avistó al alalus y cargó contra él. El joven estuvo a punto de huir, pues siglos de instintos heredados lo impulsaban a hacerlo. El macho alalus siempre huía del peligro, y huyendo de animales carnívoros y de sus propias mujeres se habían vuelto muy veloces, tan veloces que ningún enemigo peligroso podía aventajarlos; un hombre alalus solo podía ser capturado con la astucia. Hubiera podido escapar del jabalí huyendo, y por un instante estuvo a punto de hacerlo, pero un súbito pensamiento lo frenó: echó hacia atrás la mano de la lanza tal como el hombre-mono le había enseñado y luego hacia delante, siguiendo el lanzamiento con todo su cuerpo. El jabalí se acercaba directo a él. La lanza le dio delante de la paletilla izquierda y le atravesó el corazón. Horta el jabalí se paró en seco y cayó.

Una nueva expresión acudió a los ojos del alalus y se extendió por su rostro. Ya no exhibió más aquella expresión asustada; ya no se deslizaba por el bosque lanzando miradas temerosas a un lado y a otro. Ahora caminaba erguido, con descaro y sin demostrar miedo, y, quizás, en lugar de temer la aparición de una mujer festejaba la idea. Era la personificación de la masculinidad vengadora. En su interior lo roían incontables siglos de tratamiento desdeñoso y abusivo por parte de sus hembras. Es indudable que nunca pensaba en ello de esta manera, pero era así, y Tarzán se dio cuenta de que la primera infortunada mujer que se tropezara con este joven iba a recibir la gran sorpresa de su vida.

Y mientras Tarzán y el alalus rondaban por aquella extraña tierra rodeada por el Gran Bosque de Espinos y el hombre-mono buscaba una vía de escape, Esteban Miranda y la pequeña Uhha, la hija de Khamis el hechicero, vagaban por el margen exterior del bosque en busca de un sendero para dirigirse hacia el oeste y la costa.

CAPÍTULO V

EL JOVEN alalus se pegaba con perruna devoción a Tarzán. Este último había logrado dominar el magro lenguaje de signos de su protegido, lo que les ofrecía un medio de comunicación adecuado para todas sus necesidades. El primero, que iba adquiriendo confianza al tiempo que se familiarizaba con sus nuevas armas, se hizo más independiente, con la consecuencia de que los dos se separaban más a menudo para cazar, asegurando así una despensa mejor abastecida.

En una de estas ocasiones, Tarzán se encontró de pronto con una vista extraña. Había estado siguiendo el rastro de Bara, el ciervo, cuando se cruzó con una de las grandes hembras alali. Ante la posibilidad de que esta quisiera arrebatarle la presa, el instinto de la bestia salvaje se apoderó del hombre-mono. No era el educado lord Greystoke de Londres aquel que al levantar el labio superior mostró dos relucientes y afilados colmillos; era un bruto cazador primitivo al que iban a robar su botín.

Subió rápido a los árboles y se movió con agilidad en dirección a la mujer alalus, pero antes de estar al alcance de su vista llegó a su olfato otro olor; un olor extraño, nuevo, que lo desconcertó. Era un olor humano, aunque extraño y desconocido en cierto modo. Nunca hasta entonces le había llamado la atención nada semejante. Era muy suave y, sin embargo, sabía que estaba cerca. Entonces, delante, oyó voces, voces musicales que llegaban amortiguadas a sus oídos; y aunque eran suaves y melodiosas, había algo en su calidad y tono que sugería excitación. Tarzán, olvidado por completo de Bara, el ciervo, empezó a andar con más cuidado.

Al acercarse, se dio cuenta de que había muchas voces y mucho

alboroto y, cuando llegó a una gran llanura que se extendía hasta las distantes colinas, a menos de cien metros delante de él, contempló algo que le habría podido hacer dudar de su propia vista. La única figura que le resultaba familiar era una gigantesca mujer alalus. La rodeaba una horda de hombres diminutos —pequeñísimos guerreros blancos— montados en lo que daba la impresión de ser por su forma un antílope real de la Costa Occidental. Armados con lanzas y espadas, atacaban repetidamente las enormes piernas de la alalus, que retrocedía lentamente hacia el bosque y daba malévolas patadas a sus agresores al tiempo que los golpeaba con su pesada porra.

Pronto fue evidente para Tarzán que intentaban maniatarla y que de haberlo logrado les habría sido fácil matarla; pero aunque debía de haber un centenar de estos seres, sus probabilidades de éxito parecían pocas, puesto que, con sus poderosos pies, la mujer derribaba a una docena o más de agresores con una sola patada. La mitad de las fuerzas de ataque estaba ya fuera de combate; sus cuerpos, desparramados junto con los de muchas de sus monturas por el llano, señalaban el camino que había seguido la lucha hasta el momento en que Tarzán había entrado en escena.

El valor de los supervivientes, sin embargo, llenó a Tarzán de admiración mientras observaba cómo se arrojaban a una muerte casi segura en sus obstinados esfuerzos por abatir a la hembra, y entonces el hombre-mono vio la razón, o la aparente razón, del insensato sacrificio de sus vidas: en la mano izquierda la mujer alalus agarraba a uno de los diminutos guerreros. Era evidente que los otros conservaban la esperanza de rescatarlo.

Si los guerreros llenaron a Tarzán de admiración, no menos lo hicieron sus valientes y ágiles monturas. Siempre había considerado al antílope real el miembro más pequeño conocido de su familia, la más asustadiza de las criaturas; pero no lo eran estos primos suyos, que, si bien eran un poco más grandes, de unos treinta y ocho centímetros como mucho, en todos los demás rasgos externos eran idénticos. No obstante, bajo las riendas de sus jinetes se precipitaban sin miedo alguno hacia aquellos pies enormes y la gran porra que silbaba al rasgar el aire. También llevaban riendas, que eran manejadas con tanta perfección que sus músculos parecían estar coordinados con las mentes de los jinetes. Saltaban adelante y

atrás, sin tocar apenas el suelo, para volver a estar fuera de peligro. Cada salto era de tres o cuatro metros, y Tarzán se maravillaba no solo de su agilidad, sino de la increíble capacidad que tenían los guerreros para mantenerse sobre aquellas monturas que saltaban, giraban y se retorcían.

Era un espectáculo bonito y también inspirador, y, por irreal que al principio le hubiera parecido, no tardó mucho en darse cuenta de que estaba contemplando una raza de pigmeos reales, no miembros de la tribu negra con la que todos los exploradores de África están más o menos familiarizados, sino con aquella raza blanca perdida de hombres diminutos a la que en ocasiones hacen referencia los escritos antiguos de viajes y exploraciones, los mitos y las leyendas.

Aunque el encuentro le llamaba la atención y al principio lo contempló como persona neutral y desinteresada, el hombre-mono pronto vio que sus simpatías se inclinaban por los pequeños guerreros y, cuando fue evidente que la mujer alalus iba a escapar al bosque con su cautivo, decidió participar en el asunto.

Cuando salió de su escondite, los pequeños guerreros fueron los primeros en verlo. Primero lo debieron de tomar por otro de sus gigantescos enemigos, pues dejaron escapar un fuerte grito de decepción y retrocedieron por primera vez desde que Tarzán había empezado a contemplar la desigual lucha. El hombre-mono deseaba dejar claras sus intenciones antes de que los hombrecillos lo atacaran, y por ello avanzó a toda prisa en dirección a la mujer, que, en el instante en que clavó los ojos en él, hizo gestos imperativos de que se uniera a ella para despachar a los pigmeos que quedaban. Estaba acostumbrada a que los de su especie la temieran y obedecieran cuando los tenía en su poder. Quizá se extrañó un poco por la temeridad de este macho, pues como norma todos huían de ella; pero lo necesitaba desesperadamente y esta idea predominó en sus pensamientos.

Mientras Tarzán avanzaba le ordenó con el lenguaje de signos que había aprendido del joven que soltara a su cautivo y se marchara, y que dejara de molestar a los hombrecillos. Ante esto ella hizo una horrible mueca, levantó su porra y avanzó hacia él. El hombre-mono puso una flecha en su arco.

—¡Retírate! —le ordenó con señas—. Retírate o te mataré. Retírate y deja a ese hombrecillo.

Ella gruñó con ferocidad y apretó el paso. Tarzán levantó la flecha a la altura de sus ojos y tiró hacia atrás hasta que el arco se dobló. Los pigmeos, que comprendieron que, al menos por el momento, este extraño gigante era su aliado, permanecieron sentados en sus monturas y esperaron el resultado del duelo. El hombre-mono confiaba en que la mujer obedeciera sus órdenes antes de verse obligado a quitarle la vida, pero ni siquiera una rápida mirada a su cara reveló otra cosa que la intención de conseguir su propósito, que ahora al parecer era aniquilar también al entrometido.

La mujer avanzó hasta que el hombre-mono, incapaz de retroceder sin ponerse en peligro, soltó la flecha, que fue directa al corazón de la salvaje. Mientras esta avanzaba tambaleándose Tarzán saltó sobre ella y le arrebató al guerrero de la mano antes de que ella cayera sobre el pequeño cuerpo y lo aplastara. A su vez, los otros guerreros se abalanzaron sobre él, pues confundieron sus intenciones, profiriendo fuertes gritos y blandiendo las armas; pero antes de que llegasen a Tarzán, él había dejado en el suelo al hombre que acababa de rescatar.

Al instante, la actitud de los pigmeos cambió de nuevo y pasaron de los gritos de guerra a los vítores. Detuvieron sus monturas ante el guerrero liberado y varios de ellos descabalgaron, se arrodillaron ante él y se llevaron su mano a los labios. Entonces fue evidente para el hombre-mono que aquel a quien había rescatado ocupaba un puesto elevado entre ellos. Quizás era su jefe; entonces se preguntó cuál sería su actitud hacia él, mientras, con expresión de divertida tolerancia, los observaba como alguien podría observar las interesantes acciones de un enjambre de hormigas.

Mientras felicitaban a su compañero por la forma milagrosa en que había escapado, Tarzán tuvo ocasión de examinarlos más de cerca. El más alto medía unos cuarenta y cinco centímetros. Su piel blanca estaba un poco más bronceada por la exposición al sol que la de Tarzán, y sin embargo no cabía duda de que eran hombres blancos; sus facciones eran regulares y estaban bien proporcionadas, de modo que según las pautas de nuestra raza se les habría considerado apuestos. Había, desde luego, variaciones y excepciones; pero, en conjunto, los que vio ante él eran hombres de buena apariencia. Todos tenían la cara lisa y no parecía haber

ancianos entre ellos, mientras que aquel al que Tarzán había salvado de la mujer alalus parecía más joven que la mayoría, y mucho más joven que los que habían desmontado para rendirle honores.

Tarzán vio que el hombre joven indicaba a los otros que se pusieran en pie y entonces se dirigió a ellos un momento, tras lo cual se volvió hacia el hombre-mono y le dirigió sus comentarios, de los cuales Tarzán, desde luego, no entendió una palabra. Sin embargo, por su actitud adivinó que le estaba dando las gracias y posiblemente también le preguntaba por sus intenciones. En respuesta, el hombre-mono les aseguró que deseaba su amistad y, para acentuar el carácter pacífico de sus propósitos, arrojó sus armas a un lado y dio un paso hacia ellos, con los brazos ligeramente extendidos y las palmas de las manos abiertas.

El hombre joven dio muestras de entender sus gestos amistosos, pues también él avanzó y ofreció su mano a Tarzán. El hombre-mono sabía que el otro le indicaba que debía besarla, pero no lo hizo, pues prefirió adoptar un papel de igualdad con el de mayor categoría. En cambio, se hincó sobre una rodilla para que le fuera más fácil alcanzar la mano que el pigmeo le ofrecía y, presionando suavemente los pequeños dedos, inclinó levemente la cabeza en un gesto formal que no sugería servilismo. El otro pareció satisfecho; devolvió la inclinación de cabeza con igual dignidad y luego trató de comunicar al hombre-mono que él y su grupo iban a partir por la llanura y que lo invitaban a acompañarlos.

Tarzán sentía curiosidad por aquellos hombrecillos y no tardó en aceptar la invitación. Sin embargo, antes de partir, el grupo se dispersó para recoger a sus muertos y heridos y liberar de su dolor a los antílopes que estaban demasiado graves para viajar. Esto lo hicieron con una espada relativamente larga y recta que formaba parte del armamento que cada uno llevaba. Dejaron las lanzas en unas fundas cilíndricas que iban unidas a la parte derecha de su silla de montar. Como otras armas Tarzán no descubrió más que un pequeño cuchillo que cada guerrero llevaba en una vaina a la derecha. Su hoja, que, como la del estoque, tenía dos filos, solo medía cuatro centímetros y tenía una punta muy afilada.

Los heridos fueron examinados por el joven jefe del grupo, que iba acompañado de los cinco o seis que se habían reunido en torno

a él en el momento en que Tarzán lo liberó. El hombre-mono los tomó por lugartenientes o por subjefes. Los vio interrogar a los heridos y a tres de ellos, a todas luces desesperados, el jefe les clavó sin vacilar su espada en el corazón.

Mientras se llevaba a cabo esta medida militar aparentemente cruel, aunque sensata sin lugar a dudas, el resto de guerreros, dirigido por suboficiales, excavaba una larga trinchera junto a los veinte muertos, utilizando como herramienta una robusta pala que llevaban atada a la silla de montar y que podía colocarse sin dificultades en la punta de la lanza. Los hombres trabajaban con extrema rapidez y siguiendo un plan que parecía abominar de los movimientos inútiles, de los que efectuaron un mínimo absoluto. En un espacio de tiempo increíblemente breve habían excavado una trinchera de ciento treinta centímetros de longitud, cuarenta y cinco de anchura y veintitrés de profundidad, cuyo equivalente en tamaño normal habría sido casi cinco metros de longitud, un metro ochenta de anchura y un metro de profundidad. Allí metieron a los muertos como sardinas y en dos capas. Después arrojaron encima tierra suficiente para llenar los intersticios entre los cuerpos y para nivelar la superficie de la capa exterior, tras lo cual empujaron piedras sueltas hasta que los cuerpos estuvieron completamente cubiertos con una capa de cinco centímetros. La tierra que había sobrado de la excavación se esparció por encima.

Cuando este trabajo estuvo terminado, capturaron a los antílopes ilesos y ataron a los heridos sobre sus lomos. A una palabra de su jefe el grupo formó con precisión militar; una parte salió con los heridos y unos instantes después el resto de la tropa montó y se puso en camino. El método de montar y emprender la marcha era único, y constituyó un motivo de considerable interés para Tarzán: los guerreros que iban a pie permanecían en fila frente al joven jefe, que iba montado, igual que los oficiales que lo acompañaban. Cada guerrero sujetaba su montura por las riendas. El jefe hizo una rápida señal sin pronunciar una sola palabra de mando: levantó la espada, la dejó caer con rapidez a un lado y al mismo tiempo hizo dar la vuelta a su montura, que partió de un salto en dirección a la tropa. Las monturas de sus oficiales dieron la vuelta con él, como si actuaran movidos por un solo cerebro; en el mismo instante la montura de cada guerrero alterno en la fila

saltaba hacia delante y su jinete montaba con la ligereza de una pluma. En cuanto la primera línea hubo salido, los antílopes de la segunda saltaron en su persecución y sus jinetes montaron como habían hecho los otros y, con un segundo salto más largo, los intervalos se cerraron y la tropa entera avanzó al galope en una línea compacta. Era una evolución muy hábil y práctica y que hacía posible que las tropas montadas se pusieran en movimiento con tanta rapidez como las tropas de a pie; el hecho de tener que tomar distancia, montar y cerrar filas no provocaba ningún retraso.

Mientras la tropa se alejaba al galope, diez guerreros dieron la vuelta en el flanco izquierdo y, siguiendo a uno de los oficiales que se había separado del grupo del jefe de la tropa, volvió junto a Tarzán. Mediante señas comunicó al hombre-mono que tenía que seguir a su grupo, que lo guiaría hasta su destino. El cuerpo principal ya se había alejado mucho a través de la llanura; sus ágiles monturas salvaban un metro y medio o más de un solo salto. Ni siquiera el veloz Tarzán habría podido igualarlos.

Mientras el hombre-mono se alejaba, guiado por el grupo escindido, sus pensamientos fueron a parar un instante al joven alalus, que estaba cazando solo en el bosque, detrás de ellos, pero pronto apartó de su mente a la criatura al comprender que estaba mejor equipado para defenderse que cualquiera de su especie, y que cuando hubiera visitado el país de los pigmeos, regresaría y lo encontraría si lo deseaba.

Tarzán, acostumbrado a las penalidades y a efectuar largas y rápidas marchas, avanzaba con un trote lento como el que podía mantener durante horas sin descanso; sus guías, que hacían trotar a sus ágiles monturas, iban delante. La llanura tenía una pendiente más pronunciada de lo que parecía desde el lindero del bosque, y de vez en cuando se veía un grupo de árboles; la hierba era abundante y se encontraban ocasionales rebaños de la especie más grande de antílope paciendo. Al ver a los jinetes que se aproximaban y la figura comparativamente gigantesca de Tarzán, se dispersaban y echaban a correr. En una ocasión pasaron por delante de un rinoceronte y el grupo solo dio un ligero rodeo para esquivarlo. Más tarde, en un conjunto de árboles, el jefe detuvo de pronto a su destacamento, cogió su lanza y avanzó de nuevo, lentamente, hacia unos arbustos al tiempo que transmitía una orden a sus hombres,

que se separaron y rodearon el matorral.

Tarzán se detuvo y observó la actuación. El viento soplaba de espaldas a él hacia el matorral, de modo que no podía determinar qué clase de criatura, si es que había alguna, había llamado la atención del oficial. Entonces, cuando los guerreros hubieron rodeado por completo los arbustos y los que se hallaban al otro lado se habían acercado a él, con las lanzas bajadas, a punto, oyó un horrible gruñido que salía del centro del matorral, y un instante después un gato montés africano apareció a la vista y saltó directamente sobre el oficial que esperaba con la lanza preparada para recibirlo. El peso y el impulso de la bestia estuvieron a punto de hacer caer del asiento al jinete, que había logrado alcanzar al gato en el pecho con la punta de su lanza. Hubo algunos forcejeos espasmódicos antes de que le llegara la muerte, durante los cuales el hombre habría resultado gravemente herido y quizá muerto si se hubiera roto la lanza, pues el gato era en comparación con él una bestia casi tan grande como lo es el león para nosotros. En el instante en que murió, cuatro guerreros saltaron hacia delante y con sus afilados cuchillos le cortaron la cabeza y lo despellejaron en un tiempo increíblemente breve.

Tarzán no pudo dejar de observar que esta gente lo hacía todo con la máxima eficiencia. No parecía haber ningún movimiento inútil; nunca ninguno de ellos se quedaba sin saber qué hacer, ni un trabajador obstaculizaba a otro. Apenas habían transcurrido diez minutos desde el momento en que habían encontrado el gato y el destacamento ya volvía a estar en marcha, con la cabeza de la bestia atada a la silla de uno de los guerreros y la piel, a la de otro.

El oficial que dirigía el destacamento era un joven un poco mayor que el jefe de la tropa. Tarzán pudo comprobar su valentía por la manera en que se había enfrentado a lo que debía de ser, para unos seres tan diminutos, una bestia de lo más feroz y peligrosa; pero el desesperado ataque del grupo entero a la mujer alalus había demostrado que todos eran valientes, y el hombre-mono admiraba y respetaba el valor. Estos hombrecillos ya le gustaban, aunque a ratos aún le costaba aceptarlos como una realidad, pues siempre estamos inclinados a no creer en la posible existencia de cualquier forma de vida que no nos resulte familiar por asociación o fama creíble.

Llevaban casi seis horas viajando por la llanura; el viento había cambiado y ahora el olfato de Tarzán captó claramente el olor de Bara. El hombre-mono, que no había probado bocado aquel día, estaba hambriento, y el olor de la carne despertó todos los instintos salvajes que su extraña educación fomentaba. Se acercó al jefe del destacamento que lo acompañaba y le hizo señas de que se detuviera; entonces, con toda la claridad que le permitía el lenguaje relativamente laborioso y nunca satisfactorio de los signos, explicó que tenía hambre, que había carne más adelante y que ellos deberían quedarse atrás mientras él proseguía y cazaba a su presa.

Cuando el oficial comprendió y manifestó su asentimiento, Tarzán se dirigió con sigilo hacia un pequeño grupo de árboles tras los cuales su aguzado olfato le indicaba que había varios antílopes, y el destacamento siguió a Tarzán, tan silencioso que ni siquiera el agudo oído del hombre-mono los percibía.

Protegido por los árboles, Tarzán vio una docena o más de antílopes que pacían a poca distancia, de los que el más próximo estaba a apenas treinta metros del bosquecillo. El hombre-mono cogió su arco y un puñado de flechas de su carcaj y avanzó sin hacer ruido hasta el árbol que estaba más cerca del antílope. El destacamento no se quedó muy atrás, aunque se había detenido en cuanto el oficial vio la pieza a la que Tarzán acechaba para no ahuyentarla.

Los pigmeos no sabían nada de arcos y flechas y, por ello, observaban con gran interés todos los movimientos del hombre-mono. Lo vieron ajustar una flecha en arco, tirar de ella hacia atrás y soltarla casi en un solo movimiento, pues era muy rápido con esta arma, y vieron que el antílope daba un salto al recibir el impacto de la flecha, que fue seguida en rápida sucesión por otra y por una tercera. Mientras lanzaba sus flechas, Tarzán saltó hacia delante para perseguir a su presa; pero no había peligro alguno de que la perdiera. Con la segunda flecha el ciervo cayó de rodillas y cuando Tarzán llegó hasta él ya había muerto.

Los guerreros, que habían seguido de cerca a Tarzán, en cuanto vieron que no había necesidad de seguir avanzado con precaución rodearon al antílope y se pusieron a hablar con más excitación de la que les había visto demostrar hasta entonces; su interés al parecer se centraba en los proyectiles mortales que tan fácilmente habían

abatido al enorme animal, pues para ellos ese antílope era tan grande como sería para nosotros un elefante; y cuando miraron al hombre-mono sonrieron y se frotaron las palmas de las manos muy rápidamente con un movimiento circular, acción que Tarzán supuso que era como un aplauso.

Después de retirar las flechas y devolverlas a su carcaj, Tarzán hizo señas al jefe del destacamento para le que prestara su estoque. Por un instante el hombre pareció vacilar y todos sus compañeros lo miraron atentamente, pero sacó la espada y se la pasó al hombre-mono. Cuando se ha de comer carne cruda mientras aún está caliente, no hay que sangrar al animal, y Tarzán tampoco lo hizo. Separó un cuarto trasero, cortó la cantidad que deseaba y se puso a devorarla con avidez.

Los hombrecillos contemplaron este acto con sorpresa no exenta de horror, y cuando él les ofreció un poco de la carne, ellos la rechazaron y se apartaron. El hombre-mono no podía saber cómo interpretar su reacción, pero supuso que tenían una fuerte aversión a comer carne cruda. Más adelante se enteraría de que su repulsión se debía al hecho de que, hasta entonces, las únicas criaturas conocidos por ellos que devoraban carne cruda también devoraban a los pigmeos. Por lo tanto, cuando vieron a este poderoso gigante comer cruda la carne del animal al que había matado, no pudieron por menos de sacar la conclusión de que si tenía suficiente hambre se los comería también a ellos.

Tarzán envolvió parte de la carne del antílope en su propia piel y se la ató a la espalda, tras lo cual el grupo reanudó la marcha. Los guerreros ahora parecían inquietos y conversaban en voz baja, mirando de vez en cuando de reojo al hombre-mono. No temían por ellos mismos, puesto que esos guerreros apenas conocía lo que era el miedo. La cuestión que los asustaba se refería a si era prudente llevar ante su gente a un devorador de carne cruda de ese tamaño, que en una sola comida rápida se había zampado el equivalente de un hombre adulto.

La tarde estaba finalizando cuando Tarzán distinguió a los lejos lo que parecía un grupo de montículos simétricos en forma de cúpula y, cuando estuvieron más cerca, un cuerpo de guerreros montados que galopaban hacia ellos. Desde su mayor altura los vio antes que los otros e hizo señas para llamar la atención del oficial y

notificarle su descubrimiento, pero los guerreros que venían quedaban ocultos a la vista de sus compañeros debido a las desigualdades del terreno.

Tarzán lo comprendió y se detuvo; antes de que el oficial adivinara sus intenciones había recogido al antílope y a su jinete del suelo y suavemente los elevó por encima del terreno. Por un instante la consternación paralizó a los demás guerreros. Las espadas destellaron y se elevó un grito de advertencia, e incluso el pigmeo que sostenía en la mano sacó su diminuta arma; pero una sonrisa del hombre-mono los tranquilizó a todos, y un instante después el oficial vio por qué Tarzán lo había levantado en vilo. Entonces llamó a los otros y por la actitud de estos y por la del pigmeo que tenía en la mano, el hombre-mono supuso que el grupo que se aproximaba se componía de amigos de su escolta. Unos minutos más tarde, pudo comprobar lo acertado de su suposición al verse rodeado por varios centenares de pigmeos, todos ellos amigos, impacientes y curiosos. Entre ellos se encontraba el jefe al que había rescatado de la mujer alalus, y lo saludó con un apretón de manos.

Celebraron entonces un consejo el jefe del destacamento que había escoltado al hombre-mono, el joven jefe del grupo más grande y varios guerreros de más edad. Por la expresión de sus caras y el tono de sus voces, Tarzán juzgó que el asunto era serio y estaba seguro de que se refería a él, pues dirigían numerosas miradas en su dirección. Sin embargo, no podía saber que el tema de discusión fuera la información del jefe de la escolta de que su poderoso invitado comía carne cruda y el consiguiente peligro que entrañaba llevarlo entre su gente.

El joven jefe zanjó la cuestión recordándoles que, aunque el gigante debía de estar muy hambriento para haber devorado toda la comida que decían, había viajado durante muchas horas con un grupo reducido de guerreros, siempre a su alcance, y no los había molestado. Esto al parecer fue un argumento definitivo que denotaba sus buenas intenciones y, en consecuencia, la cabalgata se puso en marcha sin más tardanza en dirección a los montículos que ahora se veían claramente a unos dos kilómetros de distancia.

Cuando se acercaron a ellos Tarzán vio lo que parecían innumerables hombrecillos pululando entre los montículos, y al

estar más cerca aún se dio cuenta de que estos eran montones simétricos de pequeñas piedras construidos por los propios pigmeos y que el enjambre que se movía entre ellos eran trabajadores, pues había una larga fila que avanzaba en una dirección, salía de un agujero en el suelo y seguía un camino bien definido hasta un montículo incompleto que evidentemente se hallaba en vías de construcción. Otra fila avanzaba, con las manos vacías, en la dirección opuesta y entraba en tierra a través de un segundo agujero, y en los flancos de cada línea marchaban guerreros armados, separados entre sí, mientras otras filas similares de trabajadores protegidos por los guardias entraban y salían por las aberturas que había en cada una de las estructuras parecidas a cúpulas, lo que recordó al hombre-mono a las hormigas trabajando en sus hormigueros.

CAPÍTULO VI

SKA, el buitre, volaba ocioso en grandes círculos, muy alto, sobre la orilla derecha del Ugogo. El medallón, que lanzaba destellos producidos por el sol, había dejado de molestarle al volar. Ya solo le estorbaba al descender a tierra y caminar; ya que a veces, lo pisaba y tropezaba, pero hacía rato que había dejado de pelear con él y lo aceptaba como un mal del que no podía escapar. Abajo descubrió la forma inmóvil de Gorgo, el búfalo, cuya postura proclamaba que estaba a punto para alimentar a Ska. El gran pájaro descendió y se posó en un árbol cercano. Todo iba bien: no había enemigos a la vista. Satisfecho, Ska voló hasta la bestia caída.

A varios kilómetros de allí, un gigantesco hombre blanco se agazapaba para ocultarse en un denso matorral con una muchachita negra… Los dedos de una mano del hombre le tapaban la boca y los de la otra le apretaban un cuchillo en el pecho. Sus ojos no estaban puestos en la chiquilla, sino que se esforzaban por ver a través del denso follaje un sendero por el que avanzaban dos guerreros negros como el ébano. La ayuda se hallaba cerca para Uhha, la hija de Khamis, el hechicero, pues los dos que se acercaban eran cazadores de la aldea de Obebe, el jefe; pero no se atrevía a llamarles en voz alta para llamar su atención por miedo a que la afilada punta del cuchillo de Miranda se clavara en su joven corazón, y por eso los oyó acercarse y alejarse hasta que, perdidas sus voces en la distancia, el español se levantó y la arrastró de nuevo por el sendero, donde reanudaron lo que a Uhha le parecían interminables e inútiles periplos por la jungla.

En el poblado de los hombres hormiga, Tarzán encontró una cálida recepción y, tras decidir que se quedaría un tiempo para

estudiarlos a ellos y sus costumbres, se puso a trabajar, como era habitual en él cuando caía entre personas extrañas, para aprender su lenguaje lo antes posible. Como ya dominaba varias lenguas y numerosos dialectos, al hombre-mono nunca le costaba adquirir más conocimientos lingüísticos, y por ello en cuestión de poco tiempo fue capaz de comprender a sus anfitriones y de hacerse entender por ellos. Entonces se enteró de que al principio habían creído que él era una especie de alalus y, en consecuencia, que sería imposible comunicarse con él por otro medio que no fueran los signos. Por lo tanto, se mostraron encantados cuando se hizo evidente que podía emitir sonidos vocales idénticos a los suyos y cuando comprendieron que deseaba aprender su lengua, Adendrohahkis, el rey, puso a varios instructores a su disposición y dio órdenes de que toda la gente con que el extraño gigante estuviera en contacto lo ayudara a comprender pronto su lenguaje.

Adendrohahkis sentía una inclinación especial hacia él debido a que el hijo del rey, Komodoflorensal, era el hombre a quien Tarzán había rescatado de las garras de la mujer alalus, y por tanto hacía todo lo posible para que la estancia del gigante entre ellos fuera agradable. Un centenar de esclavos le llevaban la comida al lugar en el que había hecho su residencia, bajo la sombra de un gran árbol que crecía en solitaria majestad a las afueras de la ciudad. Cuando caminaba entre el grupo de casas-cúpula, una tropa de la caballería galopaba delante para despejarle el camino, y evitar así que pisara a alguien; pero Tarzán iba siempre con cuidado de que sus anfitriones no sufrieran daño alguno por su culpa.

Cuando logró dominar su lenguaje aprendió muchas cosas de esta gente notable. El príncipe Komodoflorensal ayudaba casi a diario en la instrucción de su colosal invitado, y con él aprendió Tarzán casi todas las cosas. Tampoco sus ojos eran ociosos cuando paseaba por la ciudad. Particularmente interesante era el método empleado para construir las casas-cúpula relativamente gigantescas que superaban en altura incluso al gran Tarzán. El primer paso en la construcción era delimitar la periferia de la base con piedras de tamaño uniforme de unos veinte kilos cada una. Dos esclavos transportaban con facilidad una de estas piedras colgada de una hamaca de cuerda y, como se empleaban miles de esclavos, el trabajo avanzaba con rapidez. Cuando ya había sido perfilada una

base circular de cuarenta y cinco a sesenta metros de diámetro, se trazaba otro círculo dentro del primero, que distaba de este unos tres metros, dejando cuatro aberturas en cada círculo para señalar la posición de las cuatro entradas al edificio terminado, que correspondían a los cuatro puntos cardinales. Las paredes de las entradas se trazaban entonces en el suelo con grandes sillares, elegidos por su uniformidad, tras lo cual los cuatro cercados resultantes se llenaban de piedras. Se delimitaban entonces los corredores y cámaras de la primera planta, y los espacios entre ellos se llenaban de piedras, que se colocaban con gran cuidado y de un modo agradable en relación con las que estaban en contacto con ellas y con las que descansarían encima cuando se pusiera la segunda hilada, pues estas tendrían que soportar un peso tremendo cuando el edificio estuviera terminado. En general los corredores tenían noventa centímetros de ancho, el equivalente de tres metros y medio según nuestras medidas, mientras que las cámaras variaban en dimensiones según los usos que se les iba a dar. En el centro exacto del edificio se dejaba una abertura circular que medía tres metros de diámetro y que iba subiendo a medida que la construcción progresaba, hasta que al final formaba un pozo abierto desde la planta baja hasta el tejado.

Una vez construida de esta manera la hilada a una altura de quince centímetros, se colocaban arcos de madera de manera regular a lo largo de los corredores que entonces se techaban con el simple procedimiento de atar delgadas tiras de madera longitudinalmente de un arco a otro hasta que los corredores estaban completamente cubiertos. Las tiras, o tablas, que se superponían, se unían con clavijas de madera que se clavaban en la periferia de los arcos. A medida que avanzaba este trabajo, las paredes de las diversas cámaras y de la pared exterior del edificio se subían hasta una altura de veinticuatro centímetros y se nivelaban con los techos de los corredores arqueados; los espacios entre cámaras y corredores se llenaban de piedras y los intersticios entre estas, con piedras más pequeñas y grava. Las vigas del techo se colocaban de través en las otras cámaras, utilizando piezas de treinta y ocho centímetros cuadrados cortadas de una madera dura, y en las cámaras más grandes se sostenían, a intervalos regulares, sobre columnas de las mismas dimensiones y material. Una vez

colocadas las vigas del techo, se cubrían con tablas ajustadas que se clavaban con clavijas. Los techos de las cámaras se proyectaban entonces quince centímetros por encima de la hilada que rodeaba la estructura. Se traían centenares de calderas en las que calentaban el asfalto hasta que se hacía líquido y se llenaban con él los intersticios de la siguiente hilada de quince centímetros, poniendo la hilada completa al mismo nivel a una altura de setenta y seis centímetros. Encima de todo se ponía una segunda hilada de quince centímetros de roca y asfalto y el segundo piso se construía y se completaba de manera similar.

El palacio de Adendrohahkis, construido de esta manera, tenía sesenta y seis metros de diámetro y treinta y tres de altura, con treinta y seis pisos capaces de alojar a ochenta mil personas: un verdadero hormiguero humano. La ciudad constaba de diez cúpulas similares, aunque todas eran un poco más pequeñas que la del rey, que alojaban a un total de quinientas mil personas, dos tercios de las cuales eran esclavos; estos eran en su mayor parte los artesanos y servidumbre de la clase gobernante. Otro medio millón de esclavos, los trabajadores no cualificados de la ciudad, residían en las cámaras subterráneas de las canteras de las que se obtenía el material de construcción.

Las cúpulas estaban bien ventiladas por el gran pozo central y las numerosas ventanas que se abrían en las paredes exteriores de forma regular en cada piso sobre la planta baja, en la que, como se ha explicado antes, no había más que cuatro aberturas. Las ventanas, con una anchura de unos quince centímetros y una altura de cuarenta y siete, dejaban entrar cierta cantidad de luz además de aire; pero el interior de la cúpula, en especial las lúgubres cámaras que se encontraban a medio camino entre las ventanas y la luz central del pozo de aire, estaba iluminado por inmensas velas que ardían lentamente y no producían humo.

Tarzán observaba la construcción de la nueva cúpula con el mayor interés, pues se daba cuenta de que era la única oportunidad que tendría de ver el interior de una de estas colmenas humanas y, mientras se entregaba a ello, Komodoflorensal y sus amigos se apresuraban a iniciarlo en los misterios de su lenguaje. Así, al mismo tiempo que aprendía el lenguaje de sus anfitriones se instruía sobre otras muchas cosas interesantes de su cultura.

Descubrió que los esclavos eran prisioneros de guerra o descendían de estos. Algunos llevaban cautivos tantas generaciones que se había perdido todo rastro de su origen y se consideraban ciudadanos de Trohanadalmakus, la ciudad del rey Adendrohahkis, como cualquiera de la nobleza. En conjunto eran tratados con bondad y no se les hacía trabajar en exceso después de la segunda generación. Los prisioneros recientes y sus hijos estaban en su mayor parte incluidos en la casta de la mano de obra no cualificada a la que se explotaba hasta el límite de la resistencia humana. Eran los mineros, los canteros y los constructores, y el cincuenta por ciento de ellos trabajaban hasta la muerte en un sentido literal. Con la segunda generación comenzaba la educación de los hijos. Los que mostraban aptitudes para alguna actividad eran trasladados de inmediato de las canteras a las cúpulas, donde adoptaban la vida relativamente fácil de una clase media próspera y satisfecha. La otra forma que tenía un individuo de escapar de las canteras era a través del matrimonio (o más bien por selección, como ellos lo llamaban) con un miembro de la clase dirigente. En una comunidad en la que la conciencia de clase era tan característica, y en la que la casta era casi un fetiche, resultaba notable que semejantes uniones no originaran odio hacia los inferiores, sino que, por el contrario, automáticamente elevaban al inferior a la casta de la parte contratante superior.

—Así es, Salvador del Hijo de Adendrohahkis —explicó Komodoflorensal, en respuesta a la pregunta de Tarzán relativa a esta excepción tan peculiar de la rígida distinción de clase que el hijo del rey tan a menudo había grabado en él—: Hace siglos, durante el reinado de Klamataamorosal en la ciudad de Trohanadalmakus, los guerreros de Veltopishago, rey de la ciudad de Veltopismakus, marchó sobre nuestra justa Trohanadalmakus, y en la batalla que siguió las tropas de nuestros antepasados casi fueron aniquiladas. Miles de nuestros hombres y mujeres fueron reducidos a la esclavitud y lo que nos salvó de ser aniquilados fue la valiente defensa que nuestros esclavos hicieron de sus amos. Klamataamorosal, del que yo desciendo, peleando en el fragor de la batalla, observó que los esclavos tenían más energía, que eran más fuertes que los guerreros de cualquiera de las dos ciudades y no parecían cansarse nunca, mientras que la nobleza de la casta alta a

la que pertenecían los clanes que luchaban, aunque era sumamente valerosa, se agotaba por completo al cabo de unos minutos de lucha.

»Cuando la batalla hubo terminado, Klamataamorosal reunió a todos los jefes de la ciudad, o más bien a los que no habían muerto ni caído prisioneros, y les señaló que la razón por la que nuestra ciudad había sido derrotada no era tanto la superioridad numérica de las fuerzas del rey Veltopishago cuanto el hecho de que nuestros guerreros eran débiles físicamente, y les preguntó por qué era así y qué se podía hacer para remediar un defecto tan grave. El hombre más joven de entre ellos, herido y débil a causa de la sangre que había perdido, fue el único que pudo ofrecer una explicación razonable, o sugerir un modo de corregir la única debilidad evidente de la ciudad.

»Llamó la atención sobre el hecho de que, de toda la raza de minunianos, la de la ciudad de Trohanadalmakus era la más antigua, y durante siglos no había habido en ella infusión de sangre nueva, ya que no se les permite aparearse fuera de su propia casta, mientras que sus esclavos, procedentes de todas las ciudades de Minuni, se habían mezclado, y por eso se habían vuelto fuertes y robustos, mientras que sus amos eran cada vez más débiles.

»Exhortó a Klamataamorosal a emitir un decreto elevando a la clase guerrera a cualquier esclavo que fuera elegido como compañero por un hombre o una mujer de esa clase, y a obligar a cada guerrero a elegir al menos una compañera de entre sus esclavas. Al principio, claro está, las objeciones que se pusieron a una sugerencia tan iconoclasta fueron fuertes y amargas; pero Klamataamorosal fue rápido en percibir la sabiduría de la idea y no solo emitió el decreto, sino que fue el primero en desposar a una esclava, y lo que el rey hacía todos estaban impacientes por imitarlo.

»La siguiente generación mostró lo acertado del cambio y cada generación posterior ha cumplido con creces las expectativas de Klamataamorosal. Por eso ahora puedes ver entre la gente de Trohanadalmakus a los más poderosos y belicosos minunianos.

»Nuestra antigua enemiga, Veltopismakus, fue la siguiente ciudad que adoptó el nuevo orden, tras conocerlo a través de los esclavos que había cogido en los ataques a nuestra comunidad, pero

iban varias generaciones atrasados en relación a nosotros. Ahora todas las ciudades de Minuni casan a sus guerreros con sus esclavas. Es un hecho natural; nuestros esclavos descienden todos de la clase guerrera de otras ciudades, de las que fueron capturados sus antepasados. Todos somos de la misma raza, todos utilizamos el mismo lenguaje y en todos los aspectos importantes tenemos las mismas costumbres.

»El tiempo ha efectuado ligeros cambios en la manera en que se seleccionan estas nuevas compañeras, y ahora es costumbre frecuente hacer la guerra a otra ciudad con el único propósito de capturar a sus mujeres más bellas y de más noble cuna.

»Para nosotros, la familia real, esto ha supuesto una garantía de perpetuidad. Nuestros antepasados transmitían enfermedades y la locura a su prole. La sangre nueva, pura y viril de los esclavos ha limpiado las manchas de nuestras venas, y tanto ha alterado esto nuestro punto de vista que, mientras que en el pasado el hijo de una esclava y un guerrero carecía de casta y era el inferior más bajo, ahora se le sitúa en lo más alto de la casta superior, ya que se considera inmoral que un miembro de la familia real se case con alguien que no sea esclavo.

—¿Y tu esposa? —preguntó Tarzán—. ¿Te la llevaste en una batalla con otra ciudad?

—No tengo esposa —respondió Komodoflorensal—. Ahora nos estamos preparando para hacer la guerra a Veltopismakus. La hija del rey, según nos han dicho esclavos de esa ciudad, es la criatura más bella del mundo. Se llama Janzara y, como no tiene ningún parentesco conmigo, si no es uno muy remoto, es una compañera adecuada para el hijo de Adendrohahkis.

—¿Cómo sabes que no está emparentada contigo? —preguntó el hombre-mono.

—Guardamos un registro exacto de las familias reales de Veltopismakus y otras ciudades más próximas de Minuni, como hacemos con la nuestra —respondió—. Obtenemos la información por los cautivos, en general por los que son elegidos por los nuestros para casarse. Durante varias generaciones los reyes de Veltopismakus no han sido suficientemente poderosos o afortunados para lograr llevarse a una princesa real, ya sea por la fuerza de las armas o por la estrategia, aunque nunca han dejado de intentarlo, y

el resultado ha sido que se han visto obligados a encontrar a sus compañeras en otras ciudades, a menudo lejanas.

»El actual rey de Veltopismakus, Elkomoelhago, el padre de la princesa Janzara, consiguió a su compañera, la madre de la princesa, en una ciudad distante que nunca, en toda su historia, ha cogido esclavos de Trohanadalmakus, ni nuestros guerreros han visitado esa ciudad, que ningún hombre vivo recuerde. Por lo tanto, Janzara sería una compañera excelente.

—Pero ¿y el amor? Supón que no os gustáis —preguntó Tarzán.

Komodoflorensal se encogió de hombros.

—Me dará un hijo que algún día será rey de Trohanadalmakus —respondió— y eso es lo único que se puede pedir.

Mientras se llevaban a cabo los preparativos para la expedición contra Veltopismakus, Tarzán pasaba mucho tiempo solo. Las actividades de esta gente diminuta era una fuente inagotable de interés para él. Observaba las larguísimas filas de esclavos que avanzaban penosamente con su pesada carga hacia la nueva cúpula, que se estaba erigiendo a una velocidad casi milagrosa, o paseaba hasta las tierras de cultivo que se extendían en las afueras de la ciudad, donde otros esclavos trabajaban la rica tierra con pequeños arados arrastrados por grupos de diadets, el diminuto antílope que era su única bestia de carga. Los esclavos siempre estaban acompañados por guerreros armados, tanto si pertenecían a la primera como a la segunda generación, para que no intentaran escapar o rebelarse, así como para protegerlos de las bestias depredadoras y de los enemigos humanos, ya que a los esclavos no se les permitía llevar armas y, en consecuencia, no podían protegerse por sí mismos. Estos esclavos de primera y segunda generación eran fácilmente reconocibles por la túnica de vivo color verde que les llegaba hasta las rodillas. Esta constituía la única prenda de su casta y exhibía en la parte delantera y posterior un emblema en negro que indicaba la ciudad de nacimiento del esclavo y el individuo al que ahora pertenecía. Los esclavos empleados en las obras públicas pertenecían al rey, Adendrohahkis, pero en los campos muchas familias eran representadas por sus enseres.

Pululando por la ciudad en el ejercicio de sus diversas tareas se veían miles de esclavos con túnica blanca. Ejercitaban las monturas de sus amos, vigilaban gran parte del trabajo laborioso y más

insignificante de los esclavos de la casta inferior, practicaban el comercio y vendían sus mercancías en perfecta libertad; pero al igual que los otros esclavos no llevaban más que una prenda, junto con toscas sandalias que eran comunes a ambas clases. En el pecho y en la espalda lucían en color rojo el emblema de su amo. Los esclavos de segunda generación de los que lucían túnicas verdes tenían un emblema similar, pues habían nacido en la ciudad y en consecuencia se les consideraba parte de ella. Había otras marcas distintivas, aunque de menor importancia, en las túnicas de los esclavos de la clase superior, pequeñas insignias en un hombro o en ambos, o en una manga, que indicaban la ocupación de quien las lucía: mozo, criado personal, mayordomo, cocinero, peluquero, trabajador de oro y plata, alfarero… Así se sabía de un vistazo la profesión de cada uno. Todos pertenecían, en cuerpo y alma, a su amo, que estaba obligado a alimentarlos y vestirlos y a quien pertenecían en exclusiva los frutos de su labor.

La riqueza de la familia de un guerrero podía proceder de la belleza y perfección de los ornamentos de oro y plata que vendía a sus compañeros acaudalados, y en ese caso todos sus esclavos cualificados, aparte de los que se precisaban para tareas personales y hogareñas, se empleaban en el diseño y fabricación de tales artículos. Otra familia podía dedicar su atención a la agricultura; otra, a la cría de diadets. Todo el trabajo lo hacían los esclavos, con la única excepción de la doma de los diadets que se criaban para montar, ocupación que no se consideraba digna de la clase guerrera, sino que, por el contrario, se juzgaba una ocupación adecuada para los nobles. Incluso el hijo del rey domaba a sus diadets.

Como espectador interesado, Tarzán pasaba ocioso los días. A sus repetidas preguntas referidas a la posibilidad de una salida de este mundo extraño e infestado de espinos, sus anfitriones respondieron que no era difícil penetrar en el bosque, pero, como proseguía indefinidamente hasta los extremos más apartados, era inútil intentar atravesarlo. Su concepción del mundo se limitaba a lo que habían visto: una tierra de colinas, valles y bosques, rodeada de espinos. Para criaturas de su tamaño, el bosque de espinos no era impenetrable, pero Tarzán no tenía su tamaño. Aun así no dejó de planear un método para escapar, aunque no tenía mucha prisa por intentarlo, ya que los minunianos le parecían muy interesantes y en

su talante primitivo del momento le apetecía haraganear un poco en la ciudad de Trohanadalmakus.

Pero una mañana, cuando las primeras y débiles luces del alba teñían el cielo oriental, se produjo un súbito cambio.

CAPÍTULO VII

EL HIJO de la Primera Mujer alalus exploró el bosque en busca del hombre-mono, la única criatura que había provocado dentro de su primitivo y salvaje pecho una emoción ligeramente afín al afecto; pero no lo encontró. Se tropezó con dos machos mayores de su propia especie y los tres cazaron juntos, como en ocasiones era costumbre de estas inofensivas criaturas. Sus nuevos conocidos mostraron poco interés por el extraño armamento del joven y se contentaron con un palo y un cuchillo de piedra. Bajo el primero caía de vez en cuando un roedor y el segundo descubría muchos insectos y gusanos bajo el moho que cubría el suelo del bosque o escondidos bajo la corteza de un árbol. Sin embargo, se alimentaban principalmente de frutas, nueces y tubérculos. Por el contrario, el hijo de la Primera Mujer atrapaba muchos pájaros y, de vez en cuando, un antílope, pues cada día era más hábil con el arco y la lanza. Como a menudo traía más de lo que podía comer y dejaba el resto para sus dos compañeros, estos permanecían siempre pegados a él, al menos hasta el momento en que alguna horrible mujer apareciera en escena para romper su idílica existencia y se llevara a uno de ellos a su corral.

Con su mente lenta y estúpida, se asombraban un poco del joven, pues parecía diferir de un modo vago e intangible de ellos y de todos los de su sexo que habían conocido. Para empezar, mantenía la barbilla más alta y su mirada era mucho menos esquiva y avergonzada. Los otros lo veían caminar con paso más firme y con menos cautela, pero quizá sonreían por dentro mientras pensaban confusamente en el momento inevitable en que descubriría a una de sus toscas, brutales y peluda hembras, que caería sobre él con la

porra y lo arrastraría hacia las cuevas cogiéndolo por el pelo.

Hasta que un día ocurrió, o al menos ocurrió en parte: se encontraron con una gran hembra en un claro del bosque. Los que acompañaban al hijo de la Primera Mujer dieron media vuelta y huyeron, pero cuando llegaron a una zona de apretados árboles, que les era ventajosa, se detuvieron y miraron atrás para ver si la mujer los perseguía y qué se había hecho de su compañero. Para su alivio vieron que la mujer no los seguía y, para su consternación, que su compañero no había huido, sino que hacía frente a la hembra y la desafiaba, indicándole por señas que si no se marchaba la mataría. ¡Qué crasa estupidez! Debían de haberlo parido sin cerebro. Nunca se les ocurriría atribuir su acto al valor. El valor era para las hembras; el macho se pasaba la vida huyendo del peligro y de las hembras de su especie.

Pero le estaban agradecidos, pues su acto los salvaría: ella solo se llevaría a uno de ellos y este sería el que tan neciamente permanecía detrás de ella en actitud desafiante.

La mujer, que no estaba acostumbrada a que se le enfrentara ningún hombre, se quedó sorprendida y enfureció. Su sorpresa le hizo detenerse de pronto a veinte pasos del hombre y la ira le hizo coger uno de los proyectiles de piedra que colgaban de su cinto. Eso fue su perdición. El hijo de la Primera Mujer, de pie ante ella con una flecha ya en el arco, no esperó a descubrir sus intenciones. Mientras los dedos de la mujer aflojaban el plumoso mensajero de derrota de la tira de cuerda de su cinto, él se llevó la flecha a la mejilla y la soltó.

Sus dos compañeros, que observaban la escena escondidos en el bosque, vieron que la mujer se ponía rígida y que su rostro se contraía en un espasmo de dolor; observaron cómo aferraba frenética la flecha emplumada que le sobresalía del pecho, caía de rodillas y luego de espaldas, dando patadas con los pies y apretando los dedos en forma de garras hasta que se sumió en el descanso eterno. Entonces salieron de su escondite y, cuando el hijo de la Primer Mujer se acercó a la víctima y le arrancó la flecha del corazón, se reunieron con él, confundidos por la sorpresa, y miraron primero el cuerpo de la hembra con expresión de incredulidad y luego a él con una mezcla de temor y veneración.

Examinaron su arco y sus flechas, volviéndose constantemente a

mirar la herida del pecho de la mujer. Todo era demasiado asombroso. Y el hijo de la Primera Mujer mantenía la cabeza alta, sacaba pecho y andaba con paso orgulloso. Nunca hasta entonces se había visto un hombre en el papel de héroe ni lo había disfrutado. Pero aún podía impresionarlos más. Agarró el cadáver de la mujer, lo arrastró hasta un árbol que había cerca y lo apoyó en postura sedente contra el tronco; después se alejó unos veinte pasos, hizo señas a sus compañeros de que lo observaran con atención, levantó y arrojó su pesada lanza, que, tras atravesar a su blanco, fue a clavarse en el tronco del árbol.

Los otros estaban muy excitados. Uno de ellos quiso probar la maravillosa hazaña y, cuando falló, su compañero insistió en que era su turno. Más tarde probaron la práctica del arco y la flecha. Durante horas los tres permanecieron ante su horripilante blanco, y no desistieron hasta que el hambre les hizo moverse y el hijo de la Primera Mujer prometió enseñarles a fabricar armas similares a las suyas. Esto supuso un hito importante en la historia de los alali, aunque ellos eran tan conscientes como los centenares de mujeres alalus que regresaban a sus cuevas aquella noche en feliz ignorancia del golpe asestado a su supremacía por los militantes sufragistas de Minuni.

De forma igualmente inesperada, aunque con resultados más inmediatos, el tranquilo tenor de la existencia de Tarzán en la ciudad de Trohanadalmakus se vio alterado por una serie de sucesos que tendrían el desenlace más disparatado e increíble que pueda imaginarse.

El hombre-mono yacía en un lecho de hierbas bajo el gran árbol que crecía junto a la ciudad del rey Adendrohahkis. El alba asomaba por el firmamento sobre el bosque al este de Trohanadalmakus, cuando Tarzán, con la oreja pegada al suelo, despertó de pronto a causa de una extraña reverberación que parecía proceder débilmente de las entrañas de la tierra. Era un ruido tan leve y distante que usted o yo apenas lo habríamos apreciado si hubiéramos pegado una oreja al suelo después de que nos hubiera comunicado su existencia; pero para Tarzán constituía una interrupción de los sonidos corrientes de la noche y, por lo tanto, aunque leve, era lo bastante importante para grabarse en su conciencia incluso en el sueño.

Despierto, siguió tumbado, escuchando con atención. Sabía que aquel ruido no procedía de las entrañas de la tierra, sino de la superficie, y supuso que se había originado a no mucha distancia de allí y que se acercaba rápidamente. Por unos instantes se quedó perplejo, pero una idea le hizo ponerse en pie de un salto y dirigir sus pasos hacia la cúpula del rey Adendrohahkis que se encontraba a un centenar de metros. Justo ante la entrada sur, un pequeño centinela le impidió el paso.

—Dile a tu rey —le dijo el hombre-mono— que Tarzán oye muchos diadets que galopan hacia Trohanadalmakus y que, a menos que se confunda, cada uno lleva encima a un guerrero hostil.

El centinela se volvió y se alejó por el corredor, y unos instantes después aparecieron un oficial y otros guerreros. Al ver a Tarzán se detuvieron.

—¿Qué ocurre? —preguntó el oficial.

—El invitado del Rey dice que oye muchos diadets que se acercan —respondió el centinela.

—¿De qué dirección vienen? —pidió el oficial, dirigiéndose a Tarzán.

—De aquella —respondió el hombre-mono, señalando hacia el oeste.

—¡Los veltopismakusianos! —exclamó el oficial, y entonces se volvió hacia los que le acompañaban—. ¡Rápido! Despertad a Trohanadalmakus; yo avisaré a la cúpula del rey y al rey mismo — giró en redondo y corrió hacia dentro, mientras los demás se alejaban a todo correr para despertar a la ciudad.

En un espacio de tiempo increíblemente breve Tarzán vio a miles de guerreros que salían de cada una de las diez cúpulas, hombres a caballo de las puertas norte y sur de cada cúpula y soldados a pie de las del este y oeste. No había confusión; todo se movía con precisión militar y, evidentemente, de acuerdo con un plan de defensa que cada unidad había practicado a fondo.

Pequeños destacamentos de la caballería galopaban hacia los cuatro puntos cardinales; eran exploradores, que se distribuyeron en forma de abanico tras los límites de las cúpulas hasta que la ciudad quedó rodeada por una delgada línea de hombres montados que se detenían cuando llegaban a una distancia predeterminada de la ciudad, y regresaron con información del avance enemigo. Detrás

de estos destacamentos salieron otros, más fuertes, de hombres a caballo, que se distribuyeron hacia el norte, el sur, el este y el oeste para situarse justo en el interior de la línea de exploradores. Estos destacamentos eran lo bastante fuertes para hacer frente al enemigo e impedirle el avance mientras retrocedían hasta encontrarse con el cuerpo principal de la caballería, que, según este plan, podía ser convocada a tiempo en el punto en el que el enemigo estaba efectuando su esfuerzo más temerario para llegar a la ciudad.

El cuerpo principal de la caballería salió hacia el oeste, punto por el que sabían que se acercaba el enemigo. La infantería, que no había parado desde que había salido de las cúpulas, marchaba asimismo hacia los cuatro puntos cardinales en sendos cuerpos compactos de los que uno (el mayor con diferencia) avanzaba hacia el oeste. Las tropas de avance a pie ocuparon sus puestos a una breve distancia de la ciudad, mientras que, dentro del área de las cúpulas, las últimas tropas que quedaban por emerger de ellas, caballería e infantería, permanecían como fuerzas de reserva. Adendrohahkis ocupó su lugar en el centro de estas tropas, con el propósito de dirigir mejor la defensa de su ciudad.

El príncipe Komodoflorensal había salido al mando del cuerpo principal de la caballería, que iba a hacer frente al enemigo. Este cuerpo constaba de siete mil quinientos hombres y se hallaba a tres kilómetros de la ciudad, ochocientos kilómetros detrás de una patrulla de caballería formada por quinientos hombres, de las cuales había cuatro, una en cada punto cardinal, que sumaban dos mil hombres. El resto de los diez mil que constituían las tropas avanzadas constaba de quinientos exploradores montados que, a su vez, se hallaban ochocientos kilómetros más adelante de las patrullas piquete, a intervalos de sesenta metros, rodeando por completo la ciudad a una distancia de cinco kilómetros. En la ciudad había una reserva de quince mil hombres montados.

A la creciente luz del amanecer, Tarzán observaba estos metódicos preparativos para la defensa sintiendo una admiración cada vez mayor por los pequeños minunianos. No se oían gritos ni cantos, pero en la cara de cada guerrero que pasaba lo bastante cerca del hombre-mono para verle las facciones había una expresión de exaltado arrebato. No era necesario lanzar gritos de guerra ni cantar himnos de batalla para fomentar el cuestionable valor de los

débiles, porque no había ninguno.

El ruido de cascos de la horda de veltopismakusianos que se aproximaba había cesado. Era evidente que sus exploradores habían descubierto el fracaso de la pretendida sorpresa. ¿Estaban alterando el plan o el punto de ataque, o el cuerpo principal se había detenido solo temporalmente para esperar el resultado de un reconocimiento? Tarzán preguntó a un oficial que tenía cerca si cabía la posibilidad de que el enemigo hubiese abandonado su intención de atacar. El hombre sonrió y meneó la cabeza.

—Los minunianos nunca abandonan un ataque —dijo.

Tarzán recorrió con los ojos las diez cúpulas de la ciudad, iluminadas ahora por los rayos del sol naciente, y vio a un guerrero apostado en cada una de las numerosas troneras dispuestas a intervalos regulares en cada uno de sus treinta extraños pisos. Cada soldado tenía al lado un gran montón de jabalinas cortas y, detrás, un cúmulo de pequeñas piedras redondeadas. El hombre-mono sonrió.

«No pasan por alto ni un detalle —pensó—. Pero ¿y los esclavos de la cantera?, ¿qué pasará con ellos? ¿No se volverán contra sus amos ante la oportunidad de huida que una batalla como la que se avecina les ofrece casi con toda seguridad?». Se volvió de nuevo al oficial y se lo preguntó.

El oficial señaló hacia la cantera más próxima, donde Tarzán vio a centenares de esclavos con túnica blanca apilando rocas en la entrada y a un destacamento de infantería cuyos soldados se apoyaban ociosos en las lanzas mientras sus oficiales dirigían el trabajo de aquellos.

—Hay otro destacamento de guerreros encerrado en la cantera —explicó el oficial a Tarzán—. Si el enemigo llega a la ciudad y esta guardia exterior es empujada hacia las cúpulas o resulta muerta o capturada, la guardia interior puede defenderse como un ejército completo y atacar al mismo tiempo como si fuera un único hombre. Nuestros esclavos están a salvo, por lo tanto, a menos de que la ciudad caiga, y esto no ha ocurrido en ninguna ciudad minuniana, que nadie recuerde. Lo mejor que a los veltopismakusianos les cabe esperar ahora es hacer algunos prisioneros, pero sin duda abandonarán a todos los que hayan cogido. Si su ataque sorpresa hubiera tenido éxito, se habrían abierto camino hasta una de las

cúpulas y se habrían hecho con muchas mujeres y un gran botín. Sin embargo, ahora, nuestras fuerzas están demasiado bien dispuestas para que cualquier fuerza, a menos que sea muy superior, amenace gravemente a la ciudad. Dudo incluso que tengamos que hacer participar a la infantería.

—¿Cómo está dispuesta la infantería? —preguntó Tarzán.

—Hay quinientos hombres apostados tras las ventanas de las cúpulas —respondió el oficial—, cinco mil más forman la reserva que ves alrededor, de la que han partido destacamentos para proteger las canteras. A un kilómetro y medio de la ciudad hay otros cuatro cuerpos de infantería; los que van al este, al norte y al sur tienen una fuerza de mil hombres cada uno, mientras que el que va al oeste, que se enfrenta al probable punto de ataque, consta de siete mil guerreros.

—Entonces, ¿crees que la lucha no llegará hasta la ciudad? —preguntó Tarzán.

—No. Hoy solo tendrán suerte los hombres de la caballería avanzada; lucharán todo lo que haya que luchar. Dudo que un hombre de infantería saque una espada o arroje una lanza; pero así suele ocurrir: es la caballería la que lucha.

—Deduzco que te sientes desgraciado porque no estás con una unidad de caballería. ¿No podrían trasladarte?

—¡Oh!, todos tenemos que pasar por todos los cuerpos —explicó el oficial—. Todos somos guerreros de a caballo, salvo para la defensa de la ciudad. Y con este propósito se nos asigna a las tropas de a pie durante cuatro lunas, tras las que pasamos cinco lunas en la caballería —la palabra que utilizó fue *diadetax*—; cinco mil hombres son trasladados de un cuerpo a otro la noche de cada nueva luna.

Tarzán se volvió y recorrió la llanura con la vista hacia el oeste. Vio las tropas más próximas que aguardaban al enemigo con tranquilidad. Incluso pudo ver el cuerpo principal de la caballería, pues, aunque estaba situado a tres kilómetros de distancia, era muy numeroso; pero los piquetes más alejados eran invisibles. Apoyado en su lanza, observaba una escena que ningún otro hombre de su raza había presenciado jamás. Se dio cuenta de la seriedad que demostraban aquellos hombrecillos en la guerra que los enfrentaba, y no pudo por menos de pensar en la gente de su propio mundo que

alineaba a sus soldados por motivos a menudo menos trascendentales para ellos que la llamada a las armas que había hecho salir a los duros guerreros de Adendrohahkis de sus pequeñas plataformas para defender el hogar y la ciudad.

Aquí no existían los embustes de la política, ni la ambición velada de algún potencial tirano, ni el descabellado concepto de soñadores fantasiosos impulsados por la avariciosa idea del autoengrandecimiento y riqueza; solo el patriotismo de la más pura cepa avivado por la fuerte necesidad de la autoconservación. Eran los perfectos luchadores, los perfectos guerreros, los perfectos héroes. No era necesario que sonaran trompetas; no les servían para nada las ayudas artificiales al valor concebidas por capitanes del mundo exterior que envían a hombres poco dispuestos a luchar sin saber por qué, engañados por propaganda falaz, enardecidos por falsas historias sobre la barbaridad de un enemigo que ha avivado de forma similar la ira contra ellos.

Durante la tregua que siguió a la partida de la última de las tropas de avance, Tarzán se acercó a Adendrohahkis, que estaba sentado a horcajadas sobre su diadet, rodeado por oficiales de alto rango. El rey estaba radiante con su justillo dorado, una prenda de piel sobre la que se habían cosido pequeños discos de oro, que se solapaban uno a otro. En la cintura llevaba un ancho cinturón de grueso cuero, ajustado con tres hebillas de oro, de dimensiones tales que casi parecía un corsé. Este cinturón sostenía su estoque y cuchillo, cuyas vainas estaban decoradas con profusión de incrustaciones de oro y metales inferiores formando complicados y bellos dibujos. Unas corazas de cuero le protegían la parte superior de las piernas por delante, cubriendo los muslos hasta las rodillas, mientras que los antebrazos iban metidos en unos brazales metálicos que le llegaban de las muñecas casi hasta los codos. En los pies llevaba toscas sandalias de tiras, con una placa circular dorada que le protegía el tobillo. Un casco de cuero le ceñía la cabeza.

Cuando Tarzán se detuvo ante él, el rey reconoció al hombre-mono y lo saludó con agrado.

—El capitán de la guardia me ha informado de que a ti te debemos el primer aviso de la llegada de los veltopismakusianos. Una vez más el pueblo de Trohanadalmakus está en deuda contigo.

Sin embargo, ¿cómo vamos a pagártela?

Tarzán hizo un gesto desdeñoso.

—No me debes nada, rey de Trohanadalmakus —replicó—. Dame tu amistad y dime que puedo reunirme con tu noble hijo, el príncipe, en la vanguardia; no necesito más agradecimiento.

—Siempre, hasta que los gusanos de la muerte me devoren, seré tu amigo, Tarzán —declaró el rey—. Ve adonde desees, que no dudo que será el lugar donde se va a librar batalla.

Era la primera vez que un minuniano se dirigía a él por su nombre. Siempre le habían llamado Salvador del Príncipe, Invitado del Príncipe, Gigante del Bosque y otros apelativos impersonales similares. Entre los minunianos el nombre se considera una posesión sagrada, cuyo uso solo se permite a los amigos que uno elige y a los miembros de la familia, y ser nominado por Adendrohahkis implicaba que el rey lo invitaba, o lo conminaba, a mantener la más íntima amistad personal con él.

El hombre-mono agradeció la cortesía con una inclinación de cabeza.

—La amistad de Adendrohahkis es un honor sagrado que ennoblece a los que gozan de ella. La protegeré siempre con mi vida, como mi más apreciada posesión —dijo con voz baja. Ningún tipo de sentimentalismo movía al Señor de la Jungla cuando se dirigió al rey. Ya hacía tiempo que experimentaba una gran admiración por estos hombrecillos, y por el carácter personal de Adendrohahkis sentía el más profundo respeto. Desde que había aprendido su lenguaje no había dejado de hacer preguntas acerca de las actitudes y las costumbres de esta gente, y encontraba la personalidad de Adendrohahkis tan inextricablemente tejida con la vida de sus súbditos que al recibir las respuestas a sus preguntas no dejaba de percibir pruebas incuestionables de las cualidades de su carácter.

Adendrohahkis parecía complacido con sus palabras, que agradeció amablemente, y entonces el hombre-mono se retiró y se encaminó hacia el frente. De camino arrancó una rama hojosa de un árbol que crecía junto al camino, pues se le ocurrió que esta arma podría serle útil contra los minunianos y no sabía qué le reservaba el día.

Acababa de pasar la infantería avanzada cuando se cruzó con él

un correo que corría en dirección a la ciudad. Tarzán aguzó la vista mirando al frente, pero no vio señales de batalla, y cuando llegó a la caballería avanzada principal aún no había indicios de un enemigo en todo lo que la vista le abarcaba.

El príncipe Komodoflorensal lo saludó calurosamente y miró con un poco de perplejidad la rama hojosa que llevaba al hombro.

—¿Qué noticias hay? —preguntó Tarzán.

—Acabo de enviar un mensajero al rey —respondió el príncipe — para informar de que nuestros exploradores se han puesto en contacto con los del enemigo, que son, creemos, los veltopismakusianos. Una patrulla del puesto avanzado de nuestro frente ha abierto la línea de exploradores del enemigo y un valeroso guerrero ha conseguido incluso penetrar hasta la cima de la Colina de Gartolas, desde la que ha visto el cuerpo principal completo del enemigo formado para atacar. Dice que hay entre veinte y treinta mil hombres.

Cuando Komodoflorensal dejó de hablar, una ola sonora se acercó rodando hacia ellos desde el oeste.

—¡Ya vienen! —anunció el príncipe.

CAPÍTULO VIII

SKA, posado en el cuerno del Gorgo muerto, notó de pronto movimiento en un matorral próximo. Volvió la cabeza en la dirección del ruido y vio a Sabor, la leona, surgir de entre el follaje y avanzar lentamente hacia él. Ska, el buitre, no tuvo miedo. Se marcharía, pero lo haría con dignidad. Se agachó para dar un salto y extendió sus grandes alas para emprender vuelo, pero Ska, el buitre, no se levantó. Cuando probó a hacerlo, sin esperarlo, algo se le agarró al cuello y le impidió moverse. Se puso sobre las patas y, esta vez con violencia, hizo un esfuerzo para alejarse volando. De nuevo tiraron de él hacia el suelo. Ahora Ska estaba aterrado. Aquel odioso trasto que llevaba colgado del cuello desde hacía tanto tiempo lo mantenía en tierra; el lazo oscilante de la cadena de oro se había quedado enganchado en el cuerno de Gorgo, el búfalo. Ska estaba atrapado.

Forcejeó, batiendo sus alas. Sabor se detuvo para observar sus extrañas piruetas, cómo aleteaba de la manera más sorprendente. Nunca había visto a Ska comportarse así, y los leones son animales sensibles, temperamentales; así que Sabor no solo se sorprendió, sino que más bien se asustó. Permaneció quieta un momento, pendiente de las inexplicables piruetas de Ska y luego se dio media vuelta y penetró de nuevo en la maleza, lanzando de vez en cuando un gruñido al buitre, como diciendo: «¡Atrévete a seguirme!». Pero a Ska ni se le ocurrió perseguirla. Nunca más perseguiría nada Ska, el buitre.

—¡Ya vienen! —anunció Komodoflorensal, príncipe de Trohanadalmakus.

Cuando Tarzán miró a lo lejos en la dirección del enemigo vio,

desde su mayor altura, el avance de los veltopismakusianos.

—Nuestros exploradores se están replegando —anunció a Komodoflorensal.

—¿Ves al enemigo? —preguntó el príncipe.

—Sí.

—Manténme informado de sus movimientos.

—Avanzan en varias líneas, desplegados en un frente considerable —informó el hombre-mono—. Los exploradores se están replegando sobre el puesto avanzado que parece mantenerse firme para recibirlos. Si la primera línea no lo arrolla, lo harán las siguientes.

Komodoflorensal dio una breve orden. Un millar de hombres montados se pusieron en marcha, azuzando a sus diadets para que avanzaran dando saltos, cada uno de los cuales cubría una longitud de metro y medio, dos metros e incluso más. Corrieron hacia el puesto avanzado que iba delante de ellos, desplegándose a medida que corrían.

Otro millar se dirigió rápidamente hacia la derecha y un tercero hacia la izquierda de la caballería de avance después del anuncio de Tarzán de que el enemigo se había dividido en dos cuerpos justo antes de topar con el puesto avanzado, y uno de ellos se movía como si tuviera la intención de rodear el flanco derecho de la caballería principal de Trohanadalmakus, mientras el otro trazaba un círculo en la dirección del flanco izquierdo.

—Atacan con osadía y decisión para coger prisioneros —dijo el príncipe a Tarzán.

—Sus líneas segunda y tercera se dirigen hacia el centro y avanzan en línea recta hacia nosotros —dijo Tarzán—. Han llegado al puesto avanzado, que corre hacia ellos, peleando vigorosamente con los estoques.

Komodoflorensal enviaba mensajeros hacia la retaguardia.

—Así es como peleamos nosotros —dijo para explicar la acción del puesto avanzado—. Es hora de que vuelvas a la retaguardia, pues si te quedas aquí dentro de unos instantes estarás rodeado por el enemigo. Cuando lleguen, nosotros también daremos media vuelta y pelearemos con ellos cuerpo a cuerpo retrocediendo hacia la ciudad. Si aún tienen intención de entrar en la ciudad, la batalla parecerá más una carrera que otra cosa, pues la velocidad será

demasiado grande para pelear con efectividad; pero si han abandonado esa idea y tienen intención de contentarse con hacer prisioneros, tendremos que pelear mucho antes de llegar a la infantería, tras lo cual dudo que avancen.

»Dada su mayor cantidad de guerreros cogerán a algunos prisioneros, y nosotros también, pero ¡date prisa! Debes regresar a la ciudad, si no es ya demasiado tarde.

—Me parece que me quedaré aquí —replicó el hombre-mono.

—Pero te harán prisionero o te matarán.

Tarzán de los Monos sonrió y agitó su rama hojosa.

—No los temo —dijo, simplemente.

—Porque no los conoces —dijo el príncipe—. Tu gran tamaño te hace estar demasiado seguro de ti mismo, pero recuerda que solo eres cuatro veces más grande que un minuniano y puede que haya treinta mil con intención de derribarte.

Los veltopismakusianos se acercaban velozmente. El príncipe no podía dedicar más tiempo a un intento inútil de persuadir a Tarzán de que retrocediera, y si bien admiraba el valor del extraño gigante, deploraba asimismo su ignorancia. Komodoflorensal había cogido cariño a su extraño invitado y le habría salvado si hubiera sido posible, pero tenía que dedicarse al mando de sus tropas, pues el enemigo les estaba dando alcance.

Tarzán observó la aproximación de los hombrecillos en sus ágiles y fuertes monturas. Línea tras línea se acercaban a él, como grandes olas del océano: cada gota es suave e indefensa por separado, pero su cantidad incontable forma una fuerza de destrucción implacable y aterradora. El hombre-mono miró su rama hojosa y sonrió, aunque un poco tristemente.

Pero entonces toda su atención se centró en la lucha de las dos primeras líneas de la horda que avanzaba. Corriendo codo con codo con los guerreros veltopismakusianos estaban los hombres del puesto avanzado de Adendrohahkis y los miles que los habían reforzado. Cada uno había elegido a un jinete enemigo al que tenía que hacer caer de su silla, y cada duelo se llevaba a cabo a gran velocidad con afilados estoques, aunque de vez en cuando algún hombre desenvainaba su lanza, y a veces con eficacia. Algunos diadets sin jinete saltaron hacia delante con la vanguardia, mientras otros, que trataban de retroceder o de ir hacia los lados, chocaban

con las filas que corrían y a menudo arrojaban al suelo bestia y jinete; pero con más frecuencia los guerreros saltaban de sus monturas por encima de estas aterradas bestias. Los minunianos cabalgaban de modo soberbio, y el modo en que controlaban sin esfuerzo a sus ágiles y nerviosos animales rozaba lo milagroso. Un guerrero abatió a un adversario alzando su montura en el aire y, cuando se levantó sobre él, le golpeó perversamente con su estoque la cabeza y le hizo caer de la silla; el hombre-mono apenas tuvo tiempo para hacerse una idea más que fugaz, caleidoscópica, del espectáculo, que se desarrollaba con gran rapidez, antes de que la gran horda se lanzara sobre él.

Tarzán creía que sería fácil barrer a los hombrecillos de su camino con la rama, pero amigos y enemigos estaban tan mezclados que no se atrevía a intentarlo por miedo a hacer daño a los guerreros de sus anfitriones. Levantó la rama por encima de sus cabezas y esperó a que las primeras líneas lo hubieran adelantado; entonces, cuando solo tuviera a los enemigos de Adendrohahkis alrededor, los apartaría con la rama y quebraría el centro de su ataque.

Vio las expresiones sorprendidas en los rostros de los hombres de Veltopismakus cuando pasaron cerca de él —sorprendidas, pero no asustadas— y oyó sus gritos cuando uno más afortunado que sus compañeros pudo frenar cerca de él y herirle las piernas al pasar por su lado a gran velocidad. Entonces intentar esquivar los ataques con su rama se convirtió en una cuestión de autoconservación. Esto fue posible cuando las primeras líneas lo adelantaron en filas sueltas; pero después la sólida masa de la caballería veltopismakusiana se lanzó contra él. No había forma de esquivarlo. En filas partidas, hilera tras hilera, se le fueron acercando. Él arrojó su inútil rama ante sí para obstaculizar su avance y los cogió con los dedos, separando a los jinetes de sus monturas, para después arrojarlos sobre los compañeros que los seguían; pero no conseguía detenerlos.

Los jinetes hacían saltar sus diadets por encima de cualquier obstáculo. Uno, que se abalanzó directamente sobre él, le golpeó en la boca del estómago, con lo que le hizo retroceder un paso. Otros le golpearon las piernas y los costados. Las puntas afiladas de sus estoques pinchaban constantemente la piel tostada por el sol del

hombre-mono hasta que se puso roja de las caderas a los pies a causa de su propia sangre. Siempre había refuerzos que lo atacaron a millares. Ni siquiera intentó utilizar sus armas, inofensivas en tal situación, y, aunque hizo estragos entre ellos con las manos, siempre había un centenar a punto para ocupar el lugar de cada uno de los que él eliminaba.

Sonrió tristemente cuando se dio cuenta de que en estos hombrecillos, de apenas un cuarto de su tamaño, él, el incomparable Tarzán, el Señor de la Jungla, había encontrado a su Wellington. Se dio cuenta de que los veltopismakusianos lo tenían rodeado. Los guerreros de Trohanadalmakus, tras pelear con el enemigo que avanzaba, se habían lanzado hacia delante con los siete mil hombres a pie que iban a recibir lo peor de aquella terrible carga. Tarzán deseaba poder presenciar esta fase de la batalla, pero tenía suficiente con pelear y necesitaba dedicar toda su atención al lugar donde estaba.

De nuevo fue golpeado en el estómago por un jinete y de nuevo el golpe le hizo tambalearse. Antes de recuperarse, recibió otro en el mismo lugar y esta vez cayó, y al instante se vio cubierto, enterrado, por guerreros y diadets, que en número incontable se le echaron encima, pululando sobre él como hormigas. Intentó levantarse y esto es lo último que hizo antes de quedarse inconsciente.

* * *

Uhha, la hija de Khamis, el hechicero de la tribu de Obebe el caníbal, yacía acurrucada sobre un pequeño montón de hierbas en un tosco refugio hecho con espinos en una jungla despejada. Era de noche pero no dormía. Con los párpados entrecerrados observaba al gigantesco hombre blanco situado en cuclillas justo fuera del refugio ante una pequeña hoguera. Los entrecerraba por el odio que sentía al mirar a aquel hombre. No había miedo a lo sobrenatural que reflejaba su expresión; solo odio, odio eterno.

Hacía tiempo que Uhha había dejado de creer que Esteban Miranda era el diablo del río. Su evidente miedo a las grandes bestias de la jungla y a los bestiales negros al principio la habían desconcertado y acabó comprendiendo que su compañero era un impostor: los diablos del río no temen a nada. Incluso empezaba a

dudar que aquel tipo fuera Tarzán, de quien había oído contar tantas historias fabulosas durante su infancia que lo consideraba casi como un diablo. (Su gente no tenía dioses; solo diablos, que entre los supersticiosos ignorantes cumplen la misma función que los dioses entre los supersticiosos cultos). Y los actos de Esteban Miranda, que temía a los leones y se encontraba perdido en la jungla, no cuadraban con los poderes y atributos del famoso Tarzán.

Al perderle el respeto también perdió casi todo su miedo. Él era más fuerte y bruto que ella. Podía hacerle daño, y de hecho se lo haría, si lo encolerizaba, pero solo podía hacérselo físicamente y no si ella se mantenía lejos de sus garras. Muchas veces había ensayado planes para escapar, pero siempre vacilaba debido al terrible miedo que tenía de estar sola en la jungla. Sin embargo, había visto cada vez con mayor claridad que el hombre blanco le servía de poco o nada como protección. En realidad, tal vez estuviera mejor sin él, pues al primer indicio de peligro tenía la costumbre de salir corriendo hacia el árbol más próximo, y donde los árboles no eran numerosos esto siempre había colocado a Uhha en una situación de desventaja en la carrera por la autoconservación, ya que Esteban, como era más fuerte, la apartaba de un empujón si le obstaculizaba el paso en su avance hacia un lugar seguro.

Sí, sola en la jungla estaría tan bien como en compañía de ese hombre al que despreciaba y odiaba profundamente, pero antes de abandonarlo debía, según le aseguraba su pequeño cerebro salvaje, vengarse de él por haberla engatusado para que le ayudara a escapar de la aldea de Obebe el jefe, así como por haberla obligado a acompañarlo.

Uhha estaba segura de que encontraría el camino hasta la aldea, aunque habían viajado mucho, y también de que encontraría el modo de subsistir durante el camino y de escapar de las más fieras bestias carnívoras que podían aparecer. Solo temía al hombre, pero en esto no era diferente a todas las demás cosas creadas. De todas las creaciones de Dios, solo el hombre es odiado y temido universalmente, y no solo por los órdenes inferiores, sino por los de su propia especie, pues solo el hombre disfruta con la muerte de otros; el mismo gran cobarde que, de toda la creación, lo que más teme es la muerte.

Y así pues, la pequeña negra yacía observando al español y los

ojos le brillaban, pues en la ocupación de este vio una manera de vengarse. Acuclillado ante su fogata, inclinado hacia delante, Esteban Miranda se relamía contemplando el contenido de la bolsita de piel que había vaciado parcialmente en la palma de una de sus manos. La pequeña Uhha sabía cuánto apreciaba el hombre blanco esas piedras relucientes, aunque ignoraba por completo su valor. Ni siquiera sabía que eran diamantes. Lo único que sabía era que al hombre blanco le gustaban mucho, que las valoraba mucho más que a todas sus otras posesiones y que le había dicho en repetidas ocasiones que moriría antes que separarse de ellas.

Durante mucho rato jugueteó Miranda con los diamantes y durante mucho rato Uhha lo observó; pero al fin las volvió a guardar en la bolsa, que ató en el interior de su taparrabo. Luego se arrastró bajo el refugio de espinos, puso un montón de ramas en la entrada para protegerse de las bestias que merodeaban y se tumbó sobre las hierbas al lado de Uhha.

¿Cómo iba a conseguir la niña llevar a cabo el robo de los diamantes del corpulento español tarzaniano? No podría hacerlo a hurtadillas, pues la bolsa que los contenía estaba atada al interior de su taparrabo con tanta fuerza que sería imposible quitársela sin despertarlo; y ciertamente la frágil muchachita jamás podría arrebatarle las joyas mediante la fuerza física. No, todo el plan debía morir donde había nacido: en el espeso pequeño cerebro de Uhha.

Fuera del refugio el fuego vacilaba, iluminando las hierbas de la jungla de alrededor y arrojando sombras extrañas y fantásticas que saltaban y bailaban en la noche de la jungla. Algo se movió sigilosamente entre la exuberante vegetación a unos veinte pasos del pequeño campamento. Era algo grande, pues las hierbas más altas se tumbaban según avanzaba. Estas se separaron y apareció la cabeza de un león. Los ojos de color amarillo verdoso miraban inquietos hacia el fuego. Por detrás le llegaba el olor del hombre y Numa tenía hambre. En alguna ocasión había comido hombre y le había gustado, y de todas las presas era la más lenta y la menos capaz de protegerse; pero a Numa no le gustaba el cariz que tenían las cosas y por eso se volvió y desapareció por donde había llegado. No tenía miedo al fuego; de tenerlo, habría temido al sol durante el día, pues al sol no podía siquiera mirarlo sin sentirse incómodo, y

para Numa el fuego y el sol podían ser una misma cosa, pues no tenía manera de saber cuál se hallaba a veinte metros y cuál a ciento cincuenta kilómetros de distancia. Eran las sombras que danzaban las que le provocaban este temor nervioso. Criaturas enormes y grotescas de las que no tenía experiencia parecían moverse alrededor, amenazándolo por todos lados.

Pero Uhha no prestaba atención a las sombras que bailaban y no había visto a Numa, el león. Yacía ahora muy quieta, escuchando. Las llamas del fuego eran cada vez más pequeñas a medida que transcurrían los lentos minutos. No permaneció mucho tiempo así, pero a Uhha se lo pareció, pues tenía su plan maduro y listo para ser puesto en práctica. Una niña civilizada de doce años habría podido concebirlo, pero es dudoso que lo hubiera llevado a cabo. Sin embargo, Uhha no era civilizada y, por tanto, ningún escrúpulo la frenaba.

La respiración del español indicaba que dormía. Uhha esperó un poco para estar más segura. Después extendió el brazo bajo las hierbas, a su lado, y cuando lo retiró tenía en la mano una porra corta y gruesa. Despacio y con cautela se levantó y se puso de rodillas junto a la figura acostada del español. Entonces levantó el arma por encima de su cabeza y la dejó caer pesadamente sobre el cráneo de Esteban. No siguió golpeándolo: un golpe era suficiente. Esperaba no haberlo matado, pues debía vivir para que se pudiera poner en práctica su plan de venganza; debía vivir y saber que Uhha le había robado la bolsa de piedras que él tanto adoraba. Uhha se apropió del cuchillo que colgaba en la cadera de Miranda y con él le cortó el taparrabo y se apoderó de la bolsa de piel y su contenido. Después apartó las ramas de espino de la entrada del refugio, salió a la noche y desapareció en la jungla. Durante todas sus caminatas con el español no había perdido una sola vez la dirección que señalaba hacia su hogar, y, al verse libre, se encaminó decidida hacia el sudoeste y la aldea de Obebe el caníbal. Una senda de elefantes formaba una carretera en la jungla por la que avanzó a paso vivo, con el camino iluminado por los rayos de una luna llena que se filtraba en el follaje del bosque claro. Sabía que debía aprovechar esta oportunidad para poner la mayor distancia posible entre ella y el hombre blanco antes de que este recobrara el conocimiento e iniciara su persecución.

Un centenar de metros más adelante, en los espesos matorrales que bordeaban la senda, Numa el león husmeó el aire y escuchó con las orejas levantadas inclinadas en dirección a ella. Allí no bailaba ninguna sombra que pudiese sugerir formas amenazadoras al excitable sistema nervioso de Numa; solo el olor del humano que se aceraba cada vez más, una joven hembra, la más tierna de los de su especie. Numa se relamió y esperó.

La niña llegó enseguida por el sendero. Se hallaba frente al león, pero el rey de las bestias no se lanzó sobre ella. Hay algo en el olor y en la imagen de la cosa-hombre que despierta extraños terrores en Numa. Cuando acecha a Horta, el jabalí, o a Bara, el ciervo, no hay nada en la presencia de ninguno de los dos que despierte una sensación similar en el salvaje carnívoro; en estos casos no conoce la vacilación cuando llega el instante de saltar sobre su presa. Solo es la cosa-hombre, indefensa y de pies plúmbeos, lo que le hace detenerse, indeciso, en el momento crucial.

Uhha pasó de largo, ajena al hecho de que un gran león, hambriento y de caza, se hallaba a dos pasos de ella. Cuando hubo pasado, Numa siguió furtivamente su rastro, acechando a su tierna presa a la espera de que llegara el momento en que las brumas de la indecisión se disiparan. Y así cruzaron la noche en la jungla, el gran león, avanzando con patas cautelosas y silenciosas y, justo delante de él, la niña negra, ajena a la muerte que la acechaba a la luz moteada de la luna.

CAPÍTULO IX

CUANDO Tarzán de los Monos recuperó el conocimiento, se encontró tumbado en el suelo de tierra de una gran cámara. Cuando abrió los ojos, antes de que la consciencia regresara a él por completo, observó que la habitación estaba bien iluminada, aunque no con profusión, y que había otros seres además de él. Más tarde, cuando empezó a reunir y dominar sus facultades de pensamiento, vio que iluminaban la habitación dos inmensas velas que debían de medir casi un metro de diámetro y, aunque era evidente que se habían derretido en parte, al menos debían de medir metro y medio de alto. Cada una tenía una mecha tan gruesa como la muñeca de un hombre y, aunque la manera en que ardían era similar a las velas con las que estaba familiarizado, no producían humo ni habían ennegrecido las vigas y tablas del techo situadas directamente encima de ellas.

Las luces, que eran lo más notable de la habitación, habían llamado la atención del hombre-mono en primer lugar, pero después sus ojos se posaron en los otros ocupantes de la sala. Había cincuenta o cien hombres de su altura, pero iban vestidos y armados como los hombrecillos de Trohanadalmakus y Veltopismakus. Tarzán frunció el entrecejo y los miró largo rato. ¿Quiénes eran? ¿Dónde se encontraba?

Cuando la consciencia se fue difundiendo por todo su cuerpo, se dio cuenta de que sentía dolor y tenía los brazos pesados y entumecidos. Intentó moverlos, pero descubrió que no podía hacerlo: los tenía atados a la espalda. Movió los pies, que no estaban atados. Al final, tras un esfuerzo considerable, pues estaba muy débil, se incorporó para sentarse y miró alrededor. La

habitación, llena de guerreros con el aspecto exacto de los pequeños veltopismakusianos, pero del tamaño de un hombre normal, parecía muy grande. Había varios bancos y mesas y la mayoría de los hombres estaban sentados en los bancos o tumbados en el duro suelo. Unos cuantos hombres se movían entre ellos y daban la impresión de estar trabajando en ellos. Entonces Tarzán vio que casi todos los que se encontraban en la cámara sufrían heridas, muchas de ellas graves. Los hombres que se movían entre ellos atendían a los heridos e iban vestidos con una túnica blanca como los esclavos de la casta alta de Trohanadalmakus. Además de los heridos y los enfermeros, había media docena de guerreros armados que estaban ilesos. Uno de ellos fue el primero en ver a Tarzán cuando este se hubo sentado.

—¡Eh! —exclamó—. El gigante ha recuperado el conocimiento. —Y cruzó la habitación para acercarse al hombre-mono. De pie ante él, con los pies separados, miró a Tarzán con una amplia sonrisa—. De poco te ha servido tu gran tamaño —se burló—, y ahora nosotros somos tan grandes como tú. También somos gigantes, ¿eh? —Se volvió a sus compañeros lanzando una risotada a la que todos se unieron.

Al ver que era prisionero y estaba rodeado de enemigos, el hombre-mono se sumió en esa característica de toda la vida de la bestia salvaje: el silencio hosco. No respondió, se limitó a quedarse sentado mirándolos con la mirada salvaje del bruto sometido.

—Es mudo, como las grandes mujeres bestia de las cuevas —dijo el guerrero a sus compañeros.

—Quizás es uno de ellos —sugirió otro.

—Sí —secundó un tercero—, quizás es uno de los zertalacolols.

—Pero sus hombres son todos unos cobardes —declaró el que había hablado primero—, y este ha peleado como un guerrero nato.

—Sí, con las manos, hasta que ha sido derribado.

—Deberías haberlo visto arrojar diadets y guerreros como si fueran piedrecitas.

—No ha dado un solo paso, ni ha corrido; y siempre sonreía.

—No se parece a los hombres de los zertalacolols; pregúntale si lo es.

El primero que se había dirigido a él le formuló la pregunta, pero el hombre-mono se limitó a seguir mirándolos con furia.

—No me entiende —concluyó el guerrero—, pero no creo que sea un zertalacolol. Sin embargo, no sé lo que es.

Se acercó a Tarzán y le examinó las heridas.

—Pronto estarán curadas. Dentro de siete días, o antes, estará listo para las canteras.

Le rociaron las heridas con un polvo de color marrón y le trajeron comida, agua, y leche de antílope, y cuando vieron que los brazos se le estaban hinchando mucho y se ponían blancos, trajeron una cadena de hierro, le ataron un extremo a la cintura con un tosco candado, la sujetaron a una anilla que había en la pared de piedra de la cámara y le cortaron las ataduras de las muñecas.

Como creían que no entendía su lenguaje, hablaban libremente delante de él, pero como su lengua era casi idéntica a la que empleaban los trohanadalmakusianos, Tarzán entendía todo lo que decían, y así se enteró de que la batalla ante la ciudad de Adendrohahkis no había ido tan bien para los veltopismakusianos como Elkomoelhago, su rey, deseaba. Habían perdido a muchos de los suyos, que habían muerto o caído prisioneros, y a cambio no habían matado a tantos enemigos ni tomado muchos prisioneros, aunque, según se enteró, Elkomoelhago consideraba que el hombre-mono valía todo lo que había costado la breve guerra.

Lo que no entendía Tarzán era cómo habían logrado adquirir su estatura, y ninguno de los comentarios que oyó arrojó ninguna luz a este misterio de los misterios. Pero lo más desconcertante sucedió unos días más tarde, cuando vio pasar por el corredor en el que estaba situada la habitación que le servía de cárcel una fila de guerreros tan corpulentos como él, montando cada uno un antílope enorme, aunque por su perfil y características era un antílope real, que es el más pequeño que se conoce. Tarzán se pasó los dedos por su mata de pelo negro y abandonó todo intento de resolver los enigmas que lo rodeaban.

Sus heridas se curaron pronto, igual que las de los veltopismakusianos que convalecían con él, y al séptimo día media docena de guerreros fueron por él y le quitaron la cadena de la cintura para que los acompañara. Sus capturadores hacía tiempo que habían dejado de dirigirse a él, pues creían que desconocía su lenguaje, lo que para ellos significaba que carecía de habla, como un alalus, ya que no concebían otro lenguaje que no fuera el suyo;

pero por su conversación mientras lo hacían salir de la cámara y lo conducían a través de un corredor circular, descubrió que lo llevaban ante el rey, Elkomoelhago, quien había expresado deseos de ver a este notable cautivo una vez recuperado de sus heridas.

El largo corredor por el que iban estaba parcialmente iluminado por pequeñas velas colocadas en huecos y por la luz que venía de las cámaras iluminadas cuyas puertas se abrían al corredor. Esclavos y guerreros avanzaban en dos líneas continuas y opuestas por este corredor y cada uno de los que lo cruzaban. Había esclavos de casta alta vestidos con túnica blanca con el emblema de sus propietarios y la insignia de su propia ocupación; había esclavos con túnica verde de la segunda generación con la insignia negra de su amo en el pecho y en la espalda, y esclavos de túnica verde de la primera generación con un emblema negro en el pecho que indicaba su ciudad natal y el emblema de su amo en la espalda. Había guerreros de todo rango y posición, jóvenes y pobres con feos atavíos de piel y ricos con arneses tachonados de joyas. Pasando en ambas direcciones y a menudo a gran velocidad, había otros guerreros montados en sus poderosos antílopes que constituían la mayor maravilla que Tarzán había visto desde su encarcelamiento en la ciudad de Veltopismakus.

Con intervalos, en el corredor, Tarzán veía escaleras que iban hasta un piso superior, pero nunca vio descender ninguna a un nivel inferior, y por ello supuso que se encontraban en la planta más baja de la estructura. Por lo que observaba estaba convencido de que la construcción era similar a la de la cúpula que había visto en la ciudad de Adendrohakis; pero cuando permitió que su mente se entretuviera en las tremendas proporciones de semejante cúpula, capaz de albergar a hombres de su tamaño, dudó. Si la cúpula de Adendrohahkis se hubiera copiado en estas dimensiones mayores, aunque en la misma proporción, habría tenido un diámetro de doscientos sesenta y ocho metros y una altura de ciento treinta cuatro. Parecía ridículo pensar que existiera alguna raza capaz de realizar semejante hazaña arquitectónica únicamente con los medios primitivos de que podía disponer esa gente, y sin embargo allí estaban los corredores con el techo en bóveda, las paredes de piedras bien colocadas y las grandes cámaras con gruesas vigas en el techo y robustas columnas, todo exactamente igual a lo que había

visto en la cúpula de Trohanadalmakus, pero a una escala muchísimo mayor.

Mientras sus ojos y mente se entretenían en estos enigmas, su escolta lo llevó del corredor circular a uno que discurría en ángulo recto a él, donde se detuvieron a la entrada de una cámara llena de hileras de estanterías atestadas de toda clase de artículos manufacturados. Había velas grandes y velas pequeñas, velas de todo tamaño y forma concebible; había cascos, cinturones, sandalias, túnicas, cuencos, jarras, jarrones y otros mil y un artículos de la vida cotidiana de los minunianos con los que Tarzán se había familiarizado durante su estancia entre los trohanadalmakusianos.

Cuando se detuvieron ante la entrada de esta habitación, un esclavo con túnica blanca se acercó a ellos en respuesta a las llamadas de uno de los guerreros de la escolta.

—Una túnica verde para este tipo de Trohanadalmakus —ordenó.

—¿Qué insignia ha de llevar en la espalda? —preguntó el esclavo.

—Pertenece a Zoanthrohago —respondió el guerrero.

El esclavo se apresuró a ir a una de las estanterías y seleccionar una túnica verde. De otra cogió dos grandes bloques de madera en cuyas caras había grabado un emblema distinto. Cubrió los emblemas con alguna clase de pintura o tinta, metió una tabla lisa dentro de la túnica, colocó uno de los cubos boca abajo sobre la tela, le dio varios golpes con un mazo de madera y luego repitió la operación con el otro cubo en la cara opuesta de la túnica. Cuando entregó la prenda a Tarzán con las instrucciones para ponérsela, el hombre-mono vio que llevaba un emblema en negro en el pecho y otro en la espalda, pero no pudo interpretarlos; su educación no había progresado tanto.

El esclavo le entregó unas sandalias y, cuando se las hubo atado a los pies, los guerreros le hicieron señas de que siguiera por el corredor, que, a medida que avanzaban, cambiaba rápidamente de apariencia. Las toscas paredes de piedras aparecían enyesadas y decoradas con cuadros de colores que representaban, en su mayoría, escenas de batalla y de caza, en general enmarcadas en paneles por cenefas de complicados dibujos. Predominaban los colores vivos.

Ardían velas de muchos tonos en huecos frecuentes. Abundaban los guerreros ataviados de forma espléndida. Casi no se veían esclavos de túnica verde, mientras que las túnicas blancas de los esclavos de casta superior eran de un material más rico y los esclavos mismos, a menudo, lucían joyas y cuero fino.

El esplendor de la escena y la brillantez de la iluminación aumentaron hasta que el corredor terminó de repente ante dos puertas enormes de oro labrado, frente a ellas estaban apostados unos guerreros engalanados que les dieron el alto e interrogaron al jefe de la escolta para saber lo que les llevaba allí.

—Traemos al esclavo de Zoanthrohago por orden del rey —respondió el jefe—, el gigante que fue hecho prisionero en Trohanadalmakus.

El guerrero que los había detenido se volvió a uno de sus compañeros y dijo:

—¡Ve a dar este mensaje al rey!

Cuando el mensajero hubo partido, los guerreros se pusieron a examinar a Tarzán y a hacer muchas preguntas respecto a su persona, a las que su guardia no pudo responder más que con especulaciones. El mensajero regresó con el recado de que el grupo tenía que presentarse de inmediato ante el rey. Las pesadas puertas se abrieron y Tarzán se encontró en el umbral de una cámara de dimensiones colosales, cuyas paredes convergían hacia el extremo opuesto, donde había un trono sobre un estrado. Unas grandes columnas de madera soportaban el techo, que entre sus vigas estaba enyesado. Las vigas, así como las columnas, estaban labradas, mientras que las partes enyesadas del techo exhibían espléndidos arabescos en vivos colores. Las paredes estaban recubiertas de madera hasta media altura, y encima había paneles pintados que, según supuso Tarzán, describían sucesos históricos de la historia de Veltopismakus y sus reyes.

La habitación estaba vacía salvo por dos guerreros apostados ante las puertas que flanqueaban el estrado del trono. Cuando el grupo avanzó por el ancho pasillo central hacia el trono, uno de aquellos señaló al cabecilla la puerta que él estaba protegiendo, que se abrió ante ellos. Tras ella apareció una pequeña antecámara en la que había media docena de guerreros bellamente ataviados sentados en unos pequeños bancos labrados. Un séptimo, sentado en

una silla de respaldo alto, tamborileaba con los dedos en sus robustos brazos mientras escuchaba la conversación de los demás, en la que a veces intervenía pronunciando algunas palabras que siempre eran escuchadas con la mayor atención. Si fruncía el entrecejo cuando hablaba, los otros lo hacían aún más profundamente; si sonreía, ellos estallaban en carcajadas. En ningún momento dejaban de mirarlo a la cara, atentos a cualquier fugaz indicio de su humor cambiante.

Tras la puerta, los guerreros que conducían a Tarzán se detuvieron y permanecieron en silencio hasta que el hombre que estaba en la silla de respaldo alto se dignó fijarse en ellos; entonces el cabecilla puso una rodilla en el suelo, levantó los brazos, con las palmas hacia delante, por encima de su cabeza, se inclinó hacia atrás todo lo que pudo y en un tono apagado y monótono entonó su saludo.

—¡Oh, Elkomoelhago, Rey de Veltopismakus, Gobernador de Todos los Hombres, Dueño de Todas las Cosas Creadas, Todo Sabiduría, Todo Valor, Todo Gloria! Te traemos, como has ordenado, al esclavo de Zoanthrohago.

—Levántate y acércame al esclavo —ordenó el hombre de la silla de respaldo alto, y añadió, dirigiéndose a sus compañeros—: Este es el gigante que Zoanthrohago trajo de Trohanadalmakus.

—Hemos oído hablar de él, Todo Gloria —respondieron.

—¿Y de la apuesta de Zoanthrohago? —preguntó el rey.

—¡Y de la apuesta de Zoanthrohago, Todo Sabiduría! —respondieron.

—¿Qué pensáis de ello? —pidió Elkomoelhago.

—Lo mismo que tú, Gobernador de Todos los Hombres —se apresuró a declarar otro.

—¿Y qué es lo que pienso? —dijo el rey.

Los seis se miraron unos a otros con inquietud.

—¿Qué es lo que piensa? —susurró el que estaba más lejos de Elkomoelhago a su vecino, que se encogió de hombros y miró a otro.

—¿Qué has dicho, Gofoloso? —preguntó el rey—. ¿Qué has dicho?

—Iba a comentar que, a menos que Zoanthrohago haya consultado antes con nuestro augusto y sabio gobernador y actúe

ahora según su juicio, casi por necesidad perderá la apuesta —respondió Gofoloso mostrándose elocuente pero no sincero.

—¡Claro! —dijo el rey—. Hay algo de verdad en lo que dices, Gofoloso. Zoanthrohago me consultó. Fui yo quien descubrió el principio vibratorio que hizo posible la cosa. Fui yo quien decidió cómo debían llevarse a cabo los nuevos experimentos. Hasta ahora no ha sido penoso; pero creemos que la nueva fórmula tendrá una duración de al menos treinta y nueve lunas; eso ha apostado Zoanthrohago. Si se equivoca pierde un millar de esclavos en favor de Dalfastomalo.

—¡Magnífico! —exclamó Gofoloso—. En verdad, benditos somos sobre todos los demás pueblos, con un rey tan culto y tan sabio como Elkomoelhago.

—Tienes mucho que agradecer, Gofoloso —coincidió el rey—, pero nada comparado con lo que vendrá después del éxito de mis esfuerzos para aplicar este principio del que hemos estado hablando, pero con resultados diametralmente opuestos a los que hemos alcanzado hasta ahora; pero trabajamos en ello, ¡trabajamos en ello! Llegará un día en que le daré a Zoanthrohago la fórmula que revolucionará Minuni. ¡Después, con solo un centenar de hombres podremos ir a conquistar el mundo!

Elkomoelhago volvió de pronto su atención al esclavo de la túnica verde que estaba frente a él a poca distancia. Lo examinó atentamente y en silencio durante varios minutos.

—¿De qué ciudad eres? —preguntó por fin el rey.

—¡Oh, glorioso Elkomoelhago! —dijo el jefe de la escolta—. Esta pobre criatura ignorante no sabe hablar.

—¿No emite ningún sonido? —preguntó el rey.

—No ha emitido ninguno desde que fue capturado, Dueño de Todos los Hombres —respondió el guerrero.

—Es un zertalacolol —declaró Elkomoelhago—. ¿A qué viene tanto nerviosismo por una de estas criaturas inferiores que no saben hablar?

—¡Qué deprisa —exclamó Gofoloso— y con cuánta seguridad el padre de la sabiduría comprende todas las cosas, sondeando el fondo de todos los misterios y revelando sus secretos! ¿No es maravilloso?

»Ahora que el sol de la ciencia ha brillado sobre él, incluso el

más tonto puede ver que esta criatura es en verdad un zertalacolol —gritó otro de los acompañantes del rey—. ¡Qué simples, qué estúpidos somos todos! ¡Ah! ¿Qué sería de nosotros si no fuera por la gloriosa inteligencia del Todo Sabiduría?

Elkomoelhago examinaba a Tarzán detenidamente. No parecía haber oído los elogios de sus cortesanos. Después habló de nuevo.

—No tiene las facciones de los zertalacolols —declaró con aire meditabundo—. Mirad las orejas; no son las orejas de los que no saben hablar, ni su pelo. Su cuerpo no tiene su constitución y la forma de su cabeza es para almacenar conocimientos y para que funcione la razón. No, no puede ser un zertalacolol.

—¡Maravilloso! —exclamó Gofoloso—. ¿No lo he dicho? Elkomoelhago, nuestro rey, siempre tiene razón.

—El más estúpido de nosotros puede ver fácilmente que no es un zertalacolol, ahora que la divina inteligencia del rey la ha hecho tan clara —exclamó el segundo cortesano.

En aquel momento se abrió una puerta, situada al otro lado de aquella por la que Tarzán había entrado en el aposento, y apareció un guerrero.

—Oh, Elkomoelhago, Rey de Veltopismakus —entonó—, tu hija, la princesa Janzara, ha venido. Quiere ver al esclavo extraño que Zoanthrohago trajo de Trohanadalmakus y pide el permiso real para entrar.

Elkomoelhago hizo un gesto de asentimiento.

—¡Tráenos a la princesa! —ordenó.

La princesa debía de estar esperando junto a la puerta, pues apenas el rey hubo hablado apareció en el umbral, seguida por otras dos mujeres jóvenes, tras las cuales iba media docena de guerreros. Al verla, los cortesanos se pusieron en pie. El rey siguió sentado.

—Ven, Janzara —dijo—, y mira al extraño gigante del que en Veltopismakus se habla más que del rey.

La princesa cruzó la habitación y se quedó delante del hombre-mono, que permanecía en pie desde que había entrado en la cámara, con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión de absoluta indiferencia en el rostro. Miró a la princesa que se acercaba a él y vio que era una mujer joven y bella. Salvo por alguna ocasión aislada en que había visto de lejos a alguna mujer de Trohanadalmakus, era la primera hembra minuniana que Tarzán

veía. Sus facciones eran impecables. Llevaba el pelo, oscuro y fino, peinado pulcramente bajo un espléndido tocado adornado con joyas. Su piel clara era más suave que la pelusilla del melocotón. Iba vestida completamente de blanco y parecía una princesa virgen en el palacio de su padre.

Su túnica, de un tejido tenue que se le pegaba al cuerpo, le caía en línea recta y sencilla hasta los tobillos. Tarzán la miró a los ojos. Estos eran grises, pero las sombras de sus densas pestañas los hacían parecer mucho más oscuros de lo que eran. Buscó allí algún indicio de su carácter, pues ella era la joven con quien su amigo, Komodoflorensal, esperaba desposarse algún día y que sería reina de Trohanadalmakus, y por esta razón le interesaba al hombre-mono. Vio que la joven fruncía de pronto sus hermosas cejas.

—¿Qué le ocurre a la bestia? —preguntó la princesa—. ¿Está hecha de madera?

—No habla ni entiende ninguna lengua —explicó su padre—. No ha emitido un solo sonido desde que fue capturado.

—Es un bruto tosco y feo —dijo la princesa—. Apuesto a que le hago emitir un sonido, y rápido. —Dicho esto se sacó una delgada daga del cinturón y la hundió en el brazo de Tarzán. Lo hizo con tanta celeridad que pilló a todos los presentes por sorpresa; pero había dado al Señor de la Jungla una advertencia instantánea con las pocas palabras que había pronunciado antes de asestar el golpe, y fueron suficientes para él. No pudo evitar el golpe, pero le evitó la satisfacción de ver que su cruel experimento tenía éxito, pues no emitió ningún sonido. Esto la había encolerizado y parecía querer repetir, pero el rey le habló con aspereza.

—¡Basta, Janzara! —exclamó—. No debemos dañar a este esclavo. Con él estamos realizando un experimento que significa mucho para el futuro de Veltopismakus.

—Se ha atrevido a mirarme a los ojos —se quejó la princesa—, y se ha negado a hablar cuando sabía que ello me daría placer. ¡Ha de morir!

—No puedes matarlo porque no es tuyo —replicó el rey—. Pertenece a Zoanthrohago.

—Se lo compraré. —Se volvió a uno de sus guerreros y ordenó —: ¡Ve a buscar a Zoanthrohago!

CAPÍTULO X

CUANDO Esteban Miranda volvió en sí, la fogata ante su tosco refugio no era sino un montón de cenizas frías y el amanecer casi había llegado. Se sentía débil y mareado y le dolía la cabeza. Se llevó la mano a esta y notó el pelo apelmazado con sangre coagulada. Encontró algo más: una gran herida en su cráneo, que le hizo estremecerse y marearse. Se desmayó. Cuando abrió los ojos de nuevo era casi de día. Miró alrededor, desconcertado.

—¿Dónde estoy? —gritó en español; llamó a una mujer con un nombre musical. No a Flora Hawkes, sino un nombre español, suave, que Flora nunca había oído.

Estaba sentado y miró su desnudez con evidente sorpresa. Cogió el taparrabo que le habían arrancado del cuerpo. Entonces miró alrededor, con ojos apagados, estúpidos, perplejos. Encontró sus armas y las examinó. Durante largo rato las estuvo manoseando y mirando con el entrecejo fruncido, pensativo. Revisó una y otra vez el cuchillo, la lanza, el arco y las flechas.

Miró hacia la jungla que se extendía ante él y la expresión de perplejidad en su rostro aumentó. Se incorporó y se quedó de rodillas. Un roedor asustado cruzó corriendo el claro. Al verlo, el hombre cogió su arco y puso una flecha, pero el animal había desaparecido antes de que él pudiera disparar. Arrodillado aún, agudizada la expresión de desconcierto en su semblante, miró con mudo asombro el arma que sostenía en la mano con tanta familiaridad. Se levantó, recogió lanza, cuchillo y el resto de las flechas y se puso en camino hacia la jungla.

A un centenar de metros de su refugio tropezó con un león que se alimentaba de la carne de su presa, que había arrastrado hasta

los arbustos junto a la ancha senda de elefantes que el hombre seguía. El león dejó escapar un rugido amenazador. El hombre se detuvo y escuchó con atención. Estaba desconcertado, pero solo permaneció inmóvil en la senda por un instante. Dio un salto de pantera y llegó a una rama baja del árbol más próximo. Allí se quedó en cuclillas unos minutos. Veía a Numa, el león, alimentarse con la carne de algún animal, aunque no supo determinar de qué animal se trataba. Al cabo de un rato el hombre saltó del árbol sin hacer ruido y se adentró en la jungla en la dirección opuesta a la que había tomado antes. Iba desnudo, pero no lo sabía. Sus diamantes habían desaparecido, pero no habría distinguido un diamante si lo hubiera visto. Uhha lo había abandonado, pero él no la echaba de menos, pues no sabía que ella hubiera existido jamás.

A ciegas y sin embargo atinadamente, sus músculos reaccionaban a cada cosa que se les pedía en nombre de la primera ley de la naturaleza. Él no sabía por qué había saltado a un árbol al oír el rugido de Numa; tampoco habría sabido decir por qué había tomado la dirección opuesta cuando vio a Numa junto a su presa. No sabía que su mano saltaba a un arma a cada nuevo ruido o movimiento que percibía en la jungla que lo rodeaba.

Uhha no había logrado sus fines. Esteban Miranda no estaba siendo castigado por sus pecados por la simple razón de que no era consciente de ningún pecado ni de ninguna existencia. Uhha había matado su mente objetiva. Su cerebro no era sino un almacén de recuerdos que jamás franquearían el umbral de la conciencia. Cuando actuaba impulsado por la fuerza adecuada, estimulaba los nervios que controlaban sus músculos, con resultados aparentemente idénticos a los que habrían seguido si hubiera podido razonar. Por ello, una emergencia que se hallara fuera de su experiencia lo dejaría indefenso, aunque ignorante de su indefensión. Era casi como si un hombre muerto cruzara la jungla. A veces avanzaba en silencio, otras balbuceaba en español como un niño, o citaba páginas enteras de Shakespeare en inglés.

Si Uhha hubiera podido verlo ahora, incluso ella, pequeña caníbal salvaje, habría tenido remordimientos por el horror de su acción, que era más horrible aún porque su miserable objeto era completamente ajeno a ella. Pero ni Uhha ni ningún otro mortal estaban allí para verlo; y la pobre víctima, que en otro tiempo había

sido un hombre, avanzaba sin rumbo por la jungla, matando y comiendo cuando se excitaban los nervios adecuados, durmiendo, hablando, caminando como si viviera igual que los otros hombres. Y así, observándolo de lejos, lo vemos desaparecer entre el desordenado follaje de un sendero de la jungla.

* * *

La princesa Janzara de Veltopismakus no compró al esclavo de Zoanthrohago. Su padre, el rey, no lo permitió. Por ello, muy enojada, salió del aposento al que había entrado para examinar al cautivo y, cuando hubo pasado a la habitación de al lado y se hallaba fuera del campo de visión de su regio padre, se volvió e hizo una mueca en dirección a él, ante lo que todos sus guerreros y las dos criadas se rieron.

—¡Necio! —susurró en dirección a su padre, que no la oía—. El esclavo será mío y lo mataré si me lo propongo.

Los guerreros y las criadas hicieron gestos de asentimiento.

El rey Elkomoelhago se levantó lánguidamente de su silla.

—Llevadlo a las canteras —ordenó, señalando a Tarzán con el pulgar—, pero decidle al oficial encargado que es deseo del rey que no se le haga trabajar en exceso ni se le cause ningún daño.

Se llevaron al hombre-mono por una puerta, el rey salió de la cámara por otra y sus seis cortesanos se inclinaron como acostumbraban los minunianos hasta que salió. Entonces uno de ellos se acercó de puntillas a la puerta por la que Elkomoelhago había desaparecido, se pegó a la pared junto a la puerta y escuchó unos instantes. Aparentemente satisfecho, asomó la cabeza con cautela por la puerta hasta que pudo ver la cámara contigua con un ojo, y se volvió de nuevo a sus compañeros.

—El viejo bobo se ha ido —anunció, aunque en un susurro para que fuera inaudible fuera de la cámara, pues incluso en Minuni han aprendido que las paredes oyen, aunque lo expresan de modo diferente y dicen, en cambio: «No confíes demasiado en la lealtad ni de las piedras de tu propia cámara».

—¿Habéis visto jamás una criatura con tanta vanidad? —exclamó uno.

—Se cree más listo que cualquier hombre, e incluso que todos juntos —dijo otro—. A veces tengo la sensación de que ya no puedo

soportar más su arrogancia.

—Pero lo harás, Gefasto —dijo Gofoloso—. Ser jefe de los guerreros de Veltopismakus es un puesto demasiado importante para dejarlo como si nada.

—Si uno pudiera quitarse la vida al mismo tiempo —añadió Torndali, jefe de las canteras.

—¡Pero qué colosal descaro tiene ese hombre! —exclamó otro, Makahago, jefe de los edificios—. No ha tenido que ver con el éxito de Zoanthrohago más que yo, y sin embargo se atribuye todos los logros y culpa de los fracasos a Zoanthrohago.

—La gloria de Veltopismakus está amenazada por su egoísmo —declaró Throwaldo, jefe de agricultura—. Nos ha elegido como asesores a nosotros, seis príncipes cuyo conocimiento de sus diferentes departamentos debería ser mayor que el de ningún otro individuo y cuyos conocimientos juntos de las necesidades de Veltopismakus y los asuntos de Estado deberían formar un baluarte contra los egregios errores que él comete constantemente. Sin embargo, nunca presta atención a nuestros consejos. Los considera una usurpación de sus reales prerrogativas. Instarle constituye poco menos que una traición y cuestionar su criterio llama a la ruina. ¿De qué servimos a Veltopismakus? ¿Qué debe de pensar de nosotros la gente del Estado?

—Es bien sabido lo que piensan de nosotros —espetó Gofoloso —. Dicen que nos eligió no por lo que sabemos, sino por lo que no sabemos. No se les puede reprochar. Yo, un criador de diadets, dueño de mil esclavos que labran la tierra y cultivan la mitad de toda la comida que consume la ciudad, soy elegido jefe de jefes, ocupando un puesto que no me gusta y para el que no estoy preparado, mientras que Throwaldo, que apenas distingue una verdura de otra, es jefe de agricultura. A Makahago, que trabajó con los esclavos de la cantera durante cien lunas, lo nombra jefe de edificios, mientras que Torndali, que es aclamado como el mayor constructor de nuestro tiempo, es jefe de canteras. Solo Gefasto y Vestako son amos de sus despachos. A Vestako el rey lo eligió sabiamente jefe de la cúpula real, para que su real comodidad y seguridad estuvieran aseguradas. ¡Pero con Gefasto cometió su mayor metedura de pata! Elevó a un joven alegre, que solo busca la diversión, al mando del ejército de Veltopismakus y descubrió en su

nuevo jefe de guerreros un genio militar como el que jamás ha producido Veltopismakus.

Gefasto hizo una inclinación de cabeza para agradecer el cumplido.

—De no ser por Gefasto, los trohanadalmakusianos nos habrían atrapado el otro día —prosiguió Gofoloso.

—Aconsejé al rey en contra de continuar el asalto —interpuso Gefasto— en cuanto fue evidente que no los habíamos sorprendido. Deberíamos habernos retirado. Hasta después de avanzar y quedarme lejos de él no pude dirigir el asunto sin que interfiriera, y entonces, ya lo visteis, solté rápidamente nuestras tropas e hice que se retirasen, con la mínima pérdida de hombres y de prestigio posible.

—Fue una acción noble, Gefasto —dijo Torndali—. Las tropas te adoran. Les gustaría tener un rey que los dirigiera en la batalla como tú podrías hacerlo.

—Y dejar que tomen su vino como en la antigüedad —intervino Makahago.

—Todos nos reuniríamos en torno a un rey que nos permitiera el inocente placer de tomar nuestro vino —dijo Gofoloso—. ¿Qué dices tú, Vestako?

El jefe de la cúpula real, el mayordomo del rey, que había permanecido callado durante todas las acusaciones que habían hecho a su amo, hizo gestos de negación con la cabeza.

—No es prudente hablar de traición ahora —dijo. Los tres lo miraron con severidad y luego se miraron entre sí.

—¿Quién ha hablado de traición, Vestako? —preguntó Gofoloso.

—Habéis llegado demasiado cerca de ella para estar a salvo —dijo el hipócrita Vestako. Hablaba en voz mucho más alta que los otros, como si, lejos de temer que lo oyeran, esperara que así fuera —. Elkomoelhago se ha portado bien con nosotros. Nos ha colmado de honores y riquezas. Somos muy poderosos. Él es un gobernador sabio. ¿Quiénes somos nosotros para cuestionar la sabiduría de sus actos?

Los otros miraron inquietos alrededor. Gofoloso se rio nerviosamente.

—Eres muy lento en apreciar una broma, mi buen Vestako —dijo—. ¿No has visto que te tomábamos el pelo?

—No lo he visto —replicó Vestako—, pero el rey tiene buen sentido del humor. Le repetiré la broma y, si él se ríe, yo también me reiré, pues sabré que en verdad era una broma. Pero me pregunto sobre quién recaerá.

—¡Oh, Vestako! No repitas lo que hemos dicho. No se lo digas al rey; tal vez no lo entienda. Somos buenos amigos y solo lo hemos dicho entre amigos. —Era evidente que Gofoloso estaba inquieto, pues hablaba con rapidez—. Por cierto, mi buen Vestako, acabo de recordar que el otro día admiraste a uno de mis esclavos. Tengo intención de regalártelo. Si lo aceptas, es tuyo.

—Admiro a cientos de tus esclavos —dijo Vestako con voz suave.

—Son tuyos, Vestako —dijo Gofoloso—. Ven conmigo ahora y elígelos. Es un placer hacer semejante obsequio a un amigo.

Vestako miró a los otros cuatro. Estos se rebulleron, incómodos, en el silencio momentáneo, que fue roto por Throwaldo, jefe de agricultura.

—Si Vestako quisiera aceptar un centenar de mis pobres esclavos, me sentiría abrumado de placer —dijo.

—Espero que sean esclavos de túnica blanca dijo Vestako.

—Lo serán —dijo Throwaldo.

—No puedo dejar que me superen en generosidad —intervino Torndali—: también debes aceptar un centenar de esclavos míos.

—¡Y míos! —exclamó Makahago, jefe de los edificios.

—Si los mandais a mis alojamientos antes de que el sol entre en el Corredor de los Guerreros, os lo agradeceré profundamente —dijo Vestako, frotándose las manos y sonriendo con afectación. Luego miró rápida y significativamente a Gefasto, jefe de los guerreros de Veltopismakus.

—La mejor manera que tengo de demostrar mi amistad por el noble Vestako —dijo Gefasto sin sonreír— es asegurarle que, en lo posible, impediré que mis guerreros deslicen una daga entre sus costillas. Sin embargo, si me ocurriera algún daño, temo que no podré ser responsable de los actos de estos hombres, que, según me han dicho, me aman.

Por unos instantes se quedó mirando fijamente a los ojos de Vestako, luego giró sobre sus talones y salió de la habitación a grandes pasos.

De los seis hombres que componían el consejo real, Gefasto y Gofoloso eran los que menos miedo tenían, aunque incluso ellos adulaban al vanidoso y arrogante Elkomoelhago, cuyos poderes despóticos lo convertían en un enemigo muy peligroso. La costumbre y la lealtad inherente a la familia real, además del más potente de los medios humanos, el interés propio, los mantenía al servicio de su rey. Pero hasta entonces habían estado conspirando contra él y el descontento en la ciudad era tal, que cada uno sentía que podría volverse más atrevido con impunidad.

Torndali, Makahago y Throwaldo contaban poco, ya que habían sido elegidos por el rey por su supuesta flexibilidad y, a diferencia de Gefasto y Gofoloso, habían justificado sus expectativas. Contaban poco. Se habían vuelto corruptos, como la mayoría de nobles veltopismakusianos bajo el reinado de Elkomoelhago; el interés propio guiaba todos sus actos y pensamientos. Gefasto no confiaba en ellos, pues sabía que podían ser comprados incluso mientras profesaban su virtud. Gefasto se había entregado al estudio de los hombres desde su éxito con los guerreros de su ciudad (un éxito que a él le había sorprendido tanto como a los demás), y su conocimiento de la creciente agitación de la gente había sembrado en el fértil suelo de un cerebro viril la idea de que Veltopismakus estaba madura para una nueva dinastía.

A Vestako lo tenía por alguien que se dejaba sobornar y no lo ocultaba. No creía que hubiera un solo pelo honrado en la cabeza de aquel hombre, pero le había sorprendido la velada amenaza que había empleado para aprovecharse de sus compañeros.

—Bajo han caído en verdad las fortunas de Veltopismakus —dijo a Gofoloso cuando los dos iban por el Corredor de los Guerreros tras abandonar la cámara del consejo del rey.

—¿A qué te refieres? —preguntó el jefe de los jefes.

—A la infamia de Vestako. No le importan ni el rey ni el pueblo. Traicionaría a los dos por esclavos o por oro, y Vestako es representativo de la mayoría. La amistad ya no es sagrada, pues incluso a Throwaldo ha chantajeado por su silencio, y este nunca se ha considerado su mejor amigo.

—¿Qué nos ha llevado a semejante situación, Gefasto? —preguntó Gofoloso, pensativo—. Algunos lo atribuyen a una causa y otros a otra, y aunque no debería haber ningún hombre en

Veltopismakus más capaz que yo para responder mi propia pregunta, confieso que estoy desconcertado. Hay muchas teorías, pero dudo que se haya expuesto la correcta.

—Si alguien me preguntara, Gofoloso, como tú me has preguntado, diría lo que voy a decirte a ti: el problema de Veltopismakus es que hay demasiada paz. La prosperidad sigue a la paz, pero también le sigue la inacción. Hay que ocupar el tiempo. ¿Quién lo ocuparía con el trabajo, incluso el trabajo de prepararse para defender la paz y la prosperidad de uno, cuando puede ocuparse tan fácilmente con la búsqueda del placer? La prosperidad material que ha seguido a la paz nos ha dado los medios para conseguir todos nuestros caprichos. Nos hemos saciado de todas las cosas que en tiempos anteriores considerábamos lujos de los que se disfrutaba en raras ocasiones. En consecuencia, nos hemos visto obligados a inventar nuevos caprichos para gratificarnos, más extravagantes y exagerados en forma e idea, hasta que incluso nuestra maravillosa prosperidad ha sido tasada para satisfacer las exigencias de nuestros apetitos.

»Reina la extravagancia. Descansa, como un íncubo maligno, en el rey y su gobierno. Para reparar sus incursiones en el tesoro, la carga del íncubo se desplaza de la espalda del gobierno a la espalda del pueblo en forma de ultrajantes impuestos que a ningún hombre le es posible pagar con honradez y tener suficiente con lo que le queda para satisfacer sus apetitos, y así, de una manera u otra, pasa la carga a los menos afortunados o menos astutos.

—Pero los impuestos más elevados recaen en los ricos —le recordó Gofoloso.

—En teoría, pero no en la práctica —replicó Gefasto—. Es cierto que el rico paga la mayor parte de los impuestos a la tesorería del rey, pero antes los recauda de los pobres con precios más elevados y otras formas de extorsión, en la proporción de dos jetaks por cada uno de los que paga al recaudador de impuestos. Lo que cuesta recaudar este impuesto se suma a la pérdida de ingresos del gobierno debida a la abolición del vino: si lo que cuesta impedir a los poco escrupulosos que elaboren y vendan vinos de forma ilegal volviera a las arcas del gobierno, se reducirían tanto nuestros impuestos que no supondrían una carga para nadie.

—Y ¿crees que eso resolvería nuestros problemas y devolvería la

felicidad a Veltopismakus? —preguntó Gofoloso.

—No —respondió su compañero—. Necesitamos guerras. Como hemos descubierto que no existe la felicidad permanente en la paz o en la virtud, tengamos un poco de guerra y un poco de pecado. Un pudin de un solo ingrediente es nauseabundo; hay que sazonarlo y ponerle especias; antes de poder disfrutar al máximo de su sabor, debemos estar obligados a esforzarnos para conseguirlo. Guerra y trabajo, las dos cosas más desagradables del mundo, son, no obstante, las más esenciales para la felicidad y la existencia de un pueblo. La paz reduce la necesidad de mano de obra y fomenta la pereza. La guerra empuja al trabajo, para borrar los estragos que ha causado. La paz nos convierte en gordos gusanos; la guerra nos hace hombres.

—¿Crees que la guerra y el vino, pues, devolverían a Veltopismakus su anterior orgullo y felicidad? —se rio Gofoloso—. ¡Qué aficionado a la lucha te has vuelto desde que regresaste al mando de todos los guerreros de nuestra ciudad!

—No me has entendido bien, Gofoloso —dijo Gefasto, con paciencia—. Con la guerra y el vino solos no lograremos más que nuestra ruina. No estoy en contra de la paz, la virtud o la temperancia; estoy en contra de los teóricos mal orientados que creen que la paz sola, o la virtud sola, o la temperancia sola nos harán una nación fuerte, viril y satisfecha. Estas deben estar mezcladas con la guerra, el vino y el pecado y, en gran medida, con el trabajo duro, en especial con el trabajo duro. Si no hay más que paz y prosperidad, existe poca necesidad de trabajar duro, y solo el hombre excepcional lo hace cuando no está obligado a ello.

—Bueno, vamos; debes apresurar la entrega de los cien esclavos a Vestako antes de que el sol entre en el Corredor de los Guerreros, o contará nuestra broma a Elkomoelhago.

Gofoloso sonrió tristemente:

—Algún día pagará por estos cien esclavos —dijo—, y el precio será muy elevado.

—Si su amo es derrocado —dijo Gefasto.

—Cuando su amo sea derrocado —corrigió Gofoloso.

El jefe de los guerreros se encogió de hombros, pero sonrió satisfecho, y todavía lo hacía cuando su amigo hubo girado por un corredor para seguir su camino.

CAPÍTULO XI

TARZÁN de los Monos fue conducido directamente de la cúpula real a las canteras de Veltopismakus, que se encontraban en una zona situada a kilómetro y medio de la cúpula más cercana de las ocho que constituían la ciudad. Una novena cúpula estaba en vías de construcción y hacia esta se encaminaba la hilera de esclavos cargados que iban de la entrada a la cantera a la que el hombre-mono estaba siendo conducido. Justo bajo la superficie, en una cámara bien iluminada, fue entregado al oficial encargado de la vigilancia de la cantera, al que se le comunicaron las instrucciones del rey.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el oficial, abriendo un gran libro que dejó sobre la mesa a la que estaba sentado.

—Es mudo como los zertalacolols —explicó el jefe de la escolta que lo había llevado a la cantera—. Por lo tanto no tiene nombre.

—Lo llamaremos *El Gigante* —dijo el oficial—, pues así se le ha conocido desde que fue capturado —y escribió en su libro Zuanthrol, anotó el nombre de Zoanthrohago como propietario y Trohanadalmakus como su ciudad de origen, y luego se volvió a uno de los guerreros que holgazaneaba en un banco allí cerca.

—Llévalo al equipo de entibación, en la extensión del túnel trece en el nivel treinta y seis y dile al vental encargado que le dé un trabajo ligero y procure que no le ocurra ningún daño, pues estas son las órdenes del zagosoto. ¡Ve! ¡Pero espera! Aquí está su número. Pónselo al hombro.

El guerrero cogió el trozo circular de tela con jeroglíficos negros estampados y lo fijó con una anilla de metal al hombro izquierdo de la túnica verde de Tarzán. Después hizo señas al hombre-mono para

que lo precediera y salió de la cámara.

Tarzán se encontró en un corredor corto y oscuro que se abría a otro más ancho y más iluminado por el que avanzaban innumerables esclavos sin carga en la misma dirección en la que su guardia lo escoltaba. Observó que el suelo del corredor tenía una pendiente constante hacia abajo y que torcía siempre a la derecha, formando una gran espiral que se adentraba en la tierra. Las paredes y el techo estaban entibados y el suelo pavimentado con piedras planas, gastadas por los millones de pies calzados con sandalias que habían pasado por encima. A intervalos frecuentes había velas puestas en hornacinas en la pared de la izquierda, donde también de forma regular, se abrían otros corredores. En cada una de estas aberturas había más jeroglíficos extraños de Minuni. Como sabría Tarzán más adelante, estos designaban los niveles en los que estaban los túneles y conducían a corredores circulares que rodeaban la espiral principal. De estos salían numerosos túneles horizontales que desembocaban en las obras de cada nivel. Había pozos de ventilación y salidas de emergencia a diferentes distancias, que iban desde la superficie a los niveles inferiores de la cantera.

Casi en cada nivel, unos cuantos esclavos entraban en estos túneles laterales que estaban bien iluminados, aunque no tan profusamente como la espiral. Poco después de haber iniciado el descenso, Tarzán, acostumbrado desde su infancia a la aguda observación, había tomado nota del número de bocas de túnel por las que pasaban, pero solo pudo conjeturar la diferencia de profundidad de los niveles a los que se abrían. Un cálculo aproximado los situaba a cuatro metros y medio, pero antes de que llegaran al trigésimosexto, en el que entraron, Tarzán tuvo la sensación de que tenía que haber un error en sus cálculos, pues estaba seguro de que no era posible estar a ciento sesenta metros bajo tierra con llamas y sin ventilación.

El corredor horizontal en el que entraron después de dejar la espiral formaba una curva cerrada a la derecha y después a la izquierda de nuevo. Poco después cruzaba un ancho corredor circular en el que había esclavos con carga y sin ella. Tras estos había dos filas; los que iban cargados con rocas se movían en sentido contrario al de Tarzán, mientras que otros, que acarreaban

madera, se movían en su mismo sentido. En ambas filas había esclavos que no iban cargados.

Después de cruzar una distancia considerable del túnel horizontal llegaron por fin junto al grupo de trabajo, y allí Tarzán fue entregado al ventral, un guerrero que, en las organizaciones militares de los minunianos, estaba al mando de diez hombres.

—¡Así que este es El Gigante! —exclamó el ventral—. Y no tenemos que hacerle trabajar demasiado. —Su tono era afectado y desagradable—. ¡Vaya gigante! —prosiguió—. No es más corpulento que yo y tienen miedo de que haga trabajo de más. Bueno, aquí tendrá que trabajar si no quiere recibir latigazos. Kalfastoban no permite haraganes —y se golpeó el pecho con jactancia.

El que había traído a Tarzán parecía molesto.

—Harás bien, Kalfastoban —dijo, y se volvió para volver a la sala de la guardia—, en seguir las instrucciones del rey. No me gustaría vestir tu arnés si le ocurriera algo a este esclavo sin habla que ha puesto en marcha todas las lenguas de Veltopismakus y ha puesto a Elkomoelhago tan celoso de Zoanthrohago que le metería acero entre las costillas si no fuera porque ya no podría arrancarle aplausos al gran mago.

—Kalfastoban no teme a ningún rey —se jactó el ventral—, y menos al lamentable espécimen que ensucia el trono de Veltopishago. No engaña a nadie; solo a sí mismo. Todos sabemos que Zoanthrohago es su cerebro y Gefasto su espada.

—De todos modos —le advirtió el otro—, ten cuidado con Zuanthrol —y se marchó.

El ventral Kalfastoban puso a trabajar al nuevo esclavo a entibar el túnel mientras avanzaba en la gran morena que formaba la cantera. La fila de esclavos que salía de la superficie con las manos vacías pasaba por un lado del túnel hasta el final; cada uno extraía una roca (si pesaba mucho, lo hacían dos), y regresaba por el lado opuesto del túnel, acarreando su carga de nuevo a la rampa en espiral utilizada por los que salían de las obras y así ascendían y salían a la nueva cúpula. La tierra, una arcilla ligera que llenaba los intersticios entre las rocas de la morena, era apisonada en la abertura que quedaba detrás de las maderas de la pared, y se hacía el túnel suficientemente grande a propósito para esto. Ciertos

esclavos se dedicaban a este trabajo; otros llevaban maderas cortadas en las dimensiones necesarias al grupo de entibación, del que Tarzán formaba parte. Este grupo de tres solo tenía que cavar una zanja poco profunda en la que meter el pie de cada tabla, colocarla en su sitio y deslizar la del techo encima. En cada extremo de las del techo había una abrazadera, clavada previamente en la superficie, que impedía que las de la pared cayeran después de ser colocadas. El polvo apisonado detrás las mantenía sólidamente en su sitio, y el conjunto formaba un sostén firme y erigido con rapidez.

El trabajo era ligero para el hombre-mono, aunque aún estaba débil a consecuencia de sus heridas. Constantemente tenía oportunidades de observar todo lo que sucedía alrededor y de reunir nueva información relativa a la gente en cuyo poder se encontraba. A Kalfastoban pronto lo catalogó de fanfarrón bocazas, del que no había nada que temer durante la rutina del trabajo cotidiano, pero que estaría atento por si surgía la oportunidad de hacer una demostración de autoridad o destreza física ante los ojos de sus superiores.

Los esclavos que lo rodeaban trabajaban con constancia, pero no parecían estar agotados, y los guardias, que los acompañaban sin cesar en la proporción de un guerrero por cada cincuenta esclavos, no daban muestras de brutalidad en el tratamiento que les daban, por lo que Tarzán pudo observar.

Lo que más le desconcertaba ahora, igual cuando había vuelto en sí, era la estatura de esta gente. No eran pigmeos, sino hombres tan corpulentos como los europeos medios. No había ninguno tan alto como el hombre-mono, pero a muchos les faltaba apenas un centímetro. Sabía que eran veltopismakusianos, la misma gente a la que había visto pelear con los trohanadalmakusianos; hablaban de que lo habían capturado en la batalla que él había visto librar; y lo llamaban Zuanthrol, El Gigante, sin embargo ellos eran tan corpulentos como él. Cuando había pasado de la cúpula real a la cantera había visto las gigantescas cúpulas que les servían de morada, a más de ciento veinte metros sobre su cabeza. Todo era ridículo e imposible; sin embargo todos sus sentidos le indicaban que era cierto. Pensar en ello lo confundía más y por tanto abandonó todo intento de resolver el misterio y se dedicó a reunir

información referente a sus capturadores y su prisión para el momento en que, como sabía que ocurriría tarde o temprano, se ofreciera a los instintos alerta y sagaces de la bestia salvaje que, en el fondo, él siempre se consideraba la manera de escapar.

En todas partes de Veltopismakus donde había estado, y a través de todos a los que habían tratado el asunto delante de él, se le había grabado el hecho de que la gente en general estaba insatisfecha con su rey y su gobierno. Sabía que entre un pueblo descontento la eficiencia sería baja y la disciplina estaría tan relajada que, si vigilaba atentamente, a la larga descubriría la oportunidad que buscaba en el abandono de los responsables de su custodia. No esperaba que ocurriera de un día para otro, pero cada día era fundamental en el proceso de observación que a la larga le revelaría una vía de escape.

Cuando terminó por fin la larga jornada de trabajo, los esclavos fueron conducidos a sus alojamientos, que, como descubrió Tarzán, siempre se encontraban en niveles próximos a aquellos en los que trabajaban. Él, junto con otros esclavos, fue conducido al nivel treinta y cinco, a un túnel cuyo extremo del fondo había sido ampliado hasta obtener las proporciones de una gran cámara, cuya estrecha entrada había sido tapada con piedras salvo por una pequeña abertura a través de la cual fueron obligados a pasar a gatas. Cuando el último estuvo dentro, la cerraron y aseguraron con una robusta puerta exterior que dos guerreros vigilaron durante toda la noche.

Una vez dentro y en pie, el hombre-mono miró alrededor y se encontró en una cámara tan grande que parecía fácil instalar en ella la gran multitud de esclavos, que debían de llegar a cinco mil almas de ambos sexos. Las mujeres preparaban comida en pequeñas fogatas cuyo humo salía de la cámara a través de las aberturas del techo. A pesar del gran número de fuegos que ardían, el humo era notablemente escaso, hecho que, sin embargo, se explicaba por la naturaleza del combustible: un carbón duro y blanco. Lo que resultaba incomprensible para el hombre-mono era por qué los gases liberados no los asfixiaban a todos, igual que la vacilación de las llamas y el aire puro en las profundidades donde se hallaban las obras. Ardían velas colocadas en unos huecos en las paredes y había al menos media docena de velas grandes de pie en el suelo.

Pudo ver a esclavos de todas las edades, desde la infancia a la edad madura, pero no había ancianos venerables entre ellos. La piel de las mujeres y los niños era la más blanca que Tarzán había visto. Este hecho lo maravilló hasta que supo que algunas de las primeras y todos los últimos nunca habían visto la luz del día desde que habían nacido. Los niños que habían nacido allí saldrían algún día al mundo exterior, cuando tuvieran una edad que garantizara el inicio del entrenamiento para las profesiones que sus amos habían elegido para ellos; pero las mujeres que habían sido capturadas en otras ciudades permanecerían allí hasta que la muerte las reclamara. A menos que ocurriera el más raro de los milagros: que fueran elegidas como compañera por un veltopismakusiano; pero era una posibilidad más que remota, ya que los guerreros elegían casi invariablemente a sus compañeras entre las esclavas de túnica blanca, con las que estaban en contacto a diario en las cúpulas de la superficie.

Las caras de las mujeres llevaban la impronta de una tristeza que provocó una ola espontánea de compasión en el pecho del salvaje hombre-mono. En su vida había visto semejante desesperanza en un rostro.

Cuando cruzó la habitación lo siguieron muchas miradas, pues resultaba evidente por su tono de piel que era un recién llegado; aunque había algo más en él que lo hacía diferente. Pronto se levantó un murmullo entre la multitud, ya que los esclavos que habían entrado con él corrieron la voz de su identidad a los demás, y todo el mundo, aun en las entrañas de la tierra, había oído hablar del maravilloso gigante capturado por Zoanthrohago durante la batalla con los trohanadalmakusianos.

Entonces una chica joven, arrodillada junto a un brasero sobre el que estaba asando un trozo de carne, vio que la miraba y le hizo señas. Según se acercaba pudo ver que era muy guapa, con una piel pálida, traslúcida, cuya blancura se acentuaba por el negro azulado de una espléndida cabellera.

—¿Eres El Gigante? —preguntó.

—Soy Zuanthrol —respondió él.

—Él me ha hablado de ti —dijo la chica—. Cocinaré también para ti. Cocino para él. A menos —añadió con cierta turbación— que prefieras que otra cocine para ti.

—No prefiero que otra cocine para mí —dijo Tarzán—, pero ¿quién eres tú y quién es él?

—Soy Talaskar —respondió ella—, pero a él solo lo conozco por el número. Dice que mientras sea esclavo no tiene nombre, y que siempre se hará llamar por su número, que es el ochocientos al cubo más diecinueve. Veo que tú eres el ochocientos al cubo más veintiuno. —Estaba mirando el jeroglífico que llevaba en el hombro —. ¿Tienes nombre?

—Me llaman Zuanthrol.

—¡Ah! —dijo ella—. Eres un hombre corpulento, pero yo no te llamaría gigante. También él es de Trohanadalmakus y tiene más o menos tu altura. Nunca he oído decir que hubiera gigantes en Minuni excepto la gente a la que llaman zertalacolols.

—Creía que tú eras un zertalacolol —dijo una voz de hombre al oído de Tarzán.

El hombre-mono se volvió para ver a uno de los esclavos con los que había estado trabajando, que lo miraba con perplejidad, y sonrió.

—Soy un zertalacolol para mis amos —respondió.

El otro alzó las cejas.

—Entiendo —dijo—. Quizás eres sabio. No seré yo el que te traicione —y volvió a sus asuntos.

—¿Qué ha querido decir? —preguntó la chica.

—Nunca había hablado, hasta ahora, desde que me hicieron prisionero —explicó— y creen que no sé hablar. Estoy seguro de que no tengo aspecto de zertalacolol, aunque algunos de ellos insistan en que sí.

—Nunca he visto ninguno —dijo la chica.

—Tienes suerte —declaró Tarzán—. No son agradables ni de ver ni de conocer.

—Pero me gustaría verlos —insistió ella—. Me gustaría ver algo diferente de estos esclavos a los que veo todo el día y todos los días.

—No pierdas la esperanza —la animó él—, pues quién sabe si muy pronto regresarás a la superficie.

—¿Regresar? —repitió—. Nunca he estado allí. —¿Nunca has estado en la superficie? ¿Quieres decir desde que te capturaron?

—Nací en esta cámara —le dijo ella— y nunca he salido de ella.

—Eres una esclava de la segunda generación y aún estás

confinada en las canteras. No lo entiendo. En todas las ciudades minunianas, según me han dicho, los esclavos de la segunda generación reciben la túnica blanca y una libertad relativa en la superficie.

—No en mi caso. Mi madre no lo permitió. Prefería verme morir a verme como compañera de un veltopismakusiano u otro esclavo, que es lo que debo hacer si voy a la ciudad de arriba.

—Pero ¿cómo lo evitas? Tus amos no dejan estas cosas a la discreción de sus esclavos.

—Donde hay tantos que no se nota si faltan uno o dos, y las mujeres, si son poco favorecidas, no provocan comentarios por parte de nuestros amos. Nunca se informó de mi nacimiento y por tanto no consto en sus archivos. Mi madre cogió un número para mí de la túnica de uno que murió, y de esta manera no llamo la atención en las pocas ocasiones en que nuestros amos o los guerreros entran en nuestra cámara.

—Pero tú no eres poco favorecida; sin duda tu rostro atraería la atención en cualquier parte —le recordó Tarzán.

Por un instante ella le volvió la espalda y se llevó las manos a la cara y al pelo. Luego lo miró de nuevo y el hombre-mono vio ante él una espantosa bruja llena de arrugas cuyas horribles facciones ningún hombre miraría por segunda vez.

—¡Dios mío! —exclamó Tarzán.

Lentamente, la cara de la chica se relajó y recuperó las líneas de belleza normales y con rápidos y ágiles dedos se arregló el pelo enmarañado. Una expresión que era casi una sonrisa asomaba a sus labios.

—Mi madre me enseñó a hacer esto —dijo—, para que cuando vinieran y me miraran no me quisieran.

—Pero ¿no sería mejor que te aparearas con uno de ellos y llevaras una vida cómoda en la superficie, en lugar de llevar esta existencia terrible bajo tierra? —preguntó—. Los guerreros de Veltopismakus son, sin duda, poco distintos de los de tu país.

Ella meneó la cabeza.

—No puede ser, en mi caso —dijo—. Mi padre es de la lejana Mandalamakus. Mi madre le fue arrebatada un par de lunas antes de que yo naciera en esta horrenda cámara, lejos del aire y la luz del sol de los que ella nunca se cansaba de hablarme.

—¿Y tu madre? —preguntó Tarzán—. ¿Está aquí?

La muchacha hizo un gesto triste de negación con la cabeza.

—Vinieron por ella hace más de veinte lunas y se la llevaron. No sé qué ha sido de ella.

—¿Y estos de aquí nunca te traicionan?

—¡Jamás! Si algún esclavo traicionara a otro, sus compañeros lo despedazarían. Pero toma, debes de tener hambre —y le ofreció la carne que había estado cociendo.

Tarzán habría preferido la carne cruda, pero no quiso ofenderla y por ello le dio las gracias y comió lo que le ofrecía sentado en cuclillas enfrente de la muchacha.

—Es extraño que Aoponato no venga —observó ella, utilizando la forma minuniana de ochocientos al cubo más diecinueve—. Nunca se había retrasado tanto.

Un fornido esclavo, que se había acercado a ella por detrás, se detuvo y miró a Tarzán con gesto ceñudo.

—Quizá sea él —dijo Tarzán a la muchacha, señalando al hombre con la cabeza.

Talaskar se volvió rápidamente, con un destello casi feliz en sus ojos, pero cuando vio quién era el que se erguía detrás de ella se levantó al instante y retrocedió con expresión de disgusto.

—No —dijo ella—, no es él.

—¿Estás cocinando para él? —pregunto el tipo, señalando a Tarzán—. Pero no querías cocinar para mí —acusó, sin esperar respuesta a su pregunta, que era demasiado evidente—. ¿Quién es ese para el que cocinas? ¿Es mejor que yo? También cocinarás para mí.

—Hay muchas que cocinan para ti, Caraftap —replicó Talaskar — y yo no deseo hacerlo. Ve a buscar a otra mujer. Mientras no haya demasiados hombres se nos permite elegir a aquellos para los que queremos cocinar. Yo no quiero cocinar para ti.

—Si sabes lo que te conviene, cocinarás para mí —rezongó el hombre—. También serás mi compañera. Tengo derecho a ti, porque lo he pedido muchas veces antes de que llegaran los otros. En lugar de dejar que ellos te tengan mañana le contaré al vental la verdad sobre ti y él se te llevará. ¿Has visto alguna vez a Kalfastoban?

La muchacha se estremeció.

—Me ocuparé de que Kalfastoban te consiga —prosiguió Caraftap—. No te permitirán permanecer aquí cuando descubran que te niegas a producir más esclavos.

—Prefiero a Kalfastoban antes que a ti —espetó la muchacha—, pero ni uno ni otro me tendréis.

—No estés tan segura de ello —exclamó el otro, y en un instante dio un paso al frente y la agarró del brazo antes de que ella pudiera evitarlo.

La atrajo hacia sí con gesto violento e intentó besarla, pero no lo logró. Unos dedos de acero se cerraron en su hombro, fue arrancado bruscamente de su presa y arrojado a veinte pasos de distancia, donde se tambaleó y cayó al suelo. Entre él y la muchacha se alzaba el extranjero de ojos grises con la mata de pelo negro.

Casi rugiendo de rabia, Caraftap se puso en pie con dificultad y cargó contra Tarzán. Atacó como lo hace un toro enloquecido: con la cabeza baja y los ojos inyectados en sangre.

—Morirás por esto —gritó.

CAPÍTULO XII

EL HIJO de la Primera Mujer avanzaba a grandes pasos y porte orgulloso por el bosque. Llevaba una lanza en la mano y un arco y flechas colgados a la espalda. Detrás de él iban otros diez machos de su especie, armados de forma similar, y cada uno caminaba como si fuera el propietario de la tierra que pisaba. Hacia ellos, por el mismo sendero, aunque aún fuera del alcance de su vista, de su oído o de su olfato, se acercaba una mujer de su especie. También ella caminaba con paso intrépido. Entrecerró los ojos y se detuvo, y alzó sus grandes orejas planas para escuchar; husmeó el aire. ¡Hombres! Apretó el paso para alcanzarlos. Eran más de uno, eran varios. Si se tropezaba con ellos de improviso se asustarían, serían presa de la confusión y sin duda podría atrapar a uno de ellos antes de que huyeran. Si no, las piedras emplumadas que llevaba al cinto buscarían uno.

Durante un tiempo los hombres habían escaseado. Muchas mujeres de su tribu que habían salido a la jungla a capturar compañeros jamás habían regresado. Ella había visto los cadáveres de varias de ellas, yaciendo entre los árboles. En estas ocasiones se preguntaba qué era lo que las había matado. Pero por fin había hombres, los primeros que ella descubría en dos lunas, y esta vez no regresaría a su cueva con las manos vacías.

En un repentino recodo del sendero los avistó, pero, para su desaliento, vio que aún se hallaban muy lejos. Estarían seguros de poder escapar si la veían, y estaba a punto de esconderse cuando se dio cuenta de que ya era demasiado tarde. Uno de ellos señalaba hacia ella. Aflojó un proyectil de su cinto, agarró la porra con más firmeza y echó a correr hacia ellos con gran rapidez. La sorprendió,

y complació al mismo, tiempo ver que no hacían ningún intento de escapar. ¡Qué aterrorizados debían de estar para quedarse quietos tan dócilmente mientras ella se les acercaba! Pero ¿qué era aquello? ¡Avanzaban para toparse con ella! Entonces vio la expresión de sus rostros. No mostraban miedo; solo rabia y provocación. ¿Qué eran aquellas extrañas cosas que llevaban en las manos? Uno de los que corrían hacia ella, el que estaba más cerca, se detuvo y le lanzó un largo palo puntiagudo. Estaba afilado y cuando le rozó el hombro le hizo sangre. Otro se paró, puso un palito de través con otro palo más largo, cuyos extremos estaban inclinados hacia atrás con una pieza de tripa, y de pronto soltó el palo más pequeño, que salió disparado por el aire y se clavó en la carne debajo de uno de los brazos de la mujer. Y detrás de estos los demás la estaban atacando con armas similares. Recordó los cadáveres de las mujeres que había visto en el bosque y la escasez de hombres de las últimas lunas. Aunque era corta de luces, no carecía de la facultad de razonamiento; comparó estos datos con lo que había ocurrido en los últimos segundos y el resultado le hizo salir corriendo en la dirección por la que había venido, tan deprisa como sus peludas piernas le permitían. Ni una sola vez se detuvo en su enloquecida huida hasta que se hundió, exhausta, en la boca de su cueva.

Los hombres no la persiguieron. Aún no habían llegado a esa fase de su emancipación que iba a darles suficiente valor y confianza en sí mismos para superar por completo su miedo hereditario a las mujeres. Ahuyentar a una ya era suficiente. Perseguirla habría sido tentar a la providencia.

Cuando las otras mujeres de la tribu vieron que su compañera llegaba tambaleante a su cueva y percibieron que su estado era consecuencia del terror y de la tensión física provocada por una larga huida, cogieron sus porras y echaron a correr, preparadas para recibir y vencer al perseguidor, que, según supusieron, inmediato se trataba de un león. Pero no apareció ninguno, y entonces algunas de ellas se acercaron a la mujer, que yacía jadeante en el umbral de su cueva.

—¿De qué huías? —le preguntaron en el sencillo lenguaje de signos.

—Hombres —respondió.

El asco apareció claramente en todos los rostros. Una de ellas le

dio una patada y otra le escupió.

—Eran muchos —les dijo ella— y estaban dispuestos a matarme con palos voladores. ¡Mirad! —y les mostró la herida de lanza y la flecha que aún tenía clavaba en la carne bajo su brazo—. No han huido de mí, sino que han avanzado para atacarme. Así es como han matado a todas las mujeres que hemos visto en la jungla durante las últimas lunas.

Esto las inquietó. Dejaron de molestar a la mujer postrada. Su cabecilla, la más violenta, paseaba de un lado a otro haciendo unas muecas espantosas. De pronto se paró.

—¡Vamos! —indicó—. Iremos a buscar juntas a esos hombres, los traeremos aquí y los castigaremos.

Blandió su porra por encima de la cabeza y gesticuló de una forma horrible.

Las otras bailaron a su alrededor, imitando su expresión y sus acciones, y cuando se encaminó hacia el bosque la siguieron en tropel, formando una compañía salvaje y sedienta de sangre. Todas menos la mujer que aún yacía jadeante donde había caído. Estaba harta de hombres; no quería saber nada de ellos nunca más.

* * *

—¡Morirás por esto! —gritó Caraftap precipitándose sobre Tarzán de los Monos en la larga galería de los esclavos, en la cantera de Elkomeolhago, rey de Veltopismakus.

El hombre-mono se apartó rápidamente y esquivó al otro haciéndole la zancadilla. Caraftap cayó de bruces al suelo. Antes de levantarse, miró alrededor como si buscara un arma y, cuando sus ojos se posaron en el brasero caliente, alargó el brazo para cogerlo. Un murmullo de desaprobación surgió de los esclavos que, como estaban ocupados cerca de allí, habían visto comenzar la pelea.

—¡Nada de armas! —exclamó uno—. No están permitidas entre nosotros. Pelea con las manos o no pelees.

Pero Caraftap estaba demasiado ebrio de odio y celos para oírlos o prestarles atención, y por tanto agarró el brasero, se levantó y se abalanzó hacia Tarzán para arrojárselo a la cara. Esta vez fue otro el que le hizo la zancadilla y dos esclavos saltaron sobre él y le arrebataron el brasero de la mano.

—¡Juega limpio! —le advirtieron, y le ayudaron a ponerse en

pie.

Tarzan sonreía y se mostraba indiferente, pues la rabia de los otros le divertía cuando era mayor de lo que las circunstancias justificaban. Esperó a que Caraftap estuviera listo. La sonrisa en su rostro no hizo más que aumentar la furia de su adversario. En su locura por destruir al hombre-mono se abalanzó sobre él y Tarzán lo recibió con la más sorprendente defensa que Caraftap, que durante mucho tiempo había sido un matón entre los esclavos, había visto jamás. Era un puño al final de un brazo recto, que dio a Caraftap en la punta de la barbilla y le hizo caer de espaldas. Los esclavos, que para entonces se habían agolpado en un número considerable para contemplar la pelea, expresaron en voz alta su aprobación con el estridente *Ee-ah-ee-ah* que constituía una forma de aplauso.

Confuso y mareado, Caraftap se puso en pie, tambaleante, una vez más y con la cabeza baja miró alrededor como buscando a su enemigo. La muchacha, Talaskar, se había puesto al lado de Tarzán y permanecía allí mirándolo a la cara.

—Eres muy fuerte —dijo, pero la expresión de sus ojos decía más, o al menos eso le pareció a Caraftap. Parecía hablar de amor, mientras que solo era la admiración que una mujer normal siempre siente por la fuerza empleada para una causa que merece la pena.

Caraftap emitió un ruido como el chillido de un cerdo enojado y una vez más se precipitó hacia el hombre-mono. Detrás de ellos se abrió la puerta para que entraran algunos esclavos y uno de los guerreros, que por casualidad estaba agachado en aquel momento, vio lo que ocurría dentro. Vio poca cosa, pero fue suficiente: un corpulento esclavo de pelo negro levantaba a otro por encima de la cabeza y lo arrojaba al duro suelo. El guerrero se abrió paso entre los esclavos, cruzó el corredor y corrió hacia el centro de la cámara. Antes de que fueran conscientes de su presencia se encontraba de pie frente a Tarzán y Talaskar. Era Kalfastoban.

—¿Qué significa esto? —preguntó en voz alta, y después dijo—: ¡Ajá! Ya veo, es El Gigante. ¿Quería demostrar a los demás lo fuerte que es? —Miró a Caraftap, que hacía esfuerzos por levantarse del suelo, y su rostro se ensombreció: Caraftap era uno de sus favoritos —. ¡Estas cosas no están permitidas aquí, amigo! —exclamó, agitando su puño ante la cara del hombre-mono y olvidando, en su

ira, que el nuevo esclavo ni hablaba ni entendía. Pero entonces lo recordó e hizo señas a Tarzán de que lo siguiera—. Un centenar de latigazos le explicarán que no debe pelear —dijo en voz alta, sin dirigirse a nadie en particular, pero mirando a Talaskar.

—No lo castigues —exclamó la muchacha, sin pensar en sí misma—. Ha sido culpa de Caraftap, Zuanthrol ha actuado en defensa propia.

Kalfastoban no podía apartar los ojos del rostro de la muchacha y entonces ella percibió el peligro que corría y se sonrojó, pero permaneció donde estaba, intercediendo por el hombre-mono. Una sonrisa irónica retorció la boca de Kalfastoban cuando le puso una mano en el hombro.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó.

Ella se lo dijo, y sintió un escalofrío.

—Veré a tu amo y te compraré —anunció—. No cojas compañero.

Tarzán miraba a Talaskar y parecía que la veía marchitarse, como una flor se marchita cuando está en un ambiente nocivo, y entonces Kalfastoban se volvió hacia él.

—Tú no puedes entenderme, bestia estúpida —dijo—; pero te diré una cosa, a ti y a los que escuchen, que tal vez te aleje del peligro. Esta vez te dejaré en paz, pero si vuelve a suceder, recibirás cien latigazos o más; y si me entero de que has tenido algo que ver con la muchacha, a la que tengo intención de comprar y llevar a la superficie, el castigo para ti será mayor —dicho lo cual se dirigió a grandes pasos hacia la entrada y cruzó el corredor.

Después de que el vental hubiera partido y la puerta de la cámara se hubiera cerrado, una mano se posó en el hombro de Tarzán por detrás y una voz de hombre lo llamó por su nombre:

—¡Tarzán!

Sonó extraño a sus oídos, en aquella cámara enterrada bajo tierra, en una ciudad extraña y entre gente extraña, de la que nadie había oído su nombre. Pero cuando se volvió para mirar al hombre que lo había saludado, una expresión de reconocimiento y una sonrisa de placer le cruzaron el rostro.

—¡Kom…! —medio exclamó, pero el otro se llevó un dedo a los labios.

—Aquí no —dijo—. Aquí soy Aoponato.

—Pero… ¡tu estatura! Eres tan alto como yo. No lo entiendo. ¿Qué ha ocurrido para que la raza de los minunianos haya crecido en semejantes proporciones, gigantescas para vosotros?

Komodoflorensal sonrió.

—El egoísmo humano no te permitiría atribuir este cambio a una causa opuesta a aquella que tú le has adjudicado —dijo.

Tarzán frunció el entrecejo y miró larga y pensativamente a su regio amigo. Una expresión que era mezcla de incredulidad y diversión se asomó a su semblante.

—¿Quieres decir —preguntó lentamente— que me han reducido en tamaño a la estatura de un minuniano?

Komodoflorensal hizo un gesto de asentimiento.

—¿No es más fácil creer esto que creer que una raza entera de gente y todas sus pertenencias, incluso sus moradas y las piedras con las que las construyeron, y todas sus armas y sus diadets, han aumentado su tamaño hasta tener tu estatura?

—¡Pero te digo que es imposible! —exclamó el hombre-mono.

—Yo habría dicho lo mismo unas lunas atrás —replicó el príncipe—. Cuando oí el rumor de que te habían reducido no lo creí, al menos durante mucho tiempo, y era un poco escéptico hasta que entré en esta cámara y te vi con mis propios ojos.

—¿Cómo lo hicieron? —preguntó Tarzán.

—La mejor mente de Veltopismakus, y quizá de todo Minuni, es Zoanthrohago —explicó Komodoflorensal—. Esto lo reconocemos desde hace muchas lunas, porque, durante los ocasionales intervalos en que estamos en paz con Veltopismakus, se produce algún intercambio de ideas, así como de productos, entre las dos ciudades, y así nos enteramos de muchas maravillas que se atribuyen al mayor de los walmaks.

—Nunca he oído que se hablara de un mago en Minuni hasta ahora —dijo Tarzán, pues este creyó que era el significado de la palabra walmak, y quizá lo es, ya que es difícil traducirla. Un científico que obra milagros es quizás una definición más acertada.

—Zoanthrohago es quien te capturó —prosiguió Aoponato—, logrando tu caída con medios científicos y milagrosos a la vez. Una vez capturado, te hizo perder el conocimiento y mientras te hallabas en ese estado fuiste arrastrado hasta aquí por una veintena de diadets atados a una litera improvisada, construida con pequeños

árboles ligados firmemente. Después de tenerte a salvo en Veltopismakus, Zoanthrohago se puso manos a la obra para reducir tu estatura, utilizando aparatos que él mismo ha construido. Los he oído hablar de ello y dicen que no tardaron mucho.

—Espero que Zoanthrohago tenga el poder de deshacer lo que ha hecho —dijo el hombre-mono.

—Dicen que eso es dudoso. Nunca ha conseguido que una criatura se haga más grande de lo que era, aunque en sus numerosos experimentos ha reducido el tamaño de muchos animales inferiores. La cuestión es —prosiguió Aoponato— que ha estado investigando para encontrar un medio de hacer más grandes a los veltopismakusianos y así vencer a todos los demás pueblos de Minuni; pero solo ha conseguido desarrollar un método que da precisamente los resultados opuestos a los que busca, así que, si no puede agrandar a los demás, dudo que pueda hacerte a ti más grande de lo que eres ahora.

—Me encontraría muy indefenso entre los enemigos de mi propio mundo —lijo Tarzán malhumorado.

—No te preocupes por eso, amigo mío —dijo el príncipe con amabilidad.

—¿Por qué? —preguntó el hombre-mono.

—Porque tienes muy pocas probabilidades de volver a tu mundo —dijo Komodoflorensal con un poco de tristeza—. No tengo esperanzas de volver a ver jamás Trohanadalmakus. Solo con la extinción de Veltopismakus por los guerreros de mi padre podría esperar ser rescatado, ya que ninguna acción inferior a esta podría vencer a la guardia que hay en la boca de la cantera. Aunque a menudo capturamos esclavos de túnica blanca en las ciudades enemigas, raras veces cogemos alguno de túnica verde. Solo en los raros casos en que se produce un ataque por sorpresa a la luz del día capturamos esclavos de túnica verde enemigos en la superficie, y los ataques diurnos por sorpresa pueden ocurrir una sola vez en la vida de un hombre, si es que ocurren.

—¿Crees que pasaremos el resto de nuestra vida en este agujero subterráneo? —preguntó Tarzán.

—A menos que por casualidad nos utilicen como mano de obra en la superficie durante el día —respondió el príncipe de Trohanadalmakus, con una sonrisa irónica.

El hombre-mono se encogió de hombros.

—Ya lo veremos —dijo.

Cuando Kalfastoban se hubo marchado, Caraftap se fue al otro extremo de la cámara, rezongando para sí, y frunciendo el entrecejo de su feo rostro sombrío.

—Tengo miedo de que te cause problemas —dijo Talaskar a Tarzán, señalando al malhumorado esclavo con un gesto de la cabeza—; y lo siento, porque todo ha sido culpa mía.

—¿Culpa tuya? —preguntó vivamente interesado Komodoflorensal.

—Sí —dijo la chica—. Caraftap me estaba amenazando cuando Aopontando ha intervenido y lo ha castigado.

—¿Aopontando? —preguntó Komodoflorensal.

—Es mi número —explicó Tarzán.

—¿Y estabas peleando por Talaskar? Te lo agradezco, amigo. Lamento no haber estado aquí para protegerla. Talaskar cocina para mí; es una buena chica.

Komodoflorensal miraba a la chica mientras hablaba y Tarzán vio que ella bajaba los ojos y que un delicado rubor acudía a sus mejillas. Se dio cuenta de lo que ocurría y sonrió.

—O sea. ¿Que él es el Aoponato del que me has hablado? —dijo a Talaskar.

—Sí, es él.

—Lamento que lo capturaran, pero es agradable tener a un amigo aquí —dijo el hombre-mono—. Los dos deberíamos ser capaces de trazar un plan para escapar. —Pero ellos negaron con la cabeza, sonriendo con aire triste.

Después de haber comido, se quedaron sentados juntos durante un rato hablando. De vez en cuando se reunían con ellos otros esclavos, pues Tarzán tenía muchos amigos desde que había castigado a Caraftap, y se habrían pasado toda la noche hablando si el hombre-mono no hubiera preguntado a Komodoflorensal por el lugar donde dormían los esclavos.

Komodoflorensal se echó a reír y señaló diversos puntos de la cámara en los que había figuras tumbadas en el duro suelo de tierra; hombres, mujeres y niños dormidos, en su mayor parte, en el mismo sitio donde habían comido su cena.

—Los esclavos de verde no reciben mimos —observó

lacónicamente.

—Yo puedo dormir en cualquier parte —dijo Tarzán—, pero me es más fácil hacerlo en la oscuridad. Esperaré a que apaguen las luces.

—Entonces esperarás toda la eternidad —dijo Komodoflorensal.

—¿Nunca apagan las luces? —preguntó el hombre-mono.

—Si lo hicieran, pronto estaríamos todos muertos —respondió el príncipe—. Estas llamas sirven para dos cosas: disipan la oscuridad y consumen los gases nocivos que de lo contrario no tardarían en asfixiarnos. A diferencia de la llama corriente, que consume oxígeno, estas velas, perfeccionadas con los descubrimientos e inventos de un viejo científico minuniano, consumen los gases mortales y liberan oxígeno. Por este motivo, más que por la luz que dan, es por lo que se utilizan en todo Minuni. Incluso nuestras cúpulas serían lugares oscuros, pestilentes y nocivos si no fuera por ellas, mientras que sería imposible trabajar en las canteras.

—Entonces no esperaré a que se extingan —dijo Tarzán, y, tras tumbarse en el duro suelo, se dirigió a Talaskar y a Komodoflorensal con un gesto de cabeza y un ¡*Tuano*!, la forma minuniana de desear buenas noches.

CAPÍTULO XIII

A LA mañana siguiente, mientras Talaskar preparaba su desayuno, Komodoflorensal comentó a Tarzán que le gustaría que estuvieran empleados en el mismo trabajo, siempre juntos.

—Si alguna vez se presenta la oportunidad de escapar que tú al parecer crees posible —dijo—, será mejor que estemos juntos.

—Cuando nos vayamos —repuso Tarzán—, tenemos que llevar a Talaskar con nosotros.

Komodoflorensal echó una rápida mirada al hombre-mono, pero no hizo ningún comentario a esta sugerencia.

—¿Me llevarás contigo? —exclamó Talaskar—. ¡Ah, si este sueño se pudiera realizar! Iría contigo a Trohanadalmakus y sería tu esclava, pues sé que no me harías daño; pero ¡ay!, no es más que un agradable sueño que no durará, pues Kalfastoban ha hablado por mí y sin duda mi amo se alegrará de venderme a él, pues he oído decir entre los esclavos que cada año vende a muchos de los suyos para reunir dinero con el que pagar los impuestos.

—Haremos lo que podamos, Talaskar —dijo Tarzán—, y si Aoponato y yo encontramos la manera de escapar, te llevaremos con nosotros; pero antes él y yo debemos encontrar un modo de estar juntos.

—Tengo un plan —dijo Komodoflorensal— que podría tener éxito. Ellos creen que tú no hablas ni entiendes nuestra lengua. Trabajar con un esclavo con el que no se pueden comunicar es, como mínimo, molesto. Les diré que yo sé comunicarme contigo, y es muy probable que nos asignen al mismo equipo.

—¿Pero cómo te comunicarás conmigo sin utilizar el lenguaje minuniano? —preguntó el hombre-mono.

—Déjamelo a mí —respondió Komodoflorensal—. Hasta que descubran de alguna otra manera que hablas minuniano, yo puedo seguir engañándolos.

El plan de Komodoflorensal no tardó en dar frutos. Los guardias habían llegado por los esclavos y los diversos grupos habían salido de la cámara dormitorio, reuniéndose en los corredores con los otros miles que seguían su camino hacia el escenario de su trabajo diario. El hombre-mono se reunió con el equipo de entibación en la extensión del decimotercer túnel en el nivel treinta y seis donde acometió una vez más la rutina de anclar los costados y el tejado del pozo con un entusiasmo que provocó los elogios incluso del hosco Kalfastoban, aunque Caraftap, que sacaba rocas justo delante de Tarzán, a menudo le lanzaba miradas venenosas.

El trabajo progresó durante unas dos o tres horas cuando dos guerreros descendieron al túnel y se detuvieron ante Kalfastoban. Escoltaban a un esclavo de túnica verde al que Tarzán no prestó más atención que a los guerreros hasta que llegó a sus oídos un fragmento de conversación entre estos y Kalfastoban; entonces miró en dirección a los cuatro y vio que el esclavo era Komodoflorensal, príncipe de Trohanadalmakus, conocido en las canteras de Veltopismakus como el esclavo Aoponato, o $800^3 + 19$, que se escribe en jeroglíficos minunianos.

El número de Tarzán, Aopontando, $800^3 + 21$ aparecía así en el hombro de su túnica verde.

Aunque la forma minuniana ocupa menos espacio que nuestro equivalente del número de Tarzán, que es 512 000 021, sería más difícil de leer si se expresara con nuestras palabras, pues sería diez por diez por ocho, al cubo, más siete por tres; pero los minunianos no lo traducen así. Para ellos es un número completo, Aopontando, que a primera vista representa una sola cantidad, como los dígitos 37 representan para nuestra mente una cantidad invariable, una medida definida, cierta, en la que jamás pensamos como tres por diez más siete, que es lo que es en realidad. El sistema minuniano de numerales, aunque complicado desde el punto de vista europeo, no carece, sin embargo, de mérito.

Komodoflorensal le devolvió la mirada a Tarzán y le hizo un guiño. Kalfastoban llamó con un gesto al hombre-mono, que cruzó el corredor y se quedó en silencio ante el ventral.

—A ver cómo le hablas —dijo Kalfastoban a Komodoflorensal—. No creo que te entienda. ¿Cómo va a hacerlo si no nos entiende a nosotros? —El tipo no concebía ninguna otra lengua más que la suya.

—Le preguntaré en su propia lengua —dijo Komodoflorensal— si me entiende, y verás que hace una seña afirmativa con la cabeza.

—Muy bien —exclamó Kalfastoban—, pregúntaselo.

Komodoflorensal se volvió a Tarzán y emitió una docena de sílabas de un lenguaje incomprensible, y cuando hubo terminado el hombre-mono hizo un gesto de afirmación con la cabeza.

—¿Lo ves? —dijo Komodoflorensal.

Kalfastoban se rascó la cabeza.

—Es cierto —admitió de mala gana—: el zertalacolol tiene un lenguaje.

Tarzán no sonrió, aunque le habría gustado hacerlo, al ver la hábil manera en que Komodoflorensal había engañado a los veltopismakusianos para que creyeran que se había comunicado con él en una extraña lengua. En tanto lograra reducir todas sus comunicaciones a preguntas que pudieran ser respondidas con un sí o un no, sería fácil mantener el engaño; pero en circunstancias que lo hicieran imposible, cabía esperar que surgieran algunos apuros, y se preguntó cómo los resolvería el hábil trohanadalmakusiano.

—Dile —dijo uno de los guerreros de Komodoflorensal— que su amo, Zoanthrohago, requiere su presencia, y pregúntale si entiende bien que es un esclavo y que de su buena conducta dependen su bienestar e incluso su vida, pues Zoanthrohago tiene el poder de la vida y la muerte sobre él tanto como la familia real. Si acude dócilmente a su amo y es obediente no le causará ningún daño, pero si es perezoso, insolente o amenazador, puede estar seguro de que probará el sabor de la punta de la espada de un hombre libre.

Komodoflorensal soltó, esta vez, una retahíla mucho más larga de sílabas sin sentido, hasta que apenas podía contenerse y actuar con la seriedad que la ocasión exigía.

—Diles —dijo Tarzán en inglés, idioma que, claro está, ninguno de ellos entendía— que a la primera oportunidad le romperé el cuello a mi amo; que no me costaría mucho agarrar una de estas maderas y partirle el cráneo a Kalfastoban y el resto de los guerreros que nos rodean, y que huiré a la primera oportunidad y

os llevaré a ti y a Talaskar conmigo.

Komodoflorensal escuchaba atentamente hasta que Tarzán dejó de hablar, y entonces se volvió a los dos guerreros que habían ido con él a buscar al hombre-mono.

—Zuanthrol dice que entiende bien su posición y que se alegra de servir al noble e ilustre Zoanthrohago, al que solicita un solo favor.

—¿Y cuál es ese favor? —preguntó uno de los guerreros.

—Que se me permita acompañarlo para que así pueda cumplir mejor los deseos de su amo, ya que sin mí ni siquiera sabría lo que se desea de él —explicó Aoponato.

Tarzán comprendió entonces cómo superaría Komodoflorensal las dificultades de comunicación que surgieran y le pareció que estaría a salvo en las manos de este ingenioso amigo durante todo el tiempo que él quisiera fingir desconocer la lengua minuniana.

—La idea se nos había ocurrido, esclavo, cuando oímos decir que podías comunicarte con este tipo —dijo el guerrero al que Komodoflorensal había dirigido la sugerencia—. Los dos seréis llevados ante Zoanthrohago, quien sin duda decidirá lo que desee sin consultaron a vosotros ni a ningún otro esclavo. ¡Vamos, ventral Kalfastoban!, asumimos la responsabilidad del esclavo Zuanthrol — y entregaron al ventral un trozo de papel en el que habían hecho algunos curiosos jeroglíficos.

Luego, empuñando la espada, hicieron una seña a Tarzán y Komodoflorensal para que los precedieran por el corredor, pues la historia de la paliza que Tarzán había dado a Caraftap había llegado incluso a la sala de la guardia de la cantera, y estos guerreros no querían correr ningún riesgo.

El camino los llevó por un corredor recto y les hizo subir una rampa en espiral hasta la superficie, donde Tarzán saludó a la luz del sol y el aire fresco casi con un sollozo de gratitud, pues estar aislado de ellos un solo día era en verdad un cruel castigo para el hombre-mono. Allí vio de nuevo la gran multitud de esclavos que portaban sus pesadas cargas de un lado a otro, los elegantes guerreros que caminaban con arrogancia a ambos lados de las largas filas de siervos que avanzaban pesadamente, los nobles ricamente ataviados de las castas superiores y los innumerables esclavos de túnica blanca que corrían de un lado a otro efectuando

recados para sus amos, o inmersos en sus propios asuntos, pues muchos de ellos gozaban de cierta libertad e independencia que les daba casi la posición de hombres libres. Estos esclavos de túnica blanca siempre eran propiedad de un amo, pero, en especial en el caso de los artesanos expertos, casi la única obligación que tenían hacia él era pagarle cierto porcentaje de sus ingresos. Constituían la burguesía de Minuni y también la clase servidora de casta superior. A diferencia de los esclavos de túnica verde, ningún guardia los vigilaba para impedir que escaparan; no existía ningún peligro de que intentaran huir, pues no había ninguna ciudad en Minuni donde su situación pudiera mejorar, ya que cualquier otra ciudad aparte de aquella en la que habían nacido los trataría como prisioneros extranjeros y los reduciría de inmediato a la túnica verde y a una vida de duro trabajo.

Las cúpulas de Veltopismakus eran tan imponentes como las de Trohanadalmakus. En realidad, a Tarzán le parecían infinitamente más grandes, puesto que ahora su tamaño era una cuarta parte del que tenía cuando había salido de allí. Ocho de ellas que estaban totalmente ocupadas y había otra en vías de construcción, pues la población de la superficie de Veltopismakus ya era de ciento ochenta mil almas, y, como no estaba permitida la masificación en la cúpula del rey, las siete restantes estaban atiborradas.

Tarzán y Komodoflorensal fueron conducidos a la cúpula real, pero no entraron por el corredor del Rey, ante cuyas puertas ondeaban los estandartes reales en blanco y oro; fueron escoltados al Corredor de los Guerreros, que se encontraba al oeste. A diferencia de lo que ocurría en Trohanadalmakus, las zonas entre las cúpulas eran bellas y estaban llenas de flores, árboles y arbustos, entre los cuales serpenteaban caminos de grava y anchas carreteras. La cúpula real daba a un gran patio donde se entrenaba un cuerpo de guerreros montados. Había miles de ellos, formando un amak, que consistía en cuatro novands de doscientos cincuenta hombres cada uno, cuyo cuerpo más grande estaba bajo el mando de un kamak y el más pequeño, de un novand. Cinco entex de cincuenta hombres cada uno componen un novand, y hay cinco entals de diez hombres cada uno en un entex; estas últimas unidades están bajo el mando de un ventral y un ventex respectivamente. Las evoluciones del amak eran ejecutadas con rapidez caleidoscópica, pues los

soldados de a pie eran rápidos y los diadets estaban bien entrenados. Había una evolución en particular, realizada mientras él pasaba, que interesó muchísimo al hombre-mono. Dos novands formaban fila en un extremo de la parada y dos en el otro; a la orden del kamak, los mil hombres se lanzaban velozmente por el campo en dos sólidas filas que se aproximaban una a otra con la velocidad de un tren expreso. Justo cuando parecía imposible que pudiera evitarse un grave accidente, cuando parecía que diadets y jinetes iban a chocar formando una sangrienta maraña de huesos rotos, los guerreros que se precipitaban tan velozmente al este levantaron sus ágiles monturas, que volaron por encima de la cabeza de la fuerza opuesta y aterrizaron al otro lado en una línea que continuaba hasta el otro extremo del campo.

Tarzán comentaba esta maniobra y la belleza del paisaje de la ciudad de Veltopismakus a Komodoflorensal mientras avanzaban por el Corredor de los Guerreros, suficientemente adelantados respecto de su escolta para que Tarzán pudiera hablar en voz baja sin que la guardia se enterara de que empleaba el lenguaje de Minuni.

—Es una hermosa evolución —respondió Komodoflorensal— y ha sido ejecutada con una precisión raras veces alcanzada. He oído decir que las tropas de Elkomoelhago son famosas por la perfección de su entrenamiento, igual que Veltopismakus lo es por la belleza de sus paseos y jardines; pero, amigo mío, estas cosas constituyen la debilidad de la ciudad. Mientras los guerreros de Elkomoelhago practican para perfeccionar su aspecto al desfilar, los de mi padre, Adendrohahkis, están en el campo, fuera del alcance de la vista de mujeres que los admiran y esclavos que los espían, practicando el arte de la guerra en las duras condiciones del campo de batalla y del campamento. Los amaks de Elkomoelhago podrían denotar fácilmente a los de Adendrohahkis en una competición que midiera los más bellos; pero tú mismo pudiste ver cómo menos de quince mil trohanadalmakusianos rechazaron a treinta mil guerreros de Veltopismakus, que no consiguieron pasar la línea de infantería aquel día. Sí, se entrenan de una forma muy hermosa y son valientes, todos los minunianos lo son; pero no se han entrenado en las artes más duras de la guerra. No es la manera de actuar de Elkomoelhago, que es blando y afeminado. A él no le importa la

guerra; escucha los consejos que más le gustan, los de los cobardes y las mujeres que lo incitan a mantenerse alejado de la guerra, lo que no estaría mal si también pudieran persuadir a los otros de que se contuvieran.

»Los hermosos árboles y arbustos que convierten Veltopismakus casi en una jungla, y que tanto admiras, también despiertan mi admiración, en especial en la ciudad de un enemigo. ¡Qué fácil sería para un ejército trohanadalmakusiano arrastrarse por la noche, oculto por los bellos árboles y arbustos, hasta las puertas mismas de las cúpulas de Veltopismakus! ¿Entiendes ahora, amigo mío, por qué viste maniobras menos perfectas en la plaza de armas de mi ciudad que las que has visto aquí, y por qué, aunque nos gustan los árboles y los arbustos, no tenemos ninguno plantado en la ciudad de Trohanadalmakus?

Uno de los guardias, que se había acercado a él por detrás, tocó a Komodoflorensal en el hombro.

—Has dicho que Zuanthrol no entiende nuestra lengua. ¿Por qué, entonces, le hablas en un idioma que no entiende? —preguntó.

Komodoflorensal no sabía cuánto de lo dicho había oído el guerrero. Si había oído hablar a Tarzán en minuni sería difícil persuadirlo de que El Gigante no entendía dicho lenguaje; pero debía actuar suponiendo que solo lo había oído a él.

—Desea aprenderla y estoy intentando enseñarle —respondió Komodoflorensal sin vacilar.

—¿Ha aprendido algo ya? —preguntó el guerrero.

—No —dijo Komodoflorensal—, es muy estúpido.

Y después de esto prosiguieron en silencio, recorriendo largas y suaves pendientes o subiendo las primitivas escaleras que los minunianos utilizan para llegar a los niveles más altos de sus casas cúpula entre los niveles ocasionales que no están unidos por las rampas inclinadas, que se rompen con frecuencia con fines defensivos, pues las escaleras son fáciles de retirar desde arriba, detrás de los defensores en apuros, y el avance del enemigo se frena así más fácilmente.

La cúpula real de Elkomoelhago era de grandes proporciones, y su cima se elevaba a un equivalente de más de ciento veinte metros, en una escala correspondiente al tamaño de la humanidad comente. Tarzán ascendió hasta que estuvo casi tan arriba como abajo había

estado en la cantera. Si bien los corredores de los niveles inferiores estaban abarrotados, los que ahora cruzaban se hallaban casi desprovistos de vida. De vez en cuando pasaban por una cámara habitada, pero en general las habitaciones se utilizaban con fines de almacenaje, en especial para comida, grandes cantidades de la cual, curada, se secaba pulcramente envuelta y atestaba hasta el techo muchas de las grandes cámaras.

La decoración de las paredes era menos complicada y los corredores eran más estrechos, en conjunto, que los de los niveles inferiores. Sin embargo, pasaron por muchas cámaras magníficamente decoradas, y en varias de ellas había mucha gente de ambos sexos y todas las edades ocupada en diversas tareas, en actividades domésticas o en alguna clase de artesanía.

Había hombres que trabajaban la plata, quizá modelando un brazalete de delicada filigrana, y otros que grababan hermosos arabescos en cuero. Había alfareros, tejedores, grabadores, pintores, cereros… Estos últimos predominaban al parecer, pues la vela representaba sin duda la vida para estas gentes.

Y entonces, por fin, llegaron al piso superior, muy por encima del nivel de tierra, donde las habitaciones estaban mucho más cerca de la luz del día debido a que el grosor de las paredes disminuía según se aproximaba a la cumbre de la cúpula, pero incluso allí había velas. De pronto el decorado de las paredes del corredor se hizo más complejo, el número de velas aumentó y Tarzán percibió que se estaban acercando a los aposentos de un noble rico o poderoso. Se detuvieron entonces ante una puerta donde había un centinela apostado, con quien se comunicó uno de los guerreros que lo llevaban.

—Dile al zertol Zoanthrohago que hemos traído a Zuanthrol y a otro esclavo que puede comunicarse con él en una extraña lengua.

El centinela golpeó un gran gong con su lanza. Procedente del interior de la cámara, apareció un hombre al que repitió el mensaje del guerrero.

—Que entren —indicó el recién llegado, que era un esclavo de túnica blanca—, mi glorioso amo, el zertol Zoanthrohago, espera a su esclavo Zuanthrol. ¡Seguidme!

Lo siguieron a través de varias cámaras hasta que por fin los llevó a la presencia de un guerrero magníficamente ataviado que

estaba sentado tras una gran mesa, o escritorio, sobre el que había numerosos instrumentos extraños, libros voluminosos, cuadernos de papel y útiles de escritura. El hombre levantó la vista cuando entraron en la habitación.

—Es tu esclavo Zuanthrol, zertol —anunció el tipo que los había hecho entrar.

—¿Y el otro? —el príncipe Zoanthrohago señaló a Komodoflorensal.

—Habla la extraña lengua de Zuanthrol y lo han traído para que puedas comunicarte con él si lo deseas.

Zoanthrohago asintió con la cabeza y se volvió a Komodoflorensal.

—Pregúntale —ordenó— si se siente diferente desde que reduje su tamaño.

Cuando Komodoflorensal formuló la pregunta a Tarzán en la lengua imaginaria con la que supuestamente se comunicaban, el hombre-mono negó con la cabeza al tiempo que pronunciaba unas palabras en inglés.

—Dice que no, ilustre príncipe —tradujo Komodoflorensal haciendo uso de su imaginación—, y pregunta si lo devolverás a su tamaño normal y le permitirás regresar a su país, que está lejos de Minuni.

—Como minuniano debería saber —replicó el zertol— que nunca se le permitirá regresar a su país; Trohanadalmakus jamás volverá a verlo.

—Pero él no es de Trohanadalmakus, ni siquiera minuniano —explicó Komodoflorensal—. Vino a nosotros y nosotros no lo hicimos esclavo, sino que lo tratamos como amigo, porque es de un país lejano con el que nunca hemos estado en guerra.

—¿De qué país se trata? —preguntó Zoanthrohago.

—No lo sabemos, pero dice que existe un gran país detrás de los espinos donde viven muchos millones de seres grandes como él. Dice que su gente sería amistosa con la nuestra y por esta razón no lo hicimos esclavo, sino que lo tratamos como invitado.

Zoanthrohago sonrió.

—Si crees esto debes de ser muy ingenuo, trohanadalmakusiano —dijo—. Todos sabemos que no hay nada detrás de Minuni, sino impenetrables bosques de espinos hasta la pared más exterior de la

cúpula azul en la que todos moramos. Puedo creer que este tipo no es trohanadalmakusiano, pero sin duda es minuniano, ya que todas las criaturas de cualquier especie viven en Minuni. Sin duda es una forma extraña de Zertalacolol, un miembro de una tribu que habita en alguna remota zona montañosa que nunca hemos descubierto; pero sea lo que sea, nunca saldrá…

En este momento el príncipe fue interrumpido por el sonido del gran gong de la entrada a sus aposentos. Interrumpió su discurso para contar los golpes, y cuando llegaron a cinco y cesaron, se volvió a los guerreros que habían conducido a Tarzán y Komodoflorensal a su presencia.

—Llevad a los esclavos a esa cámara —ordenó, señalando una puerta situada al fondo del aposento en el que los había recibido—. Cuando el rey se vaya los volveré a llamar.

Cuando cruzaban la habitación hacia la puerta que Zoanthrohago había indicado, un guerrero se detuvo en la entrada principal a la cámara.

—Elkomoelhago —anunció—, Zagosoto de Veltopismakus, Gobernador de Todos los Hombres, Dueño de Todas las Cosas Ccreadas, Todo Sabiduría, Todo Valor, Todo Gloria. ¡Al suelo ante el zagosoto!

Tarzán miró atrás cuando salía de la cámara y vio a Zoanthrohago y a los demás presentes arrodillarse e inclinarse hacia atrás con los brazos en alto cuando Elkomoelhago entraba escoltada por una docena de magníficos guerreros, y no pudo por menos de comparar a este gobernador con el soldado sencillo y digno que gobernaba Trohanadalmakus y que iba por su ciudad sin pompa ni ostentación, y en ocasiones sin otra escolta que un solo esclavo; un gobernador ante el que ningún hombre se hincaba de rodillas, y a quien no obstante todos veneraban y respetaban.

Elkomoelhago había visto a los esclavos y a los guerreros salir de la cámara cuando entró en ella. Reconoció los saludos de Zoanthrohago y su gente con un breve gesto de la mano y les ordenó levantarse.

—¿Quién ha salido de aquí cuando yo entraba? —preguntó, mirando con recelo a Zoanthrohago.

—El esclavo Zuanthrol y otro que interpreta su extraña lengua para mí —explicó el zertol.

—Diles que vuelvan —ordenó el zagosoto—; quería hablarte respecto a él.

Zoanthrohago dio órdenes a uno de sus esclavos de que fuera a buscarlos y, en los pocos instantes que fueron precisos, Elkomoelhago cogió una silla de detrás del escritorio ante el que su anfitrión había estado sentado. Cuando Tarzán y Komodoflorensal entraron en la cámara, el guardia que los acompañaba les ordenó que se acercasen a pocos pasos del escritorio tras el que se sentaba, y allí les hizo arrodillarse y jurar obediencia al zagosoto.

Todas las tradiciones de la esclavitud eran conocidas desde la infancia por Komodoflorensal el trohanadalmakusiano. Casi con un espíritu de fatalismo había aceptado las condiciones de este servilismo que la fortuna de la guerra le había deparado, y por esto, sin cuestionarlo y sin vacilar, cayó sobre una rodilla en el servil saludo a este rey ajeno; pero no así Tarzán de los Monos. Él pensaba en Adendrohahkis. No había doblado las rodillas ante él y no se proponía rendir mayor honor a Elkomoelhago, cuyos cortesanos y esclavos despreciaban, que al rey verdaderamente grande de Veltopismakus.

Elkomoelhago lo miró con ojos llenos de furia.

—Este hombre no se ha arrodillado —susurró a Zoanthrohago, que se había inclinado tanto hacia atrás que no se había percatado de la falta de respeto del nuevo esclavo.

El zertol miró hacia Tarzán.

—¡Al suelo! —gritó, y entonces, recordando que no entendía minuniano, ordenó a Komodoflorensal que le indicara que se arrodillara; pero cuando el zertolosto trohanadalmakusiano fingió hacerlo, Tarzán hizo gestos de negación con la cabeza.

Elkomoelhago indicó a los otros que se pusieran en pie.

—Por esta vez lo dejaremos pasar —dijo, pues algo en su actitud le decía que Zuanthrol nunca se arrodillaría ante él y, como era valioso para el experimento del que era objeto, el rey prefirió tragarse su orgullo y no correr el riesgo de que el esclavo resultara muerto en un esfuerzo por obligarlo a arrodillarse—. No es más que un ignorante zertalacolol. Ocúpate de que lo instruyan como es debido antes de que volvamos a vernos.

CAPÍTULO XIV

CINCUENTA fuertes hembras alali salieron a la jungla a castigar a sus recalcitrantes machos. Llevaban pesadas porras y muchas piedras emplumadas, pero lo más formidable de todo era su terrible rabia. Nunca en la memoria de ninguna de ellas un hombre había osado poner en duda su autoridad, nunca se había atrevido a mostrarles arrogancia sino miedo; pero ahora, en lugar de huir al observar su presencia, había osado desafiarlas, atacarlas, ¡matarlas! Esta situación era demasiado absurda, demasiado poco natural para prolongarse, y tampoco lo hacía durante mucho tiempo. Si hubieran dispuesto del habla habrían dicho esto y otras muchas cosas. Pintaba negro para los hombres; las mujeres estaban de un humor espantoso, pero ¿qué cabía esperar de mujeres a las que se les negaba el poder del habla?

Y de este talante se acercaron a los hombres en un gran claro donde los renegados habían encendido una fogata y estaban cociendo carne de antílope. Nunca habían visto a sus hombres tan lustrosos y acicalados. Hasta entonces siempre habían sido cadavéricos, pues en el pasado nunca habían vivido tan bien como desde el día en que Tarzán de los Monos le había dado armas al hijo de la Primera Mujer. Mientras que antes se pasaban la vida huyendo aterrorizados de sus terribles mujeres, sin apenas tiempo para cazar comida decente, ahora gozaban de ocio y paz mental y sus armas les permitían conseguir carne que de otro modo solo habrían probado una vez al año. De las orugas y gusanos habían ido evolucionando hasta una dieta casi constante de carne de antílope.

Pero las mujeres prestaron muy poca atención al aspecto físico de los hombres. Los habían encontrado y eso era suficiente. Se

estaban aproximando con sigilo cuando uno de los hombres levantó la vista y las descubrió, y tan insistentes son las demandas de un hábito que olvidó su recién descubierta independencia y, poniéndose en pie de un salto, echó a correr hacia los árboles. Los otros, sin esperar a conocer la causa de su precipitación, lo siguieron pisándole los talones. Las mujeres corrían por el claro cuando los hombres desaparecieron entre los árboles del otro lado. Las primeras sabían lo que harían los hombres. Una vez en la jungla se detendrían detrás de los primeros árboles y mirarían atrás para ver si sus perseguidoras iban en su dirección. Esta tonta costumbre de los machos era lo que había permitido a las hembras, menos ágiles, capturarlos fácilmente.

Pero no todos los hombres habían desaparecido. Uno se había detenido tras los primeros pasos de su enloquecida carrera hacia la seguridad y había girado en redondo, haciendo frente a las mujeres. Era el hijo de la Primera Mujer, a quien Tarzán había impartido algo más que el conocimiento de nuevas armas, pues del Señor de la Jungla, al que adoraba con devoción perruna, había adquirido los primeros rudimentos del valor, y por esto sucedió que cuando sus compañeros, más timoratos, se pararon detrás de los árboles y miraron atrás vieron a este de pie, solo, afrontando el ataque de cincuenta hembras enfurecidas. Lo vieron poner la flecha en el arco y las mujeres también lo vieron, pero no entendieron —inmediatamente— aquella acción; después la flecha salió volando y la mujer que iba al frente se desplomó con la saeta clavada en el corazón. Las otras no se detuvieron, porque aquello había sucedido tan deprisa que no había penetrado aún en sus espesos cráneos el significado de la acción. El hijo de la Primera Mujer puso una segunda flecha en el arco y la lanzó. Cayó otra mujer, rodando sobre sí misma, y entonces las otras vacilaron; vacilaron y se sintieron perdidas, pues aquella pausa momentánea dio valor a los otros hombres que atisbaban detrás de los árboles. Si uno de ellos podía hacer frente a cincuenta mujeres y lograr que se pararan, ¿qué no podrían conseguir once hombres? Se precipitaron hacia las mujeres con lanzas y flechas justo en el momento en que renovaban su ataque. Las piedras emplumadas volaban en abundancia y velozmente, pero las flechas de los hombres eran más rápidas y precisas. Las mujeres que iban al frente avanzaron valientemente

para quedar a una distancia de ellos que les permitiera utilizar las porras y apoderarse de los hombres con las manos, pero comprendieron que las lanzas eran armas más formidables que las porras. Así, las que no cayeron heridas dieron media vuelta y salieron huyendo.

Fue entonces cuando el hijo de la Primera Mujer dio muestras de poseer un asomo de dotes de mando que decidieron el resultado aquel día y, quizá, para siempre. Su acción hizo época en la existencia de los zertalacolols. En lugar de contentarse con hacer huir a las mujeres, en lugar de dormirse en los laureles gloriosamente ganados, se volvió contra su enemigo atávico y cargó contra él, indicando a sus compañeros que lo acompañaran, y, al ver que las mujeres huían de ellos, tanto se entusiasmaron con esta inversión de una costumbre secular que echaron a correr en su persecución.

Pensaron que el hijo de la Primera Mujer tenía intención de matar al enemigo, y por tanto se sorprendieron cuando lo vieron atrapar a una joven hembra, agarrarla del pelo y desarmarla. Tan notable les pareció que uno de ellos no matara de inmediato a la mujer que tenía en su poder que se pararon y se reunieron en torno a él, haciendo preguntas en su extraño lenguaje de signos.

—¿Por qué la retienes?

—¿Por qué no la matas?

—¿No tienes miedo de que te mate? —Estas fueron algunas de las muchas preguntas formuladas.

—Voy a quedarme con ella —respondió el hijo de la Primera Mujer—. No me gusta cocinar. Ella cocinará para mí. Si se niega, le pegaré con esto —y dio un golpecito con la lanza en las costillas de la joven mujer, que se encogió y cayó de rodillas asustada.

Los hombres dieron saltos de excitación cuando el valor de este plan y el evidente terror de la mujer hacia el hombre penetró en su embotada alma.

—¿Dónde están las mujeres? —se preguntaron unos a otros; pero las mujeres habían desaparecido.

Uno de los hombres echó a andar en la dirección por la que se habían ido.

—¡Yo voy! —exclamó—. ¡Regresaré con una mujer que cocine para mí!

Los otros lo siguieron en tropel, dejando al hijo de la Primera Mujer solo con su hembra.

—¿Cocinarás para mí? —preguntó, volviéndose hacia ella.

A sus signos ella respondió con una mueca hosca y malhumorada. El hijo de la Primera Mujer levantó su lanza y con el grueso mango dio un golpe en la cabeza de la joven, que cayó al suelo. Se quedó en pie junto a ella, gruñendo y frunciendo el entrecejo, amenazándola con seguir pegándole, mientras ella se encogía de miedo en el suelo, donde había caído. Él le dio una patada en el costado.

—¡Levántate! —ordenó.

Poco a poco ella se puso de rodillas, abrazó las piernas del hombre y lo miró con expresión de adulación y devoción perrunas.

—¡Cocinarás para mí! —volvió a exigir.

—¡Siempre! —respondió ella en el lenguaje de signos de su gente.

* * *

Tarzán había permanecido poco tiempo en la pequeña habitación contigua a aquella en la que Zoanthrohago había recibido a Elkomoelhago, cuando lo llamaron para que compareciera ante ellos solo. Cuando entró en la habitación su amo le hizo señas de que se acercara al escritorio tras el que estaban sentados los dos hombres. No había nadie más en la habitación, pues incluso habían hecho salir a los guerreros.

—¿Estás seguro de que no entiende nada de nuestra lengua? —preguntó el rey.

—No ha pronunciado ni una sola palabra desde que fue capturado —respondió Zoanthrohago—. Suponíamos que era alguna forma nueva de zertalalcolol hasta que se descubrió que poseía una lengua mediante la cual era capaz de comunicarse con el otro esclavo trohanadalmakusiano. Es perfectamente seguro hablar delante él con total libertad, Todo Sabiduría.

Elkomoelhago lanzó una rápida mirada recelosa a su compañero. Habría preferido que Zoanthrohago se hubiera referido a él con el título de Todo Gloria; sus implicaciones eran menos definidas. Podía engañar a los demás, incluso a sí mismo, en cuanto a su sabiduría, pero era perfectamente consciente de que no podía

engañar a Zoanthrohago.

—Nunca hemos hablado extensamente —dijo el rey— de los detalles de este experimento. Por este motivo he venido hoy al laboratorio. Ahora que tenemos aquí al sujeto, entremos en materia y determinemos cuál será nuestro próximo paso.

—De acuerdo, Todo Sabiduría —respondió Zoanthrohago.

—Llámame zagosoto —espetó Elkomoelhago.

—Sí, zagosoto —dijo el príncipe, utilizando la palabra minuniana que significaba jefe real, o rey, como Elkomoelhago le había ordenado—. Hablemos del asunto. Ofrece posibilidades de gran importancia para tu trono. —Sabía que lo que Elkomoelhago quería decir con hablar del asunto consistía solo en recibir de Zoanthrohago una explicación detallada de cómo había reducido la estatura del esclavo Zuanthrol a una cuarta parte de sus proporciones originales; pero se propuso intentar obtener algún beneficio a cambio de la información, pues sabía que el rey la utilizaría para su propia magnificencia, sin dar mérito alguno a Zoanthrohago por sus descubrimientos o por las largas lunas que había dedicado a conseguir este maravilloso milagro científico.

—Antes de entrar en esta discusión, oh, zagosoto —dijo—, te ruego que me concedas un favor que hace mucho tiempo anhelo y hasta ahora no he osado pediros, sabiendo que no merecía el reconocimiento que deseo de mis escasos talentos y el escaso servicio que presto a tu ilustrísimo y justamente renombrado gobierno.

—¿De qué favor se trata? —preguntó Elkomoelhago con irritación. En el fondo temía a este hombre sabio, y, como era un cobarde, para él temer significaba odiar. Si hubiera podido destruir a Zoanthrohago, lo habría hecho de buena gana; pero no podía permitírselo, ya que del genio de este hombre salía toda demostración de capacidad científica que el rey podía efectuar, así como los notables inventos para la salvaguarda de su real persona.

—Concédeme un asiento en el consejo real —dijo sencillamente Zoanthrohago.

El rey se agitó, nervioso. De todos los nobles de Veltopismakus, él era el último al que desearía ver entre los consejeros reales, a quienes había elegido con referencia especial a su torpeza mental.

—No hay vacantes —dijo por fin.

—Al que gobierna a todos los hombres le sería fácil crear una vacante —sugirió Zoanthrohago— o crear un nuevo puesto; ayudante del jefe de los jefes, por ejemplo, para que alguien ocupara el lugar de Gofoloso cuando este estuviera ausente. Por lo demás, no tendría que asistir a tus reuniones con el consejo, sino dedicar todo mi tiempo a la perfección de nuestros descubrimientos e inventos.

Elkomoelhago aprovechó la salida que le brindaban. No tenía ninguna objeción a que Zoanthrohago fuera consejero real y escapara así al gravoso impuesto sobre los ingresos, pues los que lo habían creado se habían preocupado de que no supusiera una carga para ellos, y sabía que probablemente esta era la única razón por la que Zoanthrohago deseaba ser consejero. No, el rey no tenía ninguna objeción al nombramiento, siempre que el nuevo ministro no estuviera presente en las reuniones, pues incluso Elkomoelhago habría temido proclamar como propios todos los grandes descubrimientos de Zoanthrohago de estar este presente.

—Muy bien —dijo el rey—: serás nombrado hoy mismo, y cuando quiera verte en las reuniones del consejo, mandaré a buscarte.

Zoanthrohago hizo una leve reverencia.

—Y ahora —dijo—, pasemos a hablar de nuestros experimentos, que, según esperamos, revelarán un método para aumentar la estatura de nuestros guerreros cuando acudan a la batalla contra nuestros enemigos, y para reducirlos a tamaño normal una vez hayan regresado.

—Detesto la mención de las batallas —exclamó el rey con un estremecimiento.

—Pero debemos estar preparados para ganarlas cuando nos vemos obligados a librarlas —sugirió Zoanthrohago.

—Supongo que sí —coincidió el rey—, pero una vez perfeccionemos nuestro método solo necesitaremos unos cuantos guerreros; el resto podrá dedicarse a ocupaciones pacíficas y útiles. Sin embargo, prosigamos.

Zoanthrohago disimuló una sonrisa; se levantó, dio la vuelta a la mesa y se detuvo junto al hombre-mono.

—Aquí —dijo, poniendo un dedo en la base del cráneo de Tarzán—, como sabes, reside un pequeño cuerpo ovalado, de color

gris rojizo, que contiene el líquido que influye en el crecimiento de los tejidos y órganos. Hace mucho tiempo se me ocurrió que interferir en el funcionamiento normal de esta glándula alteraría el crecimiento del sujeto al que pertenecía. Experimenté con pequeños roedores y obtuve notables resultados; pero lo que deseo conseguir, el aumento de la estatura del hombre, no he sido capaz de lograrlo. He intentado muchos métodos y algún día descubriré el correcto. Creo que estoy en el buen camino, y que solo es cuestión de experimentación. Ya sabes que acariciarte la cara suavemente con un trozo liso de piedra produce una sensación agradable. Si aplicas la misma piedra a la misma cara de la misma manera, pero con mayor fuerza, produces una sensación diametralmente opuesta. Si frotas la piedra lentamente por la cara muchas veces, y después repites el mismo movimiento con rapidez el mismo número de veces, descubrirás que los resultados son muy diferentes. Estoy así de cerca de una solución; tengo el método correcto, pero no he encontrado, todavía, la aplicación correcta. Puedo reducir el tamaño de las criaturas, pero no puedo agrandarlo; y, aunque reducirlas es muy fácil, no soy capaz de determinar el período o tolerancia de su reducción. En algunos casos, los sujetos no han recuperado su tamaño normal antes de treinta y nueve lunas, y en otros lo han hecho en tan solo tres. Ha habido casos en que la estatura normal se recuperó poco a poco durante un período de siete soles, y otros en que el sujeto pasó de pronto de un tamaño reducido al tamaño normal en menos de un centenar de latidos del corazón; este último fenómeno siempre ha ido acompañado de la pérdida del conocimiento cuando se ha producido en las horas de vigilia.

—Por supuesto —comentó Elkomoelhago—. Ahora, veamos. Creo que la cuestión es más sencilla de lo que imaginas. Dices que para reducir el tamaño de este sujeto le golpeaste con una roca en la base del cráneo. Por lo tanto, para aumentar su tamaño, lo más natural y científico sería darle un golpe similar en la frente. Ve a buscar la roca y probaremos si mi teoría es correcta.

Por unos instantes Zoanthrohago no supo cómo eludir la estúpida intención del rey sin humillar su orgullo ni despertar su resentimiento; pero los cortesanos de Elkomoelhago estaban acostumbrados a pensar con rapidez en emergencias similares y

encontró enseguida una vía de escape a este dilema.

—Tu sagacidad es el orgullo de tu pueblo, zagosoto —dijo—, y tu brillante hipérbole la desesperación de tus cortesanos. En una hábil figura retórica, sugieres el modo de lograrlo. Invirtiendo la manera en que fue reducida la estatura de Zuanthrol deberíamos poder aumentarla; pero ¡ay!, lo he intentado y he fracasado. ¡Espera! Repitamos el experimento tal como lo llevamos a cabo en un principio y después, invirtiéndolo, quizá podamos determinar por qué en el pasado fracasé.

Cruzó rápidamente la habitación y se acercó a una serie de grandes armarios que cubrían la pared; abrió la puerta de uno de ellos y dejó al descubierto una jaula en la que había algunos roedores. Eligió a uno de estos y volvió a la mesa, donde, con pinzas de madera y trozos de cuerda, lo ató firmemente a una tabla, con las patas abiertas y el cuerpo plano, apoyando con fuerza el exterior de la mandíbula inferior del animal en una pequeña placa de metal nivelada con la superficie de la tabla. Entonces acercó una cajita de madera y un disco grande de metal montado en vertical entre soportes que le permitían girar rápidamente al accionar una manivela. Montado rígidamente en el mismo eje que el disco giratorio había otro que permanecía fijo. Este último constaba al parecer de siete segmentos, cada uno de ellos de un material diferente a todos los demás, de los que sobresalía lo bastante un cepillo para presionar ligeramente el disco giratorio.

En la cara opuesta de cada uno de los siete segmentos del disco fijo había un alambre, que Zoanthrohago conectó a los puntos que sobresalían de la superficie superior de la caja de madera. Un solo alambre se unía a un punto en el lado de la caja que tenía en la otra extremidad una pequeña placa metálica curvada unida al interior de un collar de cuero. Zoanthrohago lo ajustó al cuello del roedor de forma que la placa metálica entrase en contacto con su piel en la base del cráneo y lo más cerca posible de la hipófisis.

Volvió su atención una vez más a la caja de madera, sobre la que, además de los siete puntos de anclaje, había un instrumento circular que consistía en un dial con una serie de jeroglíficos en la periferia. Desde el centro de este se proyectaban siete radios tubulares, concéntricos, cada uno de los cuales sostenía una aguja, que tenía una forma o un color distinto, mientras que bajo el dial

había siete pequeños discos de metal en la tapa de la caja de modo que se hallaban en el arco de un círculo desde cuyo centro había una flecha de metal dispuesta de tal manera que su extremo libre podía moverse hacia cualquiera de los siete discos de metal a voluntad del operador.

Una vez hechas todas las conexiones, Zoanthrohago movió el extremo libre de la flecha de uno de los discos de metal a otro, con los ojos fijos en el dial, cuyas siete agujas se movieron de forma diversa cada vez que él llevaba la flecha de un punto a otro.

Elkomoelhago observaba todo de forma interesada, aunque algo desconcertado, y el esclavo, Zuanthrol, en el que nadie se fijaba, se había acercado más a la mesa para ver mejor este experimento que tanto podía significar para él.

Zoanthrohago siguió manipulando la flecha giratoria, haciendo que las agujas se moviesen de una serie de jeroglíficos a otra, hasta que al fin el walmak pareció satisfecho.

—No siempre es fácil —dijo— sintonizar el instrumento con la frecuencia del órgano en el que estamos trabajando. De toda materia, incluso de algo tan incorpóreo como es el pensamiento, emanan partículas idénticas, tan infinitesimales que apenas son percibidas por mis instrumentos más delicados. Dichas partículas constituyen la estructura básica de todas las cosas, animadas, inanimadas, corpóreas o incorpóreas. La frecuencia, la cantidad y el ritmo de las emanaciones determinan la naturaleza de la substancia. Tras haber situado en este dial el coeficiente de la glándula en cuestión, ahora no solo es necesario, con el fin de interferir en su buen funcionamiento, detener el crecimiento de la criatura, sino también invertirlo. Para ello hemos de disminuir la frecuencia, aumentar la cantidad y componer el ritmo de estas emanaciones. Ahora procederé a hacerlo —y a continuación manipuló varios botoncitos que había en un lado de la caja, cogió la manivela del disco libre y la hizo girar con rapidez.

El resultado fue instantáneo y asombroso: ante sus ojos, Elkomoelhago, el rey, y Zuanthrol, el esclavo, vieron al roedor reducirse rápidamente de tamaño, mientras sus proporciones permanecían inalteradas. Tarzán, que había seguido cada movimiento y cada palabra del walmak, se inclinó para grabar en su memoria la posición de las siete agujas. Elkomoelhago levantó la

mirada y descubrió el interés del hombre-mono.

—Ya no necesitamos a este tipo aquí —dijo, dirigiéndose a Zoanthrohago—. Que lo hagan salir.

—Sí, zagosoto —respondió Zoanthrohago, y llamó a un guerrero para que se llevara a Tarzán y a Komodoflorensal a una cámara donde pudieran permanecer hasta que se requiriera de nuevo su presencia.

CAPÍTULO XV

LOS CONDUJERON a través de varias cámaras y corredores hacia el centro de la cúpula, en el mismo piso de la cámara en la que habían dejado al rey y al walmak hasta que por fin los empujaron a una cámara pequeña y cerraron y atrancaron tras ellos una robusta puerta.

En la cámara no había velas. Sin embargo, una débil luz aliviaba la oscuridad de forma que se podía distinguir el interior de la habitación. La cámara contenía dos bancos y una mesa: esto era todo. La luz que la iluminaba débilmente penetraba por una estrecha aspillera con barrotes, pero era luz del día.

—Estamos solos —susurró Komodoflorensal— y al fin podemos conversar; pero debemos ser cautos —añadió—. ¡No confíes demasiado en la lealtad de las piedras de tu cámara! —dijo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Tarzán—. Tú estás mucho más familiarizado con las moradas minunianas que yo.

—Estamos en el nivel más elevado de la cúpula real de Elkomoelhago —respondió el príncipe—. El rey no visita las otras cúpulas de su ciudad con semejante informalidad. Puedes estar seguro de que esta es la de Elkomoelhago. Nos encontramos en una de las cámaras internas, junto al pozo central que horada la cúpula desde el nivel más bajo hasta el tejado. Por esta razón no necesitamos ninguna vela para poder vivir; recibiremos suficiente aire a través de la aspillera. Y ahora, dime qué ha ocurrido en la habitación con Elkomoelhago y Zoanthrohago.

—Descubrí que habían reducido mi estatura —respondió Tarzán —, y, además, que en cualquier momento puedo recuperar mi tamaño; esto es algo que puede suceder de tres a treinta y nueve

lunas después de la fecha de mi reducción. Ni siquiera Zoanthrohago puede determinar cuándo ocurrirá esto.

—Esperemos que no ocurra mientras estés en esta pequeña cámara —exclamó Komodoflorensal.

—Lo pasaría mal para salir —admitió Tarzán.

—Jamás saldrías —le aseguró su amigo—. Si bien antes de tu reducción habrías podido arrastrarte por algunos de los corredores más grandes hasta el primer nivel, o incluso muchos de los niveles inferiores, no habrías podido meterte en los corredores más pequeños de los niveles superiores, que son de tamaño reducido porque la necesidad de soportes directos del tejado aumenta a medida que nos acercamos al ápice de la cúpula.

—Entonces me conviene salir de aquí lo antes posible —dijo Tarzán.

Komodoflorensal meneó la cabeza.

—La esperanza es algo bello, amigo mío —dijo—, pero si fueras minuniano sabrías que en las circunstancias en que nos encontramos es una pérdida de energía mental. Mira estos barrotes —se acercó a la ventana y sacudió los gruesos barrotes de hierro que cubrían la abertura—. ¿Crees que podrías habértelas con esto?

—No los he examinado —replicó el hombre-mono—, pero nunca abandono la esperanza de escapar; que tu gente lo haga es sin duda la principal razón por la que son esclavos siempre. Eres demasiado fatalista, Komodoflorensal.

Mientras hablaba, Tarzán cruzó la habitación hacia la ventana, se quedó junto al príncipe y asió uno de los barrotes.

—No parecen demasiado pesados —observó, y al mismo tiempo ejerció presión sobre ellos. ¡Y se doblaron! El interés de Tarzán había aumentado y el de Komodoflorensal, también. El hombre-mono empleó todas sus fuerzas y su peso en esta tarea y consiguió arrancar de su alojamiento dos barrotes completamente doblados.

Komodoflorensal lo miraba con asombro.

—Zoanthrohago redujo tu tamaño, pero te dejó con tu antigua fuerza física —exclamó.

—No puede explicarse de ningún otro modo —dijo Tarzán, que ahora fue sacando uno a uno los restantes barrotes de la ventana. Enderezó uno de los más cortos y se lo entregó a Komodoflorensal —. Esto servirá como arma, si nos vemos obligados a pelear por

nuestra libertad —explicó y enderezó otro para él.

El trohanadalmakusiano lo miraba sin salir de su asombro.

—¿Y tienes intención —preguntó— de desafiar a una ciudad de cuatrocientas ochenta mil personas, armado solo con un trozo de hierro?

—Y mi ingenio —añadió Tarzán.

—Lo necesitarás —dijo el príncipe.

—Y lo utilizaré —le aseguró Tarzán.

—¿Cuándo empezarás? —preguntó Komodoflorensal, tomándole el pelo.

—Esta noche, mañana, la próxima luna… ¿Quién sabe? —respondió el hombre-mono—. Las condiciones deben ser las adecuadas. Vigilaré y haré planes sin cesar. En este sentido empecé a escapar en el instante en que recobré el conocimiento y supe que era prisionero.

Komodoflorensal hizo un gesto de negación con la cabeza.

—¿No tienes fe en mí? —preguntó Tarzán.

—Eso es precisamente lo que tengo: fe —respondió Komodoflorensal—. Mi buen sentido me dice que no puedes tener éxito y sin embargo dejaré mi destino en tus manos, esperando que lo tengas, creyendo en el éxito. Si esto no es fe, no sé cómo debería llamarse.

El hombre-mono sonrió. Raras veces reía en voz alta.

—Empecemos —dijo—. Primero colocaremos estos barrotes para que den la impresión, desde la puerta, de que no se han tocado, pues supongo que tendremos alguna visita. Alguien nos traerá comida, al menos, y quienquiera que venga no debe sospechar nada.

Juntos colocaron los barrotes para que pudieran ser retirados y colocados rápidamente. Para entonces la cámara empezaba a estar bastante oscura. Poco después de terminar con los barrotes, se abrió la puerta y aparecieron dos guerreros, que se alumbraban con velas, acompañados de un esclavo que llevaba comida en unos receptáculos parecidos a cubos y agua en botellas de cerámica vidriada.

Cuando salían, tras haber depositado la comida y la bebida junto al umbral de la puerta, llevándose las velas, Komodoflorensal se dirigió a ellos.

—No tenemos velas, guerrero —dijo al que estaba más cerca—. ¿No nos dejarás una de las tuyas?

—En esta cámara no necesitáis velas —respondió el hombre—. Una noche a oscuras os irá bien, y mañana volveréis a la cantera. Zoanthrohago ha terminado con vosotros. En la cantera tendréis muchas velas. Salió de la cámara y cerró la puerta tras de sí.

Los dos esclavos oyeron que corrían el gran cerrojo al otro lado de la puerta. Ahora la oscuridad era total. No sin dificultad encontraron los receptáculos que contenían la comida y el agua.

—Bueno —dijo Komodoflorensal, atacando uno de los recipientes de comida—, ¿todavía crees que será tan fácil, cuando mañana estés de nuevo en la cantera, quizás a quinientos huales bajo tierra?

—Yo no estaré allí —replicó Tarzán— y tú tampoco.

—¿Por qué no? —preguntó el príncipe.

—Porque, ya que esperan llevarnos a las canteras mañana, no hay otra alternativa que escapar esta misma noche —explicó Tarzán.

Komodoflorensal se echó a reír.

Cuando Tarzán acabó su comida, se levantó y se acercó a la ventana. Retiró los barrotes y cogió el que había elegido para él. Después se arrastró por el pasadizo que conducía al otro extremo de la aspillera, pues, aunque estaba tan cerca de la cima de la cúpula, el muro era muy grueso, de unos diez huales quizás. El hual, que mide siete centímetros aproximadamente según nuestras normas, constituye la unidad básica de medida minuniana. A aquel nivel elevado la aspillera era mucho más pequeña que las que se abrían a niveles inferiores, de dimensiones suficientes para permitir que un guerrero caminara erguido en su interior; pero aquí Tarzán se veía obligado a arrastrarse a cuatro patas.

En el otro extremo se encontró contemplando un negro vacío sobre el que las estrellas relucían y a cuyos lados se veían vagos reflejos de luces interiores, que indicaban las cámaras iluminadas de la cúpula. El ápice de esta se hallaba a poca distancia de él, y debajo había una caída en picado de cuatrocientos huales.

Tarzán, que había visto todo lo que se podía ver desde la boca de la aspillera, volvió a la cámara.

—¿Qué distancia hay, Komodoflorensal —preguntó—, desde el

suelo de esta aspillera hasta el tejado de la cúpula?

—Unos doce huales —respondió el trohanadalmakusiano.

Tarzán cogió el barrote más largo de la aspillera y lo midió lo mejor que pudo.

—Demasiado lejos —dijo.

—¿Qué es lo que está demasiado lejos? —preguntó Komodoflorensal.

—El tejado —explicó Tarzán.

—¿Qué importa dónde esté el tejado? No esperabas escapar por el tejado de la cúpula, ¿verdad?

—Lo habría hecho con toda seguridad, si hubiera sido accesible —respondió el hombre-mono—, pero ahora tendremos que ir por el pozo, lo que significa cruzar por completo la cúpula desde el pozo interior hasta el exterior. La otra ruta habría entrañado menos peligro de ser descubiertos.

Komodoflorensal rio en voz alta.

—Al parecer crees que para escapar de una ciudad minuniana solo es necesario salir y ya está. No se puede hacer. ¿Qué me dices de los centinelas? ¿Y de las patrullas exteriores? Te descubrirían antes de que te encontraras a media cúpula, suponiendo que lograras llegar hasta allí sin caer y matarte.

—Entonces quizás el pozo sería más seguro —dijo Tarzán—. Habría menos probabilidades de ser descubiertos antes de llegar abajo, pues por lo que he visto está oscuro como boca de lobo.

—¡Bajar por el interior del pozo! —exclamó Komodoflorensal—. ¡Estás loco! ¡No podrías bajar al nivel inferior sin caer, y debe de haber al menos cuatrocientos huales hasta el fondo!

—¡Espera! —le advirtió Tarzán.

Komodoflorensal oía a su compañero dar vueltas en la oscura cámara, cómo rascaba metal sobre piedra y después unos golpes, no fuertes, pero pesados.

—¿Qué haces? —preguntó.

—¡Espera! —dijo Tarzán.

Y Komodoflorensal esperó, intrigado. Fue Tarzán el siguiente en hablar.

—¿Sabrías encontrar la cámara de la cantera en la que está confinada Talaskar? —preguntó.

—¿Por qué? —quiso saber el príncipe.

—Iré a buscarla —explicó Tarzán—. Le prometimos que no nos marcharíamos sin ella.

—Sabré encontrarla —dijo Komodoflorensal, un poco malhumorado, según le pareció a Tarzán.

El hombre-mono trabajó durante un rato en un silencio solo roto por golpes ahogados y el rascar de hierro sobre piedra o hierro sobre hierro.

—¿Conoces a todos los de Trohanadalmakus? —preguntó Tarzán de pronto.

—Claro que no —respondió Komodoflorensal—. Hay un millón de almas, incluidos todos los esclavos. No los conozco a todos.

—¿Conocías de vista a los que vivían en la cúpula real? —prosiguió el hombre-mono.

—No, ni siquiera a los que vivían en la cúpula real —respondió el trohanadalmakusiano—, aunque sin duda conocía a todos los nobles, y a la clase guerrera, si no por el nombre, al menos de vista.

—¿Alguno de vosotros los conocía a todos? —preguntó Tarzán.

—Lo dudo —fue la respuesta.

—¡Bien! —exclamó Tarzán.

De nuevo hubo un silencio, que volvió a romper el inglés.

—¿Un guerrero puede ir a cualquier parte sin ser interrogado en cualquier cúpula de su propia ciudad? —preguntó.

—A cualquier sitio, en circunstancias ordinarias, salvo en la cúpula del rey durante el día.

—Entonces, ¿no se podría ir de noche? —preguntó Tarzán.

—No —respondió su compañero.

—De día, ¿un guerrero podría ir y venir a su gusto por las canteras?

—En situación normal, si diera la impresión de estar ocupado no lo interrogarían.

Tarzán trabajó un rato más en silencio.

—¡Bueno! —dijo al fin—, ya estamos listos para irnos.

—Iré contigo —dijo Komodoflorensal—, porque me caes bien y porque creo que sería mejor estar muerto que ser esclavo. Al menos obtendremos algún placer de lo que nos queda de vida, aunque no sea una larga vida.

—Creo que gozaremos, amigo mío —convino Zuanthrol—. Tal vez no escapemos, pero, como tú, prefiero morir ahora que ser

esclavo toda la vida. He elegido esta noche para dar nuestro primer paso hacia la libertad porque me doy cuenta de que, de nuevo en la cantera, nuestras posibilidades de lograr la libertad se reducirán a casi nada, y esta noche es la única noche que pasaremos en la superficie.

—¿Cuál es tu propuesta para escapar de esta cámara?

—Por el pozo central —respondió Tarzán—. Pero dime, ¿un esclavo de túnica blanca puede entrar en las canteras libremente durante el día?

Komodoflorensal se preguntó qué relación tenían todas estas preguntas aparentemente inmateriales con el problema de su huida, pero respondió, paciente:

—No, los de túnica blanca no se ven nunca en las canteras.

—¿Tienes el barrote de hierro que he enderezado para ti?

—Sí.

—Entonces, sígueme por la aspillera. Coge las otras barras que dejaré en la abertura. Yo llevaré la mayoría de ellas. ¡Vamos!

Komodoflorensal oyó que Tarzán entraba a gatas en la aspillera; las barras de hierro que acarreaba rompían el silencio de la pequeña cámara. Luego, lo siguió. En la boca de la aspillera encontró las barras que Tarzán había dejado para que él recogiera. Había cuatro, cuyos extremos se curvaban formando ganchos. Era esto en lo que Tarzán había estado ocupado en la oscuridad; con una intención que Komodoflorensal ignoraba. Entonces su avance se vio interrumpido por el cuerpo de Tarzán.

—Un momento —dijo el hombre-mono—. Estoy haciendo un agujero en el alféizar de la ventana. Cuando lo haya hecho, estaremos listos —unos instantes después volvió la cabeza hacia su compañero—. Pásame los barrotes —pidió.

Cuando Komodoflorensal hubo entregado a Tarzán los barrotes en forma de gancho, oyó que este trabajaba con ellos, sin hacer ruido, durante varios minutos. Tras esto lo oyó mover su cuerpo en los estrechos límites de la aspillera; entonces, cuando el hombre-mono volvió a hablar, el trohanadalmakusiano comprendió que había dado una vuelta completa y que su cabeza estaba cerca de la de su compañero.

—Iré yo primero, Komodoflorensal —indicó—. Ve al borde de la aspillera y cuando me oigas silbar una vez, sígueme.

—¿Adónde? —preguntó el príncipe.

—Bajaremos por el pozo hasta la primera aspillera que nos permita apoyar un pie, y roguemos que haya una directamente debajo de esta en los siguientes dieciocho huales. He unido los barrotes; el extremo superior lo he enganchado en el agujero que he hecho en el alféizar, y el extremo inferior cuelga dieciocho huales.

—Adiós, amigo mío —dijo Komodoflorensal.

Tarzán sonrió y se deslizó al alféizar de la aspillera. En una mano llevaba el barrote que había conservado como arma y con la otra se agarró al alféizar de la ventana. Abajo, colgaban dieciocho huales de la estrecha escalerilla hecha de ganchos de hierro y, más abajo, cuatrocientos huales de la más negra oscuridad ocultaban el enlosado de piedra del patio interior. Quizás este techaba la gran sala central del trono del rey, como en la cúpula central de Adendrohahkis; pero también podía no ser más que un patio abierto. Era difícil saber si el frágil soporte se saldría del agujero poco profundo practicado en el alféizar, o si uno de los ganchos se enderezaría bajo el peso del hombre-mono.

Agarró la sección superior de su escalerilla con la mano que sostenía su improvisada arma, retiró la mano del alféizar y volvió a coger el barrote para seguir bajando. De esta manera descendía unos cuantos centímetros a la vez. Avanzaba muy despacio por dos razones, de las que la más importante era que temía que cualquier tensión súbita en la serie de ganchos pudiera enderezar uno de ellos y precipitarlo al abismo que se abría a sus pies. El otro era la necesidad de silencio. Reinaba una gran oscuridad incluso cerca de la cima de la cúpula, pero esto era más una ventaja que otra cosa, pues ocultaba su presencia a cualquier observador fortuito que pudiera mirar por una de las aspilleras de la pared opuesta del pozo. Mientras descendía palpaba en ambas direcciones para encontrar una aspillera, y se encontraba casi al final de su escalera cuando se balanceó hacia una. Tras descender un poco más y mirar en la abertura, vio que estaba oscuro, lo que indicaba que no conducía a una cámara habitada, hecho por el que dio las gracias. Asimismo, esperaba que el extremo interior de la aspillera no tuviera barrotes y que la puerta del otro lado no estuviera cerrada con cerrojo por fuera.

Silbó una vez, muy bajo, para avisar a Komodoflorensal, y un

instante después notó un movimiento en la escalera de hierro que le indicó que su compañero había iniciado el descenso. La aspillera en la que se encontraba era más alta que la que acababan de abandonar y le permitía permanecer erguido. Allí esperó al trohanadalmakusiano, que pronto estuvo de pie en el alféizar junto a Tarzán.

—¡Vaya! —exclamó el príncipe en un susurro—. No me hubiera gustado tener que hacer esto durante el día, con el fondo visible. ¿Qué hacemos ahora? Hemos ido más lejos de lo que jamás habría soñado. Ahora empiezo a creer que escapar puede estar en el reino de las posibilidades.

—Aún no hemos empezado —dijo Tarzán—, pero vamos a hacerlo ahora. ¡Vamos!

Cogieron sus toscas armas y echaron a andar con cautela. No había barrotes que les impidieran avanzar y llegaron a la cámara en la que desembocaba la aspillera. Con gran cuidado, palpando antes de poner un pie en el suelo y con el arma extendida ante él, Tarzán se abría paso a tientas en la cámara, que encontró bastante llena de toneles y botellas, dispuestas estas últimas en cajas de madera y mimbre. Komodoflorensal iba pisándole los talones.

—Estamos en una de las habitaciones en las que los nobles encargados de hacer cumplir las leyes contra el vino tienen escondido el licor confiscado —susurró el trohanadalmakusiano—. He oído hablar mucho del asunto desde que me hicieron prisionero; los guerreros y esclavos no hablan de otra cosa; solo de esto y de los elevados impuestos. Es probable que la puerta tenga rejas, pues protegen estas bebidas prohibidas como jamás han protegido su oro o sus joyas.

—He encontrado el pasadizo que va hasta la puerta —susurró Tarzán— y veo una luz por debajo.

Avanzaron con sigilo por el pasadizo. Cada uno asió su arma con más firmeza cuando Tarzán probó suavemente el picaporte. ¡Este cedió! Muy despacio, entreabrió la puerta. La pequeña abertura le permitió ver una parte de la habitación. El suelo estaba cubierto con espléndidas alfombras, gruesas y mullidas. La parte de la pared que alcanzaba a ver exhibía gruesos tapices tejidos en muchos colores y dibujos extraños, bárbaros. Directamente en su línea de visión yacía el cuerpo de un hombre, de bruces en el suelo: un

charco rojo manchaba la alfombra blanca sobre la que reposaba su cabeza.

Tarzán abrió un poco más la puerta y vio los cuerpos de otros tres hombres. Dos estaban en el suelo; el tercero, en un diván bajo. La escena, de espléndido colorido, trágica por lo que sugería de misterio y muerte violenta, retuvo la mirada del hombre-mono unos instantes antes de abrir más la puerta, y de un salto se plantó en el centro de la habitación, con el arma a punto, sin dar a cualquier posible enemigo que acechara detrás de aquella la oportunidad que le habría ofrecido si hubiera entrado despacio en la habitación.

Una rápida mirada en torno al aposento le mostró los cuerpos de seis hombres que no se veían desde la puerta parcialmente abierta. Estos yacían amontonados en un rincón.

CAPÍTULO XVI

KOMODOFLORENSAL se quedó al lado de Tarzán, con el arma a punto, listo para defenderse de cualquiera que cuestionara su presencia allí; pero entonces el extremo de su barra de hierro cayó al suelo y una amplia sonrisa se extendió en su rostro.

Tarzán le miró.

—¿Quiénes son? —preguntó—. ¿Por qué los han matado?

—No están muertos, amigo mío —respondió Komodoflorensal—. Son los nobles cuyo deber es impedir el consumo de vino. No están muertos: están borrachos.

—Pero ¿y la sangre que hay debajo de la cabeza de este que está a mis pies? —preguntó el hombre-mono.

—Es vino tinto, no sangre —lo tranquilizó su compañero.

Entonces Tarzán sonrió.

—No podían haber elegido una noche mejor para su orgía —dijo —. Si hubieran permanecido sobrios, la puerta por la que hemos entrado habría estado bien cerrada, supongo.

—Seguramente, y habríamos tenido que enfrentarnos con una guardia de guerreros sobrios en esta cámara, en lugar de con diez nobles borrachos. Somos muy afortunados, Zuanthrol.

Apenas había terminado de hablar cuando se abrió una puerta situada en el lado opuesto de la habitación y aparecieron dos guerreros, que de inmediato entraron en la cámara. Miraron a los dos que estaban frente a ellos y luego recorrieron la habitación con la mirada y vieron las formas inertes de los otros ocupantes.

—¿Qué hacéis aquí, esclavos? —preguntó uno de los recién llegados.

—¡Chsss! —advirtió Tarzán llevándose un dedo a los labios—.

Entrad y cerrad la puerta para que los demás no oigan nada.

—No hay nadie que pueda oírnos —espetó uno de ellos, pero entraron y cerraron la puerta—. ¿Qué significa esto?

—Que sois nuestros prisioneros —contestó el hombre-mono; y de un salto se colocó ante la puerta, blandiendo su barra de metal.

Una sonrisa afectada retorció la boca de cada uno de los dos veltopismakusianos, que no vacilaron en sacar sus estoques y precipitarse sobre el hombre-mono, haciendo caso omiso del trohanadalmakusiano que, aprovechando la oportunidad, arrojó su barra de hierro y agarró un estoque de uno de los nobles borrachos, una sustitución de armas que haría de Komodoflorensal un oponente peligroso en cualquier parte de Minuni, pues no había mejor espadachín entre todos los clanes guerreros de Trohanadalmakus, cuyas espadas eran famosas en todo Minuni.

Enfrentarse solo con una barra de metal a dos expertos espadachines colocaba a Tarzán de los Monos en una situación de desventaja que habría resultado desastrosa para él de no haber sido por la presencia de Komodoflorensal, que, en cuanto se hubo apropiado de una arma, dio un salto adelante y atacó a uno de los guerreros. El otro se dedicó por entero a Tarzán.

—Vuestros prisioneros, ¿eh, esclavo? —dijo riendo mientras se abalanzaba sobre su oponente; pero, aunque menos experto, quizás, en el arte de la espada que su antagonista, el Señor de la Jungla no se había enfrentado en vano con Bolgani y Numa. Sus movimientos eran tan ágiles, su fuerza tan grande como antes de que Zoanthrohago le redujera el tamaño. Al primer ataque de los guerreros había saltado a un lado para esquivar el golpe de un estoque y, para gran asombro suyo y de ellos, lo que había pretendido ser un ágil paso lateral le había hecho recorrer toda la longitud de la habitación. El hombre lo atacó otra vez, mientras el otro se ocupaba del zertolosto de Trohanadalmakus.

Dos veces infligió Tarzán heridas al guerrero con su pesada barra. Luego estuvo a punto de recibir un golpe, pero dio un salto lateral en el último instante. Fue un aviso, pues el hombre había apuntado a su abdomen; un aviso para Tarzán y la muerte para su oponente, pues cuando la punta se deslizó sin hacerle daño, el hombre-mono golpeó la cabeza desprotegida del veltopismakusiano con su barra de hierro y, lanzando un gruñido, el tipo se desplomó

al suelo con el cráneo aplastado hasta el puente de la nariz.

Luego Tarzán se volvió para ayudar a Komodoflorensal, pero el hijo de Adendrohahkis no necesitaba ayuda. Tenía a su hombre contra la pared y le estaba atravesando el corazón cuando Tarzán se volvió en su dirección. Cuando el hombre cayó, Komodoflorensal giró hacia el centro de la habitación y, al ver al hombre-mono, una sonrisa le cruzó el rostro.

—¡Con una barra de hierro has derrotado a un espadachín de Minuni! —exclamó—. No lo habría creído posible; por eso me he apresurado a despachar a mi hombre, para poder ir a rescatarte antes de que fuera demasiado tarde.

Tarzán se echó a reír.

—Yo he pensado lo mismo respecto a ti —dijo.

—Y así habría sido de no haber podido coger este estoque —le aseguró Komodoflorensal—. Pero ¿y ahora? De nuevo hemos ido mucho más lejos de lo que parece posible. A partir de ahora nada me sorprenderá.

—Vamos a cambiar nuestro atuendo por el de estos dos infortunados caballeros —dijo Tarzán mientras se quitaba la túnica verde.

Komodoflorensal siguió su ejemplo.

—Hay otros pueblos grandes como los minunianos —declaró—, aunque hasta que te conocí, amigo mío, no lo habría creído.

Unos instantes después los dos se habían puesto la vestimenta de los guerreros veltopismakusianos y Tarzán puso su túnica verde en el cuerpo de aquel al que había matado.

—Pero ¿por qué haces eso? —preguntó el príncipe.

—Haz lo mismo con el tuyo y ya lo verás —respondió Tarzán.

Komodoflorensal hizo lo que el otro le decía y, cuando hubo terminado, el hombre-mono se echó uno de los cuerpos al hombro y se lo llevó a la cámara que servía de almacén, seguido de cerca por Komodoflorensal, que cargaba con el otro. Tarzán cruzó la aspillera hasta el borde del pozo y allí arrojó su carga al espacio; luego cogió la de Komodoflorensal y la arrojó también.

—Si no los examinan muy de cerca —dijo—, la farsa servirá para hacerles creer que hemos muerto cuando intentábamos escapar. —Mientras hablaba separó dos de los ganchos de la escalerilla por la que habían descendido desde la ventana de su

mazmorra y los arrojó también—. Esto dará color a la idea —añadió, a modo de explicación.

Juntos regresaron a la habitación donde yacían los nobles embriagados. Komodoflorensal se puso a robar las abultadas bolsas de dinero de los hombres que estaban inconscientes.

—Necesitaremos todo lo que podamos conseguir si tenemos que pasar por guerreros veltopismakusianos durante algún tiempo —dijo—. Conozco la fama de esta gente y sé que con el oro podremos comprar casi todo lo que necesitemos: la ceguera de los guardias y la complacencia de los oficiales, si no adivinan la verdad respecto a nosotros.

—De esta parte deberás ocuparte tú, Komodoflorensal —dijo Tarzán—, pues yo desconozco las costumbres de tu pueblo; pero no podemos quedarnos aquí. Estos caballeros nos han sido muy útiles, y también se han hecho un gran favor a sí mismos, pues su falta de lealtad y su libertinaje les han salvado la vida, mientras que los dos que han seguido con sobriedad el camino del deber han sido eliminados.

—Las cosas tienen un extraño orden —comentó Komodoflorensal.

—En Minuni igual que en todas partes —coincidió Tarzán, guiando al otro hacia la puerta de la cámara, que, según vieron, daba a un corredor en lugar de a otra cámara, como esperaban, cerca del pozo central.

Siguieron por el pasillo en silencio; a aquella hora de la mañana no encontraron a nadie. Pasaron por delante de cámaras iluminadas, donde hombres y mujeres dormían en paz a la luz de muchas velas. Vieron un centinela dormido ante la puerta del aposento de un noble. Nadie los descubrió y así pasaron por una serie de rampas inclinadas y por interminables corredores hasta que se hallaron lejos de aquella parte de la cúpula real en la que habían estado encarcelados y donde sería más natural que los buscaran en el caso de que los cuerpos que habían arrojado al pozo no fueran descubiertos enseguida, o fueran identificados como lo que eran en realidad en lugar de ser confundidos tal como los dos fugitivos habían pretendido.

Y ahora se acercaba a ellos por el corredor un esclavo de túnica blanca. Pasó a su lado sin prestarles ninguna atención, y después

apareció otro, al que siguió otro más, hasta que los dos se dieron cuenta de que se aproximaba la mañana y los corredores pronto se llenarían con los habitantes de la cúpula.

—Lo mejor será —dijo Komodoflorensal— que busquemos un escondrijo hasta que haya más gente fuera. Estaremos más a salvo en una multitud que entre unos pocos, donde se notará más nuestra presencia.

Casi todas las cámaras por delante de las que pasaban ahora estaban ocupadas por familias, mientras que las que no estaban habitadas carecían de velas y por tanto no eran escondrijos seguros. Komodoflorensal tocó a Tarzán en el brazo y señaló un jeroglífico que había junto a una puerta a la que se acercaban.

—Es el lugar ideal —dijo.

—¿Qué es? —preguntó Tarzán, y cuando llegaron a la puerta abierta, dijo—: ¡Vaya, si está lleno de hombres! Cuando despierten nos descubrirán.

—Pero no nos reconocerán —replicó el trohanadalmakusiano—, o al menos hay pocas probabilidades de que lo hagan. Esta es una cámara común donde cualquiera puede comprar alojamiento por una noche. Sin duda se trata de visitantes procedentes de otras cúpulas y los extranjeros no llaman particularmente la atención aquí.

Entró en la habitación, seguido por Tarzán. Un esclavo de túnica blanca se acercó a ellos.

—Velas para dos —pidió Komodoflorensal, y entregó al esclavo una de las monedas de oro más pequeñas que había robado de los nobles que dormían.

El tipo los condujo a un rincón del otro extremo de la habitación, donde había mucho espacio en el suelo, encendió dos velas y los dejó allí. Unos instantes después se encontraban tumbados, de cara a la pared como protección para no ser reconocidos, y pronto se quedaron dormidos.

Cuando Tarzán despertó vio que él y Komodoflorensal eran los únicos ocupantes de la cámara, aparte del esclavo que los había admitido, y despertó a su compañero, creyendo que no debían hacer nada que llamara la atención en lo más mínimo. Les trajeron un cubo de agua y realizaron sus abluciones junto a una zanja que rodeaba la cámara, al pie de todas las paredes, como era costumbre

en todo Minuni; el agua residual era transportada en cañerías a los campos de fuera de las ciudades, donde se utilizaba para regar. Como toda el agua tenía que ser llevada a las cúpulas y a los diferentes niveles en cubo, la cantidad utilizada para las abluciones se reducía al mínimo; la clase guerrera y noble utilizaba la máxima cantidad, mientras que los esclavos de túnica blanca dependían principalmente de los ríos, cerca de los cuales se construían siempre las cúpulas, para darse un baño. Los esclavos verdes eran los que lo tenían peor, y sufrían auténticas penalidades debido a la falta de instalaciones para bañarse, pues los minunianos son gente limpia. Sin embargo, consiguen aliviar su situación hasta cierto punto, en los casos en que los amos de las canteras poseen una disposición más bondadosa, mediante el empleo del agua estancada que se acumula en los niveles inferiores de todas las canteras y que, como no es buena para beber, debe ser utilizada por los esclavos para bañarse cuando se les permite dedicar tiempo a obtenerla.

Después de lavarse, Tarzán y Komodoflorensal salieron al corredor, una ancha vía de la ciudad de las cúpulas, donde ahora pasaban dos sólidas filas de hombres y mujeres que iban en direcciones opuestas, cuya gran cantidad era la mejor protección para no ser descubiertos. Las velas colocadas a intervalos frecuentes difundían una luz brillante y purificaban el aire. Había puertas abiertas que revelaban tiendas de diversas descripciones en cuyo interior hombres y mujeres permutaban mercancías, y ahora Tarzán vislumbró por primera vez la vida veltopismakusiana. Se ocupaban de las tiendas esclavos de túnica blanca, pero esclavos y guerreros se mezclaban como clientes y estaban representados ambos sexos. También fue la primera oportunidad que Tarzán tuvo de ver a las mujeres de la clase guerrera fuera de su hogar. Había visto a la princesa Janzara en los aposentos de palacio y, a través de la puerta de diversas partes de la cúpula, a otras mujeres que ocupaban diferentes posiciones en la vida; pero estas eran las primeras que veía de cerca. Llevaban la cara teñida de bermellón, sus orejas eran azules y su atuendo dejaba desnudos la pierna y el brazo izquierdos, aunque, si el tobillo o la muñeca derechos quedaban al descubierto, por poco que fuera, se apresuraban a reajustarse la prenda para ocultarlos, dando muestras de confusión y turbación. Al observarlas, el hombre-mono recordó las gordas viudas que había visto en su

país, cuyos vestidos de noche les dejaban la espalda desnuda y sin embargo habrían muerto antes que enseñar una rodilla.

La fachada de las tiendas estaba cubierta de pintorescas pinturas, que en general mostraban los artículos que se hallaban en venta, junto con jeroglíficos que describían la mercancía y anunciaban el nombre del propietario. Uno de estos llamó la atención del trohanadalmakusiano, que dio un golpecito a Tarzán en el brazo y señaló hacia allí.

—Un sitio donde sirven comida —dijo—. Vamos a comer.

—Nada me vendría mejor. Estoy muerto de hambre —le aseguró Tarzán, y entraron en la tiendecita, donde varios clientes ya estaban sentados en el suelo con pequeños bancos cerca de ellos, sobre los que les servían la comida en platos de madera. Komodoflorensal encontró un espacio al fondo de la tienda, no lejos de una puerta que daba a otra cámara, que también era una tienda de carácter diferente, pues no todos los comercios estaban situados en el corredor, sino que algunos, como este, tenían su entrada a través de otro local.

Tras sentarse y arrastrar un banco junto a ellos, miraron alrededor mientras esperaban a que los sirvieran. Era a todas luces un establecimiento pobre, según dijo Komodoflorensal a Tarzán, que servía a la casta de esclavos y a los guerreros más pobres, de los cuales había varios sentados en bancos en diferentes partes de la habitación. Por su atuendo, viejo y raído, uno podía adivinar fácilmente su pobreza. En la tienda de al lado, varios más de la misma clase de guerreros infortunados remendaban su ropa con materiales comprados al pobre vendedor.

La comida les fue servida por un esclavo de túnica blanca de material muy barato, que se sorprendió mucho cuando le ofrecieron oro como pago de la comida y el servicio.

—Es raro —dijo— que guerreros tan ricos como para poseer oro vengan a nuestra humilde tienda. Aquí llegan piezas de hierro y trozos de plomo, además de mucho dinero en madera; pero raras veces veo oro. Una vez lo vi, y antiguamente muchos de mis clientes se encontraban entre los más ricos de la ciudad. ¿Ve aquel hombre alto de la cara tan arrugada? En tiempos fue rico; el guerrero más rico de esta cúpula. ¡Mírenlo ahora! Y miren a los de la habitación de al lado haciendo tareas secundarias; hombres que

en otro tiempo eran propietarios de esclavos tan prósperos que, a su vez, contrataban a otros esclavos para que hicieran para ellos las tareas más bajas. Todos han sido víctimas de los impuestos con que Elkomoelhago ha gravado la industria.

»Ser pobre —prosiguió— asegura una vida mejor que ser rico, pues los pobres no tienen que pagar impuestos, mientras que los que trabajan mucho y acumulan propiedades solo obtienen su trabajo a cambio de su esfuerzo, ya que el gobierno se lo quita todo con los impuestos.

»Aquel hombre de allí era muy rico. Trabajó mucho toda su vida y acumuló una gran fortuna. Durante varios años, después de que entrara en vigor la nueva ley de impuestos de Elkomoelhago, luchó por ganar lo suficiente para asegurarse de que sus ingresos serían al menos iguales a sus impuestos y al coste de la vida; pero le fue imposible. Tenía un enemigo, un hombre que lo había injuriado gravemente. Este hombre era muy pobre, y a él le dio todo lo que quedaba de su gran fortuna y su propiedad. Fue una venganza terrible. De ser un hombre feliz esta víctima pasó a ser un hombre desgraciado, pues ahora trabaja sin cesar dieciocho horas al día en un vano intento por asegurarse unos ingresos superiores a los impuestos.

Después de terminar su comida, los dos fugitivos regresaron al corredor y siguieron su descenso por la cúpulas hacia el primer nivel, manteniéndose siempre en los corredores más abarrotados, donde parecía menos probable que los descubrieran. Ahora encontraban menos hombres montados y los guerreros pasaban tan deprisa y con tanta temeridad por los estrechos corredores que a los peatones les costaba evitar que los arrollaran. A Tarzán le pareció poco menos que un milagro que llegaran a su destino sanos y salvos. Cuando por fin llegaron al nivel más bajo y empezaron a buscar uno de los cuatro corredores que los llevaría fuera de la cúpula, vieron bloqueado el paso por una gran multitud que se había congregado en el cruce de dos corredores. Los que estaban en la parte de atrás estiraban el cuello para ver lo que sucedía en el centro. Todos preguntaban a su vecino, pero al parecer ninguno de los que se encontraban en la periferia de la multitud sabía lo que había ocurrido, hasta que al fin se filtraron rumores hasta la parte posterior. Tarzán y Komodoflorensal no se atrevieron a preguntar

nada, sino que mantuvieron los oídos atentos y fueron recompensados oyendo lo que parecía un relato fidedigno de la causa de aquella congestión. En repuesta a una pregunta formulada por un tipo de entre la multitud, otro que se abría paso a codazos para salir del centro del atasco contó que los que iban delante se habían detenido al ver los restos de dos esclavos que habían muerto al intentar escapar.

—Estaban encerrados en una de las celdas de los esclavos de Zoanthrohago, en el nivel más alto —explicó— y han intentado escapar bajando por una escalerilla improvisada en el pozo central. La escalerilla se ha roto y se han precipitado al tejado de la sala del trono, donde acaban de ser hallados sus cuerpos destrozados. Ahora los llevan a las bestias. Uno de ellos representa una gran pérdida para Zoanthrohago, ya que era el esclavo Zuanthrol, con el que estaba experimentando.

—Ah —exclamó el que lo escuchaba—, ayer lo vi.

—Pero hoy no lo reconocerías —garantizó el informador—, pues su cara está horriblemente desfigurada.

Cuando se deshizo el tapón de gente, Tarzán y Komodoflorensal prosiguieron su camino y descubrieron que el Corredor de los Esclavos se encontraba precisamente ante ellos y que por aquella avenida eran acarreados los cuerpos de sus víctimas de la noche anterior.

—¿Qué ha querido decir —preguntó el hombre-mono— con eso de que los llevan a las bestias?

—Es la manera en que nos deshacemos de los cadáveres de los esclavos —respondió el trohanadalmakusiano—. Se llevan al límite de la jungla, donde las bestias salvajes los devoran. Hay leones viejos y desdentados cerca de Trohanadalmakus que subsisten por completo con carne de esclavo. Son nuestros carroñeros, y están tan acostumbrados a que se les dé de comer que a menudo salen a recibir a los grupos que llevan los cadáveres y caminan junto a ellos, rugiendo y gruñendo, hasta llegar al sitio donde hay que depositar los cuerpos.

—¿Os deshacéis de todos los muertos de esa manera?

—Solo de los esclavos. Los cadáveres de los guerreros y nobles se incineran.

—Entonces —prosiguió Tarzán— dentro de poco no existirá

peligro de que identifiquen correctamente a esos dos —señaló con el pulgar hacia delante, donde los cuerpos de los dos guerreros muertos daban bandazos y sacudidas sobre el lomo de un diadet.

CAPÍTULO XVII

¿ADÓNDE vamos ahora? —preguntó Komodoflorensal cuando los dos salieron de la boca del Corredor de los Esclavos y se quedaron un momento a la brillante luz del sol del exterior.

—Llévame a la cantera donde nos encerraron y a la cámara en la que dormimos.

—Debes ser cauto con tu breve libertad —observó el trohanadalmakusiano.

—Vamos a volver por Talaskar, como le prometí —le recordó Tarzán.

—Lo sé —dijo el zertolosto—, y elogio tu lealtad y valor aunque desapruebo tu criterio. Será imposible rescatar a Talaskar. Si fuera de otro modo yo sería el primero en ir en su ayuda; pero sé tan bien como ella, que no hay esperanzas de que pueda escapar. Lo único que conseguiremos será arrojarnos de nuevo a nuestros amos.

—Esperemos que no —dijo Tarzán—; pero si sientes lo que dices, que nuestro esfuerzo está condenado al fracaso y que volverán a capturarnos, no me acompañes. Lo único que necesito de ti es que me guíes hasta la cámara donde Talaskar está confinada. Si puedes llevarme hasta allí me daré por satisfecho.

—¿Crees que quería eludir el peligro? —preguntó Komodoflorensal—. ¡No! Iré adonde tú vayas. Si te capturan a ti me capturarán a mí. Fracasaremos, pero no vamos a separarnos. Estoy dispuesto a ir adonde tú vayas.

—Bien —dijo Tarzán—. Ahora llévame a la cantera y utiliza tu conocimiento del mundo minuniano y todo tu ingenio para conseguir entrar sin hablar demasiado.

Pasaron, sin ningún problema, por los caminos en sombras entre

las cúpulas de Veltopismakus y por delante del gran patio de armas donde guerreros bellamente ataviados ejecutaban complicadas evoluciones con la mayor precisión, y se alejaron de las cúpulas con senderos trillados donde numerosos esclavos avanzaban penosamente junto a sus altivos guardias. Allí se unieron a la larga columna que iba en dirección a la cantera en la que habían estado prisioneros, ocupando su lugar en la columna de guardias, y así llegaron a la entrada de la cantera.

Los números de los esclavos se tomaban de manera superficial a medida que estos pasaban para ser anotados en un gran libro; pero, para su alivio, Tarzán reparó en que no se prestaba atención a los guardias, que entraban sin que se comprobara su identidad y sin ser siquiera contados, y con ellos entraron Komodoflorensal, príncipe real de Trohanadalmakus, y Tarzán de los Monos.

Una vez dentro de la cantera y pasada la sala de la guardia, los dos se fueron colocando poco a poco hacia la parte posterior de la columna, de modo que cuando llegaron a un nivel por encima de aquel al que deseaban llegar, pudieron retirarse sin que nadie se fijara. Abandonaron una columna para unirse a otra, pues no había interrupción entre ellas y a menudo había varias avanzando al mismo tiempo; pero cuando llegaron al nivel treinta y cinco y entraron en el túnel que conducía a la cámara en la que Talaskar estaba confinada, se encontraron a solas, ya que en los corredores que van a los alojamientos de los esclavos no hay apenas actividad sino a primera hora de la mañana, cuando llevan a los hombres a su trabajo, y de nuevo por la noche, cuando regresan.

Ante la puerta de la cámara encontraron un solo guerrero de guardia. Estaba acuclillado en el suelo del túnel, apoyado en la pared, pero al ver que se aproximaban se levantó y los paró.

Komodoflorensal, que iba a la cabeza, se acercó a él y se detuvo.

—Hemos venido a buscar a la joven esclava Talaskar —dijo.

Tarzán, que estaba justo detrás de Komodoflorensal, vio un súbito destello en los ojos del guerrero. ¿Los habría reconocido?

—¿Quién os envía? —preguntó el guerrero.

—Su amo, Zoanthrohago —respondió el trohanadalmakusiano.

La expresión del guerrero cambió al instante.

—Entrad —dijo, y corrió los cerrojos para abrir la puerta.

Komodoflorensal se puso a cuatro patas y pasó arrastrándose por

la abertura baja, pero Tarzán se quedó donde estaba.

—¡Entra! —le ordenó el guardia.

—Me quedaré donde estoy —respondió el hombre-mono—. No es necesario que seamos dos para encontrar a una sola esclava y sacarla al corredor.

Por un instante el guerrero vaciló; luego cerró la puerta apresuradamente y corrió los gruesos cerrojos. Cuando se volvió de nuevo hacia Tarzán, que ahora se hallaba a solas con él en el corredor, lo hizo con una espada desenvainada en la mano; pero encontró a Zuanthrol que le hacía frente con un estoque.

—¡Ríndete! —gritó el guerrero—. Os he reconocido al instante.

—Ya me he dado cuenta —dijo Zuanthrol—. Eres muy listo, aunque tus ojos son necios, pues te traicionan.

—¡Pero mi espada no lo es! —espetó el tipo, embistiendo perversamente al hombre-mono.

El teniente Paul d'Arnot de la armada francesa había sido reconocido como uno de los espadachines más hábiles en servicio y había impartido su habilidad en gran medida a su amigo Greystoke durante las muchas horas que los dos habían pasado juntos con el acero, y ese día Tarzán de los Monos elevó una plegaria de gratitud al amigo distante cuyo esforzado entrenamiento iba a servirle al cabo de tantos años, pues pronto se dio cuenta de que, aunque su oponente era un maestro en el arte de la esgrima, él no se quedaba atrás, y a su habilidad se sumaban su gran fuerza y su agilidad.

Llevaban uno o dos minutos luchando cuando el veltopismakusiano comprendió que se enfrentaba a un oponente formidable y que él estaba en desventaja, pues no podía echarse hacia atrás cuando Tarzán lo embestía, mientras que su enemigo tenía a su espalda toda la longitud del túnel. Intentó entonces obligar a Tarzán a retirarse, pero fracasó y recibió una estocada en el hombro. Entonces empezó a gritar pidiendo ayuda y el hombre-mono comprendió que debía hacerle callar enseguida. Aguardando la oportunidad que por fin le presentó una finta parecida a una fuerte embestida, Tarzán dio un rápido salto al frente y atravesó con su espada el corazón del veltopismakusiano; cuando retiró la hoja del cuerpo de su oponente descorrió los cerrojos que cerraban la puerta y la abrió. Detrás, agazapado y con el semblante pálido, se encontraba Komodoflorensal, pero, cuando sus ojos se posaron en

Tarzán y el cuerpo del guardia que estaba detrás, una sonrisa curvó sus labios y no tardó en salir al corredor junto a su amigo.

—¿Cómo ha sucedido? —preguntó.

—Nos ha reconocido; pero ¿y Talaskar? ¿No viene?

—No está aquí. Kalfastoban se la ha llevado tras comprársela a Zoanthrohago.

Tarzán giró sobre sus talones.

—Vuelve a cerrar la puerta con los cerrojos y salgamos de aquí —dijo.

Komodoflorensal cerró la puerta.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó.

—A buscar las habitaciones de Kalfastoban —respondió el hombre-mono.

Komodoflorensal se encogió de hombros y siguió a su amigo. Rehicieron sus pasos hacia la superficie sin que se produjera ningún incidente hasta que se encontraban en el nivel dieciséis, cuando de pronto se volvió hacia ellos un rostro de una columna de esclavos que cruzaba la rampa de un lateral a otro. Los ojos del esclavo se encontraron con los de Tarzán por un instante, y después el tipo entró en la boca del lateral y desapareció.

—Debemos apresurarnos —susurró Tarzán a su compañero.

—¿Por qué ahora más que antes? —preguntó Komodoflorensal.

—¿No has visto al tipo que acaba de pasar por delante de nosotros y se ha vuelto a mirarme por segunda vez?

—No, ¿quién era?

—Caraftap —respondió Tarzán.

—¿Te ha reconocido?

—No lo sé; pero es evidente que ha visto algo familiar en mi aspecto. Esperemos que no me haya reconocido, aunque me temo que sí lo ha hecho.

—Entonces debemos salir de aquí sin pérdida de tiempo, y también de Veltopismakus.

Apretaron el paso.

—¿Dónde están las habitaciones de Kalfastoban? —preguntó Tarzán.

—No lo sé. En Trohanadalmakus los guerreros viven en las canteras, pero durante períodos cortos, y no trasladan sus habitaciones ni a sus esclavos durante el tiempo en que están allí.

No sé cuál es la costumbre aquí. Kalfastoban puede muy bien haber finalizado su turno en las canteras. Por otra parte, puede que estén destacados para ese servicio durante un período largo y sus habitaciones tal vez estén en el nivel superior de la cantera. Tendremos que preguntar.

Poco después de esto Tarzán se acercó a un guerrero que iba en la misma dirección que él y Komodoflorensal.

—¿Dónde puedo encontrar al vental Kalfastoban? —preguntó.

—Te lo dirán en la sala de la guardia, si te interesa —respondió el otro, lanzando una rápida mirada a los dos—. Yo no lo sé.

Después de adelantar al tipo y ocultarse tras el primer recodo, apretaron el paso, pues ambos recelaban de cualquier incidente y no tenían otro deseo que el de escapar de la cantera sanos y salvos. Cerca de la entrada se unieron a una columna de esclavos que avanzaban con dificultad, cargando pesadas rocas hacia la nueva cúpula, y con ellos llegaron a la sala de la guardia donde eran identificados los esclavos. El oficial y los ayudantes trabajaban de forma mecánica, y los dos fugitivos empezaban a creer que sería tan fácil salir de la cantera como lo había sido entrar en ella, cuando de pronto el oficial arrugó la frente y empezó a contar.

—¿Cuántos esclavos hay en este grupo? —preguntó.

—Cien —respondió uno de los guerreros que los acompañaban.

—Entonces, ¿por qué hay cuatro guardias? —dijo.

—Solo somos dos —replicó el guerrero.

—Nosotros no vamos con ellos —se apresuró a informar Komodoflorensal.

—¿Qué hacéis aquí? —interrogó el oficial.

—Si podemos hablar contigo a solas te lo explicaremos enseguida —respondió el trohanadalmakusiano.

El oficial hizo una seña al grupo de esclavos para que siguiera su camino e indicó a Komodoflorensal y Tarzán que lo siguieran a una cámara contigua, donde encontraron una pequeña antesala en la que dormía el jefe de la guardia.

—Bien —dijo—, dejadme ver vuestros pases.

—No los tenemos —declaró Komodoflorensal.

—¿No tenéis pases? Eso será difícil de explicar, ¿no?

—No a alguien de tu categoría —respondió Komodoflorensal haciendo sonar accidentalmente las monedas de oro que llevaba en

la bolsa—. Buscamos a Kalfastoban. Entendemos que es propietario de un esclavo al que queremos comprar, y como no nos ha sido posible obtener un pase para la cantera en el poco tiempo de que disponemos, nos hemos arriesgado a venir, para un recado tan sencillo, sin pase. ¿Podrías indicarnos cómo llegar hasta Kalfastoban? —Hizo sonar las monedas de nuevo.

—Será un placer —dijo el oficial—. Sus habitaciones están en el quinto nivel de la cúpula real sobre el corredor central y a medio camino entre el corredor del Rey y el Corredor de los Guerreros. Y ha sido relevado en su trabajo en la cantera esta misma mañana, por lo que no dudo que lo encontraréis allí.

—Muchas gracias —dijo Komodoflorensal, inclinándose hacia atrás para hacer el saludo minuniano—. Y ahora —añadió, como si se le hubiera ocurrido entonces—, si lo aceptas, nos llenaría de gratitud que nos permitieras dejarte esta pequeña muestra de agradecimiento —y, tras sacar una gran moneda de oro del bolsillo, se la tendió al oficial.

—No querría parecer desagradecido —señaló el oficial—, por lo que debo aceptar vuestro generoso obsequio, con el que podré aliviar el sufrimiento de los pobres. ¡Que la sombra del desastre jamás se abata sobre vosotros!

Los tres hicieron una inclinación y Tarzán y Komodoflorensal salieron de la sala de la guardia. Unos instantes después, se encontraban en el aire fresco y libre de la superficie.

—¡Incluso en Minuni! —exclamó Tarzán.

—¿A qué te refieres? —preguntó su amigo.

—Pensaba en mi sencilla y honrada jungla y en las criaturas de dios a las que los hombres llaman bestias.

—¿Cómo deberían llamarlas? —quiso saber Komodoflorensal.

—Si se las juzgara por las normas que los hombres mismos crean, y no cumplen, deberían ser consideradas semidioses —respondió el hombre-mono.

—Me parece que te entiendo —rio el otro—; pero piensa que si un león hubiera protegido la entrada de esa cantera, ninguna moneda de oro nos habría dejado pasar. Los puntos débiles del hombre no carecen de ventajas; gracias a ellos el bien ha triunfado sobre el mal y el soborno se ha vestido con las galas de la virtud.

Al regresar a la cúpula real rodearon la parte este de la

estructura hasta la fachada norte, donde se encuentra el Corredor de los Esclavos de cada cúpula. Al abandonar la cúpula habían salido del Corredor de los Guerreros, situado al oeste, y les pareció que cada vez habría más probabilidades de que les descubrieran si pasaban con demasiada frecuencia por la misma ruta, en la que alguien que se fijase en ellos podría reconocerlos tras una segunda o una tercera inspección.

Para llegar al quinto nivel no precisaron más que unos minutos después de haber accedido a la cúpula. Arriesgándose a ser descubiertos, se abrían paso hacia el punto del corredor central en el que el oficial de la guardia les había dicho que encontrarían las habitaciones de Kalfastoban, y quizá al propio Kalfastoban. Estaban en todo momento alerta, pues ambos reconocían que el mayor peligro de ser descubiertos residía en la posibilidad de que Kalfastoban recordara sus facciones, y precisamente él sería el más apto para hacerlo, ya que era quien más los había visto, o al menos a Tarzán, ya que había vestido la túnica verde de esclavo.

Habían llegado a un punto situado a medio camino entre el Corredor de los Esclavos y el Corredor de los Guerreros, cuando Komodoflorensal detuvo a una joven esclava y le preguntó dónde se hallaban situadas las habitaciones de Kalfastoban.

—Es necesario cruzar las de Hamadalban para llegar a las de Kalfastoban —respondió la muchacha—. Ve a la tercera entrada —y señaló por el corredor en la dirección por la que iban.

Después de dejarla, Tarzán preguntó a Komodoflorensal si creía que les costaría acceder a las habitaciones de Kalfastoban.

—No —respondió—; el problema será qué hacer una vez estemos allí.

—Sabemos a lo que hemos venido —replicó el hombre-mono—. Solo es necesario llevar a cabo nuestro plan, venciendo todos los obstáculos que se nos presenten.

—Muy sencillo —rio el príncipe.

Tarzán se vio obligado a sonreír.

—¡Qué ingenuo! —admitió—. No tengo ni la más remota idea de lo que vamos a hacer cuando lleguemos allí, ni cuando salgamos, si logramos encontrar a Talaskar y llevárnosla, pero rio es extraño, ya que no sé nada, o prácticamente nada, de lo que puedo esperar de un momento a otro en esta extraña ciudad de tu extraño mundo.

Haremos lo que podamos. Venir hasta aquí nos ha costado mucho menos de lo que esperaba; quizá lleguemos hasta el final sin ningún incidente mayor, o tal vez después de dar diez pasos nos tengamos que detener… para siempre.

Al pasar por delante de la tercera entrada miraron en su interior y descubrieron a varias mujeres acuclilladas en el suelo. Dos de ellas eran de la clase guerrera; las otras, esclavas de túnica blanca. Komodoflorensal entró descaradamente.

—¿Son estas las habitaciones de Hamadalban? —preguntó.

—Lo son —respondió una de las mujeres.

—¿Y las de Kalfastoban están detrás?

—Sí.

—¿Y qué hay detrás de las de Kalfastoban? —preguntó el trohanadalmakusiano.

—Una larga galería que llega hasta el corredor exterior, comunicada con cámaras donde viven centenares de personas. No las conozco a todas. ¿A quién buscas?

—A Palastokar —respondió Komodoflorensal sin vacilar, diciendo el primer nombre que se le ocurrió.

—No recuerdo este nombre —dijo la mujer, frunciendo el entrecejo, pensativa.

—Pero lo encontraré, gracias a ti —dijo Komodoflorensal—, pues mis indicaciones eran cruzar las habitaciones de Hamadalban y de Kalfastoban, hasta llegar a una galería a la que daban las habitaciones de Palastokar. Quizá si encuentro a Kalfastoban pueda indicarme con más exactitud.

—Kalfastoban ha salido con Hamadalban —respondió la mujer —, pero los espero de un momento a otro. Si quieres aguardar, no tardarán en llegar.

—Gracias —se apresuró a decir Komodoflorensal—, pero estoy seguro de que no nos costará encontrar las habitaciones de Palastokar. ¡Que tus velas ardan mucho tiempo y con fuerza! —Y sin esperar más cumplidos cruzó la habitación y entró en las habitaciones de Kalfastoban, seguido de cerca por Tarzán de los Monos.

—Creo, amigo mío —dijo el príncipe—, que tendremos que obrar con rapidez.

Tarzán echó una rápida mirada alrededor de la primera cámara

en la que entraron. Estaba vacía. Varias cámaras se abrían a ella. Todas estaban cerradas con una puerta de madera o con colgaduras. El hombre-mono se acercó apresurado a la que estaba más cerca y probó la cerradura. Esta cedió y Tarzán entreabrió la puerta. Tras ella todo era oscuridad.

—Trae una vela, Komodoflorensal —dijo.

El príncipe cogió dos de los huecos que había en la pared.

—Un almacén —dijo cuando los rayos de las velas iluminaron el interior de la habitación—. Comida, velas y vestidos. Kalfastoban no es pobre. Los impuestos aún no lo han arruinado.

Tarzán, de pie en el umbral del almacén, detrás de Komodoflorensal, se volvió de pronto y miró hacia la cámara situada al otro lado. Había oído voces en las habitaciones de Hamaadaban; voces de hombre. Reconoció una de ellas un instante después: era la voz del ventral Kalfastoban.

—¡Ven! —rugió la voz de toro del ventral—. Ven a mis habitaciones, Hamadalban, y te enseñaré a mi nueva esclava.

Tarzán empujó a Komodoflorensal al almacén y lo siguió, y luego cerró la puerta.

—¿Lo has oído? —preguntó en susurros.

—¡Sí, era Kalfastoban!

La puerta del almacén estaba decorada con una pequeña rejilla tapada por dentro con una colgadura de tejido grueso. Al apartar la cortina los dos veían la mayor parte del interior de la cámara exterior y oían todo lo que decían los dos hombres que habían entrado en ella.

—Te diré que es la mayor ganga que jamás he visto —exclamó Kalfastoban—, pero espera, iré a buscarla —y cruzó otra puerta que abrió con una llave—. ¡Sal! —gritó abriendo la puerta.

Con el porte altivo de una reina entró lentamente una muchacha, una esclava que no mostraba trazas de actitud servil. Iba con la cabeza levantada, la mirada al frente. Miraba casi con desprecio al ventral. Y era hermosa. Era Talaskar. Komodoflorensal se dio cuenta de que nunca había apreciado realmente la belleza de la joven esclava que había cocinado para él. Kalfastoban le había dado una túnica blanca de buena calidad, que hacía resaltar más el tono oliváceo de su piel y la rica negrura de su pelo que la barata prenda de color verde con la que siempre la había visto.

—Pertenecía a Zoanthrohago —explicó Kalfastoban a su amigo —, pero dudo que jamás la viera; de lo contrario no se habría separado de ella por la insignificante suma que pagué.

—¿La tomarás como mujer y la ascenderás de clase? —preguntó Hamadalban.

—No —respondió Kalfastoban—, pues entonces ya no sería una esclava y no podría venderla. Las mujeres son demasiado caras. La conservaré durante un tiempo y después la venderé mientras su valor aún sea elevado. Sacaré con ella un buen beneficio.

Tarzán apretó los dedos con fuerza, como si con ellos rodeara la garganta de un enemigo, y Komodoflorensal se llevó la mano derecha a la empuñadura de su espada.

Entró una mujer procedente de las habitaciones de Hamadalban y se quedó en el umbral de la puerta.

—Dos de los guardias de la cantera han venido con un esclavo de túnica verde preguntando por Kalfastoban —dijo.

—Hazles entrar —indicó el Ventral.

Un instante después entraron los tres; el esclavo era Caraftap.

—¡Ah! —exclamó Kalfastoban—, mi buen esclavo Caraftap, el mejor de la cantera. ¿Qué te trae por aquí?

—Dice que tiene información de gran valor —respondió uno de los guardias—, pero no se la revelará a nadie más que a ti. Ha apostado con su vida el valor de la información y el Novand de guardia le ha ordenado que lo trajeran aquí.

—¿Qué información tienes? —preguntó Kalfastoban.

—Es de suma importancia —exclamó Caraftap—. El noble Zoanthrohago, e incluso el rey, estarán agradecidos por esto; pero si la revelara y tuviera que regresar a las canteras, los otros esclavos me matarían. Siempre has sido bueno conmigo, ventral Kalfastoban, y por eso he pedido que me trajeran a ti, pues sé que si prometes que seré recompensado con la túnica blanca, si mi servicio se considera que lo vale, estaré a salvo.

—Sabes que no puedo hacerlo —replicó Kalfastoban.

—Pero el rey sí puede, y si tú intercedes ante él, no se negará.

—Puedo prometerte interceder ante el rey en tu favor si la información que me traes es valiosa; pero es lo único que puedo hacer.

—Es suficiente, si lo prometes —dijo Caraftap.

—Muy bien, lo prometo. ¿Qué sabes que al rey le complazca saber?

—Las noticias viajan deprisa en Veltopismakus —dijo Caraftap —, y por esto en la cantera hemos oído hablar de la muerte de los dos esclavos, Aopontando y Zuanthrol, al cabo de poco rato de haberse descubierto sus cuerpos. Como ambos habían sido esclavos de Zoanthrohago, todos estábamos confinados juntos en una sola cámara y por eso los conocí bien a los dos. Imagina mi sorpresa cuando, al cruzar una de las espirales principales con otro grupo de esclavos, he visto a Zuanthrol y Aoponato vestidos de guerreros y ascendiendo hacia la superficie.

—¿Qué aspecto tienen? —preguntó de pronto uno de los guerreros que habían acompañado a Caraftap desde la cantera.

El esclavo los describió con tantos detalles como le fue posible.

—¡Son los mismos! —exclamó el guerrero—. Estos dos me han parado en la espiral para preguntarme por el paradero de Kalfastoban.

Una multitud de hombres y mujeres se agolpaba en el umbral de la puerta de la cámara de Kalfastoban, atraídos por la presencia de un esclavo de túnica verde acompañado por miembros de la guardia de la cantera. Uno de ellos era una joven esclava.

—A mí también me han abordado esos mismos hombres — exclamó—, hace poco rato, y me han hecho la misma pregunta.

Una de las mujeres de Hamadalban lanzó un pequeño grito.

—Hace un momento han pasado por nuestras habitaciones — exclamó— y han entrado en las de Kalfastoban, pero no han preguntado dónde se encontraban las habitaciones de Kalfastoban, sino que han mencionado un nombre desconocido para mí, un nombre extraño.

—Palastokar —le recordó una de sus compañeras.

—Sí, Palastokar, y han dicho que tenía sus habitaciones en la galería que va de los aposentos de Kalfastoban al corredor exterior.

—No hay nadie con este nombre en la Cúpula Real —dijo Kalfastoban—. No ha sido sino una farsa para entrar en mis habitaciones.

—O para cruzarlas —sugirió uno de los guardias de la cantera.

—Debemos ir tras ellos —dijo el otro.

—Quédate aquí con Caraftap hasta que regresemos, Kalfastoban

—indicó el primer guardia—, y registra con atención tus habitaciones y las contiguas. ¡Vamos! —Haciendo una seña al otro guardia cruzó la cámara y se fue por la galería que conducía al corredor exterior, seguido no solo por su compañero sino por Hamadalban y todos los demás hombres que se habían congregado en la cámara; Kalfastoban y Caraftap se quedaron con las mujeres en las habitaciones del vental.

CAPÍTULO XVIII

KALFASTOBAN se volvió de inmediato para registrar las diversas cámaras que constituían sus aposentos, pero Caraftap lo detuvo cogiéndolo del brazo.

—Espera, ventral —rogó—. Si están aquí, ¿no sería mejor asegurar su captura cerrando las puertas que dan a tus habitaciones?

—Buena idea, Caraftap —respondió Kalfastoban—, y así después podemos registrarlas tranquilamente. ¡Fuera de aquí, mujeres! —ordenó, gesticulando para que las mujeres volvieran a las habitaciones de Hamadalban. Un momento después las dos puertas que iban de la cámara en que se encontraban a las de Hamadalban y la galería estuvieron cerradas con cerrojos.

—Y ahora, mi amo —dijo Caraftap—, como ellos son dos, ¿no estaría bien que me proporcionases un arma?

Kalfastoban se dio unos golpes en el pecho.

—Kalfastoban ha vencido solo a una docena como ellos —proclamó—, pero para tu protección, coge una espada de aquella habitación mientras yo encierro de nuevo a esta orgullosa gata en su celda.

Mientras Kalfastoban llevaba a Talaskar a la habitación en la que había estado confinada, Caraftap se dirigió hacia la puerta del almacén donde el ventral le había dicho que encontraría una arma.

El ventral se acercó a la puerta de la habitación que estaba justo detrás de la muchacha y cogió a esta del brazo.

—¡No tan deprisa, guapa! —exclamó—. Dame un beso antes de irte; y no te apures: en cuanto estemos seguros de que esos esclavos villanos no están en estas habitaciones, me reuniré contigo, o sea

que no languidezcas por tu Kalfastoban.

Talaskar giró en redondo y dio una bofetada al ventral en la cara.

—¡No me pongas tus sucias manos encima, bestia! —exclamó, y forcejeó para librarse de él.

—¡Vaya, qué genio! —exclamó el hombre; pero no la soltó, y forcejearon hasta que desaparecieron de la vista dentro de la celda. En el mismo instante Caraftap, el esclavo, puso su mano en el cerrojo de la puerta del almacén, la abrió y entró.

Cuando lo hizo unos dedos de acero se cerraron en torno a su cuello. Habría gritado de terror, pero no podía salir ningún sonido por su garganta fuertemente cerrada. Forcejeó tratando de liberarse de aquello que lo sujetaba, que era algo tan poderoso que sabía que no podía ser humano, y entonces una voz baja y aterradora le susurró al oído:

—¡Muere, Caraftap! —dijo la voz—. Recibe el destino que mereces y que sabías que merecías cuando dijiste que no te atrevías a regresar a los alojamientos de los esclavos de Zoanthrohago después de traicionar a dos de los tuyos. ¡Muere, Caraftap! Y entérate antes de morir de que aquel a quien has traicionado es tu asesino. ¡Has buscado a Zuanthrol y lo has encontrado!

Con estas últimas palabras los dedos terribles se cerraron en el cuello del hombre. El esclavo se movía espasmódicamente, haciendo esfuerzos por respirar. Luego las dos manos que lo sujetaban se volvieron lentamente en direcciones opuestas y retorcieron la cabeza del traidor.

Tarzán arrojó el cadáver a un lado y saltó a la cámara principal de los alojamientos del ventral. Allí, echó a correr hacia la puerta de la celda de Talaskar, con Komodoflorensal pisándole los talones. La puerta de la pequeña habitación había sido empujada al forcejear la pareja, y cuando Tarzán la acabó de abrir vio a la muchacha en las garras del fornido ventral, quien, evidentemente enloquecido por su resistencia, había perdido por completo los estribos e intentaba golpearle la cara, cosa que ella procuraba evitar asiéndole los brazos y las manos.

Una fuerte mano cayó sobre el hombro del ventral.

—¿Nos buscabas? —le susurró una voz al oído—. ¡Aquí estamos!

Kalfastoban soltó a la muchacha y giró en redondo, al tiempo que se llevaba la mano a la espada. Ante él se encontraban los dos

esclavos y ambos iban armados, aunque solo Aoponato había sacado su arma. Zuanthrol, que lo sujetaba, no lo había hecho todavía.

—«A una docena como ellos podría Kalfastoban vencer solo» —citó Tarzán—. Aquí estamos, amigo, y solo somos dos; pero no podemos esperar a que nos muestres lo fuerte que eres. Lo sentimos. Si no hubieras molestado a esta chica, me habría limitado a encerrarte en tus alojamientos, de los que no habrías tardado en salir; pero tu brutalidad solo merece un castigo: la muerte.

—¡Caraftap! —gritó Kalfastoban. Ya no era un fanfarrón y un engreído. Su voz era estridente a causa del terror y temblaba en las manos del hombre-mono—. ¡Caraftap! ¡Socorro! —gritó.

—Caraftap está muerto —dijo Tarzán—. Ha muerto porque traicionó a sus compañeros. Tú morirás porque has sido bruto con una esclava indefensa. ¡Atraviésalo con la espada, Komodoflorensal! No tenemos tiempo que perder.

Cuando el trohanadalmakusiano retiró su espada del corazón del ventral Kalfastoban y el cadáver resbaló al suelo de la celda, Talaskar echó a correr y cayó a los pies del hombre-mono.

—¡Zuanthrol y Aoponato! —exclamó—. Pensé que jamás volvería a veros. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué estáis aquí? Me habéis salvado, pero ahora estáis perdidos. ¡Huid, no sé adónde, pero marchaos de aquí! No dejéis que os encuentren. No entiendo por qué habéis venido.

—Estamos intentando escapar —explicó Komodoflorensal— y Zuanthrol no quería irse sin ti. Te ha buscado en la cantera y ahora en la Cúpula Real. Ha hecho lo imposible, pero te ha encontrado.

—¿Por qué has hecho esto por mí? —preguntó Talaskar, mirando con asombro a Tarzán.

—Porque fuiste buena conmigo cuando me llevaron a la cámara de los esclavos de Zoanthrohago —respondió el hombre-mono— y porque prometí que cuando llegara el momento de escapar los tres estaríamos juntos.

La había ayudado a levantarse y la llevó a la cámara principal. Komodoflorensal permaneció un poco aparte, con los ojos fijos en el suelo. Tarzán lo miró y una expresión de perplejidad asomó a sus ojos, aunque, fuera lo que fuese lo que la había causado, tuvo que dejarlo a un lado para pensar en asuntos más urgentes.

—Komodoflorensal, tú sabes mejor que yo en qué vías de escape correremos menos peligro de ser descubiertos. ¿Vamos por los aposentos de Hamadalban o por la galería que han mencionado? Yo no puedo responder estas preguntas. ¡Mira! —mientras sus ojos habían estado escudriñando obsesivamente la cámara—. Hay una abertura en el techo. ¿Adónde conducirá?

—Podría conducir a cualquier parte o a ninguna —replicó el trohanadalmakusiano—. Muchas cámaras tienen estas aberturas. A veces dan a pequeños desvanes que no están conectados con ninguna otra cámara, llevan a alguna habitación secreta o a corredores que están en otro nivel.

Alguien llamó a la puerta que daba a los aposentos de Hamadalban y una voz la mujer dijo en voz alta:

—¡Kalfastoban, abre! Ha venido un vental de la guardia de la cantera en busca de Caraftap. Han encontrado muerto al centinela de la entrada de las cámaras de los esclavos de Zoanthrohago y quieren interrogarlo, pues creen que entre ellos hay una conspiración.

—Debemos ir por la galería —susurró Komodoflorensal, dirigiéndose apresuradamente a la puerta que daba a esta.

Cuando llegó a ella alguien puso una mano en el cerrojo desde el otro lado e intentó abrir la puerta, que lo tenía echado.

—¡Kalfastoban! —gritó una voz desde la galería—. ¡Déjanos entrar! Los esclavos no han ido por aquí. ¡Ven, abre enseguida!

Tarzán de los Monos echó un rápido vistazo alrededor. Hizo una mueca de desagrado, pues una vez más era él la bestia acorralada. Midió la distancia que había desde el suelo hasta la trampilla del techo y luego, tomando carrera, dio un ágil salto. Había olvidado en qué medida la reducción de su peso afectaba a su agilidad. Esperaba atravesar la abertura con la mano, pero lo que hizo fue pasar completamente por ella y aterrizar de pie en una cámara oscura. Se volvió y miró a sus amigos, abajo. El semblante de ambos mostraba consternación, pero no sabía el motivo. Él mismo estaba muy sorprendido.

—¿Es demasiado alto para vosotros? —preguntó.

—¡Demasiado! —respondieron.

Entonces se colgó en la abertura, cabeza abajo, agarrándose al borde de la trampilla con las corvas. Los golpes en la puerta de la

galería se hicieron insistentes y en la que daba a los alojamientos de Hamadalban una voz de hombre había sustituido a la de la mujer. El tipo exigía enojado que lo dejaran entrar.

—¡Abre! —gritó—. ¡En nombre del rey, abre!

—¡Abre tú! —gritaba el tipo que había estado llamando a la otra puerta, pensando que la petición de abrir procedía del interior de la cámara en la que quería entrar.

—¿Cómo quieres que abra? —gritó el otro—. ¡La puerta está cerrada por tu lado!

—No está cerrada por mi lado. Lo está por el tuyo —gritó el otro, furioso.

—¡Mientes! —acusó el que quería entrar desde los aposentos de Hamadalban— y pagarás por ello cuando informe al rey.

Tarzán se balanceó boca abajo en la cámara con los brazos extendidos hacia sus compañeros.

—Levanta a Talaskar hacia mí —indicó a Komodoflorensal, y cuando el otro lo hizo agarró a la chica por las muñecas y la levantó todo lo que pudo hasta que ella logró agarrarse a una parte de su arnés de cuero y sujetarse sin caer. Luego Tarzán la cogió de nuevo y la levantó aún más, y de este modo consiguió ella subir a la cámara superior.

Los furiosos guerreros de las dos puertas estaban tratando de entrar por la fuerza en la cámara. Daban golpes tan fuertes en los robustos paneles que amenazaban con hacerlos astillas en cualquier momento.

—Llénate la bolsa de velas, Komodoflorensal —dijo Tarzán—, y después salta para cogerte a mis manos.

—He cogido todas las velas que he podido mientras estábamos en el almacén —respondió el otro—. ¡Sujétate fuerte! Voy a saltar.

Un panel se astilló y volaron trozos de madera hasta el centro de la galería justo cuando Tarzán agarraba las manos que Komodoflorensal le tendía y, un instante después, cuando ambos hombres se arrodillaban en la oscuridad del desván y miraban hacia la cámara de abajo, la puerta opuesta se abrió de golpe y los diez guerreros que componían el ental irrumpieron en la habitación pisándole los talones a su ental.

Por un instante miraron alrededor con sorpresa y luego los golpes en la otra puerta llamaron su atención. Una sonrisa cruzó el

rostro del vental mientras corría a abrir la puerta de la galería. Enojados guerreros se precipitaron sobre él, pero, tras aclarar el malentendido que se había producido cuando ambos grupos intentaban entrar en la cámara, todos se echaron a reír un poco avergonzados.

—Pero ¿quién estaba aquí? —preguntó el vental que había traído a los soldados de la cantera.

—Kalfastoban y el esclavo de túnica verde llamado Caraftap —respondió una mujer que pertenecía a Hamadalban.

—¡Deben de estar escondidos! —dijo un guerrero.

—¡Registrad los aposentos! —ordenó el vental.

—No tardaremos mucho en encontrarlos —dijo otro guerrero, señalando hacia el suelo del almacén.

Los otros miraron y vieron que una mano humana descansaba en el suelo. Los dedos parecían una garra congelada en posición de asir algo. Anunciaban la muerte. Uno de los guerreros se acercó corriendo al almacén, abrió la puerta y sacó a rastras el cuerpo de Caraftap, cuya cabeza colgaba de un jirón de carne. El guerrero dio un paso atrás, atónito. Todos miraron enseguida alrededor.

—Ambas puertas estaban cerradas por dentro —lijo el vental—. El que haya hecho esto tiene que estar aquí dentro aún.

—No puede haber sido nada humano —susurró una mujer que los había seguido desde los aposentos contiguos.

—Registradlo todo con atención —ordenó el vental, que, como era un hombre valiente, entró primero en una cámara y después en otra. En esta encontró a Kalfastoban con el corazón atravesado.

—Es hora de que salgamos de aquí si es que hay alguna salida —susurró Tarzán a Komodoflorensal—. Uno de ellos atisbará directamente este agujero.

Con gran cautela los dos hombres fueron palpando las paredes del desván en direcciones opuestas. Una gran capa de polvo, acumulado durante mucho tiempo, se levantaba alrededor y los asfixiaba, lo que demostraba que la habitación llevaba años sin ser utilizada, quizá siglos. Después Komodoflorensal oyó chistar al hombre-mono, que los llamaba para que se acercaran a él.

—Venid los dos. He encontrado algo.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Talaskar aproximándose.

—Una abertura cerca de la parte inferior de la pared —

respondió Tarzán—. Es suficientemente grande para que un hombre pase por ella arrastrándose. Komodoflorensal, ¿crees que correríamos algún riesgo si encendiéramos una vela?

—No, ahora es mejor no hacerlo —respondió el príncipe.

—Entonces iré sin ella —anunció el hombre-mono—, porque debemos ver adónde conduce este túnel, si es que va a algún sitio.

Se puso a cuatro patas y Talaskar, que estaba de pie a su lado, notó que se apartaba. No lo veía: el desván estaba demasiado oscuro.

Los dos esperaron, pero Zuanthrol no regresó. Oyeron voces en la habitación de abajo. Se preguntaron si los guerreros investigarían pronto el desván, pero en realidad no había motivos para tener miedo: seguramente pensarían que era más seguro esperar que meterse en aquel agujero oscuro en busca de una cosa desconocida que era capaz de arrancar la cabeza del cuerpo de un hombre. Cuando bajara, porque tendría que bajar, estarían preparados para destruirla o capturarla; pero entretanto se contentaban con esperar.

—¿Qué habrá sido de él? —susurró Talaskar con ansiedad.

—Te preocupas mucho por él, ¿no? —preguntó Komodoflorensal.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —dijo la muchacha—. Tú también, ¿no?

—Sí —respondió Komodoflorensal.

—Es un hombre maravilloso —dijo la muchacha.

—Sí —coincidió Komodoflorensal.

Como en respuesta a su deseo, oyeron un silbido bajo desde las profundidades del túnel en el que Tarzán se había metido.

—¡Venid! —susurró el hombre-mono.

Lo siguieron; primero Talaskar, avanzando a gatas, a través de un sinuoso túnel, palpando en la oscuridad, hasta que al fin una luz resplandeció ante ellos y vieron a Zuanthrol que encendía una vela en una pequeña cámara, de la altura justa para que un hombre alto permaneciera erguido.

—He llegado hasta aquí —les dijo—. Es un buen escondrijo, donde podríamos tener luz sin miedo a ser descubiertos. Aquí podemos detenernos con relativa comodidad y seguridad hasta que haya explorado el túnel. Por lo que he visto, no se ha utilizado en toda la vida de ningún veltopismakusiano vivo, o sea que es poco

probable que a nadie se le ocurra buscarnos aquí.

—¿Crees que nos seguirán? —preguntó Talaskar.

—Creo que sí —respondió Komodoflorensal—, y, como no podemos regresar, será mejor que sigamos adelante enseguida, pues es razonable suponer que el otro extremo de este túnel da a otra cámara. Posiblemente allí encontraremos una vía de escape.

—Tienes razón, Komodoflorensal —coincidió Tarzán—. No ganaremos nada quedándonos aquí. Iré delante. Deja que Talaskar me siga y tú ve detrás. Si esto resulta ser un callejón sin salida, no estaremos peor por haberlo investigado.

Alumbrando el camino con velas, los tres se arrastraron penosa y dolorosamente por el suelo desigual y rocoso del túnel, que se curvaba con frecuencia a un lado y a otro, como si rodeara diferentes cámaras hasta que, para su alivio, el pasadizo de pronto se hizo más grande, tanto en anchura como en altura, de modo que pudieron avanzar en posición erecta. El túnel descendía entonces de forma brusca a un nivel inferior y unos instantes después los tres salieron a una pequeña cámara. Talaskar puso de pronto una mano en el brazo de Tarzán, ahogando un leve grito.

—¿Qué es eso, Zuanthrol? —preguntó en un susurro, palpando la oscuridad que se extendía al frente.

En el suelo, a un lado de la habitación, se vislumbraba apenas una figura agazapada junto a la pared.

—¡Y eso! —exclamó la muchacha, señalando hacia otro lado de la habitación.

El hombre-mono apartó de su brazo la mano de la muchacha y avanzó apresuradamente, sosteniendo su vela en alto con la mano izquierda y llevándose la derecha a la espada. Se acercó a la figura agazapada y se inclinó para examinarla. Le puso una mano encima y tocó un montón de polvo.

—¿Qué es? —preguntó la chica.

—Era un hombre —respondió Tarzán—, pero lleva muerto muchos años. Estaba encadenado a esta pared. Incluso la cadena se ha podrido.

—¿Y el otro también? —preguntó Talaskar.

—Hay varios —dijo Komodoflorensal—. ¿Los veis? Allí y allí.

—Al menos no pueden detenernos —dijo Tarzán, y cruzó de nuevo la habitación para ir hacia el umbral de una puerta que había

al otro lado.

—Pero posiblemente indican algo —aventuró Komodoflorensal.

—¿Qué indican? —preguntó el hombre-mono.

—Que este corredor se conectaba con los aposentos de un veltopismakusiano muy poderoso —respondió el príncipe—. Tan poderoso que podía deshacerse de sus enemigos de esta manera, sin preguntar; y también indica que todo esto sucedió muchos años atrás.

—Eso parece, por el estado de los cuerpos —terció Tarzán.

—No del todo —replicó Komodoflorensal—. Las hormigas los habrían reducido a este estado en poco tiempo. En épocas pasadas, los muertos se dejaban en el interior de las cúpulas y las hormigas, que eran nuestros carroñeros, no tardaban en ocuparse de ellos. Pero las hormigas a veces atacaban a los vivos.

Pasaron de ser un estorbo a ser una amenaza, y entonces se tuvieron que tomar toda clase de precauciones para no atraerlas. También peleamos con ellas. Hubo grandes batallas en Trohanadalmakus entre los minunianos y las hormigas y miles de nuestros guerreros fueron devorados vivos. Aunque matamos a miles de millones de hormigas, sus reinas se reproducían más deprisa de lo que nosotros eliminábamos a las asexuadas obreras que nos atacaban con sus soldados. Pero por fin volvimos nuestra atención a sus nidos. La carnicería fue terrible, pero logramos matar a sus reinas y desde entonces no han entrado hormigas en nuestras cúpulas. Viven alrededor, pero nos temen. Sin embargo, no nos arriesgamos a atraerlas de nuevo dejando a nuestros muertos dentro de las cúpulas.

—Entonces, ¿crees que este corredor conduce a los aposentos de algún gran noble? —preguntó Tarzán.

—Creo que en otra época era así. Las épocas traen cambios. Es posible que el final haya sido tapiado. La cámara a la que conduce puede que haya alojado al hijo de un rey cuando estos huesos aún estaban frescos; hoy en día tal vez sea un barracón para soldados, o un establo para diadets. Lo único que sabemos con seguridad —concluyó Komodoflorensal— es que no ha sido utilizado por el hombre desde hace mucho tiempo; por lo tanto, probablemente los veltopismakusianos actuales lo desconocen.

Más allá de la cámara de la muerte el túnel descendía

rápidamente a niveles inferiores y, por último, entraba en una tercera cámara más grande que las dos anteriores. En el suelo yacían los cuerpos de muchos hombres.

—Estos no estaban encadenados a las paredes —observó Tarzán.

—No; murieron peleando, como puedes ver por sus espadas desenvainadas y la posición de sus huesos.

Los tres se detuvieron un momento para examinar la cámara y entonces llegó a sus oídos el sonido de una voz humana.

CAPÍTULO XIX

A MEDIDA que transcurrían los días y Tarzán no regresaba a su casa, su hijo se fue intranquilizando. Se enviaron corredores a las aldeas próximas, pero todos regresaron con la misma información: nadie había visto al Gran Bwana. Korak envió entonces mensajes al telégrafo más cercano preguntando a los principales puntos de África dónde habría podido aterrizar el hombre-mono, si alguien lo había visto o se había enterado de algo referente a él; pero la respuesta era siempre negativa.

Y al fin, vestido con taparrabo y provisto únicamente de sus armas primitivas, Korak tomó el sendero con una veintena de los waziri más veloces y más valientes en busca de su padre. Registraron la jungla y el bosque larga y diligentemente, requiriendo a menudo los servicios de las aldeas cercanas a su búsqueda, hasta que hubieron peinado como con un peine fino una gran zona de la región. Pese a toda su atención y prontitud no descubrieron ni una sola pista del destino o el paradero de Tarzán de los Monos. Por ello, desalentados aunque infatigables, siguieron buscando en kilómetros de enmarañada jungla o en tierras rocosas inhospitalarias como los espinos enanos que crecían dispersos en ellas.

* * *

Y en la cúpula real de Elkomoelhago, zagosoto de Veltopismakus, tres personas se detuvieron en una cámara oculta, de muros de roca, y escucharon una voz humana que al parecer les llegaba procedente de la misma roca de las paredes que los rodeaba. En el suelo se hallaban los huesos de hombres muertos mucho

tiempo atrás. En torno a ellos se levantaba el impalpable polvo de los siglos.

La muchacha se apretó a Tarzán.

—¿Quién es? —preguntó en un susurro.

Tarzán hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Es una voz de mujer —dijo Komodoflorensal.

El hombre-mono alzó la vela por encima de su cabeza y dio un paso hacia la pared de la izquierda; entonces se detuvo y señaló. Los otros miraron en la dirección indicada por su dedo y vieron una abertura en la pared a un hual o dos por encima de su cabeza. Tarzán entregó su vela a Komodoflorensal, cogió su espada y la dejó en el suelo; luego dio un ágil salto hasta la abertura. Durante unos instantes se quedó agarrado a los bordes, escuchando, y después se dejó caer de nuevo en la cámara.

—Está oscuro como boca de lobo —dijo—. La propietaria de esa voz está en otra cámara más alejada que esta en la que acabo de mirar. En el siguiente aposento no había ningún ser humano.

—Si estaba tan oscuro, ¿cómo lo sabes? —preguntó Komodoflorensal.

—Si hubiera alguien, habría notado su olor —respondió el hombre-mono.

Los otros lo miraron con asombro.

—Estoy seguro —dijo Tarzán—, porque he notado una corriente de aire que venía del otro lado de la cámara, y si hubiera habido algún ser humano allí dentro, su efluvio habría venido directamente a mi olfato.

—¿Y habrías podido percibirlo? —preguntó Komodoflorensal—. Amigo mío, puedo creer muchas cosas de ti, pero no esto.

Tarzán sonrió.

—Al menos poseo valor suficiente para actuar según mis convicciones —declaró—, pues voy a ir allí a investigar. Por la claridad con que nos ha llegado la voz, estoy seguro de que no ha atravesado ningún muro sólido. Debe de haber una abertura que dé a la cámara donde se encuentra la mujer y, como debemos investigar toda posible vía de escape, investigaré esta.

Se acercó de nuevo a la abertura.

—¡Oh! No nos separemos —exclamó la muchacha—. ¡A dónde va uno, vamos todos!

—Dos espadas son mejor que una —añadió Komodoflorensal, aunque su tono no era muy animado.

—Muy bien —respondió Tarzán—. Yo iré primero, y después me pasas a Talaskar.

Komodoflorensal hizo un gesto de asentimiento. Uno o dos minutos después, los tres se hallaban al otro lado del muro. La luz de la vela les mostró un estrecho pasadizo que tenía indicios de haber sido utilizado mucho más recientemente que aquellos por los que habían pasado desde los alojamientos de Kalfastoban. El muro por el que habían pasado era de piedra, pero el del otro lado era de toscas tablas clavadas.

—Este pasadizo está construido junto a una habitación decorada con paneles —susurró Komodoflorensal—. El otro lado de estas toscas tablas sostiene paneles bellamente pulidos de maderas brillantes o metales bruñidos.

—Entonces, ¿crees que debe de haber una puerta que da a la cámara contigua? —preguntó Tarzán.

—Más probablemente un panel secreto —respondió.

Siguieron el pasadizo, aguzando bien el oído. Al principio solo distinguían que la voz que oían era de mujer; pero ahora entendían las palabras.

—… si me hubieran permitido quedármelo —fueron las primeras que captaron.

—Mi gloriosa ama, en ese caso esto no habría sucedido —declaró otra voz femenina.

—Zoanthrohago es un necio y merece morir; pero mi ilustre padre, el rey, es un necio aún mayor —dijo la primera voz—. Matará a Zoanthrohago y con él la posibilidad de descubrir el secreto de convertir a nuestros guerreros en gigantes. Si me hubieran dejado comprar a Zuanthrol, no se habría escapado. Creyeron que yo lo mataría, pero nada más lejos de mis intenciones.

—¿Qué habrías hecho con él, admirable princesa?

—Este no es asunto de una esclava —espetó la princesa.

Por unos instantes reinó el silencio.

—Esta que habla es la princesa Janzara —susurró Tarzán a Komodoflorensal—. Es la hija de Elkomoelhago, a la que querías capturar y convertir en tu princesa. En ese caso te habrías llevado un diablo.

—¿Es tan hermosa como dicen? —preguntó Komodoflorensal.

—Es muy hermosa, pero un diablo.

—Mi deber habría sido tomarla —dijo Komodoflorensal.

Tarzán se quedó callado. Se le estaba ocurriendo un plan. La voz que se oía detrás de la separación habló de nuevo.

—Era muy apuesto —dijo—. Mucho más que nuestros guerreros —y luego, tras un silencio—: Puedes irte, esclava, y ocúpate de que no me molesten antes de que el sol esté a medio camino entre el Corredor de las Mujeres y el Corredor del Rey.

—Que tus velas ardan inmortales igual que tu belleza, princesa dijo la esclava, y se retiró del aposento sin darse la vuelta.

Un instante después, los tres que se hallaban detrás del muro de paneles oyeron que se cerraba una puerta.

Tarzán se arrastró con sigilo por el pasadizo, buscando el panel secreto que unía el aposento donde la princesa Janzara yacía lista para pasar la noche; pero fue Talaskar quien lo encontró.

—¡Aquí está! —exclamó en un susurro, y los tres juntos examinaron el cierre. Era sencillo y se debía de abrir desde el otro lado ejerciendo presión en cierto punto del panel.

—¡Esperad aquí! —dijo Tarzán a sus compañeros—. Voy a buscar a la princesa Janzara. Si no podemos escapar con ella, podremos comprar nuestra libertad con semejante rehén.

Sin esperar a discutir con los otros si era aconsejable o no esta acción, Tarzán hizo deslizar suavemente el cerrojo que cerraba el panel y lo entreabrió un poco. Ante él se hallaba el aposento de Janzara, una creación espléndida en el centro de la cual la princesa yacía de espaldas sobre una losa de mármol, con una gigantesca vela encendida a la cabeza y otra a los pies.

Independientemente del lujo, de su riqueza o de su posición social, los minunianos no dormían más que encima de un solo grueso de tejido, que extendían sobre el suelo, o sobre losas de madera, piedra o mármol especiales para dormir, según su casta y su riqueza.

Dejando el panel abierto, el hombre-mono entró sin hacer ruido en el aposento y se dirigió directamente hacia la princesa, que yacía con los ojos cerrados, ya dormida o a punto de estarlo. Había recorrido la mitad de la distancia que lo separaba del frío lecho cuando una súbita corriente de aire cerró el panel, produciendo un

ruido que habría despertado a un muerto.

Al instante la princesa se puso en pie y se quedó ante Tarzán. Por unos instantes permaneció en silencio, mirándolo fijamente, y luego se acercó lentamente a él, sugiriendo con las sinuosas ondulaciones de su elegante porte al Señor de la Jungla una similitud con la salvaje majestad de Sabor, la leona.

—¡Eres tú, Zuanthrol! —exclamó la princesa—. ¿Has venido por mí?

—He venido por ti, princesa —respondió el hombre-mono—. No grites y no te ocurrirá ningún daño.

—No gritaré —susurró Janzara con los párpados entrecerrados mientras se acercaba a él y le echaba los brazos al cuello.

Tarzán se apartó un poco y con gentileza se deshizo de ella.

—No lo entiendes, princesa —le dijo—. Eres mi prisionera. Ven conmigo.

—Sí —dijo ella con voz suave—. Soy tu prisionera, pero eres tú quien no entiende. Te quiero. Tengo derecho a elegir al esclavo que desee para que sea mi príncipe. Te he elegido a ti.

Tarzán negó impaciente con la cabeza.

—Tú no me quieres —dijo—. Siento que lo creas, pues yo no te amo. No tengo tiempo que perder. ¡Ven! —Y se acercó a ella para cogerle la muñeca.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Estás loco? —preguntó—. ¿O es que no sabes quién soy?

—Eres Janzara, hija de Elkomoelhago —respondió Tarzán—. Sé muy bien quién eres.

—¡Y te atreves a rechazar mi amor! —Respiraba pesadamente; sus senos subían y bajaban al ritmo tumultuoso de sus emociones.

—No se trata de una cuestión de amor entre nosotros —respondió el hombre-mono—. Para mí y mis compañeros solo es una cuestión de libertad y supervivencia.

—¿Amas a otra? —preguntó Janzara.

—Sí —respondió Tarzán.

—¿Quién es ella? —quiso saber la princesa.

—¿Vienes o me obligarás a llevarte por la fuerza? —dijo el hombre-mono sin responder a su pregunta.

Por un momento la mujer se quedó callada ante él, con los músculos tensos y los ojos oscuros convertidos en dos ardientes

pozos de fuego. Luego, lentamente, su expresión cambió. Su rostro se suavizó y tendió una mano a Tarzán.

—Te ayudaré, Zuanthrol —dijo, Te ayudaré a escapar. Lo haré porque te quiero. ¡Ven! ¡Sígueme!

Se volvió y cruzó el aposento con pasos delicados.

—Pero ¿y mis compañeros? —dijo el hombre-mono—. No puedo irme sin ellos.

—¿Dónde están?

Tarzán no se lo dijo, pues aún no estaba demasiado seguro de las intenciones de la princesa.

—Indícame el camino —dijo— y volveré por ellos.

—Sí —respondió ella—. Te lo enseñaré y quizá me querrás más que a los otros.

En el pasadizo de detrás de los paneles Talaskar y Komodoflorensal esperaban el resultado de la aventura de Tarzán. A sus oídos llegaban claramente todas y cada una de las palabras de la conversación mantenida entre el hombre-mono y la princesa.

—Te quiere —dijo Komodoflorensal—. Ya lo ves, te quiere.

—Yo no veo nada de eso —replicó Talaskar—. Que no ame a la princesa Janzara no demuestra que me ame a mí.

—Pero él te quiere, ¡y tú lo quieres! Lo he visto desde que llegó. Si no fuera mi amigo, acabaría con él.

—¿Acabarías con él porque me ama… si es que él me ama? —preguntó la muchacha—. ¿Tan poca cosa soy que preferirías ver a tu amigo muerto que junto a mí?

—Yo… —vaciló—. No puedo decirte a qué me refiero. La muchacha se echó a reír, y se serenó de pronto.

—Se lo lleva de su aposento. Será mejor que los sigamos.

Cuando Talaskar puso los dedos sobre el resorte que mantenía el panel en su lugar, Janzara se llevó a Tarzán hacia una puerta que había en una de las paredes laterales, no aquella por la que la esclava se había marchado.

—Sígueme —susurró la princesa— y verás lo que el amor de Janzara significa.

Tarzán, que aún no estaba completamente seguro de las intenciones de Janzara, la siguió con cautela.

—Tienes miedo —dijo ella—. ¡No confías en mí! Bueno, ven y mira dentro de esta cámara antes de entrar.

Komodoflorensal y Talaskar acababan de pisar el apartamento cuando Tarzán se acercó a la puerta junto a la que Janzara se encontraba. Vieron que el suelo de pronto cedía bajo los pies de Tarzán y un instante después Zuanthrol había desaparecido. Mientras descendía por una rampa pulida oyó una carcajada salvaje de Janzara desde la oscuridad de lo desconocido.

Komodoflorensal y Talaskar cruzaron rápidamente la cámara, pero era demasiado tarde. El suelo que había cedido bajo los pies de Tarzán se había vuelto a colocar en su sitio enseguida. Janzara se quedó temblando de ira y mirando fijamente el lugar por donde el hombre-mono había desaparecido. Temblaba como tiembla un álamo agitado por la brisa; temblaba en la enloquecida tempestad de sus pasiones.

—¡Si no estás conmigo no estarás jamás con ninguna otra mujer! —gritó, y entonces se volvió y vio a Komodoflorensal y Talaskar que corrían hacia ella.

Lo que ocurrió a continuación fue tan rápido que sería imposible dar cuenta de los hechos en el breve tiempo en que fueron realmente consumados. Hubo terminado casi antes de que Tarzán llegara al final del tobogán y se levantara del suelo de tierra en el que había sido depositado.

La habitación en la que se encontraba estaba iluminada por varias velas que ardían en huecos con barrotes de hierro. Frente a él había una pesada verja de hierro que dejaba ver otro aposento iluminado en el que había un hombre sentado, con la barbilla caída sobre el pecho, en un banco bajo. Al oír la entrada precipitada de Tarzán en la cámara contigua levantó la mirada y, al ver a Zuanthrol, se puso en pie de un salto.

—¡Rápido! ¡A tu izquierda! —gritó, y Tarzán, al volverse, vio dos enormes bestias de ojos verdes dispuestas a saltar sobre él.

Su primer impulso fue frotarse los ojos como para borrar de ellos los fantasmas de un sueño inquietante, pues lo que vio fueron dos gatos monteses africanos corrientes; corrientes en perfil y características, pero cuatro veces más grandes de lo normal, que, aunque le parecieron grandes como leones adultos, eran en realidad especímenes de tamaño medio entre los de su clase.

Mientras se acercaban sacó su espada, preparado para presentar batalla y defenderse de aquellos grandes felinos como había hecho

tan a menudo con sus poderosos primos en la jungla.

—Si puedes mantenerlos a raya hasta que llegues a esta reja —dijo el hombre de la cámara de al lado—, puedo dejarte pasar. El cerrojo está en este lado —pero antes de que terminara de hablar los gatos atacaron.

Komodoflorensal, rozando a Janzara al pasar, saltó al lugar donde Tarzán había desaparecido y cuando el suelo cedió bajo sus pies oyó el desgarrador grito que se escapó de los labios de la princesa de Veltopismakus.

—¿Así que es a ti a quien ama? —exclamó—. Pero no te tendrá, ¡no! ¡Ni siquiera en la muerte! —y esto fue todo lo que Komodoflorensal oyó cuando se lo tragó la negra rampa oculta.

Talaskar, enfrentada por la enfurecida Janzara, se detuvo y retrocedió unos pasos, pues la princesa se precipitaba hacia ella blandiendo una daga.

—¡Muere, esclava! —gritó abalanzándose sobre Talaskar, pero la esclava le cogió la otra muñeca y unos instantes después cayeron, entrelazadas en un abrazo. Rodaron juntas por el suelo, la hija de Elkomoelhago intentaba hundir su cuchillo en el pecho de la esclava mientras Talaskar forcejeaba para mantener apartado el acero amenazador y para cerrar sus dedos en la garganta de su oponente.

Al ataque del primer gato le siguió el otro, para que no le robaran su parte de la presa, pues ambos estaban famélicos, En el momento en que el hombre-mono hizo frente al ataque del primero, apartándose y golpeando al animal en el costado, Komodoflorensal, que había desenvainado su espada al entrar en el aposento de Janzara, cayó en la guarida subterránea casi en las fauces de la segunda bestia, que quedó tan desconcertada con la súbita aparición de este segundo humano que dio media vuelta y de un salto se plantó en el otro extremo de la guarida, antes de ser capaz de reunir coraje para efectuar otro ataque.

En la cámara de arriba, Talaskar y Janzara peleaban salvajemente, como dos tigresas con forma humana. Rodaban de un lado a otro de la habitación, pegándose; Janzara gritaba:

—¡Muere, esclava! ¡No lo tendrás!

Pero Talaskar conservaba el ánimo y ahorraba el aliento, de modo que poco a poco fue venciendo a la otra cuando por

casualidad rodaron sobre el punto que había lanzado a Tarzán y a Komodoflorensal al pozo.

Cuando Janzara se dio cuenta de lo que había ocurrido lanzó un grito de terror.

—¡Los gatos! ¡Los gatos! —gritó, y las dos desaparecieron en el negro pozo.

Komodoflorensal no siguió al gato que se había retirado a un extremo del pozo, sino que sin vacilar saltó en ayuda de Tarzán. Juntos mantuvieron a raya a la primera bestia mientras retrocedían hacia la reja donde el hombre de la cámara contigua se hallaba listo para franquearles la entrada en su aposento, que era un lugar seguro.

Los dos gatos atacaron y retrocedieron, dando un rápido salto hacia delante y otro igualmente rápido hacia atrás, pues habían conocido el sabor del afilado acero con el que los humanos se defendían. Los dos hombres estaban a punto de llegar a la reja; un poco más y podrían pasar al otro lado. Los gatos volvieron a atacar y de nuevo fueron impulsados al otro extremo del pozo. El hombre de la cámara de al lado abrió de pronto la reja.

—¡Rápido! —exclamó, y en el mismo instante dos figuras cayeron de la boca del pozo y, apretadas en un abrazo, rodaron hasta el suelo directamente en el camino de los carnívoros que atacaban.

CAPÍTULO XX

CUANDO Tarzán y Komodoflorensal se dieron cuenta de que Talaskar y Janzara yacían expuestas al ataque salvaje de las hambrientas bestias, echaron a correr hacia las dos muchachas. Como había ocurrido cuando Komodoflorensal había caído al pozo, los gatos se asustaron con la súbita aparición de estos dos nuevos humanos, y en el primer instante de su sorpresa volvieron a saltar hacia el otro extremo de la cámara.

Janzara había perdido su daga al caer al pozo y ahora Talaskar la vio en el suelo, junto a ella. Soltó a la princesa, cogió el arma y se puso en pie de un salto. Tarzán y Komodoflorensal ya se encontraban a su lado y los gatos volvían al ataque.

Janzara se levantó despacio y medio aturdida. Miró alrededor, con su maravillosa belleza desfigurada por el terror, y al hacerlo el hombre de la cámara contigua la vio.

—¡Janzara! —exclamó—. ¡Princesa mía, allá voy! —Agarró el banco en el que había estado sentado, que era lo único que había en la cámara que pudiera utilizarse como arma, abrió la reja de par en par y saltó a la cámara donde ahora los cuatro se enfrentaban a las enfurecidas bestias.

Ambos animales, que sangraban por numerosas heridas, estaban locos de dolor, rabia y hambre. Lanzando gritos y gruñidos se arrojaron a las espadas de los dos hombres, que cubrían con sus cuerpos los de las dos mujeres y retrocedían lentamente hacia la reja. Entonces se unió a ellos el hombre con el banco y los tres repelieron los ataques de los enfurecidos carnívoros.

El banco resultó ser tan buena arma de defensa como las espadas, y así juntos los cinco fueron retrocediendo hasta que, de

pronto, y sin nada que lo advirtiese, los gatos saltaron a un lado y se colocaron detrás del grupo como si percibieran que las mujeres serían una presa más fácil. Uno de ellos se habría apoderado de Janzara, si el hombre del banco, poseído al parecer por una fuerza demoníaca, no hubiera saltado sobre el animal con su extraña arma y no lo hubiera obligado con sus golpes desesperados a abandonar a la princesa.

Ni siquiera entonces dejó el hombre de seguir al animal, sino que, blandiendo el banco, lo persiguió, así como a su compañero, con gritos tan terribles y golpes tan prodigiosos que, para escapar de él, ambos gatos terminaron metiéndose en la cámara que el hombre había ocupado. Antes de que pudieran volver al ataque, les cerró la reja y los dejó dentro. Entonces se dio media vuelta y miró a los otros cuatro.

—¡Zoanthrohago! —exclamó la princesa.

—¡Tu esclavo! —respondió el noble, hincando una rodilla en el suelo e inclinándose hacia atrás con los brazos extendidos.

—Me has salvado la vida, Zoanthrohago —dijo Janzara—. ¡Después de todas las indignidades que te he hecho! ¿Cómo podré recompensarte?

—Te amo, princesa, como sabes desde hace tiempo —declaró el hombre—, pero ahora es demasiado tarde, pues mañana moriré según la voluntad del rey. Elkomoelhago ha hablado, y, aunque tú seas su hija, no dudo en decir que su ignorancia le impide cambiar la decisión que ha tomado.

—Lo sé —dijo Janzara—. Es mi progenitor pero no lo amo. Mató a mi madre en un ataque de celos irrazonables. Es un necio; el más necio de todos los necios.

De pronto se volvió a los otros.

—Estos esclavos quieren escaparse, Zoanthrohago —dijo—. Con mi ayuda podrían conseguirlo. Con su ayuda también lograríamos escapar y encontrar asilo en su tierra.

—Si es que alguno de ellos tiene suficiente poder en su ciudad natal —replicó Zoanthrohago.

—Este —dijo Tarzán, viendo una milagrosa oportunidad de alcanzar la libertad— es el hijo de Adendrohahkis, rey de Trohanadalmakus, el primogénito y zertolosto.

Janzara miró a Tarzán un instante después de que hubiera

terminado de hablar.

—He sido perversa, Zuanthrol —declaró—; pero creí que te quería y, como soy la hija de un rey, pocas veces se me ha negado nada de lo que he deseado —y dirigiéndose a Talaskar dijo—: Toma a tu hombre, muchacha, y sé feliz con él —y empujó suavemente a Talaskar hacia el hombre-mono; pero Talaskar se echó atrás.

—Estás confundida, Janzara —dijo—. No amo a Zuanthrol, ni él me ama a mí.

Komodoflorensal miró a Tarzán como si esperara verlo negar sin titubeos la verdad de la afirmación de Talaskar, pero el hombre-mono hizo gestos de asentimiento con la cabeza.

—¿Quieres decir —preguntó Komodoflorensal— que no amas a Talaskar? —y miró directamente a los ojos de su amigo.

—Al contrario, la quiero mucho —respondió Tarzán—; pero no del modo en que creías, ¿o debería decir que temías? La quiero porque es una buena chica y una amiga fiel, y también porque tenía problemas y necesitaba el amor y la protección que solo tú y yo podíamos darle; pero como hombre que ama a su compañera, no la amo, pues tengo compañera en mi país, que está más allá de los espinos.

Komodoflorensal no dijo nada más, pero pensó mucho. Pensó qué significaría regresar a su ciudad donde era el zertolosto, y donde, según las costumbres seculares, debería casarse con una princesa de otra ciudad. Pero él no quería a ninguna princesa; él quería a Talaskar, la pequeña esclava de Veltopismakus, que apenas conocía a su propia madre y probablemente jamás había oído hablar de su padre, si es que su madre sabía algo.

Quería a Talaskar, pero en Trohanadalmakus solo podría tenerla como esclava. Su amor por ella era real y por tanto no podía insultarla pensado una cosa así. Si no podía hacerla su princesa, no la tendría en absoluto, y por ello Komodoflorensal, el hijo de Adendrohahkis, estaba triste.

Pero no tenía mucho tiempo para entretenerse con su tristeza, pues los otros estaban planeando la mejor manera de escapar.

—Los guardianes bajan a alimentar a los gatos por este lado —dijo Zoanthrohago, señalando una puertecita que había en la pared del pozo opuesto a aquel que conducía a la cámara en la que había estado encarcelado.

—Dudo que no esté cerrada con cerrojo —dijo Janzara—, pues ningún prisionero podría llegar a ella sin cruzar la cámara donde estaban los gatos.

—Ya lo veremos —dijo Tarzán, y cruzó la estancia.

Bastó un instante para abrirla, y quedó al descubierto un estrecho corredor. Uno tras otro, los cinco se arrastraron por la pequeña abertura y, siguiendo el corredor, ascendieron un trecho, alumbrando el camino con velas que habían cogido en la guarida de los carnívoros. En lo alto había una puerta que daba a un ancho corredor, en el que a poca distancia se encontraba un guerrero que parecía hacer guardia ante una puerta.

Janzara atisbó por la pequeña rendija que Tarzán había abierto en la puerta y vio el corredor y al hombre.

—¡Bien! —exclamó—. Es mi corredor y el guerrero está de guardia ante mi puerta. Lo conozco bien. Gracias a mí ha escapado al pago de sus impuestos durante las últimas treinta lunas. Moriría por mí. ¡Vamos! No tenemos nada que temer.

Entró con atrevimiento en el corredor y se aproximó al centinela, mientras los otros la seguían.

Hasta que el guardia no la reconociera existía el peligro de que el tipo diera la alarma, pero en cuanto vio de quién se trataba se volvió un corderito.

—Eres ciego —le dijo ella.

—Si la princesa Janzara lo desea —respondió él. Ella le contó lo que deseaba: cinco diadets y algunos uniformes de guerreros. El hombre miró a los que estaban con ella y, evidentemente, reconoció a Zoanthrohago y adivinó quiénes eran los otros dos hombres.

—No solo seré ciego para mi princesa —dijo—, sino que mañana moriré por ella.

—Ve a buscar seis diadets —ordenó la princesa.

Luego volvió junto a Komodoflorensal.

—¿Eres el príncipe real de Trohanadalmakus? —preguntó.

—Lo soy —respondió él.

—¿Y si te muestro el camino a la libertad no nos harás esclavos?

—Te llevaré a la ciudad como esclava y después te liberaré —manifestó él.

—Esto es algo que pocas veces se ha hecho —reflexionó ella—, al menos en el tiempo que recuerdan los hombres de

Veltopismakus. Me pregunto si tu padre lo permitirá.

—No es algo que carezca de precedentes —replicó Komodoflorensal—. Se ha hecho pocas veces, pero se ha hecho. Creo que puedes estar segura de recibir una acogida amistosa en la corte de Adendrohahkis, donde la sabiduría de Zoanthrohago será apreciada y recompensada.

Pasó largo rato hasta que el guerrero regresó con los diadets. Tenía el rostro bañado en sudor y las manos manchadas de sangre.

—He tenido que pelear para conseguirlos —dijo— y tendremos que pelear para utilizarlos si no nos damos prisa. Toma, príncipe, he traído armas —y entregó una espada y una daga a Zoanthrohago.

Montaron sin tardanza. Era la primera experiencia de Tarzán sobre una de las pequeñas monturas nerviosas y activas de los minunianos; pero descubrió que la silla estaba bien diseñada y que el diadet era fácil de controlar.

—Me seguirán desde el corredor del rey —explicó Oratharc, el guerrero que había ido a buscar los diadets—. Sería mejor, pues, salir por uno de los otros.

—Trohanadalmakus está al este de Veltopismakus —dijo Zoanthrohago— y si salimos por el Corredor de las Mujeres con dos esclavos de Trohanadalmakus supondrán que vamos allí; pero si salimos por otro corredor, no estarán seguros y si pierden un poco de tiempo en empezar la persecución tendremos esa ventaja. Si vamos directos hacia Trohanadalmakus, nos atraparán casi con toda seguridad, ya que utilizarán los diadets más veloces para perseguirnos. Nuestra única esperanza reside en engañarlos respecto a nuestra ruta o nuestro destino, y para conseguirlo creo que deberíamos salir por el Corredor de los Guerreros o por el de los Esclavos, cruzar las colinas del norte de la ciudad, dar la vuelta al norte y al este y no girar hacia el sur hasta que hayamos pasado de largo Trohanadalmakus. De esta manera llegaremos a la ciudad por el este mientras nuestros perseguidores vigilan la zona oeste de la ruta de Trohanadalmakus a Veltopismakus.

—Salgamos, pues, por el Corredor de los Guerreros —sugirió Janzara.

—Los árboles y arbustos nos ocultarán mientras vamos hacia el norte de la ciudad —dijo Komodoflorensal.

—Deberíamos irnos enseguida —apremió Oratharc.

—Entonces sal primero con la princesa —dijo Zoanthrohago—, pues existe la posibilidad de que el guardia de la entrada la deje pasar con su grupo. Nosotros nos embozaremos bien con nuestras capas de guerreros. ¡Vamos, abrid la marcha!

Janzara y Oratharc se pusieron al frente y los demás los siguieron de cerca a un trote regular por el corredor circular en dirección al de los Guerreros, y no fue hasta que entraron en este último cuando vieron alguna señal de persecución. Incluso entonces, aunque oían voces de hombres detrás de ellos, vacilaron en iniciar un paso más rápido por miedo a levantar las sospechas de los guerreros de la sala de guardia, por delante de la cual debían pasar al llegar cerca de la boca del corredor.

Nunca el Corredor de los Guerreros había parecido tan largo a ninguno de los veltopismakusianos del grupo como esa noche; nunca habían deseado tanto hacer correr a sus diadets como entonces; pero mantuvieron sus monturas a un paso regular para no sugerir al más receloso que aquellas seis personas pretendían escapar, la mayoría de ellos de la muerte.

Casi habían llegado a la salida cuando se dieron cuenta de que sus perseguidores habían entrado en el Corredor de los Guerreros detrás de ellos y que avanzaban a paso rápido.

Janzara y Oratharc se pararon junto al centinela de la boca del corredor cuando él se interpuso en su camino.

—¡La princesa Janzara! —anunció Oratharc—. ¡Deja paso a la princesa Janzara!

La princesa se apartó la capucha de la capa de guerrero que llevaba para mostrar su rostro, conocido y temido por todos los guerreros de la Cúpula Real. El guardia vaciló.

—¡Apártate, hombre! —exclamó la princesa—, o pasaré por encima de tu cuerpo.

Se oyó un fuerte grito detrás de ellos. Por el corredor galopaba velozmente hacia ellos un grupo de guerreros montados en sus diadets. Los guerreros gritaban algo, cuyo sentido quedaba tapado por el ruido; pero el centinela recelaba.

—Espera hasta que llame al novand de la guardia, princesa —dijo—. Ocurre algo y no me atrevo a dejar pasar a nadie sin autorización. ¡Espera! Ahí está. —Y el grupo se volvió para ver a un novand salir por la puerta de la sala de guardias, seguido por un

número de guerreros.

—¡Cabalgad! —gritó Janzara, y espoleó a su diadet, que se lanzó directo sobre el único centinela que estaba en su camino.

Los otros subieron rápidamente a sus monturas e iniciaron la persecución. El centinela cayó al suelo y golpeó valientemente con su estoque las patas y vientres de los diaets que pasaban volando por encima de él. El novand y sus hombres salieron precipitados de la sala de la guardia justo a tiempo de chocar con los perseguidores, quienes de inmediato supusieron que eran miembros rezagados del grupo que huía. Los breves minutos en que pelearon, antes de que pudieran dar explicaciones y ser comprendidos, permitieron a los fugitivos pasar entre los árboles del lado oeste de la ciudad, torcer hacia el norte y encaminarse a las colinas que apenas eran visibles a la luz de una noche despejada pero sin luna.

Oratharc, que decía conocer los senderos de las colinas perfectamente, encabezaba la marcha. Los otros lo seguían lo más de cerca posible. Komodoflorensal y Tarzán cerraban la comitiva. Así avanzaron en silencio a través de la noche, serpenteando por accidentados senderos de montaña, saltando de vez en cuando de roca en roca donde en el sendero mismo no había dónde asentar el pie. Se metieron en húmedos barrancos, gatearon a través de densa vegetación por sendas como túneles que seguían sus vueltas o que ascendían por el lado opuesto hasta una estrecha cresta o una amplia meseta; y durante toda la noche no vieron ninguna señal de persecución.

Por fin llegó la mañana y con ella, desde la cima de una elevada colina, un panorama de ancha llanura que se extendía hacia el norte formado por colinas distantes, bosques y riachuelos. Decidieron entonces descender a uno de los numerosos claros que había al pie de las colinas, y allí dejar que sus monturas descansaran y se alimentaran, pues el trabajo de la noche había sido duro para ellas.

Sabían que en las colinas podrían esconderse casi indefinidamente, pues eran salvajes y poco transitadas, y por eso montaron un campamento una hora después de la salida del sol en una pequeña hondonada rodeada por grandes árboles, y dieron agua y comida a las monturas con una sensación de seguridad mayor que la que habían sentido desde que salieron de Veltopismakus.

Oratharc salió a pie y mató varias presas, y Tarzán pescó un par de peces en el río. Los prepararon y se los comieron, y luego, haciendo turnos los hombres, durmieron hasta media tarde, pues ninguno había dormido la noche anterior.

A media tarde emprendieron de nuevo la marcha y habían avanzado bastante por la llanura cuando se hizo de noche. Komodoflorensal y Zoanthrohago cabalgaban más adelante y todos buscaban un lugar adecuado para acampar. Fue Zoanthrohago quien lo encontró y, cuando todos se reunieron en torno a él, Tarzán no vio nada a la desvaneciente luz del día que le pareciera más adecuado como lugar de acampada en la llanura que cualquier otro. Había un bosquecillo, pero habían pasado por muchos, y no había nada en este que ofreciera a primera vista mayor seguridad que otro. En realidad, a Tarzán le pareció todo menos un lugar adecuado donde acampar. No había agua, quedaba poco protegido del viento y nada del enemigo; así que decidió que lo mejor sería adentrarse entre los árboles. Miró con afecto las altas ramas. ¡Qué enormes parecían los árboles! Él sabía cómo eran en realidad y que se trataba de árboles de tamaño medio; sin embargo, ahora se elevaban sobre su cabeza como auténticos gigantes.

—Iré yo primero —oyó que decía Komodoflorensal, y se volvió para saber a qué se refería.

Los otros tres hombres estaban junto a la boca de un gran agujero, mirando hacia su interior. Tarzán sabía que la abertura era la boca de la madriguera de un ratel, el miembro africano de la familia del tejón, y se preguntó por qué querían entrar en ella. A Tarzán nunca le había gustado la carne de ratel. Se acercó a los demás, y al hacerlo vio que Komodoflorensal se metía en la abertura con la espada en la mano.

—¿Por qué hace eso? —preguntó a Zoanthrohago.

—Para sacar o matar al cambon, si está ahí —respondió el príncipe, mencionando al ratel con su nombre minuniano.

—¿Y por qué? —preguntó Tarzán—. ¡Seguro que no coméis su carne!

—No, pero queremos su casa para pasar la noche —respondió Zoanthrohago—. Había olvidado que tú no eres minuniano. Pasaremos la noche en las cámaras subterráneas del cambon, a salvo de los ataques del gato o del león. Sería mejor que ya

estuviéramos ahí; es mala hora para que los minunianos estemos al aire libre, en la llanura o en el bosque, pues es cuando el león sale a cazar.

Unos minutos después, Komodoflorensal salió del agujero.

—El cambon no está aquí —dijo—. La madriguera está vacía. Solo he encontrado una serpiente, y la he matado. Entra, Oratharc, y Janzara y Talaskar te seguirán. ¿Tenéis velas?

Las tenían, y uno tras otro desaparecieron en el agujero, hasta que Tarzán, que había pedido quedarse el último, se quedó solo en la creciente oscuridad mirando la boca de la madriguera, con una sonrisa en los labios. Le parecía ridículo que él, Tarzán de los Monos, tuviera que ser visto escondiéndose de Numa en el agujero de un ratel o, peor aún, escondiéndose del pequeño Skree, el gato salvaje. Mientras permanecía allí en pie, sonriendo, una mole asomó débilmente entre los árboles; los diadets, que estaban cerca, sueltos, bufaron y se alejaron dando saltos. Tarzán giró en redondo y vio al león más grande que jamás había visto, un león que doblaba la altura del hombre-mono.

¡Qué grande y sobrecogedor aparecía Numa para alguien del tamaño de un minuniano!

El león se puso en cuclillas, extendió la cola, moviendo la punta muy despacio; pero no engañaba al hombre-mono. Este adivinó lo que se avecinaba y cuando el gran felino dio un salto, se volvió y se metió de cabeza en el agujero del ratel. Tras él oyó el ruido que produjo la tierra suelta de la abertura cuando las patas de Numa aterrizaron en el lugar donde antes estaba Tarzán.

CAPÍTULO XXI

DURANTE tres días, los seis viajaron hacia el este, y luego, al cuarto día, giraron al sur. En el distante horizonte meridional se vislumbraba un gran bosque, que se extendía también por el este. Hacia el sudoeste se hallaba Trohanadalmakus, del que los separaba un buen viaje de dos días para sus cansados diadets. Tarzán a menudo se preguntaba qué descanso tenían estas pequeñas criaturas. Por la noche los soltaban para que pacieran; pero su conocimiento de las costumbres de los carnívoros le aseguraba que el diminuto antilope debía de pasar la mayor parte de la noche en aterrada vigilia o huyendo; sin embargo, cada mañana se encontraban de nuevo en el campamento, aguardando el placer de ver a sus amos. El que no escaparan, que siempre regresaran, sin duda se debía a dos hechos. Uno es que se crían desde hace siglos en las cúpulas de los minunianos —no conocen otra vida más que la de sus amos, a los que buscan para conseguir comida y cuidados— y el otro es el extremo afecto y bondad con que los minunianos tratan a sus hermosas bestias de carga, por lo que se han ganado el amor y la confianza de los pequeños animales en tal medida que los diadets no encuentras mayor satisfacción que la compañía del hombre.

Durante la tarde del cuarto día de su huida, Talaskar de pronto llamó la atención del grupo hacia una pequeña nube de polvo que se vislumbraba detrás de ellos a lo lejos. Durante mucho rato los seis la observaron con atención mientras crecía de tamaño a medida que se acercaba.

—Puede que sean nuestros perseguidores —dijo Zoanthrohago.

—O gente de Trohanadalmakus —sugirió Komodoflorensal.

—Sean quienes sean, son muchos más que nosotros —dijo Janzara—, y creo que deberíamos encontrar refugio hasta que conozcamos su identidad.

—Podemos llegar al bosque antes de que nos alcancen —dijo Oratharc—. Allí los esquivaremos si es necesario.

—El bosque me da miedo —declaró Janzara.

—No tenemos alternativa —dijo Zoanthrohago—, pero ahora dudo que lleguemos allí antes que ellos. ¡Vamos! ¡Debemos ir deprisa!

Jamás había viajado Tarzán de los Monos tan rápidamente a lomos de un animal. Los diadets volaban en el aire dando grandes saltos. Detrás de ellos, el núcleo de la nube de polvo se había convertido en una docena de guerreros montados, contra los cuales sus cuatro espadas serían inútiles. Por lo tanto, su única esperanza residía en llegar al bosque antes que sus perseguidores, y no era seguro que fueran a lograrlo.

El bosque, que poco antes estaba distante, parecía precipitarse hacia él mientras Tarzán miraba al frente entre los pequeños cuernos de su ágil montura. Detrás, el enemigo ganaba terreno. Eran veltopismakusianos —ya estaban lo bastante cerca para que se vieran las insignias en sus cascos— y habían reconocido a su presa, pues les gritaban que se detuvieran, y llamaron a varios por el nombre.

Uno de los perseguidores se adelantó. Llegó cerca de Zoanthrohago, que cabalgaba codo con codo con Tarzán, en la retaguardia de su grupo. A media distancia delante de Zoanthrohago estaba Janzara. El tipo la llamó.

—¡Princesa! —gritó—. El rey os da su perdón a todos si nos devolvéis a los esclavos. Rendíos y todo quedará olvidado.

Tarzán de los Monos lo oyó y se preguntó qué harían los veltopismakusianos. Debía de ser una gran tentación y él lo sabía. De no ser por Talaskar, les aconsejaría que regresaran con sus amigos; pero no quería ver sacrificada a la esclava. Sacó entonces la espada y se puso junto a Zoanthrohago, aunque el otro no adivinó su propósito.

—¡Rendíos y todo quedará olvidado! —gritó el perseguidor de nuevo.

—¡Jamás! —exclamó Zoanthrohago.

—¡Jamás! —repitió Janzara.

—¡Peor para vosotros! —gritó el mensajero, y perseguidores y perseguidos se precipitaron hacia el oscuro bosque, mientras desde el lindero unos ojos salvajes observaban la enloquecida carrera y unas lenguas sonrosadas se relamían de gusto.

Tarzán se había alegrado de oír la respuesta dada por Zoanthrohago y por Janzara, a quienes consideraba compañeros agradables y buenos camaradas. La actitud general de Janzara había cambiado desde el instante mismo en que se había unido a ellos en su intento de fuga. Ya no era la hija mimada de un déspota, sino una mujer que buscaba la felicidad a través del nuevo amor que acababa de encontrar o el antiguo amor que acababa de descubrir, pues a menudo decía a Zoanthrohago que sabía que siempre lo había amado. Esta novedad en su vida la hacía más considerada y amable con los demás, y parecía querer compensar a Talaskar por la crueldad con que la había atacado cuando la vio por primera vez. Su insensato antojo por Tarzán ahora lo veía de otra manera; lo quería porque le había sido negado, y lo habría convertido en su príncipe por llevar la contraria a su padre, al que odiaba.

Komodoflorensal y Talaskar siempre cabalgaban juntos, pero el trohanadalmakusiano no pronunció una palabra de amor a los oídos de la muchacha esclava. En su mente se estaba cristalizando una gran decisión, que aún no había adquirido forma definitiva. Y Talaskar, al parecer feliz solo de estar con él, cabalgó alegre durante los primeros días de la única libertad que jamás había conocido. Pero en esos momentos todo se había olvidado, salvo el peligro inminente de captura y lo que ello entrañaba: la muerte y la esclavitud.

Los seis arrearon a sus monturas. El bosque ya se hallaba cerca. ¡Ah, si pudieran alcanzarlo! Allí un guerrero podía ser tan bueno como tres y las probabilidades en su contra se reducirían, pues en el bosque los doce no podrían capturarlos a todos a la vez y con cuidadas maniobras ellos sin duda podrían separarlos.

¡Iban a lograrlo! Un fuerte grito brotó de los labios de Oratharc cuando su diadet saltó a las sombras de los primeros árboles, y los otros lo imitaron, por un instante tan solo, pues enseguida vieron una mano gigantesca que descendía y lo arrancaba de su silla. Intentaron parar sus monturas, pero era demasiado tarde. Ya se

encontraban en el bosque y estaban rodeados por una horda de espantosos zertalacolols. Uno a uno fueron arrancados de sus diadets, mientras sus perseguidores, que debían de haber visto lo que estaba ocurriendo en el bosque, dieron media vuelta y se alejaron a todo galope.

Talaskar, forcejeando en manos de una alali, se volvió hacia Komodoflorensal.

—¡Adiós! —gritó—. Esto es el fin; pero ahora puedo morir cerca de ti y soy más feliz muriendo de lo que había sido viviendo hasta que tú llegaste a Veltopismakus.

—¡Adiós, Talaskar! —respondió él—. Vivo, no me atrevía a decírtelo; pero ahora que voy a morir, puedo proclamar mi amor. Dime que tú también me quieres.

—¡Con toda mi alma, Komodoflorensal!

Parecían haber olvidado que existían los demás. En la muerte, estaban solos con su amor.

Tarzán se encontró en la mano de un macho y se preguntó, aun cuando se encontraba ante una muerte segura, cómo había ocurrido que esta gran banda de machos y hembras alali estuvieran cazando juntos. Entonces reparó en las armas de los machos: no eran las toscas porras y las piedras voladoras que llevaban en otros tiempos, sino largas y delgadas lanzas y arcos y flechas.

Y entonces la criatura que lo sujetaba lo alzó a la altura de su rostro y lo examinó, y Tarzán vio una expresión de reconocimiento y asombro cruzar aquellas facciones bestiales y él, a su vez, identificó a su captor. Era el hijo de la Primera Mujer. Tarzán no esperó a comprobar el humor de su conocido. Era posible que sus relaciones hubieran cambiado, pero también lo era que continuasen igual. Recordó la devoción perruna de la criatura cuando lo había visto por última vez y la puso a prueba enseguida.

—¡Déjame! —ordenó autoritariamente—. Y di a tu gente que suelte a la mía. ¡Que no les hagan daño!

Al instante, la gran criatura dejó a Tarzán con suavidad en el suelo e inmediatamente indicó a sus compañeros que hicieran lo mismo con sus cautivos. Los hombres obedecieron sin vacilar y también todas las mujeres menos una. El hijo de la Primera Mujer saltó sobre ella, con la lanza levantada como un látigo, y la mujer se acobardó y dejó a Talaskar en el suelo.

Muy orgulloso, el hijo de la Primera Mujer explicó a Tarzán lo mejor que pudo el gran cambio que se había producido en los alali desde que el hombre-mono había dado armas a los hombres y el hijo de la Primera Mujer había descubierto lo que podía significar para los machos de su especie un uso adecuado de ellas: ahora cada macho tenía una mujer que cocinaba para él; y algunos de ellos, los más fuertes, tenían más de una.

Para entretener a Tarzán y mostrarle qué grandes pasos había dado la civilización en la tierra de los zertalacolols, el hijo de la Primera Mujer cogió a una hembra por el pelo, la arrastró hasta él y le dio un puñetazo en la cabeza y en la cara. La mujer cayó de rodillas y le acarició las piernas, mirándolo a la cara con ojos amorosos y expresión admirativa.

Aquella noche los seis durmieron al aire libre rodeados por los grandes zertalacolols y al día siguiente partieron por la llanura hacia Trohanadalmakus, donde Tarzán había decidido permanecer hasta que recuperara su tamaño normal. Entonces haría un esfuerzo decidido para abrirse paso por el bosque de espinos y regresar a su casa.

Los zertalacolols los acompañaban a poca distancia, y tanto hombres como mujeres intentaron, a su manera tosca y salvaje, mostrar a Tarzán su gratitud por el cambio que se había operado en ellos debido a su intervención, y la felicidad que les había proporcionado.

Dos días después, los seis fugitivos se acercaron a las cúpulas de Trohanadalmakus. Los centinelas los habían visto desde muy lejos, y un cuerpo de guerreros corrió a su encuentro, pues siempre es conveniente conocer la naturaleza del asunto que lleva a un visitante a Minuni antes de que esté demasiado cerca de casa.

Cuando los guerreros descubrieron el regreso de Komodoflorensal y Tarzán lanzaron gritos de alegría y varios de ellos galoparon velozmente de nuevo a la ciudad para difundir la noticia.

Los fugitivos fueron conducidos enseguida a la sala del trono de Adendrohahkis, donde el gran gobernador estrechó a su hijo entre los brazos y lloró de felicidad al ver que había regresado sano y salvo. No olvidó a Tarzán, aunque tardó un poco en acostumbrarse al hecho de que ese hombre, no mayor que ellos, era el gran gigante

que había residido entre ellos unas cuantas lunas atrás.

Adendrohahkis llamó a Tarzán al pie del trono y allí, ante los nobles y guerreros de Trohanadalmakus, lo nombró zertol, o príncipe, o le entregó diadets y riquezas y le asignó aposentos adecuados a su rango, rogándole que permaneciera siempre entre ellos.

A Janzara, Zoanthrohago y Oratharc les concedió la libertad y les dio permiso para que se quedaran a vivir en Trohanadalmakus, y luego Komodoflorensal llevó a Talaskar al pie del trono.

—Y ahora pido para mí un regalo, Adendrohahkis —dijo—. Como zertolosto, la costumbre me da derecho a casarme con una princesa prisionera tomada de otra ciudad; pero en esta esclava he encontrado a la que amo. Déjame renunciar a mis derechos al trono y, en su lugar, tenerla a ella.

Talaskar levantó la mano para protestar, pero Komodoflorensal no la dejó hablar, y entonces Adendrohahkis se levantó y bajó los escalones hasta donde se encontraba Talaskar, y allí le cogió la mano y la llevó con él al trono.

—La costumbre te obliga a casarte con una princesa, Komodoflorensal —dijo—, pero la costumbre no es la ley. Un trohanadalmakusiano puede casarse con quien le plazca.

—Y aunque estuviera obligado por ley —dijo Talaskar— a casarse con una princesa, aún podría hacerlo conmigo, pues soy la hija de Talaskhago, rey de Mandalamakus. Mi madre fue capturada por los veltopismakusianos unas lunas antes de que yo naciera, cosa que ocurrió en la misma cámara en la que Komodoflorensal me encontró. Ella me enseñó a quitarme la vida antes que aparearme con alguien de menos categoría que un príncipe; pero habría olvidado sus enseñanzas si Komodoflorensal hubiera sido hijo de una esclava. Que era hijo de un rey no lo soñé hasta la noche en que salimos de Veltopismakus, y ya le había entregado mi corazón mucho antes, aunque él no lo supiera.

Transcurrieron unas semanas y no se produjo ningún cambio en Tarzán de los Monos. Era feliz viviendo con los minunianos, pero añoraba a su gente y a la compañera que estaría apesadumbrada por él, y por esto decidió partir, cruzar el bosque de espinos y encaminarse hacia su casa, confiando en la posibilidad de escapar a los incontables peligros que infestarían su camino; quizá

recuperaría su tamaño normal en algún momento durante el largo viaje.

Sus amigos trataron de disuadirlo, pero estaba decidido y por fin, sin más dilación, partió hacia el sudeste en la dirección en la que creía que se encontraba el punto por el que había entrado en la tierra de los minuni. Un kamak, un cuerpo que constaba de mil guerreros montados, lo acompañó hasta el gran bosque y allí, con unos días de retraso, lo encontró el hijo de la Primera Mujer. Los minunianos se despidieron de él y, mientras los observaba alejarse montados en sus ágiles monturas, se le hizo un nudo en la garganta, cosa que solo le ocurría en las pocas ocasiones de la vida en que sintió añoranza del hogar.

El hijo de la Primera Mujer y su salvaje banda escoltaron a Tarzán hasta el lindero del bosque de espinos. No podían ir más allá. Unos instantes más tarde lo vieron desaparecer entre aquellos, haciéndoles un gesto de despedida con la mano. Durante dos días Tarzán, de un tamaño no mayor que un minuniano, se abrió paso a través del bosque de espinos. Se encontró con pequeños animales que ahora eran tan grandes que le resultaban peligrosos, pero no se vio ante nada a lo que no pudiera hacer frente. Por la noche dormía en las madrigueras de los animales subterráneos más grandes alimentándose de aves y huevos.

Durante la segunda noche despertó con náuseas y con la sensación certera de que corría peligro. En la madriguera que había elegido para pasar la noche la oscuridad era total. De pronto se le ocurrió que tal vez estuviera a punto de recuperar su estatura normal, y que ello le ocurriera mientras yacía enterrado en aquel pequeño agujero significaría la muerte, pues quedaría aplastado, estrangulado o asfixiado antes de recuperar el conocimiento.

Se sentía mareado, como lo haría alguien que estuviera a punto de desmayarse. Se puso de rodillas y recorrió a gatas la pronunciada pendiente que llevaba hasta la superficie. ¿Llegaría a tiempo? Avanzó dando tumbos y, de pronto, percibió un estallido de aire fresco. Se puso en pie, tambaleante. ¡Estaba fuera! ¡Era libre!

Detrás oyó un rugido bajo. Agarró su espada y se precipitó hacia delante entre los espinos. Hasta dónde llegó o en qué dirección avanzó no lo sabía. Aún era de noche cuando trastabilló y cayó al suelo, inconsciente.

CAPÍTULO XXII

UN WAZIRI, que regresaba de la aldea de Obebe el caníbal, vio un hueso junto al sendero. Esto, en sí mismo, no era un hecho notable, pues en las sendas vírgenes de África se encuentran muchos. Pero este le hizo detenerse. Era el hueso de un niño. Tampoco era esto suficiente para que se parara un guerrero que se apresuraba a cruzar una región hostil de regreso a su propia aldea.

Pero Usula había oído contar extrañas historias en la aldea de Obebe, el caníbal, donde los rumores que habían llegado hasta él le hicieron llegar en busca de su amado amo, el Gran Bwana. Obebe no había visto ni oído nada de Tarzán de los Monos. Ni había visto al gigante blanco desde hacía años. Aseguró a Usula este hecho muchas veces; pero por otros miembros de la tribu el waziri se enteró de que un hombre blanco había sido prisionero de Obebe durante un año o más y que hacía algún tiempo que se había escapado. Al principio Usula pensó que este hombre blanco podía ser Tarzán, pero cuando comprobó el plazo de tiempo que había transcurrido desde que ese hombre había sido capturado, supo que no podía ser su amo, y entonces emprendió el camino de regreso a casa. Pero cuando vio aquel hueso de niño en el sendero al cabo de varios días, recordó la historia de la desaparecida Uhha y se detuvo, unos instantes, a examinarlo.

Y al mirarlo vio algo más: una bolsita hecha de pellejo, tirada entre otros huesos a pocos pasos del camino. Usula se inclinó a recogerla. La abrió y vertió parte del contenido en su mano. Sabía qué eran aquellas cosas y sabía que habían pertenecido a su amo, pues Usula era un jefe que sabía muchas cosas de los asuntos de su amo. Se trataba de los diamantes que le habían robado al Gran

Bwana muchas lunas antes los hombres blancos que habían encontrado Opar. Se las llevaría a la mujer del Gran Bwana.

Tres días más tarde, cuando avanzaba en silencio por el sendero próximo al Gran Bosque de Espinos, se detuvo de pronto, asiendo con fuerza su pesada lanza. En un pequeño claro vio a un hombre, un hombre semidesnudo, que yacía en el suelo. El hombre estaba vivo —lo vio moverse— pero ¿qué hacía? Usula se acercó con sigilo, sin hacer ruido. Cambió de lugar para observar al hombre desde otro ángulo y entonces vio algo horrible. El hombre era blanco y yacía junto a los restos de un búfalo que llevaba muerto mucho tiempo, devorando los restos de pellejo que se adherían a sus huesos.

El hombre levantó un poco la cabeza y Usula, al verle mejor la cara, lanzó un grito de horror. El hombre levantó la mirada y sonrió. ¡Era el Gran Bwana!

Usula corrió a él y lo puso de rodillas, pero el hombre solo reía y balbuceaba como un niño. A su lado, enganchado en uno de los cuernos del búfalo, estaba el medallón de oro con los grandes diamantes incrustados. Usula lo puso al cuello del hombre. Construyó cerca de allí un refugio resistente y cazó para obtener comida, y permaneció muchos días con el hombre hasta que este recuperó las fuerzas, aunque no la razón. Y así, en este estado, el leal Usula llevó a su amo a casa.

Encontraron en su cuerpo numerosas heridas y magulladuras, algunas antiguas, otras nuevas; algunas insignificantes, otras graves, y pidieron a Inglaterra que enviaran un médico a África para recomponer aquel cuerpo que había sido Tarzán de los Monos.

Los perros que habían amado a lord Greystoke se apartaban de esta criatura descerebrada. Jad-bal-ja, el león dorado, gruñía cuando el hombre se acercaba a su jaula.

Korak paseaba de un lado a otro, aturdido y desesperado, pues su madre se hallaba de vuelta de Inglaterra, y ¿qué efecto produciría en ella este golpe terrible? No se atrevía ni a pensar en ello.

* * *

Khamis, el hechicero, había buscado incansablemente a Uhha, su hija, desde que el diablo del río se la había llevado de la aldea de

Obebe el caníbal. Había realizado peregrinaciones a otras aldeas y algunas de ellas muy alejadas de su región, pero no había encontrado ni rastro de ella ni de su secuestrador.

Regresaba de otra infructuosa búsqueda que lo había llevado lejos de la aldea de Obebe hacia el este, rodeando el Gran Bosque de Espinos, a pocos kilómetros al norte del Ugogo. Era primera hora de la mañana, acababa de levantar su solitario campamento e iniciado el último tramo de su viaje a casa, cuando sus aguzados ojos descubrieron algo que yacía en el lindero de un pequeño claro situado a un centenar de metros a su derecha. Apenas vislumbró algo que no pertenecía a la vegetación que lo rodeaba. No sabía lo que era; pero el instinto le hizo investigar. Se acercó con cautela e identificó aquella cosa como una rodilla humana que asomaba por la hierba baja que cubría el claro. Se acercó más y de pronto entrecerró los ojos y emitió un extraño sonido al ahogar un grito en una reacción mecánica de sorpresa, pues lo que vio fue el cuerpo del diablo del río que yacía de espaldas, con una rodilla doblada, la rodilla que había visto asomar en la hierba.

Se aproximó con la lanza a punto hasta estar junto al cuerpo inmóvil. ¿Estaba muerto el diablo del río, o estaba dormido? Puso la punta de la lanza sobre el pecho e hizo presión. El diablo no despertó. ¡No estaba dormido! Pero tampoco daba la impresión de que estuviera muerto. Khamis se arrodilló y puso una oreja sobre el pecho del otro. ¡No estaba muerto!

El hechicero pensó con rapidez. En el fondo no creía en los diablos del río; sin embargo, existía la posibilidad de que hubiera cosas semejantes y quizás este fingía estar inconsciente, o estaba temporalmente ausente de la forma carnal que adoptaba como disfraz para poder ir entre los hombres sin levantar sospechas. Pero también era el secuestrador de su hija. Este pensamiento lo llenó de rabia y de valor. Debía arrancar la verdad de aquellos labios aunque la criatura fuera un diablo.

Desenrolló un poco de cuerda de fibra de su cintura, volvió el cuerpo de espaldas y rápidamente le ató las muñecas detrás. Luego se sentó a esperar. Transcurrió una hora antes de que aparecieran señales de que recuperaba el conocimiento, y entonces el diablo del río abrió los ojos.

—¿Dónde está Uhha, mi hija? —preguntó el hechicero.

El diablo del río trató de liberarse, pero las ligaduras eran demasiado fuertes. No respondió a la pregunta de Khamis. Era como si no le hubiera oído. Dejó de forcejear y volvió a echarse de espaldas, descansando. Al cabo de un rato abrió los ojos una vez más y se quedó mirando a Khamis, pero no dijo nada.

—¡Levántate! —ordenó el hechicero, y le aguijoneó con la lanza.

El diablo del río se puso de costado, dobló la rodilla derecha, se apoyó en un codo y por fin se puso en pie. Khamis le pinchó para que fuera en la dirección del sendero. Hacia el atardecer llegaron a la aldea de Obebe.

Cuando los guerreros, las mujeres y los niños vieron a quién traía Khamis a la aldea se excitaron mucho, y de no haber sido por el hechicero, del que tenían miedo, probablemente habrían pasado a cuchillo y lapidado al prisionero para matarlo antes de que hubiera cruzado las puertas de la aldea. Pero Khamis no quería matar al diablo del río; todavía no. Primero quería obligarlo a decirle la verdad respecto a Uhha, aunque hasta entonces había sido incapaz de arrancarle una sola palabra. Las incesantes preguntas, reforzadas por numerosos pinchazos con la lanza, no habían dado ningún fruto.

Khamis arrojó a su prisionero a la misma cabaña de la que había escapado el diablo del río; pero lo ató firmemente y dejó a dos guerreros de guardia. No tenía intención de perderlo de nuevo. Obebe vino a verlo. También él lo interrogó, pero el diablo del río se limitó a mirar a la cara del jefe con aire estúpido.

—Le haré hablar —dijo el hechicero—. Él sabe lo que ha sido de Uhha, y hasta que me lo diga nadie lo matará.

—Hablará antes de morir —dijo Obebe.

—Es un diablo del río y jamás morirá —dijo Khamis, volviendo a la antigua controversia.

—Es Tarzán —exclamó Obebe, y los dos aún discutían cuando estuvieron fuera del alcance del oído del prisionero que yacía en la sucia choza.

Después de haber comido los vio calentando hierros en una fogata cerca de la choza del hechicero, que estaba en cuclillas ante la entrada preparando rápidamente numerosos talismanes: trozos de madera envueltos en hojas, fragmentos de piedra, algunos guijarros y un rabo de cebra…

Los aldeanos se fueron congregando en torno a Khamis hasta que el prisionero ya no pudo verlo. Un poco más tarde, entró un muchacho negro y habló a los guardias, que sacaron al prisionero y lo empujaron rudamente hacia la choza del hechicero.

Allí se encontraba Obebe, según pudo ver cuando los guardias se abrían paso entre la multitud, de pie junto al fuego en el centro del círculo. Era una hoguera pequeña, suficiente para mantener calientes un par de hierros.

—¿Dónde está Uhha, mi hija? —preguntó Khamis. El diablo del río no respondió. Ni una sola vez había hablado desde que Khamis lo capturara.

—Quemadle uno de los ojos —dijo Obebe—. ¡Esto le hará hablar!

—¡Cortadle la lengua! —gritó una mujer—. ¡Cortadle la lengua!

—¡Si lo hacemos no podrá decir nada, necia! —le replicó Khamis.

El hechicero se puso en pie y volvió a formular la pregunta, pero no recibió respuesta. Entonces dio un fuerte golpe al diablo del río en la cara. Khamis había perdido los estribos de tal modo que ni siquiera temía a un diablo del río.

—¡Me responderás ahora! —gritó, y se inclinó para coger un hierro al rojo vivo.

—¡Primero el ojo derecho! —ordenó Obebe.

* * *

El médico entró en el bungaló del hombre-mono; *lady* Greystoke lo trajo con ella. Eran tres viajeros cansados y sucios de polvo los que habían desmontado ante la entrada: el famoso médico de Londres, *lady* Greystoke y Flora Hawkes, su doncella. El médico y *lady* Greystoke fueron de inmediato a la habitación donde Tarzán permanecía sentado en una improvisada silla de ruedas. Cuando entraron los miró con expresión de no reconocerlos.

—¿No me conoces, John? —preguntó la mujer.

Su hijo la cogió por los hombros y la acompañó fuera, llorando.

—No reconoce a ninguno de nosotros —dijo—. Espera hasta después de la operación, madre, para volver a verlo. No puedes hacer nada por él y verlo de este modo es demasiado penoso para ti.

El gran cirujano efectuó su reconocimiento. Tarzán tenía una

fractura reciente en el cráneo que le presionaba el cerebro. Una operación aliviaría esta presión y tal vez devolviera la mente y la memoria al paciente. Valía la pena intentarlo.

Enfermeras y dos médicos de Nairobi, contratados el mismo día que habían llegado allí, siguieron a *lady* Greystoke y al médico de Londres y llegaron al otro día. La operación se efectuó a la mañana siguiente.

Lady Greystoke, Korak y Meriem esperaban, en una sala contigua, el veredicto del cirujano, para saber si la operación había sido un éxito o un fracaso. Permanecieron sentados en silencio mirando fijamente la puerta que daba al improvisado quirófano. Por fin esta se abrió, después de lo que parecieron siglos, pero que en realidad quizá solo había sido una hora. El cirujano entró en la habitación. Los ojos de los que aguardaban, suplicantes, le formulaban la pregunta que sus labios no se atrevían a expresar.

—Aún no puedo decir nada —dijo—, aparte de que la operación, como operación, ha ido bien. El resultado solo el tiempo lo dirá. He dado órdenes de que nadie entre en su habitación, aparte de las enfermeras, durante diez días. Tienen instrucciones de no hablarle ni de dejarle hablar durante ese mismo período de tiempo; pero no querrá hablar, pues lo mantendré en estado semiinconsciente, con medicación, hasta que hayan transcurrido los diez días. Hasta entonces, *lady* Greystoke, solo podemos esperar lo mejor; pero le aseguro que su esposo tiene muchas probabilidades de recuperarse por completo. Creo que puede contar con ello.

* * *

El hechicero puso la mano izquierda sobre el hombro del diablo del río; con la derecha sostenía un hierro al rojo vivo.

—Primero el ojo derecho —ordenó Obebe de nuevo.

De pronto los músculos de la espalda y hombros del prisionero se pusieron en acción bajo su morena piel. Por un instante dio la impresión de que ejercía una fuerza física terrible; después se oyó un chasquido en su espalda cuando las ataduras de sus muñecas se rompieron, y un instante después unos dedos de acero se clavaron en la muñeca derecha del hechicero. Unos ojos llenos de furia lo miraron fijamente. El hombre soltó el hierro candente, paralizados sus dedos por la presión ejercida en su muñeca, y lanzó un grito,

pues veía la muerte en el encolerizado rostro del dios.

Obebe se puso en pie de un salto. Los guerreros avanzaron, pero no se acercaron tanto como para estar al alcance del diablo del río. Nunca habían estado seguros de la conveniencia de tentar a la providencia de la manera en que habían estado a punto de hacerlo Khamis y Obebe. ¡Este era el resultado! La ira del diablo del río caería sobre todos ellos. Algunos retrocedieron, y esta fue la señal para que los demás retrocedieran. En la mente de todos estaba el mismo pensamiento: «Si no participo, este diablo del río no se encolerizará conmigo». Entonces se volvieron y huyeron corriendo hacia sus chozas, tropezando con mujeres e hijos, que trataban de distanciarse de sus dueños y señores.

Obebe también se volvió para huir, y el diablo del río alzó en vilo a Khamis, lo sostuvo cogido por las dos manos muy por encima de su cabeza y echó a correr tras Obebe, el jefe. Este último se metió en su choza. Apenas había llegado al centro cuando se oyó un terrible estrépito en el ligero techo de paja, que cedió bajo un fuerte peso. Un cuerpo que descendió sobre el jefe lo llenó de terror. ¡El diablo del río había saltado al interior de su choza para destrozarlo! El instinto de autoconservación superó momentáneamente al miedo a lo sobrenatural, pues ahora estaba convencido de que Khamis tenía razón y la criatura que habían tenido prisionera durante tanto tiempo era en verdad el diablo del río. Obebe sacó el cuchillo y lo hundió de forma repetida en el cuerpo de la criatura que había caído sobre él, y cuando supo que su vida se había extinguido se levantó, arrastró el cuerpo y salió de su choza a la luz de la luna y las hogueras.

—¡Venid, pueblo mío! —gritó—. No tenéis nada que temer, pues yo, Obebe, vuestro jefe, he matado al diablo del río con mis propias manos.

Entonces miró la cosa que llevaba a rastras y ahogó un grito, y de pronto se sentó en el polvo de la calle de la aldea, pues el cuerpo que tenía a sus pies era el de Khamis, el hechicero.

La gente se acercó y cuando vio lo que había ocurrido no dijo nada; se limitó a contemplar la escena con horror. Obebe registró su choza y el terreno que la rodeaba. Se hizo acompañar por varios guerreros y con ellos fue a registrar la aldea. El extraño había partido. Se dirigió a las puertas de la aldea. Estaban cerradas; pero

en el polvo se veían las huellas de unos pies desnudos; los pies desnudos de un hombre blanco. Entonces volvió a su cabaña, donde le aguardaba su asustado pueblo.

—Obebe tenía razón —dijo—. La criatura no era el diablo del río, sino Tarzán de los Monos, pues solo él podría lanzar a Khamis tan alto por encima de su cabeza como para que atravesara el techo de una choza, y solo él podría franquear las puertas de nuestra aldea sin ayuda alguna.

* * *

Llegó el décimo día. El gran cirujano aún estaba en el bungaló de Greystoke aguardando el resultado de la operación. El paciente salía poco a poco del sopor producido por la última dosis del fármaco que le había administrado durante la noche, pero recuperaba el conocimiento más lentamente de lo que el médico esperaba. Las largas horas transcurrían despacio; después, de la mañana llegó la tarde y después el atardecer, y aún no se tenían noticias de la habitación del enfermo.

Se hizo de noche. Se encendieron lámparas. La familia se hallaba congregada en la gran sala de estar. De pronto se abrió la puerta y apareció una enfermera. Detrás de ella se encontraba el paciente. En su rostro había una expresión de desconcierto, pero la enfermera se deshacía en sonrisas. Detrás iba el médico, ayudando al hombre, que estaba débil debido a la larga inactividad.

—Creo que lord Greystoke ahora se recuperará rápidamente —dijo—. Tendrá usted que contarle muchas cosas. Cuando ha vuelto en sí no sabía quién era; pero suele ocurrir en estos casos.

El paciente dio unos pasos en la habitación y miró alrededor con expresión de asombro.

—Esta es su esposa, Greystoke —dijo con amabilidad el médico.

Lady Greystoke se levantó y cruzó la habitación hacia su esposo, con los brazos abiertos. Una sonrisa cruzó el rostro del inválido cuando se acercó a ella para abrazarla; pero de pronto alguien se interpuso entre ellos. Era Flora Hawkes.

—¡Dios mío, *lady* Greystoke! —exclamó—. No es su esposo. ¡Es Miranda, Esteban Miranda! No lo había visto desde que regresamos, ya que no he estado en ningún momento en la habitación del enfermo, pero he sospechado algo en cuanto ha entrado aquí, y

cuando ha sonreído, lo he sabido con seguridad.

—¡Flora! —exclamó *lady* Greystoke—. ¿Estás segura? ¡No, no, tienes que estar equivocada! Dios no me ha devuelto a mi esposo solo para volver a quitármelo. ¡John!, dime, ¿eres tú? Tú no me mentirías, ¿verdad?

Por unos instantes el hombre se quedó en silencio. Se balanceó hacia delante y hacia atrás, como debilitado. El médico se acercó y lo sostuvo.

—He estado muy enfermo —lijo—. Posiblemente he cambiado; pero soy lord Greystoke. No recuerdo a esta mujer —y señaló a Flora Hawkes.

—¡Miente! —exclamó la muchacha.

—Sí, miente —dijo una voz tranquila detrás de ellos, y todos se dieron la vuelta y vieron la figura de un gigante en el umbral de la puerta de cristal que daba al porche.

—¡John! —gritó *lady* Greystoke, y se precipitó hacia él—. ¿Cómo he podido equivocarme? Yo… —pero el resto de la frase se perdió cuando Tarzán de los Monos estrechó a su compañera entre sus brazos y le cubrió los labios de besos.

EDGAR RICE BURROUGHS (Chicago, 1 de septiembre de 1875 — Encino, California, 19 de marzo de 1950)

Cuando Edgar Rice Burroughs murió en 1950 dejó tras de sí una colección de algunas de las aventuras de ficción más notables de todos los tiempos. Su obra incluye novelas históricas junto a algunas de las experiencias más imaginativas jamás concebidas por la mente del hombre; desde la prehistoria hasta el futuro lejano; del núcleo de la Tierra a las estrellas más distantes en el universo.

El primero de los libros de Burroughs, *Tarzán de los Monos*, sorprendió como uno de los más vendidos del año. Desde entonces publicó un enorme cúmulo de historias de aventuras que su público esperaba con impaciencia. En el momento de su muerte en 1950, se habían publicado un total de cincuenta y nueve libros, la última, *Llana de Gathol*, en marzo de 1948. La lista podría haber sido más amplia si no hubiera sido por la escasez de papel durante la Segunda Guerra Mundial. Al morir tenía quince relatos inéditos sin finalizar.

La biografía de Edgar Rice Burroughs es la típica historia americana de éxito desde la pobreza a la riqueza. Hijo de una familia adinerada venida a menos, dejó la universidad y finalmente estuvo

cinco años en la Academia Militar de Michigan donde se quedó como asistente instructor. Este iba a ser el primero de una larga lista de puestos de trabajo en el oeste (incluidos soldado en el 7.º de Caballería, arriero de ganado en Idaho, agente de policía del ferrocarril, etc.) que probó sin éxito hasta que finalmente descubrió su talento para la escritura.

Su suerte empezó a cambiar en 1911. Estaba trabajando revisando los anuncios que aparecían en las revistas *pulp* (muy populares en su época, dedicadas a la publicación de relatos por entregas) y pensó que por qué no probar y enviar sus propias historias. Su primer cuento se tituló *Dejah Thoris, Princesa de Marte*, lo publicó la revista *All-Story* y recibió $ 400 por ella. Como no quería que sus amigos supieran de su autoría, se publicó con el pseudónimo Norman Bean. Apareció en febrero con el titulo *Bajo las lunas de Marte*. El éxito que obtuvo le hizo ver que él era lo suficientemente bueno para usar su propio nombre y abandonó el pseudónimo.

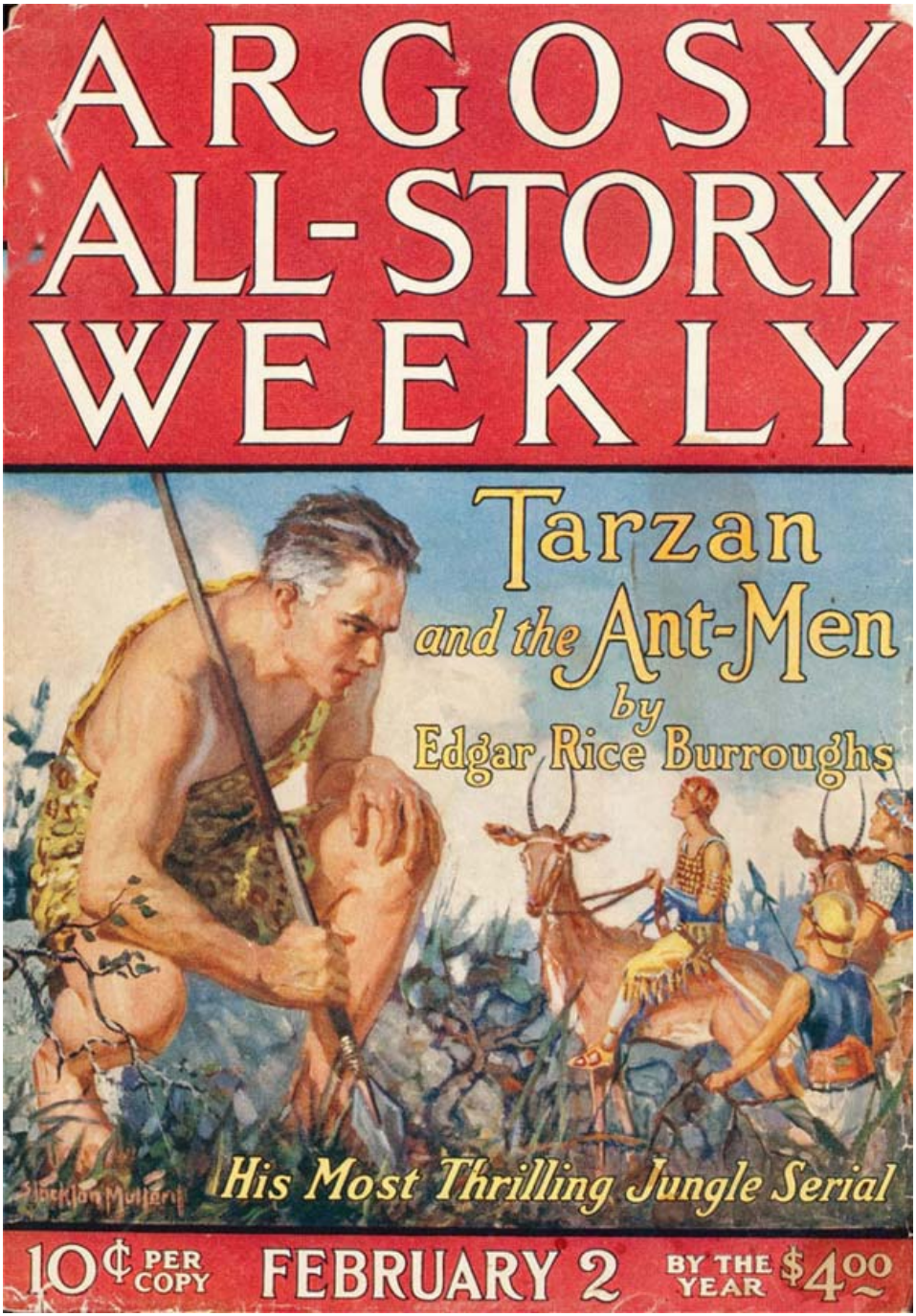
Para su siguiente relato pasó mucho tiempo investigando sobre la historia de Inglaterra, a la que se acercó con una historia sobre la época de la Guerra de las Rosas, (*The Outlaw of Torne*), que fue rechazada de inmediato por su editor. Burroughs volvió a las historias de acción y se dedicó a una historia sobre la lucha entre la herencia y el medio ambiente a la que llamó *Tarzán de los Monos*. La historia inició su publicación en el número de octubre del *pulp All-Story*. Edgar recibió $700 por ella y entonces supo que estaba en el camino correcto. Renunció a su puesto de trabajo y dedicó todo su tiempo en la escritura. Comenzó a hacer tanto dinero que podía darse el lujo de llevar a su esposa y sus tres hijos a pasar el invierno en California.

Tarzán se convertiría en un gran éxito en los Estados Unidos y en todo el mundo, pero en esa época no resultó fácil de aceptar. El cuento era popular entre el público de las revistas *pulp*, pero ninguna de editorial estaba dispuesta a publicar el libro completo, ya que no lo encontraban de buen gusto y pensaban que a su público no le gustaría. Después de tratar de vender la idea a barios editores sin éxito, su éxito como folletín creó una demanda para su edición en forma de libro. En 1914 apostó por su publicación la editorial AC McClurg & Company, que la había rechazado

previamente, y resultó ser uno de los libros más exitosos del año. A partir de ese momento fue seguido por varios libros más en rápida sucesión: *El regreso de Tarzán* en 1915, *Las fieras de Tarzán* en 1916; *Una princesa de Marte*, (la primera historia que había escrito) en 1917, *El hijo de Tarzán* en 1918, etc. Edgar Rice Borroughs se convirtió en el escritor más rico de su época. En el año 1931, decide crear su propia editorial e incrementar así sus ganancias, comenzando con *Tarzán el Invencible*.

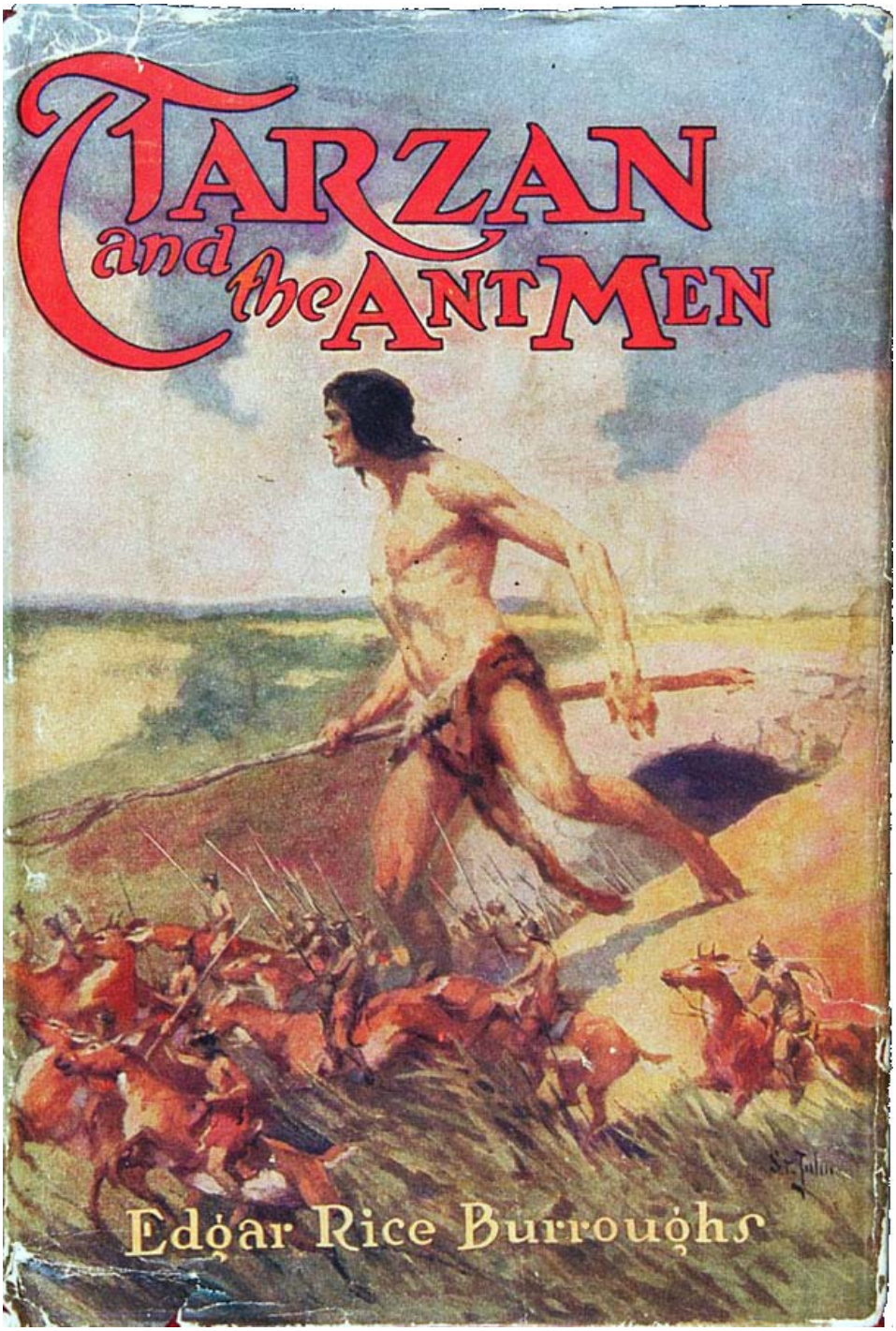
En 1941, Burroughs estaba de vacaciones en Hawai y fue testigo del bombardeo japonés de Pearl Harbor el 7 de diciembre. Durante los siguientes cuatro años realizaría una gira por las zonas de guerra del Pacífico con las Fuerzas Armadas como corresponsal de prensa para la Associated Press. En el último año de la guerra sufrió un par de ataques al corazón y tuvo que abandonar el frente, lo que le dejó el suficiente tiempo libre para volver a escribir durante este período volvió a su personaje favorito y escribió *Tarzán y la Legión extranjera*.

Después de la guerra, regresó a su país. Cuando murió, como consecuencia de sus problemas con el corazón, el 19 de marzo de 1950, todos los fans sabían que el maestro les había dejado su huella en el recuerdo, pero también sabían que sus héroes, Tarzán, John Carter, Napier Carson, David Innes y muchos otros seguirían entreteniendo a las generaciones futuras de lectores.



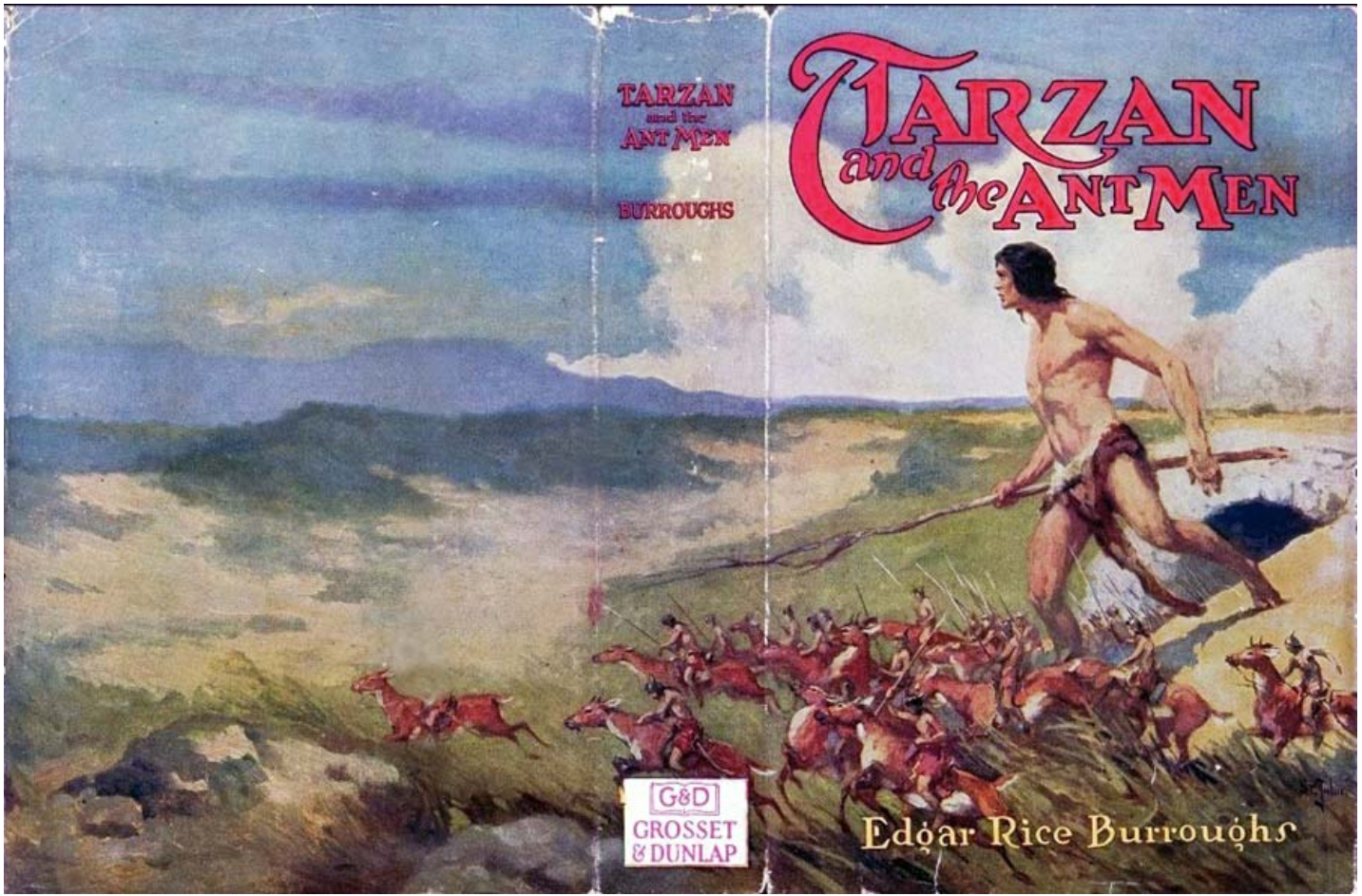
Cubierta original edición en revista *pulp*, 1924, Stockton Mulford.

TARZAN and the ANT MEN



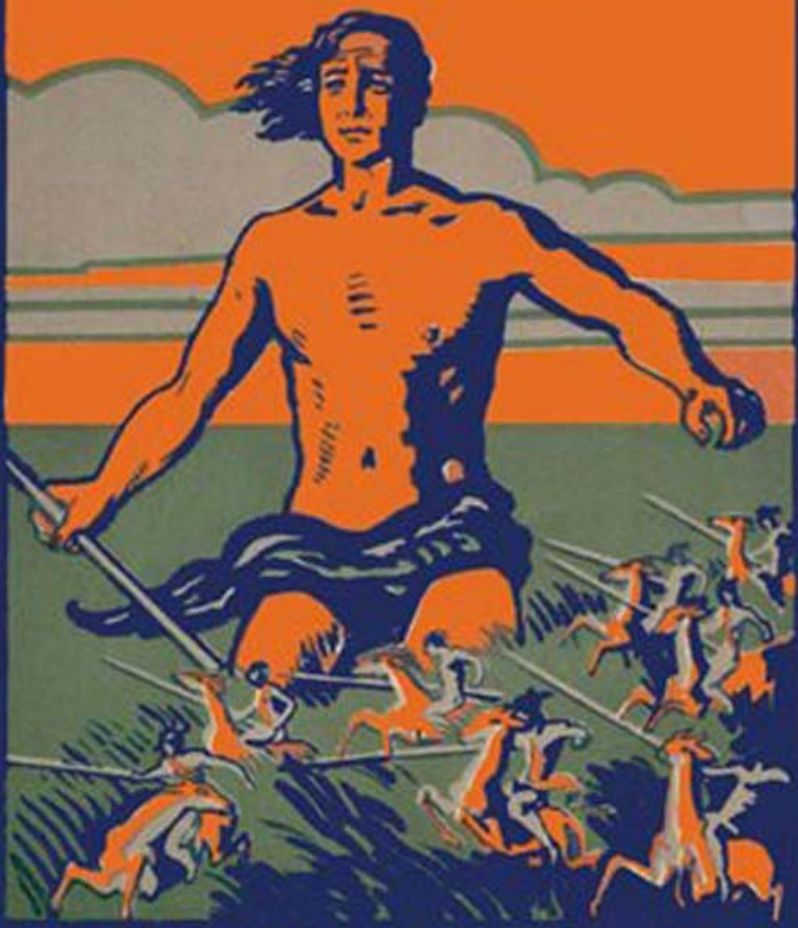
Edgar Rice Burroughs

Cubierta original 1.ª edición EE. UU., 1924, J. Allen St. John.


TARZAN and the ANT MEN
BURROUGHS
TARZAN and the ANT MEN
G&D
GROSSET & DUNLAP
Edgar Rice Burroughs

Cubierta completa 1.ª edición EE. UU., J. Allen St. John.

Tarzán entre pigmeos



Edgar Rice Burroughs

Cubierta 1.ª edición en España, 1928, de autor desconocido.

Ilustración original portada *pulp* de Stockton Mulford.